

A nuestros fundadores
Raquel Moura Rivas
P. Emilio Catalán Bono
Rafael Pla Gil
en recuerdo y agradecimiento

Rafael Pla Calatayud.

Siguiendo a San Marcos

Jesús como evangelio (buena nueva).

Ciclo litúrgico B.



"Cenáculo de Betania" .
Movimiento eclesial de Jerusalén a Betania.
"Caminos de vida cristiana".
Valencia 2019

Índice de temas

San Marcos se presenta	3
Esquema de estudio del evangelio de san Marcos	9
Actualidad de la Lectio divina	13
Lectio divina: Jesús te llama para que conozcas la voluntad de Dios Padre.....	16
Buscando el rostro de Dios en la Escritura.....	17
La Lectio divina: lectura y meditación de la Palabra.....	20
Oración y acción en la Lectio divina.....	24
Desarrollo del encuentro de oración , según la "Lectio divina"	28
El bautismo de Jesús en el Jordán. Marcos 1, 1-11	31
Jesús anuncia el Reino y llama. Marcos 1,14-20.....	42
La soledad de Getsemaní Marcos 14, 32-42	55
Poder sobre el demonio: don del Espíritu. Marcos 3,22-30.....	71
La fe y la oración expulsan los demonios Marcos 9, 14-29	83
Corazón contaminado con la levadura de los fariseos . Marcos 8,14-21.....	97
Lo que contamina al hombre Marcos 7,14-23.....	106
Jesús llama y como con pecadores Marcos 2, 13-17	117
Rechazo de Jesús Marcos 6,1-6	126
Estad alerta . Marcos 13, 33-37.....	136
Jesús envía a sus discípulos a misionar. Marcos 16:14-18.....	147
Bibliografía	159

San Marcos se presenta

Barcelona 20 de noviembre de 2018

Hola Juan Marcos:

Como sabes, estamos ya por esta tierra, en el S.XXI y aunque no tenemos muy claro cuales fueron exactamente los años de tu paso por este planeta azul que llamamos Tierra, te situamos en el S.I de nuestra era, y eso, aunque no sea una gran distancia temporal para ti, pues ya has podido prescindir del tiempo, si lo es para nosotros.

Como recordarás, nos dejaste un hermoso tesoro por escrito, al que hemos dado en llamar: “El Segundo Evangelio, o Evangelio de Marcos”.

Lo primero que queremos decirte en estas letras, que estamos seguros de que las leerás, es Gracias, si un Gracias inmenso por el precioso regalo que podemos tener entre nuestras manos y que salió al dictado de tu corazón por el conocimiento y amor que tienes a Jesús de Nazaret.

Y lo siguiente es, que queremos pedirte que nos guíes en la lectura de tu preciosa obra, nosotros, las personas del siglo XXI, somos muy racionalistas y también muy historicistas, y además estamos en el craso error, de que por estos medios racionales e histórico-críticos y geográficos podemos alcanzar la verdad y el conocimiento que tú, de otra época y usando otros métodos que en nada se parecen a estos nuestros, nos has dejado como legado de tu vivencia junto a Jesús de Nazaret, esto es, lo que nosotros llamamos “Evangelio de Marcos”.

Así pues, querido Juan Marcos, te emplazamos a que nos acompañes en esta pretensión nuestra de conocer a Jesús de Nazaret a través de una lectura atenta en la forma en que tú escribes, evitando en lo posible, nuestros propios esquemas mentales “cargados de razón” que distorsionan el sentido de tu evangelio, y como para conocer una obra es muy recomendable conocer a su autor, también queremos saber algo de tu paso por esta nuestra tierra y es lo que vamos a intentar hacer en estas líneas, previo nuestro agradecimiento a tu gran amigo Lucas que es quién nos ha comunicado algunos datos sobre ti.

Para saber algo de tu entorno acudimos a las citas que nos ha dejado, como hemos dicho, tu querido amigo y gran Rabino Lucas en una de sus obras, que nosotros hemos dado en denominar, Hechos de los Apóstoles: “Y cuando se dio cuenta de esto (Pedro), fue a la comunidad de María, la madre de Juan, el que llaman por el sobrenombre de Marcos, donde había numerosas personas que se habían reunido y estaban orando... Cuando llamó Pedro a la puerta del portal se acercó una criada de nombre Rosa a responder” (Hch. 12,12-13)

La experiencia impensable, de que Jesús se había levantado de la muerte, congregó a un grupo de mujeres y hombres, muy cercanos a Jesús en la casa de María, una de las mujeres que estaba en el numeroso grupo de las que le habían seguido desde Galilea. Lucas solo nos da los tres nombres de esa incipiente comunidad, que acabamos de mencionar, María, la dueña de la casa, quien presidía en el Amor a aquel grupo de

seguidores de Jesús, Juan Marcos, quien les comunicaba la Buena-Noticia de Jesús, y Rosa la portera, atenta siempre al servicio de los hermanos. (Hch. 12,12-13)

Tres nombres, tres actitudes características de aquél grupo que comenzaban a constituirse en seguidores de Jesús, la presidencia en el Amor, la madre, la transmisión del mensaje de Jesús, el evangelista, el servicio atento y eficaz, la portera.¹

Por la confianza que nos transmiten estos tres pilares de aquella incipiente comunidad de Jerosólina, nos acercamos hoy a ese portal, en el que Rosa nos recibe amablemente.

Si, queremos saber algo sobre Jesús de Nazaret, hemos oído que se ha levantado de la muerte y que algunos testigos de ese hecho novísimo, se reúnen para reconocerle entre ellos y escuchar la Buena Noticia que de ello da Juan Marcos.

La voz de Marcos es vibrante, clara, su origen de la diáspora le da un acento peculiar, su lenguaje sencillo, asequible a quienes atentamente le rodean, es convincente, trata del mensaje de Jesús y de la experiencia que muchos de ellos han hecho de que Jesús Vive.

Empieza la reunión y Juan Marcos nos sitúa en el Jordán: (Mc 1,9-11) “Cuando subía del agua” después de atravesar el río y ser bautizado por Juan -el Bautista- “Vio abiertos los cielos de par en par y el Espíritu **que como una paloma** bajaba hacia él. Resonó una voz desde los cielos: “Tú eres mi Hijo Amado, en ti me he complacido”. Es en esta experiencia que Jesús toma conciencia de ser el Mesías de Israel. (Mc 1,9-11)

-Llamada de atención para los paganos venidos del S.XXI.-

No hagáis de esta descripción, un precioso cuadro pintado al óleo, Jesús en las aguas del Jordán, o un icono ruso decorado con pigmentos luminosos. Sabed, que los oyentes judíos del S.I, lo que acaban de captar es la descripción de (Gn. 7, 1-24; y 8, 8-12) Las aguas diluviales... **La paloma** que vuelve al arca una y otra vez, por no hallar donde posarse, una vez se va secando la tierra puede reposar en el olivo, la tierra comienza a generar vida y sustento. Tened presente que la paloma es el símbolo del Espíritu de Dios desde los orígenes de Israel (La Ruaj). Ella desea habitar en el corazón humano, pero hasta la llegada de Jesús, saliendo de las aguas del Jordán, no ha encontrado en quien poder reposar, por quien ser acogida a quien comunicar el amor del Padre, a quien darle la certeza de ser Hijo Amado de Dios.

Jesús es expulsado por el Espíritu de Dios hacia el desierto, donde se describen todas las posibles interpretaciones erróneas sobre el sentido de su misión.

(Mc 1,12-13) En dos breves versículos Marcos, de una pincelada, resume la vida de Jesús desde el momento en que él se hizo consciente de su misión, como Mesías de Israel, quedó lleno del Espíritu de Dios a la salida de las aguas, en el desierto del Jordán.

¹ Como base de este pequeño trabajo sobre Marcos, está el estudio exhaustivo que de este Evangelio ha presentado el Dr. Josep Rius Camps en su obra: “El evangelio de Marcos: etapas de su redacción”.- editorial verbo divinov.2008. Y también la obra. Del mismo autor: “Lucas Demostración a Teófilo” Evangelio y Hechos de los Apóstoles según el Códice Beza”.- Editorial Fragmenta 2012.

“Las fieras”,(el poder, las riquezas, la intransigencia violenta de todo tipo) intentan someter a Jesús a lo largo de toda su vida. “Pero los ángeles le servían”, (Mc 1,12-13) todos cuantos le rodearon dispuestos al servicio, al compartir generoso, al amor verdadero, estos son “los ángeles”, esos personajes anónimos que colaboran con Jesús y que los encontramos frecuentemente por la páginas del Evangelio, quienes siempre de forma anónima, acompañan a Jesús y le facilitan su misión, (Mc 2,1-5 y tantos otros pasajes), sin tan siquiera aparecer sus nombres. Se me ocurre pensar, amigo Marcos, que tú eras uno de ellos. También entre nosotros podemos descubrirlos, siempre van “vestidos de blanco”, es un decir, es su actitud sencilla, acogedora, servicial y certera la que los reviste de esa luz propia de los cielos.

A la casa de María de Marcos y de Rosa, acude Pedro (Hch 12, 10-17) recién liberado de las cadenas no solo físicas, sino también interiores, que le habían retenido en la cárcel de sus propias certezas y seguridades, por su convencimiento de que Jesús, Mesías de Israel, no había sabido presentarte como tal y de ahí su fracaso al ser ejecutado en la cruz. Pretendía Pedro, obstinadamente, que las autoridades religiosas del Templo, reconocieran y aceptaran públicamente el error de haber condenado a muerte al Mesías de Israel. Él, Pedro, se encargaría de poner las cosas en su sitio, enfrentándose al Sanedrín y a quien hiciera falta. Sorprendentemente Herodes Agripa, rey, ávido por congraciarse con los judíos, encarceló a Pedro con la pretensión de matarlo después de las fiestas de Pascua. “El Ángel” libera a Pedro pero no solo de la mano ejecutora del rey Herodes, sino como el mismo reconoce **ante la pequeña comunidad de Marcos-María-Rosa**: ha sido liberado “de toda su expectación sobre el pueblo judío”² queda liberado de su creencia en que Israel, el pueblo elegido, sería quien aportaría la luz a todas las naciones, y todos los pueblos de la tierra acudirían al Templo de Jerusalén a reconocer al Dios de Israel como único Dios verdadero.

“Pedro les contó cómo el Señor lo había sacado de la cárcel. Entonces dijo:”¡Informad a Santiago y a los hermanos de todo esto! Y se fue a otro lugar” (Hch 12-17). Fue en la comunidad de María, Marcos y Rosa, donde declaró que dejaba Jerusalén, abandonando así sus expectativas triunfalistas de un gran Mesías libertador e inició, suponemos, el camino opuesto a sus grandes pretensiones, llevando en su corazón el ejemplo de la preciosa comunidad a la que acaba de confiar su decisión de aceptar a Jesús tal como él vivió y murió, sin pretensiones ni boato ni leyes ni templos ni triunfos aplastantes, pues se le habían caído las cadenas al experimentar que el ángel del Señor, el propio Jesús, libre de la muerte le había liberado a él de “toda la expectación judía”. Y puede que Pedro, se llevara en su zurrón de peregrino, las notas que Marcos iba escribiendo para dar a conocer a Jesús y su Buena noticia o “Evangelio”, como lo designaban aquellos primeros seguidores de Jesús, de habla griega.

Lucas vuelve a hablarnos de Marcos en (Hch. 12,24-25):

Saulo había llevado a la gran comunidad de Jerusalén³ una primera colecta recogida en las comunidades de la diáspora por donde él había pasado predicando en el

² Diario de Teófilo, autor Josep Rius Camps, 2018 editorial Verbo Divino pags. 214-215.

³ Hay que distinguir entre la gran comunidad de Jerusalén (Hch 11,22a) presidida primero por Pedro y luego por Santiago el hermano del Señor, y la pequeña comunidad de Jerosólíma (Hch 12, 12 - 13)

nombre de Jesús, como signo de fraternidad la entregó a aquella gran comunidad de Jerusalén, presidida ya por Santiago el hermano del Señor.

Bernabé el profeta, se volvía con Saulo el maestro, a las nacientes y lejanas comunidades de Siria, decidieron que les acompañara **Juan Marcos**, el evangelista, reconocía Bernabé su valía en la forma de transmitir la Buena Noticia, (Hch 12, 25b) el Evangelio de Jesús en su pequeña comunidad de Jerosólíma.

Nos gustaría Marcos, que nos explicaras el impacto que te produjeron, en aquellas tierras lejanas, las comunidades que habían surgido tras el paso de Pablo por las sinagogas de la Diáspora.

-Una vez que llegó a oídos de los dirigentes de la gran comunidad de Jerusalén que Pablo había ido pasando por las sinagogas judías de Antioquía anunciando a Jesús Mesías, enviaron a Bernabé para que inspeccionara lo que allí pasaba, Bernabé se hizo el encontradizo con Pablo y le acompañaba. Formaban una buena pareja de misioneros, se complementaban bien uno como maestro Pablo, el otro como profeta Bernabé.

Tras dar cuentas de su misión y entregar la colecta en la comunidad de Jerusalén, decidieron volver a Siria y llevarme con ellos para que colaborase en el anuncio del Evangelio de Jesús en aquellas comunidades, donde empezaron a llamarnos cristianos. El Espíritu Santo las asistía y había en ellas maestros y profetas. Les acompañé por Siria, nos comenta Marcos, saltamos por mar hasta Chipre y Pafos, al llegar a Pergue de Panfilia, Pablo procedía a modo de líder dando siempre preferencia en acudir a las sinagogas Judías, Bernabé se mantenía a la expectativa, por mi parte decidí separarme de ellos y tomando un barco en Pergue, regresé a Jerosólíma. (Hch. 13, 13b) Las interminables polémicas de Pablo con las asambleas de judíos, a las que acudíamos de ciudad en ciudad, agotaron mi paciencia y decidí volver a Jerosólíma.

El paso por aquellas comunidades judías, situadas en territorio pagano, me hizo comprender que si bien la mayoría de los judíos de la diáspora no podían aceptar la enseñanza liberadora de Jesús, vi con claridad que los habitantes paganos de aquellas ciudades estaban ansiosos de conocer el mensaje de Jesús.

Algunos de los miembros de la casa de María, se sabían perseguidos por las autoridades del Templo y habían de huir de Jerosólíma, querían llevar consigo por escrito, la enseñanza recibida para comunicarla en aquellos lugares donde pudieran asentarse de nuevo y vivir seguros, mi experiencia por tierras paganas también me sirvió para comprender que había de adaptar la enseñanza de la Buena noticia de Jesús para diferentes mentalidades, y si bien en un primer momento iba dirigida a un público judío,(primera redacción de Mc) decidí redactar la enseñanza de Jesús por escrito y presentarla de forma que pudiera ser entendida también por un público pagano, es por eso que encontráis, en el libro que ha llegado hasta vosotros, pasajes duplicados, dirigidos unos a los creyentes en Jesús de origen judío y otros formulados expresamente para ser entendidos por creyentes paganos, sin variar el mensaje pero si la forma o palabras con las que se expresa. He dejado, en la primera línea, de lo que designáis como evangelio de Marcos, bien diferenciada esta doble finalidad mediante la terminología propia de cada grupo: "Principio de la buena noticia referente a Jesús, Mesías -para los judíos- Hijo de Dios -para los paganos-" (Mc 1,1)

El término “Mesías”, es para un judío: “El Enviado” de parte de Dios para liberar a Israel, su pueblo. El término: “Hijo de Dios” entre los paganos, se da a aquella persona que tiene la misión divina de conducir a su pueblo por caminos de paz y de justicia. Ambos aspectos fueron asumidos por Jesús, quien siendo judío, siempre acogió a toda aquella persona que se acercaba a él, ya fuera judía, romana, o procedente de cualquier lugar del paganismo, de eso he dejado constancia en mi evangelio.

Así pues, cuando de nuevo Bernabé, después que se separó de Pablo, (Hch 15,36-39) vino a buscarme para que juntamente con él fuéramos a visitar las comunidades que se habían ido formando en tierras paganas, empezando por Chipre, llevé conmigo las notas que había redactado en las que fui duplicando con frecuencia nuevos pasajes, conservando siempre la enseñanza de Jesús, unos, expresados para una mentalidad judía y otros dirigidos a comunidades de origen pagano con expresiones adecuadas a su mentalidad. La vida de Jesús transcurrió en Israel y si bien él siempre se hacía entender de cuantos le escuchaban, cuando emprendimos viajes a tierras paganas encontramos dificultades ante un público que no era judío en su mayoría, encontrábamos judíos, por la diáspora, para quienes no era obstáculo nuestras alusiones a la Torá, pero a medida que se iban integrando personas procedentes del paganismo había que tener en cuenta su mentalidad así como su forma de expresarse.

Me alegra ver entre vosotros, cristianos de la diáspora del S.XXI, que estáis interesados y buscáis con afán caminos para conocer a Jesús y vivir de su presencia. Como despedida de este agradable momento de conversación os leo y comento brevemente el pasaje que habéis designado como (Mc 15,47 y 16, 1-8)

“Pero María Magdalena y María de Santiago habían observado el lugar donde había sido puesto. Seguidamente fueron a comprar aceites aromáticos, para ungirlo. Vienen por la mañana, el primer día de la semana, al sepulcro cuando salía el sol. Se decían unos a otros: “¿Quién nos hará rodar la losa de la puerta del sepulcro?” (En efecto, era muy grande.) Vienen entonces y encuentran que la losa ya había sido rodada. Habiendo entrado en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la derecha envuelto en una vestidura blanca, y se llenaron de estupor. Dice entonces a ellos el ángel: “¡No tengáis miedo! ¿Buscáis a Jesús, el crucificado? Ha resucitado, no está aquí. ‘Mirad allí el lugar de él donde lo pusieron. Al contrario, id y decid a sus discípulos y, en particular a Pedro: ‘Mirad os precedo a Galilea: allí me veréis, tal como os tengo dicho’ ”. Salieron huyendo del sepulcro. (Es que se había apoderado de ellas temor y enajenación.) Y no dieron nada a nadie. (Es que tenían miedo)”.

Ya sé que ha sido muy sorprendente y cuestionado este final de mi obra, pero os daré las claves no solo de nuestra mentalidad semita, sino también, de cómo, a partir de la experiencia de Jesús-Vivo entre nosotros, nuestra mente humana se abrió a una dimensión, que si bien puede ser asumida por toda persona, requiere apertura deseo de dar un paso decisivo por encontrar el verdadero sentido de la vida, que no es otro que percibir, como uno de los nuestros, Jesús, quien no ha quedado, atrapado por la muerte, en un sepulcro sino que se hace presente a quienes le aman y le buscan, a quienes, aún sin conocerlo, viven como él haciendo el bien.

Ya sabéis que en aquella mentalidad semita del S.I, a las mujeres se las consideraba como personas débiles, de segunda o tercera categoría, por ello no se podía entender que fueran capaces de transmitir nada que tuviera relevancia y contenido, no eran escuchadas ni tenido en cuenta ningún relato que llegara de su boca. Por eso cambié, en mi relato, el artículo femenino “ellas” por ellos, si bien de su lectura se deduce claramente que estoy hablando de ellas, pero el solo cambio del femenino al masculino de un artículo, indicaba el cambio interior que se produjo entre nosotros, los hombres semitas del S.I, al reconocer el valor de las mujeres como personas con igualdad de dignidad y credibilidad que los hombres, este matiz, propio de nuestra época, no ha sido respetado en las traducciones usuales de vuestros textos, y con ello se pierde el percibir el gran paso de reconocimiento a la igualdad entre hombres y mujeres que nos proporcionó la enseñanza de Jesús. Aún queda algún manuscrito, que si lo conserva, como este del que he copiado mis palabras⁴.

No me extenderé en mostraros cuán grande fue nuestra percepción del valor que comenzamos a reconocer en las mujeres, lo podéis entrever en la lectura atenta de las líneas que os he copiado, el miedo es propio de toda persona humana, ellas lo tienen, pero lo dominan hasta donde es posible al igual que les pasa a los hombres.

He indicado sus nombres propios para que las conozcáis y las integréis en vuestra vida humana como compañeras valerosas y siempre dispuestas a compartir generosamente todos sus dones.

Las vestiduras blancas y la juventud son propias de la esfera divina en nuestra mentalidad semita, a quién perciben las mujeres, es al propio Jesús en su plenitud de vida eterna. No podría decirlo si lo vieron con sus ojos humanos, pero si ciertamente os aseguro que lo percibieron Vivo, que recibieron su mensaje y que nos lo transmitieron, si bien no a nadie de los iba directamente dirigido, pero si a aquellos en quienes ellas confiaban, nosotros nos ocupamos de trasmitírselo a Pedro y a los demás hermanos, ya sabéis que sí acudieron a Galilea y allí la vieron.

Jesús mismo, el que está sentado a la derecha del Padre, confía en ellas para que transmitan, no tanto con palabras, sino con el testimonio de su propia vida, que reconocen a Jesús Vivo junto al Padre, porque así lo han percibido al buscarlo en el silencio de la tumba de un ajusticiado.

Para mis amigas y amigos de Valencia que trabajan asiduamente los textos de los evangelios.

Con todo mi cariño,
Débora.

⁴ Códice Beza, descubierto en el S.XVI en Lión en el sepulcro de Ireneo.

Esquema de estudio

del Evangelio de San Marcos ⁵

Para facilitar y puede situar cada uno de los temas que trataremos en cada encuentro de oración presentamos en esquema general de los temas presentados en los distintos capítulos del evangelio de San Marcos.

Para entender de forma correcta el evangelio de San Marcos, destacamos dos características que le son peculiares.

San Marcos más que escritor estático cuenta y describe acontecimientos. De esta forma el Jesús en movimiento que presenta San Marcos, queda perfectamente enmarcado con esta forma dinámica de contar los hechos que tienen San Marcos. Le interesan sobre todo los hechos, las acciones. La teología de su evangelio hay que captarla en los acontecimientos narrados.

En el arte de contar, San Marcos no expresa juicio alguno, no imponen. Se limita a presentar, a sugerir. Las conclusiones le corresponde sacarlas al lector u oyente del relato o evangélico.

La segunda característica es que San Marcos a la gran utiliza muchas imágenes. Podemos decir que es un evangelio con relatos visualizados. Dos personajes, no son estáticos sino que se está introduciendo cuando tienen algo que decir, que hacer.

Seguir las acciones escritas es fundamental para entender el mensaje del evangelio de San Marcos. En este sentido de la importancia dada la imagen, es un evangelio que conecta fácilmente con nuestra mentalidad, en la que la imagen es muy importante.

Es importante y necesario que antes de comenzar cada una de las meditaciones de los textos citados, situes el texto en cuestión dentro del siguiente esquema general del evangelio de San Marcos , así mantener las a lo largo de las meditaciones mucho mejor el sentido dinámico de las narraciones evangélicas.

Presentación del libro (1,1)

Primera parte: EL MINISTERIO DE JESÚS, EL MESÍAS (1,2-8,30)

I. PREPARACIÓN AL MINISTERIO DE JESÚS (1,2-13)

1. Predicación de Juan el Bautista (1,2-8)
2. Unción mesiánica de Jesús (1,9-11)
3. Las tentaciones en el desierto (1,12-13)

⁵ Carrillo Alday, Salvador. El evangelio según san Marcos. *Colección: Estudios Bíblicos. Subcolección: Estudios Bíblicos. Editorial EVD Estela (Navarra). 2016*

II. PRIMERA EVANGELIZACIÓN Y PRIMEROS DISCÍPULOS (1,14-20)

1. El grito inaugural: el Reino de Dios (1,14-15)
2. Vocación de los cuatro primeros discípulos (1,16-20)

III. UN DÍA EN CAFARNAÚN (1,21-34)

1. Jesús enseña en la sinagoga y cura a un endemoniado (1,21-28)
2. Curación de la suegra de Simón (1,29-31)
3. Numerosas curaciones (1,32-34)

IV. PRIMER RECORRIDO POR GALILEA (1,35-45)

1. Jesús ora al amanecer (1,35-39)
2. Curación de un leproso (1,40-45)

V. LAS CINCO PRIMERAS CONTROVERSIAS (2,1-3,6)

1. La curación de un parálítico (2,1-12)
2. Vocación de Leví y comida con pecadores (2,13-17)
3. Discusión sobre el ayuno (2,18-22)
4. Las espigas arrancadas en shabbát (2,23-28)
5. El hombre de la mano paralizada (3,1-6)

VI. JESÚS INSTITUYE EL GRUPO DE LOS DOCE (3,7-35)

1. La muchedumbre sigue a Jesús (3,7-12)
2. La institución de los Doce (3,13-19)
3. Nuevas persecuciones (3,20-30)
4. El verdadero parentesco de Jesús (3,31-35)

VII. EL DISCURSO EN PARÁBOLAS (4,1-34)

1. Parábola del sembrador (4,2b-9)
2. Parábola de la lámpara (4,21-23)
3. Parábola de la medida (4,24-25)
4. Parábola de la semilla que crece por sí sola (4,26-29)
5. Parábola del grano de mostaza (4,30-32)

VIII. CUATRO MILAGROS, OBRAS DE PODER (4,35-5,43)

1. La tempestad calmada (4,35-41)
2. El endemoniado de Gerasa (5,1-20)
3. Curación de una hemorroísa y resurrección de la hija de Jairo (5,21-43)

IX. EL PRIMER ENVÍO DE LOS DOCE (6,1-56)

1. Incredulidad de los suyos (6,1-6a)
2. La primera misión (6,7-13)
3. La fama de Jesús llega a Herodes (6,14-16)
4. Muerte de Juan el Bautista (6,17-29)
5. Primera multiplicación de los panes y los peces (6,30-46)
6. Jesús camina sobre las aguas (6,47-52)

7. Curaciones en el país de Genesaret (6,53-56)

X. DISCUSIONES CON LAS AUTORIDADES (7,1-23)

1. Comer sin antes lavarse las manos (7,1-5)
2. Las tradiciones humanas (7,6-13)
3. Jesús declara puros todos los alimentos (7,14-23)

XI. NUEVOS SIGNOS MESIÁNICOS (7,24-8,26)

1. La mujer sirofenicia (7,24-30)
2. Curación de un tartamudo sordo (7,31-37)
3. Segunda multiplicación de los panes y peces (8,1-10)
4. Los fariseos piden un signo del cielo (8,11-13)
5. La levadura de los fariseos y de Herodes (8,14-21)
6. Curación del ciego de Betsaida (8,22-26)

XII. PROFESIÓN DE FE DE PEDRO (8,27-30)

1. ¿Quién soy yo?

SEGUNDA PARTE: EL DESTINO DE JESÚS, EL HIJO DEL HOMBRE (8,31-16,20)

I. JESÚS, EL HIJO DEL HOMBRE (8,31-9,29)

1. Primer anuncio de la pasión y resurrección (8,31-33)
2. El verdadero discípulo que sigue a Jesús Maestro (8,34-9,1)
3. La transfiguración (9,2-8)
4. La venida de Elías (9,9-13)
5. El endemoniado epiléptico (9,14-29)

II. ENSEÑANZAS DE JESÚS A LOS DOCE (9,30-10,31)

1. Segundo anuncio de la pasión y resurrección (9,30-32)
2. Quién es el mayor? (8,33-37)
3. Empleo del nombre de Jesús (9,38-40)
4. Caridad con los discípulos (9,41)
5. El escándalo (9,42-50)
6. Matrimonio y divorcio (10,1-12)
7. Jesús y los niños (10,13-16)
8. El hombre rico (10,17-22)
9. Peligro de las riquezas (10,23-27)
10. Recompensa prometida al desprendimiento (10,28-31)

III. SUBIENDO A JERUSALÉN (10,32-52)

1. Tercer anuncio de la pasión y resurrección (10,32-34)
2. La petición de los hijos de Zebedeo (10,35-40)
3. Los jefes deben servir (10,41-45)
4. El ciego de Jericó (10,46-52)

IV. MINISTERIO DE JESÚS EN JERUSALÉN (11,1-13,37)

Primer día:

Entrada mesiánica en Jerusalén (11,1-11)

Segundo día:

1. La higuera estéril (11,12-14)
2. Expulsión de los vendedores del templo (11,15-19)

Tercer día:

1. La higuera seca. Fe y oración (11,20-26)
2. Cinco controversias con los judíos y una parábola (11,27-12,37)
3. Los escribas, juzgados por Jesús (12,38-40)
4. El óbolo de la viuda (12,41-44)
5. Discurso escatológico (13,1-37)

V. LA ÚLTIMA CENA (14,1-31)

1. Conspiración contra Jesús (14,1-2)
2. Unción en Betania (14,3-9)
3. Judas, el traidor (14,10-11)
4. Preparativos para la cena pascual (14,12-17)
5. Anuncio de la traición de Judas (14,18-21)
6. Institución de la eucaristía (14,22-25)
7. Predicción de las negaciones de Pedro (14,26-31)

VI. LA PASIÓN DE JESÚS (14,32-15,47)

1. La oración en Getsemaní (14,32-42)
2. El prendimiento de Jesús (14,43-52)
3. Proceso de Jesús ante el Sanedrín (14,53-65)
4. Negaciones de Pedro (14,66-72)
5. Proceso de Jesús ante Pilato (15,1-15)
6. Coronación de espinas (15,16-20)
7. El camino de la cruz (15,21-22)
8. La crucifixión de Jesús (15,23-27)
9. Jesús en la cruz es ultrajado (15,29-32)
10. La muerte de Jesús (15,33-37)
11. Consecuencias a la muerte de Jesús (15,38-39)
12. Las santas mujeres en el Calvario (15,40-41)
13. La sepultura de Jesús (15,42-47)

VII. LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR (16,1-20)

1. El sepulcro abierto y vacío (16,1-8)
2. Las apariciones de Jesús resucitado (16,9-18)
3. La ascensión de Jesús (16,19)
4. La misión apostólica realizada (16,20)

Actualidad de la Lectio divina.

En la iglesia hay un método de discernimiento desde la Palabra de Dios , la llamada lectio divina, que es un modo de orar cuyo objetivo es verse como Dios nos ve y quererse como Él nos quiere. Es un procedimiento 'sapiencial', nace de la experiencia de quienes dedicaron la vida a escuchar a Dios; pone en la Palabra de Dios el criterio para la propia comprensión. Intenta que Dios nos diga quiénes somos para Él y qué es lo que quiere de nosotros.

“La novedad de la Lectio en el pueblo de Dios requiere una formación iluminada, paciente y continua entre los presbíteros, las personas de vida consagrada y los laicos, de tal manera que se lleguen a compartir las experiencias de Dios provocadas por la Palabra escuchada (*collatio*). La Palabra de Dios debe ser la primera fuente que inspira la vida espiritual de la comunidad en sus aspectos prácticos como los ejercicios espirituales, los retiros, las devociones y las experiencias religiosas. Importante objetivo (y criterio de autenticidad) es hacer madurar a cada uno en la lectura personal de la Palabra en óptica sapiencial y en vista de un discernimiento cristiano de la realidad, de la capacidad de dar cuenta de la propia esperanza (cf. 1 Pe 3,15) y del testimonio cristiano de la santidad”. (*Lineamenta* del Sínodo 2008, n 25)

Es, ciertamente, afortunado que se haya redescubierto la importancia de leer la Palabra de Dios con el corazón, leerla para dejarse transformar. Pero yo creo que es un error hacer de ello un ejercicio, en vez de impregnar de esta actitud los mil y un enfoques que la Escritura.

Más aún, creer que el texto de la Escritura puede alcanzarme en mi vida profunda, interpelarme y transformarme solamente cuando me sitúo ante él totalmente desnudo, sin recurrir a todos los instrumentos que pueden permitirme captarlo en su significación primera, corre el gran riesgo de conducir a una actitud fundamentalista - no rara en nuestros días - o incluso a una falsa mística, también bastante frecuente.

Presentamos una definición más breve, sencilla y pedagógica, propuesta por el cardenal Carlo Maria Martini en una de sus numerosas publicaciones sobre el tema: “La *Lectio divina* es el ejercicio ordenado de la escucha personal de la Palabra”. Cinco términos esenciales de la definición: “ejercicio”, “ordenado”, “escucha”, “personal” y “Palabra”.

a) **Ejercicio** tiene que ver con actividad, y la actividad es necesaria para el desarrollo armónico de la persona.

Así como el ejercicio físico es saludable para el cuerpo y el ejercicio intelectual es beneficioso para la mente, la actividad espiritual lo es para el alma. La *lectio divina* es una de esas actividades que alimentan la vida espiritual de la persona que a ella se entrega.

Practicarla supone una decisión personal, una iniciativa voluntaria que expresa interés por la Palabra de Dios y deseo de acercarse a ella. En otras palabras, la *lectio divina* es ponerse en camino para avanzar en la vía de la oración y la contemplación, dejándose guiar por el Espíritu y sus inspiraciones.

b) **El ejercicio de la Lectio es ordenado**, es decir, sigue un orden determinado que responde a una dinámica interna que dirige su funcionamiento. Para acercarse a la Palabra de Dios es necesario saber qué es lo que se busca, qué es lo que se desea encontrar, qué camino hay que tomar para alcanzar el objetivo que uno se ha propuesto. No es posible adentrarse en el bosque de la Palabra de cualquier manera, sin preparación, deprisa y corriendo, sin orden ni concierto, pues se corre el riesgo de extraviarse. Sin ese orden, la *lectio* podría resultar un ejercicio árido, estéril e incluso poco provechoso.

c) **Escuchar a Dios**, que nos habla a través de su Palabra: en eso consiste el ejercicio ordenado de la *lectio*. “Escuchar” no es sinónimo de “oír”. Se pueden oír muchas cosas sin prestar atención a ninguna, es decir, sin escucharlas. Escuchar supone una implicación voluntaria por parte del sujeto, un salir de sí mismo para abrirse a la realidad del otro, una disposición a acogerlo y a entablar un diálogo amistoso. La persona que sabe escuchar posee la sabiduría del corazón.

Es alguien que sabe retirarse ante el otro, dejarle espacio, ofrecerle el primer puesto. La escucha de la Palabra de Dios no puede estar supeditada a nuestros intereses u objetivos. No se trata de buscar con afán algo novedoso, sorprendente, o algo que contar a los demás. Al contrario, hay que acallar nuestro ruido interior y pacificar nuestro corazón para escuchar a Dios. Debemos dejar que Dios nos hable en el silencio, sin avasallarle con nuestros problemas, preocupaciones y ruegos incesantes. Avanzar en la vida espiritual significa avanzar en la escucha de Dios y de los demás. Según el prior de Bose, “la escucha es la actitud contemplativa, anti idolátrica por excelencia. Gracias a ella, el cristiano intenta vivir siendo consciente de la presencia de Dios, del Otro que fundamenta el misterio irreducible de toda alteridad. El cristiano vive de la escucha”

d) **La Lectio divina es un ejercicio de escucha personal** que puede realizarse a solas y en el ámbito de la comunidad.

Y esto no solo en las comunidades religiosas, sino también en las parroquiales y en diversos grupos eclesiales. No se trata de escuchar una homilía, una predicación o una palabra leída en la iglesia, ni tampoco de escuchar una clase o una conferencia sobre la Sagrada Escritura.

La *Lectio divina* es una escucha personal, nunca individualista, de la Palabra de Dios, que se practica en la comunión eclesial. Decían los antiguos: “*Ecclesia tenet et legit librum Scripturarum*” (“Es la Iglesia la que posee y lee el libro de las Escrituras”).

San Bernardo expresa muy bien la relación entre comunidad y *lectio divina*: “*Liber est speculum*”. San Bernardo define la comunidad como espejo de la Biblia, y el

Libro como espejo de la comunidad. Y es que “la comunidad es inseparable de la Escritura, porque el Libro sin la comunidad no es nada y la comunidad no puede subsistir sin el Libro, porque en él encuentra su identidad”.

e) El ejercicio consiste en **escuchar la Palabra con mayúscula**, la Palabra de Dios. Dice el cardenal Martini que en la *lectio divina* “es Dios quien habla, es Cristo quien habla, es el Espíritu el que habla”.

A veces, demasiadas veces nos confundimos al considerarnos el Pueblo del Libro, los cristianos no somos "Pueblo del Libro", sino el "Pueblo de la Palabra". Desde ella y con ella pretendemos vivir la actitud orante según la Lectio divina en nuestros "Cenáculos de Betania".

C. M. Martini, *Al alba te buscaré. La escuela de la oración*, Verbo Divino, Estella 1995, p. 52.

Rafael Pla Calatayud.

rafael@betaniajerusalen.com

Boletín Camino a Betania. N 41. Págs. 15-18

Diciembre del Año del Señor 2014

Valencia -España-



**LECTIO DIVINA:
JESUS TE LLAMA PARA QUE CONOZCAS
LA VOLUNTAD DE DIOS PADRE.**

“El Santo Sínodo recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de la Escritura para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo, pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo... Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración, para que se realice el diálogo de Dios con el hombre...” (DV 25).⁶

Si deseas conocer los mensajes de Jesús para tu vida y te mueve la inquietud de profundizar en sus tiernos misterios, acércate a los encuentros de oración que te ofrecemos en NUESTRO cenáculo de Betania.

Es Dios el que te está esperando;

Él te ama sin condiciones;

Él te quiere sin exigirte;

Él busca tu corazón para juntarlo con el suyo.

¿Quién puede considerar que lo sabe todo, si aún no lo ha conversado con Él?

¿Se puede ser un buen cristiano sin conocer los mensajes de Jesús?

¿Sabes cuántos son?

Si eres padre o madre de familia ¿te sientes con la capacidad de entregarle valores cristianos a tus hijos?

Si eres soltero o soltera ¿podrás tú solo(a) dirigir tu vida sin necesidad de ayuda?

¿Cuántas veces no apelamos a la ayuda de otros para buscar la solución de nuestros problemas?

¿Cuántas veces no nos invade la angustia porque no sabemos enfrentarlos? o modificar.

Esto sucede porque sólo confiamos más en nuestras propias capacidades que en las bienaventuranzas de Dios. Seguramente por no conocerlo bien se cae en un error de mala apreciación.

Nuestra invitación es acercarte a la única Verdad capaz de hacer de tu vida un instrumento de amor, que es lo que tanto falta en el mundo de hoy.

Leyendo puedes comprender el significado y encontrar el sentido de tu vida. Dios te construyó por amor. De ti depende apreciar el regalo.

El Taller de Lectio Divina es una apertura meditada para comprender los designios de Dios y su intención de amor para contigo. Se realiza en cuatro movimientos continuos que te ayudan a conocer mejor a Jesús para después participar con tu propia experiencia de vida.

Cuando oras, hablas a Dios.

Cuando lees la Palabra de Dios, Dios te habla.

⁶ La *Dei Verbum* (Concilio Vaticano II (1963-1965), propone el método de la *lectio divina* como forma privilegiada de interpretar la Escritura, con ello se puso fin al exilio de la Sagrada Escritura e inauguró una época gloriosa, una verdadera “epifanía” de la Palabra de Dios que, a pesar de muchas circunstancias adversas, afortunadamente todavía perdura en nuestros días.

Buscando el rostro de Dios en las Escrituras

En una de sus columnas semanales, Mons. José Gómez, Arzobispo de Los Ángeles (Estados Unidos) habló sobre la importancia de poder hablar con Dios a través de la oración e indicó que un método perfecto para lograrlo es la llamada "Lectio divina".

"La Lectio divina transforma nuestra lectura de las Escrituras en una audiencia privada con el Dios vivo que viene a nosotros con amor y nos habla en las páginas de los textos sagrados... Si la oración es conversación, entonces tenemos que escuchar a Dios tanto como hablamos con Él. 'Al leer la Biblia, Dios te habla', dijo San Agustín. 'Cuando oras hablas con Dios'".

"La oración es buscar el rostro de Dios.

El Catecismo nos recuerda la historia de cómo San Juan María Vianney se encontró una vez a un campesino orando ante el Santísimo Sacramento. El Santo le preguntó qué estaba haciendo, y el hombre respondió: "Yo lo miro y Él me mira".

En esto consiste la oración, en un diálogo amoroso, en un ir y venir, en un dar y recibir entre un hijo de Dios en conversación con su Padre.

La semana pasada les hablaba acerca de la importancia que tiene para ustedes el poder hablar con Dios de forma natural y honesta; de hablarle como se habla con un amigo, con un padre; hablando desde el corazón de ustedes hacia el corazón de Él.

Esta semana quiero recomendarles una de las formas más antiguas de la oración cristiana, la Lectio divina, es decir, practicar la lectura orante de la Sagrada Escritura como un diálogo con Dios.

Si la oración es conversación, entonces tenemos que escuchar a Dios tanto como hablamos con Él. "Al leer la Biblia, Dios te habla", dijo San Agustín. "Cuando oras hablas con Dios".

La Lectio divina transforma nuestra lectura de las Escrituras en una audiencia privada con el Dios vivo que viene a nosotros con amor y nos habla en las páginas de los textos sagrados.

Existen diferentes enfoques con respecto a la Lectio divina. Yo sigo una especie de método clásico, que consiste en cinco "movimientos": lectura, meditación, oración, contemplación y acción.

Ustedes pueden utilizar este método con cualquier texto bíblico, pero les recomiendo que en su práctica diaria de la Lectio divina o al unirse a la liturgia de la Iglesia, usen la lectura del Evangelio correspondiente a cada día.

Al leer en oración el Evangelio del día, nuestras vidas se convierten en un camino que estamos recorriendo con Jesús, en una peregrinación del corazón. Día tras día, vamos caminando con Él, vamos escuchando sus enseñanzas, vamos aprendiendo de Él, al presenciar la manera en que maneja las situaciones y trata con las personas.

Al empezar la Lectio divina, es necesario que busquen un lugar tranquilo, en el que no se les interrumpan. Apaguen todas sus "pantallas": computadora, teléfono celular, televisión. Traten de apartar 15 minutos para estar a solas con el Señor.

Empiecen poniéndose ante la presencia de Dios. Dense cuenta de que Él está en todas partes y de que los ama. Pidan que su Espíritu Santo abra sus corazones. Pídanle a nuestra Santísima Madre que los ayude a reflexionar en su corazón sobre los misterios de Cristo, como Ella lo hizo.

Luego, empiecen a leer despacio el texto del Evangelio de ese día. Léanlo una y otra vez. Y conforme van leyendo, fíjense en los detalles. ¿Qué está pasando? ¿Quiénes son los personajes principales? Deténganse en las palabras o en las frases que les llamen la atención. Presten especial atención a lo que Jesús está diciendo y haciendo.

Pero recuerden que no están leyendo una novela. Se trata de un encuentro con el Dios vivo. Jesús vive en los textos sagrados. Dios está hablándoles a ustedes, personalmente.

Así, su lectura se transformará, naturalmente, en meditación. En este momento, ustedes le preguntan a Dios lo que está tratando de decirles en este pasaje de la Escritura. ¿Hay aquí una promesa para ustedes? ¿Una orden? ¿Una advertencia? ¿Cómo se aplica este texto a la situación que están ustedes viviendo en este momento?

Permítanle a la Palabra de Dios transformarse en un reto para ustedes. Si tienen dificultad para entender lo que están leyendo, pídanle al Espíritu que los ayude.

Jesús nos dijo que si pedimos, se nos dará, y que si tocamos las puertas cerradas, se nos abrirán. Así que hay que pedirle especialmente a Dios que nos ayude a entender las escenas y enseñanzas que no se ajusten a la manera de pensar, a las expectativas y a los prejuicios.

La oración es lo que le decimos a Dios en respuesta a la Palabra que nos dirige. Puede ser una oración de agradecimiento o de alabanza. La oración de ustedes puede ser una petición, una petición de que Dios les dé la fuerza para seguir adelante o de que les otorgue alguna gracia o virtud en especial.

Nuestra Lectio divina termina con la contemplación. En este momento, tratamos simplemente de permanecer en silencio y conocer a Dios. En la contemplación, somos como niños que buscan conocer la manera de pensar y la voluntad del Padre que nos ama. Con nuestra mente tranquila, descansa la presencia de su mirada. "Yo lo miro y Él me mira".

A partir de nuestra contemplación, la Lectio divina nos lleva a tomar resoluciones y a comprometernos para la acción.

La verdadera oración nos lleva a desarrollar un profundo sentido de responsabilidad por la misión de Cristo, por la misión de la Iglesia. La oración de todo discípulo en todo momento debe ser: "¿Qué he de hacer, Señor?"

Cuanto más oremos con los Evangelios, más podremos pensar según "la mentalidad de Cristo", más nos apropiaremos de sus pensamientos y sentimientos; más podremos ver la realidad a través de sus ojos. Mientras más oremos, más experimentaremos el llamado de

Cristo a cambiar el mundo, para así moldear la sociedad y la historia de acuerdo al designio amoroso de Dios.

¡Oremos unos por otros esta semana! Y pidámosle a nuestra Santísima Madre María que consiga para nosotros un renovado deseo de buscar el rostro de Dios en la lectura orante de las Escrituras." (16 de febrero 2018., En Evangelización, por Mons. José H. Gómez. La columna de opinión de Mons. José Gómez . el distribuidor (ACI Prensa)).



La Lectio divina: *lectura y meditación de la Palabra.*

La "Lectio divina" tiene un trazado histórico que se asemeja a un recorrido por la ruta del Karst: después de haber caracterizado un largo tramo de la historia de la espiritualidad –al menos un milenio entero- permaneció invisible por el sobrevenir de una exuberante vegetación que sólo vagamente la recordaba. En su lugar se desarrolló vivamente la meditación en sentido psicológico y afectivo, la oración mental con todas sus metodologías, y todo otro producto por lo demás antropocéntrico y devocional.

Actualmente el método de la Lectio divina está abierto a todo creyente; no es del todo fácil, pero tampoco imposible de recorrer. Como todo ejercicio, requiere práctica y, sobre todo, voluntad de escucha.

En nuestros "Cenáculos de Betania" lo proponemos como forma recomendada de escucha de la Palabra y oración (Ver "CENACULOS DE BETANIA". Valencia 2013.)

Presentamos unas reflexiones sobre la concepción que se tiene hoy de la *lectio divina*, a la luz de las enseñanzas de los Padres del Desierto.

Los Padres del Desierto nos recuerdan la importancia primordial de la Escritura (nosotros entendemos con la Iglesia que la Escritura es esencialmente Palabra y Palabra proclamada. no un libro.), en la vida del cristiano y la necesidad de dejarse transformar constantemente en el crisol de la Palabra de Dios.

Lo que hoy se llama *Lectio divina* es presentado como un *método* de lectura de la Escritura. El método consiste en una lectura lenta y meditativa del texto, una lectura hecha más con el corazón que con la inteligencia, se dice, sin una finalidad práctica, sino simplemente para dejarse impregnar por la Palabra de Dios

Este método, en tanto que método, tiene sus orígenes en el siglo XII y no deja de tener relación con lo que se ha llamado "teología monástica". En esa época la pre-escolástica había desarrollado su método que iba de la *lectio* a la *quaestio*, seguía la *disputatio*. La reacción de los monjes fue entonces desarrollar su propio método: la *Lectio* conducía a la *meditatio*, después a la *oratio*... y un poco más adelante se añadirá la *contemplatio*, que se distinguirá de la *oratio*.

El enfoque de la Escritura que se describe como propio de los Padres del Desierto era en realidad un enfoque que ellos tenían en común con el conjunto del pueblo de Dios.

Mucho más tarde, en la época de la *devotio moderna* se generaliza la "lectura espiritual", que se toma especial cuidado en diferenciarse netamente de la *Lectio divina* monástica. Siguiendo la corriente general, la vida espiritual se especializa, se divide en compartimientos estancos.

En la evolución hasta hoy podemos hacernos distintas preguntas. ¿Cómo habría evolucionado la teología de los siglos siguientes si los monjes no hubieran rechazado el método naciente y lo hubieran asimilado como habían sabido asimilar tantos otros antes?. Es verdad que para bien o para mal, una manera llamada monástica de hacer teología se mantuvo en los monasterios y la teología escolástica se desarrolló en las

escuelas fuera de los monasterios. En Santo Tomás de Aquino, el nuevo método es utilizado todavía en una perspectiva profundamente contemplativa. En los comentaristas -y de los comentaristas, se irá perdiendo cada vez más.

Lo mismo ocurrió con el estudio de la Escritura. Los monjes habían jugado hasta este momento un papel preponderante en la interpretación y uso de la Escritura, aunque su enfoque no fue esencialmente diferente del que tenía el conjunto del pueblo de Dios. A partir del momento en que, sufriendo (sin darse cuenta de ello) la influencia del nuevo pensamiento, elaboran su propio método de lectura paralelo al de la escolástica, y así existen en la Iglesia dos enfoques de la Escritura completamente distintos: uno que quiere una lectura con el corazón (y que en algunas épocas olvidará a menudo hacer seguir a la inteligencia) y una orientación científica que se desecará cada vez más.

Por otra parte, se debe reconocer que al precisar su propio método de Lectio, los monjes eran ya dependientes de la nueva mentalidad, pre-escolástica, que había creado la necesidad de un método. Los primeros monjes no tenían método, tenían una actitud respecto a la lectura.

Con frecuencia, en el curso de los últimos siglos, los monjes olvidaron su manera propia de leer la Escritura y los Padres y de hacer teología y adoptaron la de todo el mundo. Ha sido, pues, necesario para los monjes de nuestra época, volver a una forma de hacer teología distinta de la de los manuales escolásticos y volver a una manera de leer la Escritura y los Padres distinta de la de la exégesis científica moderna.

Era importante, redescubrir esta manera de leer la Escritura y esta manera de hacer teología. Pero reconocer que esta manera de leer la Escritura y de hacer teología no tiene nada de específicamente monástico. **Es todo el pueblo de Dios quien debe redescubrirla**, porque ese fue, en una época, el modo en que todo el pueblo de Dios leía la Escritura y hacía teología.

Falta, sin embargo, dar un paso más. Falta superar la fragmentación de la vida del monje y de los demás cristianos. Falta redescubrir la unidad primitiva perdida a lo largo del camino.

Si es verdad que se debe celebrar el lugar que ha conquistado la *Lectio divina* en la vida de los monjes y también en la de muchos cristianos fuera de los monasterios desde hace unos cuarenta años, también lo es que la actitud a propósito de esta realidad no está exenta de peligro.

El peligro está en que, frecuentemente, aunque a veces de manera imperceptible, se ha transformado la *Lectio* en un ejercicio - un ejercicio entre otros, a pesar de que se le considere el más importante de todos. El monje fiel hace una media hora o una hora o incluso más de *Lectio* al día, y pasa a su lectura espiritual, a sus estudios y a sus demás actividades. Adopta una actitud gratuita de escucha de Dios durante esta media hora y con frecuencia se entrega a las otras actividades durante el resto de la jornada con la misma intensidad, el mismo espíritu de competición, la misma disipación que si no hubiera optado por una vida de oración continua y de búsqueda constante de la presencia de Dios.

Todo eso es totalmente extraño al espíritu de los Padres del Desierto, y está en contradicción con la naturaleza misma de la *Lectio divina*. Lo esencial en esta, tal como ha sido descrito por sus mejores teóricos, es la actitud interior.

Esta actitud no es algo de lo que uno se puede revestir durante media o una hora del día. Se tiene permanentemente o no se tiene. Impregna toda nuestra jornada o el ejercicio que se llama *Lectio* es un juego vacío.

Dejarse interrogar por Dios, dejarse interpelar por su Palabra, formar, a través de todos los elementos de la jornada, tanto a través del trabajo como a través de los

encuentros con los hermanos; tanto a través de un trabajo intelectual serio como a través de la celebración litúrgica y de la vida diaria- todo esto es terriblemente exigente. Relegar esta actitud de total apertura a un ejercicio privilegiado cuyo sentido es impregnar el resto de nuestra jornada es quizás una manera demasiado fácil de desentenderse de esta exigencia.

Para los Padres del Desierto, leer, meditar, orar, analizar, interpretar, escudriñar, traducir la Escritura - todo esto formaba un bloque inseparable. Habría sido impensable para un Jerónimo considerar que su profundo análisis sobre el texto hebreo de la Escritura para extraerle todos sus matices, no merecía el nombre de *lectio divina*.

Siendo la tradición monástica una interpretación vivida de la Palabra de Dios, tiene una importancia semejante a la suya, aunque secundaria con relación a ella. Los Padres del Desierto tendían a conceder el mismo poder a la Palabra o el ejemplo de un Anciano transformado por el Espíritu, que a la Palabra de Dios o a un ejemplo bíblico. Pero esta palabra vivida que es la tradición monástica tiene necesidad de ser interpretada y continuamente reinterpretada ella también.

En nuestros días, - se ha redescubierto a los Padres. Hay que aplaudir este redescubrimiento. Pero su mensaje, aún más que el de las Escrituras, está envuelto en un contexto cultural que no es, como se acepta demasiado a menudo, *la* cultura monástica - sino que es el contexto cultural de tal o cual época particular en la que los monjes antiguos han vivido su vocación monástica. Los creyentes en este siglo XXI, debemos exponernos, sin ningún espíritu crítico, a la gracia transformante que el Espíritu nos transmite; pero no podemos hacerlo más que después de haber desbrozado con un sentido crítico y fiándose el Señor.

Rafael Pla Calatayud.

rafael@betaniajerusalen.com

Boletín Camino a Betania. N 41. Págs. 19-23

Diciembre del Año del Señor 2014

Valencia -España-

La Sagrada Escritura es...			
Palabra escrita de Dios	por inspiración del Espíritu Santo		confiada a la Iglesia para la salvación
Leer	Meditar	Orar	Contemplar
¿Qué dice el texto bíblico?	¿Qué me dice el Señor por su Palabra?	¿Qué le digo al Señor movido por su Palabra?	¿A qué conversión y acciones me invita el Señor?
<i>Interpretar</i> <i>la Palabra...</i> para descubrir lo que Dios nos enseña por medio del autor inspirado.	<i>Actualizar</i> <i>la Palabra...</i> para interpelar la vida, dialogar con Dios y celebrar nuestra fe en familia o comunidad.		<i>Actuar</i> <i>la Palabra...</i> para conducir la vida (<i>actuar</i>) según Dios (<i>conversión</i>) y dar testimonio.
ASÍ...			
El mensaje de Dios...	interpela mi vida...	suscita la oración...	me lleva a la conversión y a la acción

Oración y acción en la Lectio divina



De las cuatro partes de la Lectio divina; LECTURA, MEDITACIÓN, ORACIÓN, COMTEMPLACION-ACCION, vamos a fijarnos en las dos últimas.

LA ORACIÓN (suplicar alabar, recitar).

En la lectura se preguntaba: " ¿que el texto dice?. En la meditación: ¿qué es lo que el texto o me dice, nos dice?.

Ahora en la oración, la pregunta es: ¿qué es lo que el texto me hace decir, nos hace decir a Dios?. Hasta ahora, era Dios el que nos hablaba a través de la lectura y de la meditación. Llegó el momento de dar nuestra respuesta y de que expresemos delante de Dios la reacción que la palabra oída y meditada provocó en nosotros. Así la oración es la respuesta fervorosa de nuestro corazón que responde a Dios, viviendo que aparte los males y que nos conceda cosas buenas.

Esto no quiere decir, que durante la lectura y la meditación no se deba de orar. Ya sabemos que en la Lectio divina se trata de cuatro actitudes permanentes que actúan juntas durante todo el proceso. La actitud por ante está presente desde el comienzo. Al iniciar la lectura se invocan al espíritu Santo. Durante la lectura, siempre aparecen pequeños momentos de oración. La meditación ya es casi una actitud de oración, pues, por sí misma se transforma en peticiones. Pero dentro de la dinámica de la Lectio divina, a pesar de que todo se hará regado con oración debe haber un momento especial, propio y específico para las preces; este momento presente en el tercer grado: la oración.

La actitud de oración frente a la palabra de Dios debe de ser como aquella de María que dice: " he aquí la esclava del Sr., Hágase en mí según tu voluntad" (Lc. 1,38). La palabra que María oyó no era una palabra de la Biblia, pero sí una palabra percibida de los hechos de la vida, cuando ella fue visitada por el ángel Gabriel. María fue capaz de percibir la porque había purificado su mirada y su corazón. Los puros de corazón perciben la acción de Dios en los hechos. Rezando y cantando los creyentes en caminamos la oración en la vida. Esta actitud de oración debe de ser realista y uno en genoma, lo cual se alcanza por la meditación. Debe tornarse en una actitud permanente de vida, lo cual se alcanza por la contemplación.

La oración provocada por la meditación puede ser una oración espontánea, que brota en el momento de la Lectio divina. Dependiendo de lo que se oyó de parte de Dios en la lectura y en la meditación, la respuesta puede ser de alabanza, de acción de gracias, de súplica, de perdón; puede ser hasta de Revilla poder imprecación, como fue la respuesta dejó, de jeremías, ni de tantos salmos. Como en la meditación, es importante

que esta oración espontánea no sea sólo personal sino que también tenga su expresión comunitaria en compartir fraternal y comunitario.

La oración provocada por la meditación también puede ser la recitación de plegarias ya existentes. En este punto del oficio divino presenta una gran ayuda. La oración hecha a través de los salmos, distribuidos en las diversas horas del día, nos ayudan indudablemente a nuestra actitud por han de. Nuestra creatividad nos puede llevar a memorizar algún salmo para los momentos de necesidad, llevar con nosotros alguna frase de la Biblia para tenerla presente a lo largo del día, en esos momentos en que necesitamos exteriorizar nuestra actitud de buenos hijos de Dios; en definitiva de la oración se adapte a nuestro modo de vivir y que de esa forma la oración sería la ayuda para nuestra vida cotidiana.

Recordemos que la Lectio divina, que tiene sus raíces en el pueblo judío, valorada, como hacían los judíos, la lectura, la meditación, la oración y la acción. Estos aspectos no pueden separarse pues existen unidos en la unidad de Dios, en el seno de la santísima Trinidad. Desde toda la eternidad, el Padre pronuncia su palabra y coloca en ella la fuerza de su espíritu. La palabra se hace carne en Jesús, en quien reposa la plenitud del espíritu Santo.

Lamentablemente en la práctica pastoral, estos aspectos están separados. Grupos eclesiales separan demasiadas veces los momentos de oración (carismáticos) de la vida. Otras veces no se hace una lectura como debe de ser hecha, así hay lecturas fundamentalistas de la Biblia, otras veces son lecturas moralizantes, o excesivamente individualistas.

Por esa razón su dedicación y oración carece muchas veces de fundamento real en el texto o en la realidad.

La Lectio divina cuando es bien conducida en sus diferentes pasos, representa una gran ayuda para nuestra vida cristiana. Nuestro itinerario personal se llena de la presencia de Dios, y de esa forma nuestra relación con la realidad, con los Hermanos, con los pobres, con los necesitados se enriquece de una forma espléndida y encontramos fuerza y luz en esa palabra encarnada de Dios, que se hace " lámpara que ilumina nuestro caminar". Desde la Lectio divina se iluminan nuestras noches oscuras con sus crisis y dificultades, con sus desiertos y tentaciones; nuestra realidad cotidiana se enriquece cuando quiera enfrentará a la luz de la palabra de Dios.

Los pasos a lo largo de la Lectio divina deben de estar marcados por las necesidades personales o comunitarias. A veces llegados a la meditación y antes de la oración, volveremos a ver leer el texto, para que la semilla de la palabra anide adecuadamente en nuestra mente y en nuestro corazón.

LA CONTEMPLACIÓN: (discernir, actuar).

La contemplación que va unida al discernir y al actual es el último grado de la Lectio divina. Es un punto de llegada. Es verdad que la llegada siempre es plataforma de un nuevo comienzo. La palabra de Dios nunca se agota en un recorrido particular de Lectio divina; más bien, cuanto más meditamos en la palabra, más necesidad tenemos de que ésta esté presente en nuestra vida. Así nunca llegaremos al momento de decir: " ya realice todo el objetivo de la palabra de Dios en mi vida". Siempre habrá por delante la posibilidad de una mirada más penetrante, de una lectura más profunda, de una meditación más exigente, de una oración más comprometida, de una contemplación más responsable y transparente.

La contemplación reúne en sí todo un camino recorrido de la Lectio divina: colocados delante de Dios, leemos y escuchamos la palabra, estudiamos y descubrimos un sentido: con ella nos comprometimos y comenzamos a rumiar la para que entrase en la dinámica de nuestra propia vida y pasarse de la cabeza al corazón. Y, transformado todo esto va en oración delante de Dios como un proyecto para nuestra vida, la sal de la palabra desapareció en lo cotidiano y dio a nuestra vida diaria un nuevo sabor; el pan de la palabra fue masticado y nos dio fuerzas para una nueva acción.

Al final teniendo todo está en la mente lleno corazón comenzamos a tener pocos nuevos para observar y lleva lugar nuestra vida, los hechos cotidianos, el proyecto de nuestra historia, el caminar peregrino que Dios nos permite acceder como hijos suyos. A través de la Lectio divina nosotros entramos en el misterioso mirada de Dios sobre el mundo, que así se comunica mis es parte. Este renovado mirar divino que es la contemplación.

San Agustín decía que, a través de la lectura de la Biblia, Dios nos devuelve la mirada de la contemplación y nos ayuda a descifrar el mundo y a transformarlo, para que sea, nuevamente una revelación de Dios, una que lo haría. Así entendida la contemplación es lo contrario de la actitud de quien se retira del mundo para poder contemplar a Dios.

La contemplación como resultado de la Lectio divina, es la actitud de quienes cuadrilla en el interior de los hechos para descubrir y poder saborear en plenitud la presencia activa y creativa de la palabra de Dios y, hacernos a nosotros auténtica luz y sal en medio del mundo, para que sea posible la transformación que la palabra quiere provocar dentro de la historia humana. La contemplación no sólo medita mensaje, sino que también lo realiza; no sólo oyen, sino que lo pone en práctica. Nunca se separan dos aspectos: el decir y el hacer, el enseñar y el animal, el ser luz y se fuerza.

La contemplación corrige la tentación de querer separar la palabra de Dios de la vida. Nos hace descubrir que no es Dios quien está ausente de la realidad, sino que somos nosotros los que no percibimos su presencia en lo cotidiano. Nosotros somos los que estamos ciegos. La Lectio divina cura nuestra ceguera, abre los ojos para distinguir, lo que es voluntad de Dios, presencia de Dios de lo que no lo es. Ayudar a descubrir y a desarrollar el proyecto de Dios en la historia que hoy estamos llamados a vivir; vivir en la historia y percibir la como Cristo lo hizo y teniéndolo a él como camino, verdad y vida. Todo ello nos hace descubrir el sentido de las cosas, nos hace y comprometernos con el rey.

La contemplación, último grado de la " escalera de los monjes" (Guigo, monje), " penetra en las nubes que investiga los secretos del cielo". Es el futuro que aquí se anticipa en el tiempo; el comienzo gratuito de la felicidad que esperamos de Dios y que queremos construir a través de nuestros puerto. El monje en ciego utiliza varias expresiones que apuntan en esa línea: " la lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada, la meditación la encuentra, la oración y la vive y la contemplación la saborea. La lectura lleva la comida sólida hasta la boca, la meditación de la basílica y la higiene, la oración por Eva su gusto y la contemplación es la propia dulzura que alegra y recrea. La lectura alcanza la cáscara, la meditación penetra en el meollo, la oración fórmula el deseo y la contemplación del gusto de la dulzura ya alcanzada". Dice más el monje: " la contemplación es una elevación de la mente sobre sí misma que, suspendida en Dios, saborear las alegrías de la dulzura eterna". Lo que más llama la atención en estas palabras del monje de cultivo, es su insistencia en describir la contemplación como una sabrosa degustación de la dulzura que existe en la palabra de Dios. En la contemplación, según parece la experiencia de Dios suspende todo, relativizar todo y,

como por un instante, participando de la alegría que " Dios preparó para aquellos que lo aman" (1Cor 2,9).

Todo el proceso de la Lectio divina está en estas palabras: es como el punto final de la escalera, es el descanso para un nuevo comienzo. Es como subir una torre muy alta. Lectura, meditación y oración son tres en capas del mismo recorrido. En la ventana del primer descanso, uno descansa y contempla paisaje. Después, se continúa la subida hasta el segundo descansillo y por otra escalera, también de tres pisos: lectura, meditación y oración. En la ventana del segundo descansillo uno descansa un poco y contempla de nuevo, es el mismo paisaje. Sin embargo nos parece más bonito, dan ganas de subir más para observar mejor ya sea uno va subiendo siempre más en un proceso que nunca acaba.

Leyendo en la misma Biblia, mirando siempre el mismo paisaje. En la medida en que uno su vez, la misión se profundiza, el paisaje es más amplio, más en real. Uno distingue su casa, su poblado, encuentra allí en medio de su vida la historia de sus andanzas. Y así va subiendo. A otro, intercambiando ideas, ayudándose unos a otros, para no dejar a nadie atrás. Y subiendo, subiendo llegaremos a contemplar a Dios cara a cara y, en Dios, también veremos de otra forma, distinta, plena a los Hermanos que nos han acompañado en el camino.

Aparte la resurrección es para el creyente como un adelanto de la resurrección. Es verdad que en lo cotidiano de la vida las sombras del sufrimiento y de la lucha cotidiana, nos hacen a veces olvidar que somos y estamos y ha resucitado los y que en definitiva la resurrección después de la muerte será como la plenitud de todo lo bueno que hayamos vivido, practicado y ejercido en nuestra vida cotidiana.

Agradecidos al Señor: ¡demostramos gracias a Dios siempre !.



(Rafael Pla Calatayud. rafael@betaniajerusalen.com.
Boletín de Jerusalén a Betania. Caminos de vida cristiana.
Nº. 53. Junio del A.D. 2017)

Desarrollo del encuentro de oración , según la "Lectio divina"

Como orientación os presentamos el esquema de oración que utilizamos en nuestros encuentros.⁷

Saludo inicial.

V. Dios mío, ven en mi auxilio.

R. Señor date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,

Por los siglos de los siglos.

Amén.

Oración al Espíritu Santo.

Ven, Espíritu creador; visita a tus fieles reunidos en este Cenáculo, acompáñanos en nuestra oración.

Tú el prometido del Padre, pon en nuestros labios los tesoros de tu palabra.

Derrama tu divina gracia sobre los corazones que Tú mismo has creado y elegido.

Purifícanos, límpianos, sánanos y llénanos de ti, de tu amor.

Tú eres nuestro consuelo, don de Dios altísimo, fuente viva, fuego, caridad y espiritual unción.

Infúndenos el fuego de tu amor y llénanos de tu calor.

Tú derramas sobre nosotros los siete dones. para edificación de la Iglesia.

Enciende con tu luz nuestros sentidos, infunde tu amor en nuestros corazones y con tu perpetuo auxilio, fortalece nuestra frágil condición terrenal.

Aleja de nosotros al enemigo, danos pronto tu paz, siendo Tú mismo nuestro guía evitaremos todo lo que es nocivo.

Espíritu Santo ven, se nuestro guía, nuestra fuerza en la duda, nuestra luz de cada día.

Que por Ti conozcamos al Padre y también al Hijo y que en Ti, que eres el Espíritu de ambos, creamos en todo lo que el Señor nos promete.

Gloria a Dios Padre y al Hijo que resucitó de entre los muertos, y al Espíritu Consolador, por los siglos de los siglos.

Amén.

- **Desarrollo de la "Lectio divina".**

Hacemos unos momentos de silencio orante.

Paso 1. Leer: ¿Qué dice el texto?

¿Qué dice el texto?

⁷ Rafael Pla Calatayud. Oración en clave de "Lectio divina" , en el Año de la Fe. Valencia 2017.

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

a) *Lectura*. Se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*. Todos leen de nuevo el texto ayudados por las notas de su Biblia.

c) *Compartir*. Los participantes podemos compartir lo que hemos descubierto en la lectura del texto o aquello que no hemos entendido o nos ha sorprendido.

- Leer el texto de manera atenta y respetuosa.
- Detenerse (estar-reposar) sobre el texto.
- Descubrir el mensaje que expone.

Paso 2. Meditar: ¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

¿Qué me dice el texto?

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, en cuanto formamos una comunidad cristiana.

a) *Lectura*. De nuevo se lee el texto en voz alta escuchando atentamente.

b) *Silencio*. Cada uno en actitud de discernimiento nos preguntamos qué es lo que el Señor quiere decirme, tratando de descubrir su voluntad.

es una buena actitud fijarse en alguna palabra o acción de Jesús, en la situación de algún personaje.

c) *Compartir*. a continuación podemos compartir con los demás hermanos lo que hemos descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

- Ponerse ante el espejo de la Palabra.
- Interiorizar.
- Ahondar en la propia vida.
- Compartir lo descubierto.

***Paso 3. Orar:
¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra
proclamada? Contemplación-oración.***

La Palabra nos exige una respuesta

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios.

Lo hacemos a través de una oración.

a) *Lectura*. Si se considera conveniente se vuelve a leer de nuevo el texto escuchando con atención.

b) *Silencio*. Cada uno ora personalmente expresando a Dios aquello que este texto de la Escritura le sugiere.

c) *Compartir*. Cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio.

- Dios se me da a conocer con la experiencia del corazón.
- Serenidad ante el misterio de Cristo.
- ¿Qué me hace decirle a Dios?
- Orar la Palabra: pido, alabo, agradezco, suplico...

***Paso 4. Meditar-Actuar:
¿Qué hacer como resultado de la oración?
Contemplación-acción.***

La Palabra nos exige una respuesta de acción, respuesta de un compromiso personal. a) *Lectura*. Si se considera conveniente se vuelve a leer de nuevo el texto escuchando con atención.

b) *Silencio*. Cada uno personalmente expresa la acción que el texto le sugiere y que con la ayuda del Espíritu a discernido: conversión personal, una acción en favor de la comunidad...

c) *Compartir*. Cada uno puede compartir con los demás el compromiso personal o comunitario al que ha llegado.

¿Qué camino de vida me invita a tomar?

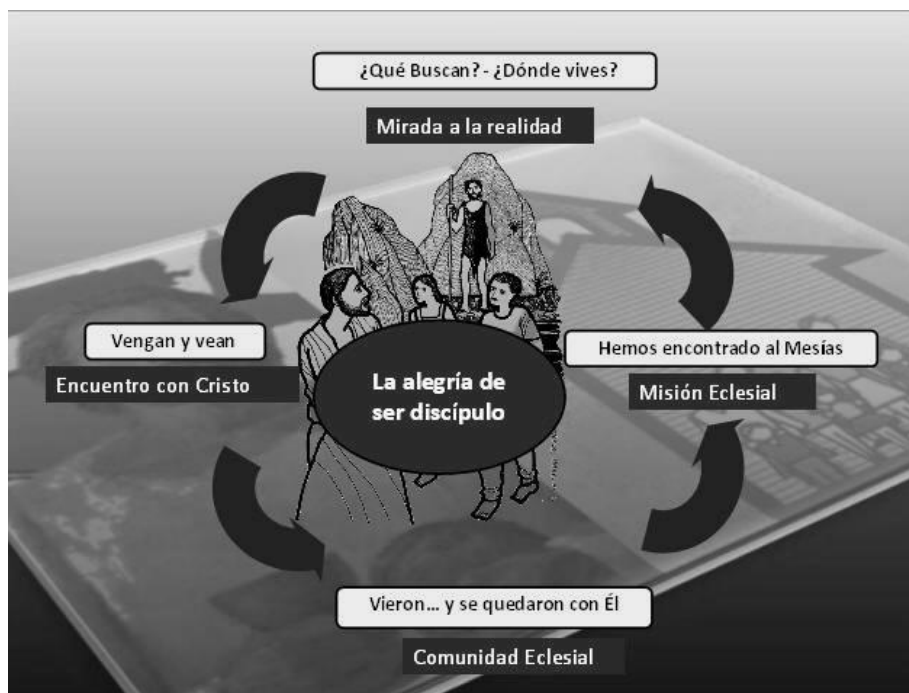
- Ver la realidad con la mirada de Dios.
- Configuración con Cristo y vida en el Espíritu.
- Anuncio, compromiso y caridad.

Conclusión

El encuentro termina con una oración común (Padrenuestro u otra oración conocida por todos).

Podemos elegir como conclusión un salmo relacionado con el texto leído.

En esta plegaria pedimos a Dios la fuerza para llevar a término el compromiso que hemos asumido.



El bautismo de Jesús en el Jordán.

Marcos 1, 1-11



Pasos de la Lectio divina.

Introducción

Paso 1. Leer: *¿Qué dice el texto?*

Paso 2. Meditar: *¿Qué me dice Dios a mí en este texto?*

Paso 3. Orar: *¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?*

Paso 4. Actuar: *¿Qué hacer como resultado de la oración?*

Introducción

Hemos comenzado nuestro encuentro de oración invocando al mismo Espíritu Santo que aleteabas en las aguas de la creación y ha guiado los pasos de Moisés en el desierto. Hoy le hemos pedido que venga hoy sobre nosotros y nos sumérge en él, para que nuestros pasos y sentimientos sean orientados hacia Cristo, en la escucha de su Palabra.

Le hemos pedido que more en nosotros, como Espíritu del Padre, y que nos guíe a la verdad de nosotros mismos y al conocimiento del Hijo de Dios que nos redime y nos hace ser una sola cosa con él, para que en nosotros pueda también el Padre complacerse.

También Cristo, en su humano caminar, debió tomar gradualmente conciencia de su propia identidad y del papel confiado por el Padre dentro de la historia humana.

El acontecimiento del bautismo en el Jordán indica esta toma de conciencia y proyecta a Jesús más allá de los confines de la propia tierra, la Galilea de los gentiles, a una misión de confines universales y en una dimensión de compartir la condición humana hasta lo inimaginable para él y sus profetas: es Dios mismo el que "desciende" junto al hombre, aun conociendo sus debilidades, para hacerlo "subir" hacia el Padre y darle acceso a la comunión con El. La "complacencia" del Padre que Jesús recibe en el Espíritu Santo lo acompañará siempre en el caminar terreno, haciéndolo constantemente consciente del amor gozoso de Aquel que lo ha enviado al mundo.

Los ritos de purificación mediante baños o abluciones eran frecuentemente usados en el hebraísmo de la época de Jesús (cfr Mc 7, 1-4), también entre los esenios del Qumran, como práctica cotidiana.

La palabra bautismo indica un baño, una inmersión completa en el agua, y deriva del verbo baptizare, poco usado en el Antiguo Testamento griego a causa de la forma negativa de su significado: sumergir, hundir, aniquilar (anegando o hundiendo en el agua).

El bautismo de Juan: caracteriza toda su actividad (de modo que llega a ser su nombre: cfr Mc 1,4) y vuelve a tomar las prácticas existentes, introduciendo algunas novedades. Juan hace su trabajo en un lugar impreciso a lo largo del Jordán y confiere el bautismo en el agua corriente del río, no en locales a propósito y en aguas preparadas para el rito. La conversión y la penitencia pedidas por él (Mc 1,4) miran más al plano moral que al ritual (cfr Lc 3,8) y el rito indicado de tal cambio existencial (baño y confesión de los pecados) sucedía una sola vez en la vida. Además, Juan dice claramente que su bautismo es sólo preparación de un suceso purificador más radical y directamente conectado al juicio final de Dios: el "bautismo en el espíritu" y en "el fuego" (cfr Mc 1, 7-8; Mt 11-12).

El pueblo de Judea y de Jerusalén acoge ampliamente la predicación de Juan, en tal forma que fueron gran número los que se acercaban a él para obtener el bautismo (Mc 1, 5) como incluso narra Flavio Josefo: es la realización evidente de la palabra profética citada por Mc 1, 2-3.

<p>Paso 1. Leemos : <i>¿Qué dice el texto?</i></p>

" **1 1** *Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios**.

2 Como está escrito en el profeta Isaías: «Yo envío a mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino; 3 voz del que grita en el desierto: "Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos"»; 4 se presentó Juan en el desierto bautizando y predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. 5 Acudía a él toda la región de

Judea y toda la gente de Jerusalén. Él los bautizaba en el río Jordán y confesaban sus pecados.

6 Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. 7 Y proclamaba: «Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no merezco agacharme para desatarle la correa de sus sandalias. 8 Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo». 9 Y sucedió que por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. 10 Apenas salió del agua, vio rasgarse los cielos y al Espíritu que bajaba hacia él como una paloma. 11 Se oyó una voz desde los cielos: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco»." (Marcos 1,1-11)

Palabra del Señor.

<p><i>Paso 2. Meditamos :</i> <i>¿Qué me dice Dios a mí en este texto?</i></p>
--

Han pasado 18 años desde que Jesús, a los 12, se quedó atrás en el Templo. En el ínterin, dice que «*crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres*»^[1]. Lo más probable es que trabajara muchos años al lado de José, hasta la muerte de este, y que entonces, por ser el primogénito, se convirtiera en cabeza de su familia. La Biblia no da detalles sobre Su vida desde que tenía 12 años hasta que inició Su ministerio, período conocido como los años ocultos o los años de silencio; pero al llegar a este punto, se produce un cambio.

Juan el Bautista está causando sensación, y las noticias de su predicación y sus bautismos han llegado no solo a Jerusalén y la provincia de Judea, sino también hasta Galilea. Jesús ha oído hablar del profeta del desierto y va «de Galilea al Jordán, donde estaba Juan, para ser bautizado por él»^[2]. Lucas precisa que «era como de treinta años»^[3].

Aunque cada uno de los evangelistas nos cuenta el bautismo de Jesús en el contexto de su Evangelio, todos mencionan los aspectos más destacados de lo que sucedió ese día.

Nos encontramos con dos personajes centrales: Juan y Jesús.

Juan sabe muy bien que no es el Mesías y de que es muy inferior a él en dignidad, aun siendo llamado a prepararle la venida, ya inminente (Mc 1,7-8). Todos los evangelios refieren este conocimiento, subrayada aquí por el uso del verbo en pretérito para el propio bautismo y en futuro para el bautismo del Mesías. Esto refleja la preocupación (típica de las primeras comunidades cristianas) de mostrar la superioridad del bautismo cristiano al bautismo de Juan, al mismo tiempo que la preeminencia de Jesús el Cristo sobre Juan el Bautista (cfr Mt 3, 14; Jn 1,26,34).

Marcos sintetiza al máximo la predicación de Juan; en particular, omite lo que se refiere al divino juicio final (cfr Mc 1, 7), con el fin de poner en mayor relieve la predicación de Jesús.

El bautismo en el Espíritu: es el bautismo escatológico ya prometido por los profetas (cfr Jn 3, 1-5), ligado al fuego del juicio y también bajo forma de aspersion (cfr Ez 36. 25). Jesús lo recibe inmediatamente después y su bautismo será origen y modelo del bautismo de los cristianos. Por tanto, la comunidad cristiana se funda sobre el don del Espíritu Santo.

El bautismo de Juan era un bautismo de arrepentimiento, un llamado a todos los que habían pecado para que confesaran sus faltas y cambiaran de conducta; sin embargo, Jesús, que estaba libre de pecado, acudió a Juan para ser bautizado. Mateo explica que Juan era consciente de que Jesús iba a desempeñar un papel más importante que él y que indicó que era ese mensajero mayor que él que había de venir. Sabía que

Jesús no necesitaba su bautismo y trató de impedirlo. Es como si dijera: «Yo necesito Tu bautismo del Espíritu y con fuego; pero Tú no necesitas mi bautismo de arrepentimiento en agua»^[27]. De todos modos, Jesús manifestó que convenía que realizaran el bautismo, que era menester hacerlo para cumplir todo como debía ser.

Jesús participó del bautismo de Juan, no porque necesitara arrepentirse, sino para poder identificarse con los pecadores y a través de esa identificación convertirse en su reemplazo. La Escritura dice:

*"Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en Él recibiéramos la justicia de Dios*⁸.

Isaías escribió:

*Por Su conocimiento Mi Siervo justo justificará a muchos, y cargará con las iniquidades de ellos. [...] Derramó Su vida hasta la muerte, y fue contado entre los transgresores*⁹

Al participar del bautismo de Juan, Jesús declaró Su solidaridad con los pecadores y se hizo uno de ellos en el proceso de salvación^[30].

Jesús sobresale en medio de la gran muchedumbre de penitentes judíos (cfr Mc 1,5), porque proviene de una zona a la cual no había llegado nada más que los ecos de la predicación penitencial del Bautista, la Galilea (Mc 1,9). Este es un lugar importante para Marcos: Jesús inicia allí su actividad y allí es bien acogido; después de la Pascua, es allí donde los discípulos se reunirán (16,7) y lo entenderán plenamente y es desde allí de donde saldrán para la misión (16,20).

A la luz de lo que dirá después la voz celestial, Jesús no es sólo "más fuerte" que Juan, sino que tiene una naturaleza muy superior a él. Y sin embargo él ha descendido entre aquéllos que se reconocen pecadores, sin tener ninguna disminución de la propia dignidad (cfr Fil 2, 6-7): es "la luz que brilla en las tinieblas" (cfr Jn 1,5).

En el texto de hoy , se nos narran los motivos por los cuales Jesús va a recibir el bautismo de penitencia, aunque el acontecimiento es uno de los más esperados históricamente entre los narrados en los evangelios: al evangelista le interesa primariamente la revelación divina que sigue al bautismo de Jesús.

El ver que los cielos se rasgaban no es una especie de revelación reservada a Jesús. Los cielos, literalmente, "se rasgan" oyendo la invocación de Isaías: "Si tú rasgaras los cielos y descendieras" (Is 63, 19b). Se abre así una fase del todo nueva en la comunicación entre Dios y los hombres, después de un tiempo de separación: esta nueva relación se confirma y llega a ser definitiva con la muerte redentora de Cristo, en cuyo momento "se rasgó" el velo del Templo (cfr Mc 15,38) como si una mano del cielo la hubiese golpeado. Por lo demás, la Pascua de muerte y resurrección es el "bautismo deseado" de Jesús.(cfr Lc 12,50).

Jesús sale del agua del río e inmediatamente después, abiertos los cielos, "desciende" el Espíritu y se posa sobre él. Entre tanto se ha acabado ya el tiempo de la espera del Espíritu y se reabre el camino directo que une a Dios con los hombres. Marco muestra plásticamente que es Jesús el único poseedor del Espíritu que lo consagra Mesías, lo vuelve plenamente consciente de ser el Dios-Hijo, lo habilita y sostiene en la misión querida por el Padre.

El Espíritu, según Marcos, aparece sobre Jesús en figura de una paloma. Esta, ya en la narración referente a Noé, está puesta en relación a las aguas y a la obra de Dios en el mundo (cfr Gn 8,8-12). En otro lugar, la paloma se utiliza como reclamo a la fidelidad y por tanto a la estabilidad del don, por su constancia en retornar al lugar del que sale; el Espíritu se posa establemente sobre Jesús y se posesiona de él. En esta frase de Marcos

⁸ 2 Corintios 5:21

⁹ Isaías 53:11,12

podemos también leer de rebote el "aletear del espíritu de Dios sobre las aguas" de la creación (Gn 1,2); con Jesús comienza verdaderamente una "nueva creación" (cfr Mt 19,38; 2Cr 5,17; Gal 6,15).

Una voz que venía de los cielos: con la llegada de Jesús se ha restablecido la comunicación entre Dios y el hombre. Aquí no se trata de la que los rabinos llamaban "hija de la voz", sustitución incompleta de la palabra profética, sino de una comunicación directa entre el Padre y el Hijo.

En los siguientes verbos vemos la acción trinitaria. Vino ...se vio descender...se oyó: la Trinidad "se abaja" hacia los hombres: desciende al Jordán en Jesús para recibir el bautismo como tantos pecadores, desciende sobre Jesús en el Espíritu por la autoconciencia y la misión y desciende en la voz del Padre para confirmar la filiación.

En la frase "*Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco*": varios pasajes del Antiguo Testamento pueden ser evocados por Marcos, para subrayar al menos con la alusión la importancia y los diversos valores de las palabras celestes.

Ante todo, se evoca a Isaías: "*He aquí mi siervo, a quien sostengo yo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él; el dará el derecho a las naciones*" (Isaías 42, 1) ; es Yahvé que presenta a su fiel siervo. Aquí, sin embargo, no se usa el título de "siervo", aunque sí el de "hijo" entrelazando el texto profético con un salmo de investidura real y mesiánica: "*El me ha dicho: Tú eres mi Hijo, hoy yo te he engendrado*" (Sal 2, 7). El evangelista (a la par de los otros sinópticos) deja asomar así cual sea su identidad humana-divina y la misión de Jesús.

A la luz de la fe pascual, San Marcos no podía ciertamente entender esta revelación como la adopción del hombre Jesús por parte de Dios. "*Mi Hijo el predilecto*": La voz del cielo es una confirmación de una especial relación entre Jesús y el Padre. El título de Hijo de Dios es atribuido a Jesús ya en el primer versículo de Marcos y después al término de la pasión, en la declaración del centurión: "*Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios*" (Mc 1, 1; 15,39). Para San Marcos, el título de "Hijo de Dios" es particularmente relevante para la comprensión de la persona de Jesús y para la plena profesión de la fe, y de tal manera importante, que se convierte después en un nombre atribuido a Jesús por los Cristianos, con el cual ellos tratan de proclamar los elementos esenciales de la propia fe en El. (cfr Rm 1,4); el mesías rey, el salvador escatológico, el hombre con una especial relación con la esfera divina, el resucitado de entre los muertos, la segunda persona de la Trinidad.

El hecho de que la voz del cielo lo proclame "el predilecto", "amadísimo" (como se repetirá en la Transfiguración: 9,7; cfr también 12,6) pone de relieve la relación del todo singular del Padre con Jesús, tan especial, que oscurece todas las demás relaciones de los hombres con Dios, por más privilegiadas que sean. También Isaac, como Jesús es el hijo "único y predilecto" (cfr Gn 22,2) y a quien no se le ahorra la angustia de la muerte violenta (cfr Heb 5,7).

• "En ti me complazco": estas palabras subrayan la elección mesiánica de Jesús, fruto de una benevolencia del Padre que muestra así su absoluta preferencia hacia el Hijo en el que halla gozo y satisfacción (cfr Is 42,1) mientras, obediente, comienza su misión para llevar los hombres al Padre (cfr Mc 1,38).

Paso 3. Oramos :
***¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra
proclamada ?***

Oración introductoria.

"Dame, Señor, la fe, la esperanza y la caridad para vivir el estilo de vida que me propone tu Evangelio. La mentira domina al mundo con medios cada vez más veloces y sofisticados, mientras la evangelización parece tomar un ritmo lento. Por eso te pido que ilumines mi oración, de modo que ésta me dé la luz y fuerza para responder, con prontitud y generosidad, a lo que me toca hacer.

"¡Creo, ayuda a mi poca fe!". Ilumina mi caminar terrenal, para que sepa mis límites y mis necesidades de tu presencia en mi vida.

¿Cómo interiorizamos la Palabra de Dios?

(Releamos el texto haciendo algunas anotaciones sobre cada uno de sus momentos:

(Dejamos 5 minutos de silencio).

Motivamos la oración.

El contexto litúrgico no es indiferente para comprender este Evangelio. Tomemos el prefacio de la misa del Bautismo de Jesús en el Jordán. para elevar nuestra oración a Dios:

"En el Bautismo de Cristo en el Jordán, oh Padre,
tú has obrado signos prodigiosos
para manifestar el misterio del nuevo lavado (nuestro bautismo);
del cielo has hecho oír tu voz,
para que el mundo creyese que tu Verbo estaba en medio de nosotros;
con el Espíritu que se posaba sobre Él
como paloma, has consagrado a tu Siervo
con unción sacerdotal, profética y real,
para que los hombres reconociesen en Él al Mesías,
enviado a traer a los pobres la alegre noticia".
Concédenos darte gracias y glorificarte
por este don sin medida,
por haber enviado a tu Hijo, nuestro hermano y maestro.
Haz reposar sobre nosotros tu benévola mirada
concédenos darte gloria en nuestra acción, por todos los siglos.

Cada uno puede compartir su oración personal.

<p style="text-align: center;">Paso 4. Actuamos: ¿Qué hacer como resultado de la oración?</p>

Hemos visto las actitudes de Juan y de Jesús. Si bien hubo semejanzas en algunos de los métodos que emplearon Juan y Jesús y en los mensajes que anunciaron, también hubo grandes diferencias. Juan era un asceta, vivía en el desierto; Jesús se relacionaba con la gente de las aldeas y ciudades. Juan proclamó que el juicio estaba a las puertas; Jesús, que el imponente reino de Dios estaba naciendo, e invitó a los que estaban atribulados y sobrecargados a entrar en él. Juan operaba dentro de un marco de expectación de lo que había de venir; Jesús, dentro de un marco de cumplimiento¹⁰.

¹⁰ Este resumen de similitudes y diferencias está tomado de Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento*, 65,66.

Cuando Jesús se presentó para ser bautizado, Juan reconoció que el poderoso había llegado. El cuarto Evangelio nos cuenta lo que dijo de Jesús:

«¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! Este es de quien yo dije: “Después de mí viene un hombre que es antes de mí, porque era primero que yo”. [...] Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo”. Y yo lo he visto y testifico que este es el Hijo de Dios»¹¹.

Después que Jesús fue bautizado por Juan, Dios lo ungió y lo preparó para su ministerio enviando sobre Él su Espíritu. La manifestación de la guía y orientación del Espíritu en la vida de Jesús se aprecia en declaraciones como estas: «Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto. [...] Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea. [...] El Espíritu del Señor está sobre Mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres. [...] Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros»¹².

La voz de Dios proclama desde el cielo que Jesús es su Hijo, identificando así Su relación de Padre e Hijo. Jesús está ahora listo para iniciar Su vida pública con el poder del Espíritu Santo, anunciar el reino de Dios, ser la presencia de Dios en la Tierra y cumplir la tarea mesiánica que le había encomendado Su Padre con el fin de redimir a la humanidad.

Jesús como nosotros, está viviendo una fase de paso: el paso de la "vida escondida" a la "pública", nosotros estamos pasando de las fiestas natalicias al trabajo "ordinario". Éste es el tiempo en el que explicar nuestra misión, que consiste en el quehacer cotidiano (a veces arduo y siempre árido) de expresar en la vida la conciencia de que Dios Hijo está con nosotros como hermano y salvador, repartiendo los dones recibidos en el Bautismo. ¿Soy consciente de la misión que me ha confiado el Padre? ¿Consigo expresarla en la vida normal o me limito a esperar las grandes ocasiones?

Fijémonos en la acción fundamental del Espíritu. El Espíritu revela definitivamente a Jesús su identidad. ¿He tratado de mirarme a mí mismo (identidad, talentos, virtudes, defectos, condición social, etc) a la luz del Espíritu de Aquel que me ha creado?

¿Consigo mirarme dentro en la verdad y sin temor de mis "puntos de sombra"?

El Bautismo nos ha hecho "hijos de Dios en el Hijo": la complacencia del Padre está también sobre nosotros y también nosotros somos ya sus "predilectos" (cfr Jn 2,7; 3,2.21; etc.).

¿Soy consciente del amor con el que el Padre me mira y se relaciona conmigo? ¿Sé responder a ello con la simplicidad y la docilidad de Jesús?

En nuestra lectura se encuentra una manifestación de la Trinidad en acción: el Espíritu descende sobre Jesús, el Padre habla al Hijo, abriendo una nueva comunicación con los hombres.

¿Cómo es mi oración?

¿A quién la dirijo normalmente?

¿Me acuerdo que también yo vivo "inmerso" en la Trinidad y que también para mí se han "rasgado" los cielos?

**Para profundizar releamos el texto meditado
con el Magisterio y los santos Padres de la Iglesia.**

¹¹ Juan 1:29,30,33,34.

¹² Lucas 4:1,14,18,21.

Meditación del Papa Francisco.

" Cuando Jesús recibió el bautismo de Juan en el río Jordán, "se abrieron los cielos". Esto realiza las profecías. En efecto, hay una invocación que la liturgia nos hace repetir en el tiempo de Adviento: "Ojalá rasgases el cielo y descendieses!". Si el cielo permanece cerrado, nuestro horizonte en esta vida terrena es sombrío, sin esperanza. En cambio, celebrando la Navidad, la fe una vez más nos ha dado la certeza de que el cielo se rasgó con la venida de Jesús. Y en el día del bautismo de Cristo contemplamos aún el cielo abierto. La manifestación del Hijo de Dios en la tierra marca el inicio del gran tiempo de la misericordia, después de que el pecado había cerrado el cielo, elevando como una barrera entre el ser humano y su Creador. Con el nacimiento de Jesús, el cielo se abre.

Dios nos da en Cristo la garantía de un amor indestructible. Desde que el Verbo se hizo carne es, por lo tanto, posible ver el cielo abierto. Fue posible para los pastores de Belén, para los Magos de Oriente, para el Bautista, para los Apóstoles de Jesús, para san Esteban, el primer mártir, que exclamó: "Veo los cielos abiertos". Y es posible también para cada uno de nosotros, si nos dejamos invadir por el amor de Dios, que nos es donado por primera vez en el Bautismo. ¡Dejémonos invadir por el amor de Dios! ¡Éste es el gran tiempo de la misericordia! No lo olvidéis: ¡éste es el gran tiempo de la misericordia!" (Papa Francisco, 12 de enero de 2014, homilía).

Meditación de San Juan Pablo II.

«Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo» (Mc 1,8).

1. En la vida de Jesús-Mesías, es decir, de Aquel que es consagrado con la unción del Espíritu Santo (cf. Lc 4, 18), hay momentos de especial intensidad en los que el Espíritu Santo se manifiesta íntimamente unido a la humanidad ya la misión de Cristo. Hemos visto que el primero de estos momentos es el de la Encarnación, que se realiza mediante la concepción y el nacimiento de Jesús de María Virgen por obra del Espíritu Santo: "Conceptus, de Spiritu Sancto, natus ex Maria Virgine", como proclama el símbolo de la fe.

Otro momento en que la presencia y la acción del Espíritu Santo toman un particular relieve es el del bautismo de Jesús en el Jordán. Lo veremos en la catequesis de hoy.

2. Todos los evangelistas nos han transmitido el acontecimiento (Mt 3, 13-17; Mc 1, 9-11; Lc 3, 21-22; Jn 1, 29-34). Leamos el texto de Marcos: "Por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba a él" (Mc 1, 9-10). Jesús había ido al Jordán desde Nazaret, donde había pasado los años de su vida "escondida" (Volveremos aún sobre este tema en la próxima catequesis). Antes de eso, él había sido anunciado por Juan, que en el Jordán exhortaba al "bautismo de penitencia". "Y proclamaba: 'Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo; y no soy digno de desatarle, inclinándome, la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo'" (Mc 1, 7-8).

Ya se estaba en los umbrales de la era mesiánica. Con la predicación de Juan concluía la larga preparación, que había recorrido toda la Antigua Alianza y, se podría decir, toda la historia humana, narrada por las Sagradas Escrituras. Juan sentía la grandeza de aquel momento decisivo, que interpretaba como el inicio de una nueva creación, en la que descubría la presencia del Espíritu que aleteaba por encima de la primera creación (cf. Jn 1, 32; Gn 1, 2). Él sabía y confesaba que era un simple heraldo, precursor y ministro de Aquel que habría de venir a "bautizar con Espíritu Santo".

3. Por su parte, Jesús se preparaba en la oración para aquel momento, de inmenso alcance en la historia de la salvación, en el que se había de manifestar, aunque bajo signos representativos, el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo en el misterio trinitario, presente en la humanidad como principio de vida divina. En efecto, leemos en Lucas:

“Mientras Jesús... estaba en oración, se abrió el cielo y bajó sobre él el Espíritu Santo” (Lc 3, 21-22). El mismo evangelista narrará a continuación que un día Jesús, enseñando a orar a los que lo seguían por los caminos de Palestina, dijo que “el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan” (Lc 11, 13). Él mismo en primer lugar pedía este Don altísimo para poder cumplir su propia misión mesiánica: y durante el bautismo en el Jordán había recibido una manifestación suya especialmente visible que señalaba ante Juan y ante sus oyentes la “investidura” mesiánica de Jesús de Nazaret. El Bautista daba testimonio de él “ante los ojos de Israel como Mesías, es decir como ‘Ungido’ con el Espíritu Santo” (Dominum et vivificantem, n. 19).

La oración de Jesús, que en su Yo divino era el Hijo eterno de Dios, pero que actuaba y oraba en la naturaleza humana, era escuchada por el Padre. Él mismo, un día, diría al Padre: “Ya sabía yo que tú siempre me escuchas” (Jn 11, 42). Esta conciencia vibró especialmente en él en aquel momento del bautismo, que daba comienzo público a su misión redentora, como Juan intuyó y proclamó. En efecto, él presentó a aquel que venía a “bautizar en Espíritu Santo” (Mt 3, 11) como “el cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29).

4. Lucas nos dice que durante el bautismo de Jesús en el Jordán “se abrió el cielo” (Lc 3, 21). En otro tiempo el profeta Isaías había dirigido a Dios la invocación: “¡Ah, si rompieras los cielos y descendieses!” (Is 63, 19). Ahora Dios parecía responder a ese grito, escuchar esa oración, precisamente en el momento del bautismo. Aquel “abrirse” del cielo está ligado a la venida del Espíritu Santo sobre Cristo en forma de paloma. Es un signo visible de que la oración del profeta era escuchada, y de que su profecía se estaba cumpliendo; ese signo venía acompañado por una voz del cielo: “Y se oyó una voz que venía de los cielos: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (Mc 1, 11; Lc 3, 22). El signo toca, por tanto, la vista (con la paloma) y el oído (con la voz) de los privilegiados beneficiarios de aquella extraordinaria experiencia sobrenatural. Ante todo en el alma humana de Cristo, pero también en las personas que se hallaban presentes en el Jordán, toma forma la manifestación de la eterna “complacencia” del Padre en el Hijo. Así, en el bautismo de Jesús en el Jordán tiene lugar una teofanía cuyo carácter trinitario queda mucho más subrayado aún en la narración de la anunciación. El “abrirse el cielo” significa, en aquel momento, una particular iniciativa de comunicación del Padre y del Espíritu Santo con la tierra para la inauguración religiosa y casi “ritual” de la misión mesiánica del Verbo encarnado.

5. En el texto de Juan, el hecho que tuvo lugar en el bautismo de Jesús es descrito por el mismo Bautista: “Juan dio testimonio diciendo: ‘He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se quedaba sobre él. Y yo no le conocía pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien veas que baje el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo. Y yo le he visto y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios’ ” (Jn 1, 32-34). Eso significa que, según el evangelista, el Bautista participó en aquella experiencia de la teofanía trinitaria y se dio cuenta, al menos oscuramente, con la fe mesiánica, del significado de aquellas palabras que el Padre había pronunciado: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”. Por lo demás, también en los demás evangelistas es significativo que el término “hijo” se encuentra usado en sustitución del término “siervo”, que se halla en el primer canto de Isaías sobre el siervo del Señor: “He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él” (Is 42, 1).

En su fe inspirada por Dios, y en la de la comunidad cristiana primitiva, el “siervo” se identificaba con el Hijo de Dios (cf. Mt 12, 18; 16, 16), y el “espíritu” que se le había concedido era reconocido en su personalidad divina como Espíritu Santo. Jesús, un día, la víspera de su Pasión, dirá a los Apóstoles que aquel mismo Espíritu, que descendió sobre él

en el bautismo, actuaría junto con él en la realización de la redención: “Él (el Espíritu de verdad) me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros” (Jn 16, 14).

6. Es interesante, al respecto, un texto de San Ireneo de Lión († 203) que, comentando el bautismo en el Jordán, afirma: “El Espíritu Santo había prometido por medio de los profetas que en los últimos días se derramaría sobre sus siervos y sus siervas, para que profetizaran. Por esto él descendió sobre el Hijo de Dios, que se hizo hijo del hombre, acostumbrándose juntamente con él a permanecer con el género humano, a ‘descansar’ en medio de los hombres y a morar entre aquellos que han sido creados por Dios, poniendo por obra en ellos la voluntad del Padre y renovándolos de forma que se transformen de ‘hombre viejo’ en la ‘novedad’ de Cristo” (Adversus haer., III, 17, 1). El texto confirma que, desde los primeros siglos, la Iglesia era consciente de la asociación entre Cristo y el Espíritu Santo en la realización de la “nueva creación”.

7. Una alusión, antes de concluir, al símbolo de la paloma que, con ocasión del bautismo en el Jordán, aparece como signo del Espíritu Santo. La paloma, en el simbolismo bautismal, va unida al agua y, según algunos Padres de la Iglesia, evoca lo que sucedió al fin del diluvio, interpretado también él como figura del bautismo cristiano. Leemos en el libro del Génesis: (Noé) “volvió a soltar la paloma fuera del arca. La paloma vino al atardecer, y he aquí que traía en el pico un ramo de olivo, por donde conoció Noé que habían disminuido las aguas de encima de la tierra” (Gn 8, 10-11). El símbolo de la paloma indica el perdón de los pecados, la reconciliación con Dios y la renovación de la Alianza. Y es eso lo que halla su pleno cumplimiento en la era mesiánica, por obra de Cristo redentor y del Espíritu Santo.” (San Juan Pablo II. Catequesis (11-07-1990): La venida del Espíritu Santo en el bautismo de Jesús. Audiencia General, Miércoles 11 de julio de 1990).

Meditación de San Gregorio de Antioquía

«Éste es mi Hijo, el amado, en quien me complazco» (Mc 1,11).

“Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Éste es el que sin abandonar mi seno, entró en el seno de María; el que inseparablemente permaneció en mí y en ella habitó no circunscrito; el que indivisiblemente está en los cielos, y moró en el seno de la Virgen inmaculada.

No es uno mi Hijo y otro el hijo de María; no es uno el que yació en la gruta y otro el que fue adorado por los Magos; no es uno el que fue bautizado y otro distinto el exento de bautismo. Sino: éste es mi Hijo; el mismo en quien la mente piensa y contemplan los ojos; el mismo invisible en sí y visto por vosotros; sempiterno y temporal; el mismo que, siéndome consustancial por su divinidad, es consustancial a vosotros por su humanidad en todo, menos en el pecado.

Este es mi Mediador y el de sus hermanos, ya que por sí mismo reconcilia conmigo a los que habían pecado. Este es mi Hijo y cordero, sacerdote y víctima: es al mismo tiempo oferente y oblación, el que se convierte en sacrificio y el que lo recibe.

Este es el testimonio que dio el Padre de su Unigénito al bautizarse en el Jordán. Y cuando Cristo se transfiguró en el monte delante de sus discípulos y su rostro desprendía una luminosidad tal que eclipsaba los rayos del sol, también entonces se volvió a oír aquella voz: Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.

Si dijera: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí, escuchadlo. Si dijera: Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre, escuchadlo porque dice la verdad. Si dijera: El Padre que me ha enviado es más que yo, inscribid esta manera de hablar en la economía de su condescendencia. Si dijera: Esto es mi cuerpo que se reparte entre vosotros para el perdón

de los pecados, contemplad el cuerpo que él os muestra, contemplad el cuerpo que, tomado de vosotros, se ha convertido en su propio cuerpo, cuerpo destrozado por vosotros. Si dijera: Esta es mi sangre, pensad en la sangre del que habla con vosotros, no en la sangre de otro cualquiera.

Dios nos ha llamado a la paz y no a la discordia. Permanezcamos en nuestra vocación. Estemos con reverente temor en torno a la mística mesa, en la cual participamos de los misterios celestes. Guardémonos de ser al mismo tiempo comensales y mutuamente intrigantes; unidos en el altar por la comunión y sorprendidos fuera en flagrante delito de discordia. No sea que el Señor tenga que decir también de nosotros: «Hijos engendré y elevé y con mi carne los alimenté, pero ellos renegaron de mí».

Quiera el Salvador del mundo y Autor de la paz reunir en la tranquilidad a sus iglesias; conservar a este su santo rebaño. Que él proteja al pastor de la grey; que reúna en su aprisco a las ovejas descarriadas, de modo que no haya más que una grey y un solo redil. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén. " (San Gregorio de Antioquía. Homilía 2 en el Bautismo de Cristo, 5.6.9.10: PG 88, 1875-1879.1882-1883.).

Jesús anuncia el Reino y llama.

Marcos 1, 14-20



Pasos de la Lectio divina.

Introducción

Paso 1. Leer: ¿Qué dice el texto?

Paso 2. Meditar: ¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Paso 3. Orar: ¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada?

Paso 4. Actuar: ¿Qué hacer como resultado de la oración?

Introducción

Jesús comenzó y terminará su ministerio en Galilea (ver 16,7). La mayoría de su ministerio, aparte de su muerte y resurrección, se llevará a cabo en Galilea. Nosotros esperaríamos que concentrara su ministerio en Jerusalén, el lugar del templo y la práctica religiosa judía. Sin embargo, Jerusalén también será asociada con la oposición a Jesús, y ahí lo ejecutarán.

La lectura del evangelio de hoy es la historia de la llamada de los primeros discípulos, que inaugura el ministerio de Jesús. Marcos comienza su evangelio con las siguientes palabras "Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios" (v. 1), y relata las historias del ministerio de Juan el Bautista (vv. 2-8), la del bautismo de Jesús (vv. 9-11), y de la tentación de Jesús en el desierto (vv. 12-13). En la historia del ministerio de Juan, Juan cuidadosamente se pone a sí mismo en la relación correspondiente con aquel que viene después de él. Ese será más poderoso, y bautizará con el Espíritu Santo. Juan no es digno de desatar las correas de su calzado (vv.7-8).

Marcos abre este evangelio con las siguientes palabras: "Principio del evangelio de Jesucristo (griego = euangelion Iesou Christou), el Hijo de Dios" (v. 1). En nuestro pasaje bíblico de hoy, se dice que Jesús vino proclamando "el evangelio (griego = euangelion tou theou) del reino de Dios" (v. 14). "Con estas palabras, Jesús apunta lejos de él y hacia Dios. Es el reino de Dios, el reinado de Dios, que Jesús anuncia". Al final, las buenas nuevas tienen que ver con la obra salvadora de Jesucristo, pero Jesús primero proclama el reino de Dios (v. 15).

Este es un texto de descripción muy rápida, es como una serie de imágenes que pasan rápidamente en la pantalla una después de otra, moviéndose tan velozmente que casi no podemos seguirlas.

Paso 1. Leemos:
¿Qué dice el texto?

"14 Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; 15 decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio».

16 Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. 17 Jesús les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». 18 Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. 19 Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. 20 A continuación los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él." (Marcos 1,14-20)

Palabra del Señor.

Paso 2. Meditamos :
¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

No sabemos con certeza cómo reaccionaron los discípulos del Bautista cuando Herodes Antipas lo encarceló en la fortaleza de Maqueronte. Conocemos la reacción de Jesús. No se quedó en el desierto. Tampoco se refugió entre sus familiares de Nazaret. Comenzó a recorrer las aldeas de Galilea predicando un mensaje original y sorprendente.

El evangelista Marcos lo resume diciendo:

14 14 Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; (griego = paradithenai, de paradidomi, entregado, traicionado), Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, 15Y diciendo: El tiempo (griego = kairos) es cumplido, y el reino (griego = basileia) de Dios está cerca: arrepentíos, y creed al evangelio.

Marcos dice que Jesús comenzó su ministerio después de que Juan fue arrestado (griego = paradidomi, entregado, traicionado). En el evangelio de Juan (3:22-30), Juan y Jesús tienen un ministerio que coincide por un tiempo. Marcos relata la historia de manera diferente, sacando de la escena a Juan antes del comienzo del ministerio de Jesús. Posiblemente debido a las diferentes fuentes que usan, pero tal vez porque Marcos quiere enfatizar que el papel de precursor de Juan – una vez que Jesús está en la escena – ya no se necesita. También que Juan –como precursor de Jesús – no solamente lo es en el sentido de que prepara el camino para Jesús, sino también en el sentido de que su paradidomi anuncia la próxima paradidomi¹³ de Jesús.

“El tiempo (griego = kairos) se ha cumplido” (v. 15). Los griegos tienen otra palabra, *chronos*, para hablar sobre el tiempo cronológico. *Kairos* es el tiempo importante – el momento de la verdad – el momento decisivo. Cuando hablamos sobre el número de días que un barco emplea para ir de un puerto a otro, estamos hablando del tiempo *chronos*. Cuando decimos “ya llegó mi barco”, estamos hablando del tiempo *kairos*. Si llegamos tarde para abordarlo, pero podemos salir un día después, solamente hemos perdido un día de tiempo *chronos*. Sin embargo, si estamos corriendo por nuestras vidas y perdemos el último barco, eso es algo completamente diferente, es un tiempo *kairos*. Calcular mal el tiempo *chronos* es un inconveniente, pero calcular mal el tiempo *kairos* es algo trágico. Jesús dice que el *kairos* “es cumplido”. El momento decisivo ha llegado.

El reino de Dios es una idea que tiene sus raíces en el Antiguo Testamento, aunque esa frase no se encuentre allí (ver Salmo 45:6; 103:19; 145:10-13; Isaías 52:7). Los israelitas, en su dureza de corazón, rechazaron el reinado de Dios en favor de un rey como lo que veían en las naciones que los rodeaban (1 Samuel 8:5-22), pero la promesa del reino de Dios y de la salvación que traería siempre estuvo presente. “Reinado” puede ser una mejor traducción de *basileia*, porque el énfasis está en el gobierno de Dios, más que en el territorio donde se ejerce ese gobierno.

Para los fariseos la llegada del Reino dependía de sus esfuerzos. Llegaría sólo después que ellos hubiesen observado toda la ley. Jesús dice lo contrario: ¡El Reino se ha acercado! Ya estaba allí, independientemente del esfuerzo hecho. Cuando Jesús dice:

¹³ La palabra *paradidomi*, será usada varias veces para hablar de la traición a Jesús (3:19; 9:31; 14:21, 41) o cuando es entregado a los gentiles (10:33). Jesús también la usará para advertir a sus discípulos que serán entregados a los concilios para ser azotados y enjuiciados (13:9-13). *Paradidomi* “es un término muy significativo con raíces en el cuarto canto del Canto del Siervo (Isaías 52:13–53:12, especialmente los versículos 6, 12... Marcos usa el verbo para crear un paralelo entre Juan el Bautista (1:4, 14), Jesús (1:14; 8:31; 9:31; 10:33-34), y los cristianos (13:10-12). En cada caso la gente proclama (usando una forma de *keryssein*) y son entregadas (con una forma de *paradidonai*)”.

El *paradidomi* de Juan abre la puerta para el ministerio de Jesús, y el *paradidomi* abrirá la puerta para el ministerio de los discípulos. El *paradidomi* de los discípulos (la sangre de los mártires) será la semilla plantada que hará brotar a la iglesia. Aunque hay maldad en cada *paradidomi*, Dios también está actuando detrás de la escena, transformando los Viernes Santos en Domingos de Resurrección. La muerte de un fiel mensajero de Dios nunca es una derrota...; siempre es una entrada a través de la cual el reino de Dios avanza y crece.

“¡El Reino se ha acercado!”, no quiere decir que el Reino estaba llegando en ese momento, sino que ya estaba allí. Aquello que todos esperaban, ya estaba presente en sus vidas, y ellos no lo sabían, no lo percibían (cf. Lc 17,21). ¡Jesús lo percibió! Pues él leía la realidad con una mirada diferente. Jesús revelará a los pobres de su tierra esta presencia escondida del Reino en medio de la gente. Es ésta la semilla del Reino que recibirá la lluvia de su palabra y el calor de su amor.

Jesús sorprende a todos anunciando algo que ningún profeta se había atrevido a declarar: «Ya está aquí Dios, con la fuerza creadora de su justicia, tratando de reinar entre nosotros». Jesús experimenta a Dios como una Presencia buena y amistosa que está buscando abrirse camino entre nosotros para humanizar nuestra vida.

Por eso toda la vida de Jesús es una llamada a la esperanza. Hay alternativa. No es verdad que la historia tenga que discurrir por los caminos de injusticia que le trazan los poderosos de la tierra. Es posible un mundo más justo y fraterno. La invitación de Jesús puede modificar la trayectoria de la historia.

16 Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. 17 Jesús les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». 18 Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.¹⁴

Jesús ve a Simón y a Andrés echando su red. Esta sería una red circular grande con pesos amarrados a las orillas y una cuerda para cerrarla y atrapar a los peces. Redes de este tipo se siguen usando en algunas partes del mundo, y es algo hermoso ver a un hábil pescador echar su red. Las operaciones de pesca más grandes usarían una red de arrastre, así que echar la red sugiere que Simón y Andrés son pescadores típicos; es decir, no ricos, pero tampoco pobres.

Jesús dijo” *Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres*». Esta llamada tuvo un tono más claro en aquellos tiempos cuando se podía hablar a pescadores siendo llamados a ser pescadores de hombres. “Personas” es más actual y reúne todas las exigencias de género de hoy.

La llamada es personal, una invitación de Jesús para “ir en pos de él”. No es una invitación para unirse a una causa o para aceptar una filosofía. Es diferente de la relación entre un rabino y su discípulo, donde el estudiante aspirante busca a un rabino. La iniciativa aquí está en Jesús, que escoge a sus discípulos más que ser buscado por ellos. La llamada de Jesús también es diferente ya que la lealtad principal de los estudiantes del rabino era a la Torá, y no a un rabino particular. Jesús llama a los cuatro para *seguirle*.

Los discípulos serán preparados para hacer precisamente lo que Jesús está haciendo en ese momento: proclamando el reino, reclutando a gente para ello, y llevándolos a una comunidad que experimenta el reinado de Dios .

¹⁴ El mar de Galilea es un gran lago cerca de la fuente del río Jordán. En tiempos de Jesús era fuente de una buena industria de pesca que exportaba pescado a Egipto y otros lugares distantes. Habría pesca local (pescar para alimentar a la propia familia y algo para vender) a lo largo de sus costas, pero también habría un gran negocio familiar de pesca involucrado en el comercio de exportación. En otras palabras, algunos pescadores serían pobres; otros bastante prósperos; y la mayoría estaría en medio. Simón y Andrés eran de Betsaida (Juan 1:44), probablemente localizada en la costa norte del mar de Galilea y al este de Cafarnaúm.

“Y luego (griego = euthus, una de las palabras favoritas de Marcos), dejadas sus redes, le siguieron” (v. 18).

Marcos, reduce la historia a lo más esencial, está tratando de enfatizar la atrayente naturaleza de la llamada de Jesús.

Simón y Andrés siguen a Jesús, pero Jesús los deja cerca de su casa por algún tiempo. El sábado asistirán a la sinagoga de Cafarnaúm, que estaba cerca de su pueblo (vv. 21-28), y regresarán a su hogar, ahí Jesús sanará a la suegra de Simón (vv. 29-34). Se quedarán en Galilea durante los nueve primeros capítulos de este evangelio, y después irán a Judea (10:1). Regresarán a Galilea después de la resurrección (16:7).

19 Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. 20 A continuación los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él.”

Esta historia tiene como modelo la llamada que Elías le hizo a Eliseo (1 Reyes 19:19-21), con la notable diferencia de que Eliseo pidió permiso – y lo recibió – para despedirse de su padre y madre antes de seguir a Elías. Marcos solamente nos dice que Santiago y Juan dejaron a su padre, Zebedeo. No sabemos si pudieron despedirse o no. Una vez más, Marcos simplemente está reduciendo esta historia a lo más esencial, enfatizando naturaleza de la llamada de Jesús.

Como Pedro y Andrés, Santiago y Juan escuchan la llamada de Jesús, dejan aquello que es importante para sus vidas, su padre, y siguen a Jesús. La mención de jornaleros sugiere que Zebedeo está conduciendo una empresa más grande que la de Pedro y Andrés. Esta mención de los jornaleros también suaviza la partida de Santiago y Juan; es decir, no dejan a su padre sin ninguna ayuda. Una vez más, el punto principal de su repentina partida es la naturaleza tan insistente de la llamada de Jesús.

Santiago y Juan serán conocidos como los Hijos del Trueno (3:17), y se unirán a Pedro como miembros de un pequeño círculo que está presente en la Transfiguración (9:2-9), en el Getsemaní (14:33 ss.), y en otros momentos significativos. Le pedirán a Jesús que les conceda lugares de honor (10:35ss.). Juan se convertirá en un miembro clave de la iglesia de Jerusalén (Gálatas 2:9). Santiago será asesinado por Herodes Agripa (Hechos 12:1-3), y Marcos 10:39 sugiere que Juan, también, será martirizado.

<p style="text-align: center;">Paso 3. Oramos : <i>¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?</i></p>

Oración introductoria.

“Gracias por ese rato de oración, Padre bueno. Quiero salir de ella convencido de que soy un pobre instrumento, pero que, aun así, Tú me has llamado a colaborar en la extensión de tu Reino. Muchas veces no logro seguirte en todo, me acomodo a lo que implica el menos esfuerzo, pero hoy tengo el firme propósito, confiando en tu gracia, que puedo mejorar.”

¿Cómo interiorizamos la Palabra de Dios?

(Releamos el texto haciendo algunas anotaciones sobre cada uno de sus momentos:

(Dejamos 5 minutos de silencio).

Motivamos la oración.

Demos,, gracias a Dios Padre por medio de su Hijo, en el Espíritu Santo, puesto que se acuerda de nosotros a causa de la inmensa misericordia con que nos amó; estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo, para que gracias a él fuésemos una nueva creatura, una nueva creación.

Según la invitación de Jesús despojémonos, por tanto, del hombre viejo con todas sus obras y, ya que hemos recibido la participación de la generación de Cristo, renunciemos a las obras de la mundo. Reconozcamos como cristianos, nuestra dignidad y, puesto que hemos sido hechos partícipes de la naturaleza divina, no pensemos en volver con un comportamiento indigno a las antiguas obras. Pensemos de qué cabeza y de qué cuerpo somos miembro. No olvidemos que fuimos liberados del poder de las tinieblas y trasladados a la luz y al reino de Dios, y ello nos da fortaleza como dice San Pablo “ *Todo lo puedo en aquel que me conforta.*” (Col 1,13).

Gracias al sacramento del bautismo te has convertido en templo del Espíritu Santo (1Co 6,19); no se te ocurra ahuyentar con tus malas acciones a tan noble huésped, ni volver a someterte a la servidumbre del demonio: porque tu precio es la sangre de Cristo.

Cada uno puede compartir su oración personal.

Podemos acabar meditando esta oración al Espíritu Santo.

Oración al Espíritu Santo

Inspirada por el himno en Latín “Veni Sancte Spiritus”

Ven, Espíritu Santo, derrama desde las profundidades de la Trinidad un rayo de tu Luz, esa Luz que ilumina nuestras mentes y, al mismo tiempo, fortalece nuestra voluntad para que sigamos esa Luz.

Ven, Padre de los pobres, de los pobres de espíritu, a quienes te deleitas en llenar con la plenitud de Dios.

Eres más que un dispensador de dones, has donado tu propio ser, el Don Supremo – el Don del Padre y del Hijo.

¡Eres el mejor consolador! ¡Qué huésped más encantador eres! Tu conversación, aunque en completo silencio, es en si misma toda dulzura. ¡Qué refrescantes son tus consuelos! Como una caricia, calman en un instante, disipan toda duda y tristeza.

En la ardua labor de combatir las tentaciones, allí estás Tú prometiéndonos la victoria. Tu presencia es nuestra victoria. Nuestros tímidos corazones son inducidos por tu inmensa suavidad a confiar en Ti.

En la más grande de todas nuestras labores, la lucha por la entrega total de nuestro ser, Tú eres nuestro reposo, nuestra paz, en la profundidad de nuestras almas.

En lo más caldeado de la batalla. Tu aliento nos refresca y calma nuestras pasiones rebeldes, aquietando nuestros temores cuando nos sentimos derrotados. Tú enjugas lágrimas cuando caemos. Eres Tú el que concede la gracia de la compunción y la esperanza sin reservas en el perdón.

¡Oh delirio de Luz bienaventurada! Llena lo más recóndito de los corazones de Tus hijos que Te son fieles.

Sin Ti, no existe en nosotros vida divina, o virtud alguna. Si nos privas de tu aliento, nuestro espíritu perecerá; no podrá volver a tener vida hasta que tus labios se posen sobre nuestras bocas y soplen en ellas el sopro de vida

Tu mano se posa sobre nosotros como rocío, sin embargo actúas con mano fuerte. Tan suave como la más suave de las brisas, también Te encuentras en el remolino.

Como llamada de una inmensa hoguera, consumes todas nuestras facultades –pero sólo para derretir la dureza de nuestros corazones.

Nos arrojas delante de Ti como hojas secas bajo el fuerte viento del invierno, pero sólo para que nuestros pies encuentren el sendero angosto.

Ahora derrama sobre nosotros torrentes de agua, como si fuese un viento de mucha fuerza, para que sean lavados nuestros pecados. Empapa con tu gracia nuestros corazones disecados.

Alivia las heridas que has cauterizado.

Otorga Tus siete sagrados dones a todos los que confían en Ti con esa confianza que sólo Tú puedes dar.

¡Concedéndonos la recompensa de la virtud, es decir, Tu propio Ser! ¡Concedéndonos perseverar hasta el fin! ¡Y luego, gozo eterno!

Amén.

<p style="text-align: center;">Paso 4. Actuamos: ¿Qué hacer como resultado de la oración?</p>

Fijémonos más en el texto. Un hecho político, la prisión de Juan, llevó a Jesús a que iniciara el anuncio de la Buena Nueva de Dios. Hoy, los hechos políticos y sociales ¿influyen en el anuncio que hacemos de la Buena Nueva a la gente?

Jesús les dice a sus oyentes que el reino de Dios “está cerca” (v. 15). La cuestión es si el reino está por venir o ya ha llegado, y ambas cosas parecen ser verdad. Jesús ha comenzado a introducir el reino, pero todavía tiene mucho trabajo que hacer. Su muerte, resurrección, y ascensión completarán su ministerio terreno, pero ya ha comenzado su obra.

La respuesta apropiada para el reino que viene es doble: ¡Arrepentirse (griego = metaneo, cambiar de mente o dirección) y creer en evangelio! Tendemos a pensar en el arrepentimiento como un sentimiento de culpa, pero en realidad es un cambio de mente o dirección, es ver las cosas desde una perspectiva diferente. Una vez que comenzamos a ver las cosas bien, puede ser que nos sintamos mal por haberlas visto tan mal por tanto tiempo; y así, el arrepentimiento comienza con una nueva visión más que con sentimientos de culpa.

“Convertíos y creed en el Evangelio” es la invitación que hace Jesús.

¿Cómo está aconteciendo esto en mi vida?

«Convertíos» Ya no es posible vivir como si nada estuviera sucediendo. Dios pide a sus hijos colaboración. Por eso grita Jesús: «Cambiad de manera de pensar y de actuar». Somos las personas las que primero hemos de cambiar. Dios no impone nada por la fuerza, pero está siempre atrayendo nuestras conciencias hacia una vida más humana.

El sentido exacto de convertirse es mudar la forma de pensar y de vivir. Para poder percibir la presencia del Reino en la vida, la persona tendrá que empezar a pensar y a vivir de forma distinta. Tendrá que mudar de vida y encontrar otra forma de convivencia. Tendrá que dejar de lado el legalismo de la enseñanza de los fariseos y permitir que la nueva experiencia de Dios invada su vida y le dé ojos nuevos para leer y entender los hechos.

«Creed en esta buena noticia». Tomadla en serio. Despertad de la indiferencia. Movilizad vuestras energías. Creed que es posible humanizar el mundo. Creed en la fuerza liberadora del Evangelio. Creed que es posible la transformación. Introducid en el mundo la confianza. Este es básicamente el anuncio de Jesús.

Crear el evangelio es un acto de fe, que “es pues la fe la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven” (Hebreos 11:1). Dios no se nos aparece con un boleto ganador de la lotería y dice “Aquí está la prueba, ahora tienes que creer”. Creemos en promesas que todavía no se han cumplido. Los primeros discípulos creyeron estando en medio de situaciones difíciles, y su fe hizo brotar cosas poderosas.

No era fácil aceptar este mensaje. No es fácil empezar a pensar de forma distinta de todo lo que uno ha aprendido, desde pequeño. Esto sólo es posible mediante un acto de fe. Cuando alguien viene a traer una noticia diferente, difícil de ser aceptada, se aceptará sólo si la persona que trae la noticia es de confianza. Cuando evangelizamos lo básico es decir y que los otros perciban el " Yo conozco a la persona. No engaña" . ¡Es de confianza!" ¡Jesús es de confianza!. Los discípulos se fían de Jesús. De su persona y de lo que dice.

La siguiente escena es la llamada de Jesús.

En este pasaje podemos comprobar cómo Jesús pasa a nuestro lado y nos llama. Cristo se presenta a nosotros en las actividades diarias, cuando menos lo esperamos, ya sea en la oficina, ya sea en las labores de casa. Él nos ve y nos llama.

La iniciativa para llamar a los discípulos aquí, como siempre, está solamente en las manos de Dios . No se hacemos discípulos voluntariamente. Somos invitados. Somos llamados. Aquí llama Jesús.

Simón y Andrés eran dos hermanos que eran pescadores. Una noche, Simón y Andrés estuvieron de pesca toda la noche pero no pudieron pescar nada.

Jesús estaba en la barca de Simón. Él dijo a los dos hermanos que pusieran las redes en el mar una vez más. Cuando subieron las redes, ¡estaban llenas de peces!

San Marcos en este relato piensa en el ideal: el encuentro con Jesús tiene que producir un cambio radical en nuestra vida.

Ese tema principal de Jesús debe ser el tema principal de sus discípulos y mensajeros, si realmente vamos a ser verdaderos discípulos y mensajeros. La grandes tragedias de la historia de la iglesia han ocurrido en esos períodos cuando el tema de Jesús sobre el reino de Dios, la conversión y el discipulado fue algo secundario o se olvidó completamente-

Y en esa situación de anuncio, conversión y llamada, nos encontramos nosotros.

¿ En qué nivel de conversión personal estamos? ¿Qué respuesta de entrega mantenemos en lo cotidiano de nuestra vida ? ¿ A que estamos dispuestos a renunciar? ¿Qué comunidad de creyentes estamos formando?. Esta comunidad en un doble sentido , en nuestro grupo y en la Iglesia.

**Para profundizar releamos el texto meditado
con el Magisterio y los santos Padres de la Iglesia.**

Meditación del Papa Francisco.

"Jesús llama a Pedro, Andrés, Santiago y Juan: están pescando, pero dejan enseguida las redes y le siguen. El Señor quiere preparar a sus discípulos para su nueva misión. Es precisamente de Dios, del amor de Dios, preparar los caminos... preparar nuestras vidas, para cada uno de nosotros. Él no nos hace cristianos por generación espontánea: ¡Él prepara! Prepara nuestro camino, prepara nuestra vida, desde hace tiempo:

Parece que Simón, Andrés, Santiago y Juan hayan sido elegidos definitivamente aquí, ¡sí han sido elegidos! ¡Pero ellos en este momento no han sido definitivamente fieles! Después de esta elección se han equivocado, han hecho propuestas no cristianas al Señor: ¡han renegado al Señor! Pedro en grado superlativo, los otros por temor: tienen miedo y se van. Han abandonado al Señor. El Señor prepara. Y luego, después de la Resurrección, el Señor ha tenido que continuar en este camino de preparación hasta el día de Pentecostés. Y después de Pentecostés también, alguno de estos – Pedro, por ejemplo – se ha equivocado y

Pablo ha tenido que corregirlo. Pero el Señor prepara." (Papa Francisco, 13 de enero de 2014, homilía en Santa Marta).

Meditación del Papa emérito Benedicto XVI)-

“Entramos ahora en el tema central de nuestra meditación, al encontrar una palabra que nos impresiona de modo especial: la palabra «llamada», «vocación». San Pablo escribe: «comportaos como pide la llamada —de la κλήσις— que habéis recibido» (ib.). Y poco después la repetirá al afirmar que «una sola es la esperanza a la que habéis sido llamados, la de vuestra vocación» (v. 4). Aquí, en este caso, se trata de la vocación común de todos los cristianos, es decir, de la vocación bautismal: la llamada a ser de Cristo y a vivir en él, en su cuerpo. Dentro de esta palabra se halla inscrita una experiencia, en ella resuena el eco de la experiencia de los primeros discípulos, que conocemos por los Evangelios: cuando Jesús pasó por la orilla del lago de Galilea y llamó a Simón y Andrés, luego a Santiago y Juan (cf. Mc 1, 16-20). Y antes aún, junto al río Jordán, después del bautismo, cuando, dándose cuenta de que Andrés y el otro discípulo lo seguían, les dijo: «Venid y veréis» (Jn 1, 39). La vida cristiana comienza con una llamada y es siempre una respuesta, hasta el final. Eso es así, tanto en la dimensión del creer como en la del obrar: tanto la fe como el comportamiento del cristiano son correspondencia a la gracia de la vocación.

He hablado de la llamada de los primeros Apóstoles, pero con la palabra «llamada» pensamos sobre todo en la Madre de todas las llamadas, en María santísima, la elegida, la Llamada por excelencia. El icono de la Anunciación a María representa mucho más que ese episodio evangélico particular, por más fundamental que sea: contiene todo el misterio de María, toda su historia, su ser; y, al mismo tiempo, habla de la Iglesia, de su esencia de siempre, al igual que de cada creyente en Cristo, de cada alma cristiana llamada.

Al llegar a este punto, debemos tener presente que no hablamos de personas del pasado. Dios, el Señor, nos ha llamado a cada uno de nosotros; cada uno ha sido llamado por su propio nombre. Dios es tan grande que tiene tiempo para cada uno de nosotros, me conoce, nos conoce a cada uno por nombre, personalmente. Cada uno de nosotros ha recibido una llamada personal. Creo que debemos meditar muchas veces este misterio: Dios, el Señor, me ha llamado a mí, me llama a mí, me conoce, espera mi respuesta como esperaba la respuesta de María, como esperaba la respuesta de los Apóstoles. Dios me llama: este hecho debería impulsarnos a estar atentos a la voz de Dios, atentos a su Palabra, a su llamada a mí, a fin de responder, a fin de realizar esta parte de la historia de la salvación para la que me ha llamado a mí.

En este texto, además, san Pablo nos indica algunos elementos concretos de esta respuesta con cuatro palabras: «humildad», «mansedumbre», «magnanimidad» y «sobrellevándoos mutuamente con amor»...

[...] Ahora demos un paso más. Después de la palabra «llamada» sigue la dimensión eclesial. Hemos hablado ahora de la vocación como de una llamada muy personal: Dios me llama, me conoce, espera mi respuesta personal. Pero, al mismo tiempo, la llamada de Dios es una llamada en comunidad, es una llamada eclesial. Dios nos llama en una comunidad. Es verdad que en este pasaje que estamos meditando no aparece la palabra εκκλησία, la palabra «Iglesia», pero sí está muy presente la realidad. San Pablo habla de un Espíritu y un cuerpo. El Espíritu se crea el cuerpo y nos une como un único cuerpo. Y luego habla de la unidad, habla de la cadena del ser, del vínculo de la paz. Con esta palabra alude a la palabra «prisionero» del comienzo. Siempre es la misma palabra: «yo estoy en cadenas», «me hallo en cadenas», pero detrás de ella está la gran cadena invisible, liberadora, del amor. Nosotros estamos en este vínculo de la paz que es la Iglesia; es el gran vínculo que nos une con Cristo. Tal vez también debemos meditar personalmente en este punto:

estamos llamados personalmente, pero estamos llamados en un cuerpo. Y este cuerpo no es algo abstracto, sino muy real...

[...]

Ahora podemos dar un nuevo paso. Si nos preguntamos cuál es el sentido profundo de este uso de la palabra «llamada», vemos que es una de las dos puertas que se abren sobre el misterio trinitario. Hasta ahora hemos hablado del misterio de la Iglesia, del único Dios, pero se nos presenta también el misterio trinitario. Jesús es el mediador de la llamada del Padre que se realiza en el Espíritu Santo.

La vocación cristiana no puede menos de tener una forma trinitaria, tanto a nivel de cada persona como a nivel de comunidad eclesial. Todo el misterio de la Iglesia está animado por el dinamismo del Espíritu Santo, que es un dinamismo vocacional en sentido amplio y perenne, a partir de Abraham, el primero que escuchó la llamada de Dios y respondió con la fe y con la acción (cf. Gn 12, 1-3); hasta el «Heme aquí» de María, reflejo perfecto del «Heme aquí» del Hijo de Dios en el momento en que acoge la llamada del Padre a venir al mundo (cf. Hb 10, 5-7). Así, en el «corazón» de la Iglesia —como diría santa Teresa del Niño Jesús— la llamada de cada cristiano es un misterio trinitario: el misterio del encuentro con Jesús, con la Palabra hecha carne, mediante la cual Dios Padre nos llama a la comunión consigo y, por esto, nos quiere dar su Espíritu Santo; y precisamente gracias al Espíritu podemos responder a Jesús y al Padre de modo auténtico, dentro de una relación real, filial. Sin el soplo del Espíritu Santo la vocación cristiana sencillamente no se explica, pierde su linfa vital.

Y, finalmente, el último pasaje. La forma de la unidad según el Espíritu requiere, como he dicho, la imitación de Jesús, la configuración con él en sus comportamientos concretos. Como hemos meditado, el Apóstol escribe: «Con toda humildad, mansedumbre y magnanimidad, sobrellevándoos mutuamente con amor», y añade que la unidad del espíritu se debe conservar «con el vínculo de la paz» (Ef 4, 2-3).

La unidad de la Iglesia no deriva de un «molde» impuesto desde el exterior, sino que es fruto de una concordia, de un compromiso común de comportarse como Jesús, con la fuerza de su Espíritu. " (Papa emérito Benedicto XVI. Visita al Pontificio Seminario Romano Mayor con ocasión de la Fiesta de la Virgen de la Confianza. Capilla del Seminario (04-03-2011)

Meditación del Papa San Juan Pablo II, Jesucristo, inauguración y cumplimiento del Reino de Dios

" 1. "Se ha cumplido el tiempo, está cerca el reino de Dios" (Mc 1, 15). Con estas palabras Jesús de Nazaret comienza su predicación mesiánica. El reino de Dios, que en Jesús irrumpe en la vida y en la historia del hombre, constituye el cumplimiento de las promesas de salvación que Israel había recibido del Señor.

Jesús se revela Mesías, no porque busque un dominio temporal y político según la concepción de sus contemporáneos, sino porque con sumisión se culmina en la pasión-muerte-resurrección, "todas las promesas de Dios son 'sí'" (2 Cor 1, 20).

2. Para comprender plenamente la misión de Jesús es necesario recordar el mensaje del Antiguo Testamento que proclama la realeza salvífica del Señor. En el cántico de Moisés (Ex15, 1-18), el Señor es aclamado "rey" porque ha liberado maravillosamente a su pueblo y lo ha guiado, con potencia y amor, a la comunión con Él y con los hermanos en el gozo de la libertad. También el antiquísimo Salmo 28/29 da testimonio de la misma fe: el Señor es contemplado en la potencia de su realeza, que domina todo lo creado y comunica a su pueblo fuerza, bendición y paz (Sal 28/29, 10). Pero la fe en el Señor "rey" se presenta completamente penetrada por el tema de la salvación, sobre todo en la vocación de Isaías.

El "Rey" contemplado por el Profeta con los ojos de la fe "sobre un trono alto y sublime" (Is 6, 1) es Dios en el misterio de su santidad trascendente y de su bondad misericordiosa, con la que se hace presente a su pueblo como fuente de amor que purifica, perdona, salva: "Santo, Santo, Santo, Yahvé de los ejércitos. Está la tierra llena de tu gloria" (Is 6, 3).

.....

4. Jesús alude a esta esperanza del Antiguo Testamento y proclama su cumplimiento. El reino de Dios constituye el tema central de su predicación, como lo demuestran sobre todo las parábolas.

La parábola del sembrador (Mt 13, 3-8) proclama que el reino de Dios está ya actuando en la predicación de Jesús; al mismo tiempo invita a contemplar a abundancia de frutos que constituirán la riqueza sobreabundante del reino al final de los tiempos. La parábola de la semilla que crece por sí sola (Mc 4, 26-29) subraya que el reino no es obra humana, sino únicamente don del amor de Dios que actúa en el corazón de los creyentes y guía la historia humana hacia su realización definitiva en la comunión eterna con el Señor. La parábola de la cizaña en medio del trigo (Mt 13, 24-30) y la de la red para pescar (Mt 13, 47-52) se refieren, sobre todo, a la presencia, ya operante, de la salvación de Dios. Pero, junto a los "hijos del reino", se hallan también los "hijos del maligno", los que realizan la iniquidad: sólo al final de la historia serán destruidas las potencias del mal, y quien hay cogido el reino estará para siempre con el Señor. Finalmente, las parábolas del tesoro escondido y de la perla preciosa (Mt 13, 44-46), expresan el valor supremo y absoluto del reino de Dios: quien lo percibe, está dispuesto a afrontar cualquier sacrificio y renuncia para entrar en él.

5. De la enseñanza de Jesús nace una riqueza muy iluminadora. El reino de Dios, en su plena y total realización, es ciertamente futuro, "debe venir" (cf. Mc 9, 1; Lc 22, 18); la oración del Padrenuestro enseña a pedir su venida: "Venga a nosotros tu reino" (Mt 6, 10).

Pero al mismo tiempo, Jesús afirma que el reino de Dios "ya ha venido" (Mt 12, 28), "está dentro de vosotros" (Lc 17, 21) mediante la predicación y las obras, de Jesús. Por otra parte, de todo el Nuevo Testamento se deduce que la Iglesia, fundada por Jesús, es el lugar donde la realeza de Dios se hace presente, en Cristo, como don de salvación en la fe, de vida nueva en el Espíritu, de comunión en la caridad.

Se ve así la relación íntima entre el reino y Jesús, una relación tan estrecha que el reino de Dios puede llamarse también "reino de Jesús" (Ef 5, 5; 2 Pe 1, 11), como afirma, por lo demás, el mismo Jesús ante Pilato al decir que "su" reino no es de este mundo (cf. 18, 36).

6. Desde esta perspectiva podemos comprender las condiciones indicadas por Jesús para entrar en el reino se pueden resumir en la palabra "conversión". Mediante la conversión el hombre se abre al don de Dios (cf. Lc 12, 32), que llama "a su reino y a su gloria" (1 Tes 2, 12); acoge como un niño el reino (Mc 10, 15) y está dispuesto a todo tipo de renunciaciones para poder entrar en él (cf. Lc 18, 29; Mt 19, 29; Mc 10, 29)

El reino de Dios exige una "justicia" profunda o nueva (Mt 5, 20); requiere empeño en el cumplimiento de la "voluntad de Dios" (Mt 7, 21), implica sencillez interior "como los niños" (Mt 18, 3; Mc 10, 15); comporta la superación del obstáculo constituido por las riquezas (cf. Mc 10, 23-24).

7. Las bienaventuranzas proclamadas por Jesús (cf. Mt 5, 3-12) se presentan como la "Carta magna" del reino de los cielos, dado a los pobres de espíritu, a los afligidos, a los humildes, a quien tiene hambre y sed de justicia, a los misericordiosos, a los puros de corazón, a los artífices de paz, a los perseguidos por causa de la justicia. Las

bienaventuranzas no muestran sólo las exigencias del reino; manifiestan ante todo la obra que Dios realiza en nosotros haciéndonos semejantes a su Hijo (Rom 8, 29) y capaces de tener sus sentimientos (Flp 2, 5 ss.) de amor y de perdón (cf. Jn 13, 34-35; Col 3, 13).

8. La enseñanza de Jesús sobre el reino de Dios es testimoniada por la Iglesia del Nuevo Testamento, que vivió esta enseñanza con alegría de su fe pascual. La Iglesia es la comunidad de los “pequeños” que el Padre “ha liberado del poder de las tinieblas y ha trasladado al reino del Hijo de su amor” (Col 1, 13); es la comunidad de los que viven “en Cristo”, dejándose guiar por el Espíritu en el camino de la paz (Lc 1, 79), y que luchan para no “caer en la tentación” y evitar las obras de la “carne”, sabiendo muy bien que “quienes tales cosas hacen no heredarán el reino de Dios” (Gál 5, 21). La Iglesia es la comunidad de quienes anuncian, con su vida y con sus palabras, el mismo mensaje de Jesús: “El reino de Dios está cerca de vosotros” (Lc 10, 9).

9. La Iglesia, que “camina a través de los siglos incesantemente a la plenitud de la verdad divina hasta que se cumpla en ella las palabras de Dios” (Dei Verbum, 8), pide al Padre en cada una de las celebraciones de la Eucaristía que “venga su reino”. Vive esperando ardientemente la venida gloriosa del Señor y Salvador Jesús, que ofrecerá a la Majestad Divina “un reino eterno y universal: el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor la paz” (Prefacio de la solemnidad de Jesucristo, Rey del universo).

Esta espera del Señor es fuente incesante de confianza de energía. Estimula a los bautizados, hechos partícipes de la dignidad real de Cristo, a vivir día tras día “en el reino del Hijo de su amor”, a testimoniar y anunciar la presencia del reino con las mismas obras de Jesús (cf. Jn 14, 12). En virtud de este testimonio de fe y de amor, enseña el Concilio, el mundo se impregnará del Espíritu de Cristo y alcanzará con mayor eficacia su fin en la justicia, en la caridad y en la paz (Lumen gentium, 36).” (San Juan Pablo II, papa. Catequesis: El Reino de Dios. Audiencia general, 18-03-1987).

Meditación de San Jerónimo, presbítero.

Homilía: El tiempo se ha cumplido. «El tiempo se ha cumplido, el reino de Dios está cerca» (Mc 1, 15)

“Después de la detención de Juan Bautista, Jesús vino a Galilea... “. Según nuestra interpretación, Juan representa la Ley y Jesús el Evangelio. En efecto, Juan dijo: “detrás de mí, viene el que es más fuerte que yo” (Mc 1,7), y en otro lugar: “Hace falta que Él crezca y que yo disminuya” (Jn 3,30): así es como compara la Ley con Evangelio. Y luego dice: “Yo – es decir la Ley – os bautizo con agua, pero Él – es decir el Evangelio – os bautizará con el Espíritu Santo” (Mc 1,8). Jesús vino porque Juan había sido encarcelado. En efecto la Ley es cerrada y encerrada, ya no tiene la libertad pasada; pero nosotros pasamos de la Ley al Evangelio ... “Jesús vino a Galilea, predicando el Evangelio, la Buena Noticia del Reino de Dios ” ... Cuando leo la Ley, los profetas y los salmos, jamás pensé hablar del Reino de los cielos: solamente en el Evangelio.

Porque solamente cuando vino aquel sobre el que se decía “el Reino de Dios está entre vosotros” (Lc 17,21) es cuando el Reino de Dios se abre... En efecto, antes de la llegada del Salvador y la luz del Evangelio, antes de que Cristo abra la puerta del paraíso al ladrón (Lc 23,43), todas las almas de los santos descendían a la estancia de los muertos. Jacob mismo dice: “ De luto, bajaré al lugar de los muertos ” (Gn 37,35)... En la Ley, Abraham está en el descanso de los muertos; en el Evangelio, el ladrón está en el paraíso. No denigramos a Abraham, todos deseamos reposar en su seno (Lc 16,23); pero preferimos Cristo a Abraham, el Evangelio a la Ley.

Leemos que después de la resurrección del Cristo, muchos santos aparecieron en la ciudad santa (Mt 27,53). Nuestro Señor y nuestro Salvador predicó sobre tierra y predicó también en los infiernos; murió, descendió a los infiernos para liberar las almas que estaban retenidas allí (1Sal. 3,18s)." (San Jerónimo, presbítero. Homilía sobre el Evangelio de Marcos, n° 2 A; SC 494 (trad. SC p. 93 rev.)

Meditación de San Ireneo de Lyon, obispo y mártir.

«**Todos los que han sido llamados en mi nombre**»

" El Padre nos recomienda vivir en seguimiento del Verbo, no porque tuviera necesidad de nuestro servicio sino para procurarnos la salvación. Porque, seguir al Salvador es tener parte en la salvación, como seguir a la luz es tener parte en la luz. No son los hombres los que hacen resplandecer la luz sino que son ellos los iluminados, los que resplandecen por la luz. Los hombres nada pueden añadir a la luz, sino que la luz los ilumina y los enriquece.

Lo mismo ocurre con el servicio que rendimos a Dios. Dios no tiene necesidad de nuestro servicio y nada le añade a su gloria. Pero aquellos que le sirven y le siguen reciben de Dios la vida, la incorruptibilidad y la gloria eterna. Si Dios invita a los hombres a vivir en su servicio, es para poder otorgarnos sus beneficios, ya que él es bueno y misericordioso con todos. Dios no necesita nada; en cambio el hombre necesita de la comunión con Dios. La gloria del hombre consiste en perseverar en el servicio de Dios.

Por esto dijo el Señor a los apóstoles: "No me elegisteis vosotros a mí, fui yo quien os elegí a vosotros." (Jn 15,16) Con ello indica que no somos nosotros los que le glorificamos con nuestro servicio, sino que por haber seguido al Hijo de Dios, somos glorificados por él... Es de ellos de quien dice Dios por boca de Isaías: "Desde Oriente traeré a tu stirpe, te reuniré desde Occidente... haz venir a mis hijos desde lejos, y a mis hijas del extremo de la tierra, a todos los que llevan mi nombre, a los que creé para mi gloria" (Is 43,6-7). (San Ireneo de Lyon, obispo y mártir. Contra las herejías: Dios no tiene necesidad de nosotros. n. 4, 14).

Meditación de San Gregorio Magno, Papa y Doctor de la Iglesia

«**Inmediatamente, dejando las redes, le siguieron**» (Mc 1,18)

"Lo deja todo el que no guarda nada para sí. Lo deja todo el que, sin reservarse nada para sí, abandona lo poco que posee. Nosotros, por el contrario, nos quedamos atados a lo que tenemos, y buscamos ávidamente lo que no tenemos. Pedro y Andrés pues, abandonaron mucho al renunciar los dos al mero deseo de poseer. Abandonaron mucho puesto que, renunciando a sus bienes, renunciaron también a sus ambiciones.

Así pues, al seguir al Señor renunciaron a todo lo que hubieran podido desear si no le hubiesen seguido. Que nadie, pues, incluso el que ve que algunos han renunciado a grandes riquezas, no diga para sí mismo: «Mucho quisiera yo imitarles en su menosprecio de este mundo, pero no he dejado nada ». Abandonáis mucho, hermanos míos, si renunciáis a los deseos terrestres. Y el Señor se contenta con nuestros bienes exteriores, por mínimos que sean. Porque, en efecto, lo que él aprecia es el corazón y no los bienes; pone más atención en las disposiciones que acompañan a la ofrenda que le hacemos, que a la misma ofrenda.

Porque si tenemos en cuenta los bienes exteriores, vemos que nuestros santos comerciantes han pagado con sus redes y sus barcas la vida eterna que es la de los ángeles. El Reino de Dios no tiene precio: y sin embargo sólo vale lo que tenéis." (San Gregorio Magno, papa y doctor de la Iglesia. In Kephais: Lo que significa dejarlo todo. (San Gregorio Magno In Kephais 1, pp. 451-452).

La soledad de Getsemaní

Marcos 14, 32-42



Pasos de la Lectio divina.

Introducción

Paso 1. Leer: ¿Qué dice el texto?

Paso 2. Meditar: ¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Paso 3. Orar: ¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada?

Paso 4. Actuar: ¿Qué hacer como resultado de la oración?

Introducción

Para entender lo ocurrido en Getsemaní, fijémonos en lo ocurrido en los días previos. Jesús llegó a Jerusalén aclamado por sus seguidores. *¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!*, (Mc 11, 10). Parecía que el hijo de David, el Mesías, iba a tomar posesión de su trono y a inaugurar su reinado.

Jesús entró en el templo como uno de los muchos rabinos que subían con sus discípulos a Jerusalén para la celebración de la Pascua, y se dedicó a enseñar. Primero, con un gesto profético: *“entró en el templo y se puso a echar a los que vendían y a los que compraban allí. ‘Mi casa será casa de oración para todos los pueblos. Pues vosotros la tenéis convertida en una cueva de ladrones’”,* (Mc 11, 15.1)⁷. Jesús denunciaba así el uso que los sacerdotes y los escribas hacían del templo. Habían convertido el lugar del encuentro con Dios y con los hermanos israelitas en una casa de cambio de moneda y un mercado de animales, donde ellos obtenían pingües beneficios a costa de los sacrificios del pueblo y con el pretexto de rendir a Dios el culto debido. No es extraño que los sacerdotes y los escribas decidieran en ese momento acabar con él y estudiaran la mejor forma de lograrlo (cf. Mc 11, 18-19).

Jesús siguió enseñando en el templo durante los días siguientes. Cuestionó la legitimidad de los sacerdotes y los escribas, que no eran los pastores del pueblo que Dios deseaba. Discutió con ellos sobre la ley, poniendo en entredicho la interpretación que ellos hacían de ella en aras de su prestigio social, de su poder y de sus cuentas corrientes. Se atrevió a profetizar el fin del templo, signo visible de la presencia de Dios en medio del pueblo y garantía de la pervivencia de Israel como entidad política. Los sumos sacerdotes y los letrados no ocultaban lo mucho que les disgustaba aquel galileo advenedizo. Conclusión: *“andaban buscando una manera de darle muerte prendiéndolo a traición”,* (Mc 14, 1-2). Jesús era consciente de la amenaza que suponían para él las autoridades del pueblo: *Ella ha hecho lo que podía, ha embalsamado mi cuerpo para la sepultura,* Mc 14, 8.

Jesús celebró la Pascua clandestinamente, porque sabía que sus enemigos le acechaban. Más aún, sabía que habían hecho un trato con uno de sus íntimos: *Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar, uno que está comiendo conmigo,* Mc 14, 18. Así, Jesús hace de aquella cena pascual su cena de despedida, y deja claro que en su inminente muerte Dios se compromete de nuevo en favor de todos: *Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos,* Mc 14, 24.

Jesús después de la cena, se dirigió al huerto, donde acostumbraba reunirse con sus discípulos a orar. Según los evangelios era un lugar que tanto Jesús como sus discípulos visitaban frecuentemente lo que permitió a Judas encontrarle allí.¹ Los Evangelios describen la tristeza agónica que lo asaltó en ese momento, y la actitud del Nazareno de orar y anunciar a los Apóstoles que ya llegarían los soldados que lo iban a detener, guiados por Judas Iscariote.

Paso 1. Leemos:
¿Qué dice el texto?

“32 Llegan a un huerto, que llaman Getsemaní,¹⁵ y dice a sus discípulos: «Sentaos aquí mientras voy a orar». 33 Se lleva consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a sentir

¹⁵ Getsemaní proviene del Arameo y está compuesta por dos palabras: Gat que significa *prensa o lagar* y semani que viene de Shmanei que significa *aceites* o sea prensa de aceites) es decir, un lugar donde se extrae el aceite de los olivos, un aceite muypreciado y usado en la alimentación. Este huerto forma parte del Monte de los Olivos, “al otro lado del torrente de

espanto y angustia, y les dice: 34 «Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad». 35 Y, adelantándose un poco, cayó en tierra y rogaba que, si era posible, se alejase de él aquella hora; 36 y decía: «¡Abba!, Padre*: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz.

Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres». 37 Vuelve y, al encontrarlos dormidos, dice a Pedro: «Simón ¿duermes?, ¿no has podido velar una hora? 38 Velad y orad, para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil». 39 De nuevo se apartó y oraba repitiendo las mismas palabras. 40 Volvió y los encontró otra vez dormidos, porque sus ojos se les cerraban. Y no sabían qué contestarle. 41 Vuelve por tercera vez y les dice:

«Ya podéis dormir y descansar. ¡Basta! Ha llegado la hora; mirad que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. 42 ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega»." (Marcos 14, 32-42)

Palabra del Señor.

Paso 2. Meditamos :
¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Después de la predicación y enfrentamientos de Jesús con las autoridades judías, tal como hemos visto en la introducción. ¿Qué opciones tenía Jesús en esta situación? Salir de Jerusalén a escondidas y regresar a Galilea, donde se le apreciaba. Dicho con una palabra: huir. Hubiera podido armar a sus partidarios y hacerse coronar rey a la fuerza. Incluso podía romperse por dentro, deprimirse hasta el suicidio. Pero Jesús, acabada la cena, marchó a una finca que se llama Getsemaní para orar. Allí Jesús se hizo plenamente consciente de los sentimientos que se agitaban en su interior. Marcos dirá que sentía *horror y angustia*, que se moría de tristeza, que se sentía solo: *¿Así que durmiendo y descansando?* La oración de Jesús en Getsemaní consistió en gritar a aquel que se le había revelado en el bautismo: *Tú eres mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto*, Mc 1, 11, y que en una montaña alta y apartada, señalándole a él, había dicho a sus discípulos: *Este es mi Hijo, a quien yo quiero, escuchadlo*, Mc 9, 7. Jesús recurrió a aquel que se le había manifestado amorosamente como origen de su ser y de su misión: *¡Abba! ¡Padre!* La oración de Jesús fue agónica, un auténtico combate. Él era perfectamente consciente de su debilidad, al contrario que Pedro: *"Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré"*, (Mc 14, 31). Jesús confiaba en el Padre: *"¡Abba!, Padre*: tú lo puedes todo"* (Mc 14, 35), y le manifestó con toda sinceridad lo que deseaba en aquel momento: *"aparta de mí este cáliz"* (Mc 14, 35). Pero, a la vez, quería ser fiel a su Padre, corresponderle con un amor sin condiciones: *no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*. Jesús acabó entregándose al que reconocía como único Señor de su vida, cuya voluntad se le estaba revelando en las circunstancias concretas que estaba viviendo.

En los vv.33 – 34 vemos en las palabras y forma de proceder de Jesús la profunda aflicción por la que estaba pasando esos instantes y el porqué de ello (cosa que veremos en el segundo punto con más detalle):

v.33 que: *"comenzó a afligirse y a angustiarse mucho..."* algunas traducciones dicen: *"y comenzó a llenarse de horror y angustia"*.

Cedron" que Jesús conocía muy bien porque en muchas ocasiones se había reunido allí con sus discípulos (Jn. 18:1-2b) un lugar muy especial para Jesús "Y saliendo, se fue...como solía, al monte de los Olivos" (Lc. 22:39). fue el jardín donde, según el Nuevo Testamento, Jesús oró la última noche antes de ser arrestado.

v.34 leemos una expresión aún más fuerte: *“Mi alma está muy afligida, hasta el punto de la muerte...”*. Era tanto la angustia y el temor que estaba experimentando nuestro amado Señor, que les pide a sus más cercanos: ***“quedaos aquí y velad”***. Cristo necesitaba en esos momentos el saberse acompañado y cubierto por las oraciones de sus discípulos.

En los vv.35,36 Cristo se dirige al Padre en un espíritu de absoluta confianza y sumisión... arrodillado, vemos a Jesús como se entrega en un profundo clamor. Le pide al Padre que si es posible, sea librado de esa hora... que la copa sea apartada de Él.

vv. 41 – 42

Al principio del texto hemos visto a Jesús en una profunda lucha y aflicción .

Ahora lo vemos listo y preparado para aceptar todo el sufrimiento necesario: *“Basta ya; ha llegado la hora; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vámonos; mirad, está cerca el que me entrega”*. Cristo no huye, ni se atemoriza, sino que estaba preparado, esperando al traidor. ¿Cómo se preparó Jesús para este momento? Velando y orando fervientemente.

Fijémonos en el contraste de actitud entre Cristo y los discípulos. Por cuatro veces aparece el verbo orar (32, 35, 38, 39) y tres velar (34, 37, 38), y otras cuatro dormir, tristemente en relación a los discípulos. Vemos a Jesús orando fervientemente, le oímos avisando de la necesidad de orar (38) porque no tenemos en la carne un buen aliado. Nuestro aliado es la oración, es fortalecer el hombre interior.

Paso 3. Oramos :
¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?

El evangelista Marcos narra la noche de angustia y de intensa oración de Jesús, abandonándose definitivamente a la voluntad del Padre, seguida de la traición de Judas. El texto resalta que la oración de Jesús al Padre fue una plegaria llena de confianza y de familiaridad. En el texto de Marcos, Jesús se dirige a Dios Padre con el término ‘Abba’, una palabra que la tradición judía nunca había usado en relación a Dios. Por otra parte, esta expresión ‘Abba’ sólo se emplea aquí en todos los evangelios, subrayando la profunda intimidad entre Dios y su hijo Jesús en el momento en el que éste se sintió más necesitado del amor del Padre.

San Marcos es también el único que añade un detalle anecdótico, quizás de índole personal: se trata del joven que escapa de los guardias soltando la sábana y quedándose desnudo. Podría tratarse de un recuerdo autobiográfico: San Marcos era de Jerusalén y el mismo huerto de Getsemaní tal vez pertenecía a su familia; aquella noche se habría quedado a dormir allí, cubierto sólo por una sábana.

Oración introductoria.

“Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.” Que tu voluntad se realice en mi obrar cotidiano. Sea agradable o ingrata. Fácil o complicada. “Tu voluntad, Señor...”

¿Cómo interiorizamos la Palabra de Dios?

(Releamos el texto haciendo algunas anotaciones sobre cada uno de sus momentos:

No podemos prevalecer en nuestro anhelo por vivir fielmente nuestra fe si no oramos, no podremos vencer al pecado si no oramos. Es más, seremos presa fácil de la tentación en cualquier forma que esta se presente si no oras. Es más el sueño, el sopor espiritual, sino velas en oración caerá sobre nosotros. Es interesante notar, que mientras todos los discípulos dormían, el falso apóstol (Judas) estaba velando y maquinando para hacer mal. Esto nos dice mucho sobre el hecho de estar preparados. En este sentido Cristo prevaleció.

(Dejamos 5 minutos de silencio).

Motivamos la oración.

Era de noche, la luna llena o casi llena. Se distinguen las formas de los olivos, de los doce, pero todo está en penumbra. Jesús como otras veces escoge a Pedro, Santiago y Juan par que lo acompañen más de cerca.

Jesús les comunica sus sentimientos: está tremendamente triste. El texto dice también que Jesús comenzó a sentir terror y angustia.

Vemos un Jesús humano que no desea su muerte y está aterrado porque sabe que se enfrenta a una muerte violenta, no puede saber cómo va a morir, pero lo puede intuir. Estaba cansado de ver a los crucificados por el poder de Roma, sabe también el suplicio, la tortura que supone una muerte así. Ha visto también morir apedreados a los que el Sanedrín condenaba a muerte.

La manera como Jesús ha vivido, ha enseñado, lo aboca a este final terrible, y Jesús no puede renunciar a lo que él es por evitar su muerte violenta. Debe permanecer fiel hasta el final a la misión que el Padre le ha encomendado.

Después de haber orado a su Padre se acerca a encontrarse con sus discípulos y los encuentra dormidos. Tal vez Jesús buscaba un apoyo humano en estos momentos tan trágicos de su vida, pero por desgracia sus discípulos duermen. Jesús no muestra desprecio hacia ellos, sus palabras no son de reproche, más bien son de desamparo, como de alguien necesitado: ¿Simón, duermes? ¿No has podido velar una hora?

"Velad y orad para no caer en tentación, el espíritu está pronto pero la carne es débil"
Estas palabras nacen de la experiencia que Jesús acaba de vivir, él lo acaba de experimentar, desea ser fiel al Padre, pero se siente débil, por eso se le hace necesaria la oración, es decir, la relación personal con el Padre para que éste le sustente a la hora de la prueba. Esta exhortación de Jesús a "velad y orad" debería estar presente constantemente en nuestros corazones como la única forma real de vencer las tentaciones. No nos engañemos; no hay ningún poder en nosotros mismos que nos haga inmunes a los ataques de Satanás.

Cada cristiano debe estar permanentemente en un estado de vigilancia y oración desde el momento de su conversión hasta la hora de su muerte.

Compartir oración personal.

***Paso 4. Actuamos:
¿Qué hacer como resultado de la oración?***

En la vida, todos podemos experimentar momentos difíciles, el tema no es preguntarnos a que se deben esos momentos sino cómo los enfrento en mi diario vivir; En Marcos leemos la experiencia de Jesús en el momento más duro y difícil que le toco vivir aquí en la tierra, justo en uno de sus lugares favoritos y que Él utilizaba para encontrarse con el Padre, en el huerto de Getsemaní.

Para nuestra vida cotidiana fijémonos en el final del texto, Jesús ya va a separarse de sus discípulos, ha llegado la hora del prendimiento: " *Velad y orad, para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil*". De nuevo se apartó y oraba repitiendo las mismas palabras. Volvió y los encontró otra vez dormidos, porque sus ojos se les cerraban. Y no sabían qué contestarle. Vuelve por tercera vez y les dice:

«Ya podéis dormir y descansar. ¡Basta! Ha llegado la hora; mirad que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega»." (Marcos 14, 38-42)

Jesús señaló que la razón por la que era imprescindible que mantuvieran la actitud de vigilancia y oración, era porque dentro del cristiano hay dos naturalezas que son contrarias entre sí; el espíritu y la carne.

Por un lado está la "carne", la vieja naturaleza caída, desde el conocido como "pecado original", siempre en peligro ante el mal. Y por otro lado está el "espíritu", es decir, la nueva naturaleza que el Espíritu Santo ha dado a aquellos que creen en Cristo, y que siempre está dispuesta a hacer el bien que agrada a Dios. El Espíritu que todos hemos recibido en el bautismo y ratificado en la confirmación.

Es importante ser conscientes de que aún estando bautizados y después de la conversión, Dios no quita de nosotros la vieja naturaleza, ya que esta es nuestra acompañante en nuestro peregrinar terrenal, la perderemos en el momento cuando seamos arrebatados o muramos. No olvidemos que la carne no mejora con el tiempo, únicamente se adapta a las nuevas situaciones, y por lo tanto, no hay ningún creyente que haya llegado a un estado de santidad que ya no deba preocuparse de ella. Por el contrario, aquellos que realmente viven una vida consagrada al Señor son los que, conscientes del grave peligro que constantemente corren por su naturaleza caída, perseveran en "velar y orar".

Jesús interrumpió sus oraciones en tres ocasiones para ir a ver a sus discípulos, y en todas ellas los encontró durmiendo. Y aunque seguramente sentían cierta vergüenza por no estar orando tal como Jesús les había pedido, sin embargo, no lograban resistir el sueño y tampoco "sabían qué responderle".

Pero cuando Jesús regresó por tercera vez, ya no les animó a velar, sino que les dijo que durmieran y descansaran. No debemos ver en estas palabras una severa reprensión, sino más bien todo lo contrario. Podemos incluso imaginarnos al Señor sentándose a su lado mientras velaba sus sueños, como una madre que vigila tiernamente a sus pequeños mientras duermen.

Los discípulos se habían rendido a la comodidad del sueño bajo el peso del cansancio y la tristeza. Aunque, por supuesto, esto no había alejado de ellos el mal, sino que simplemente les había hecho inconscientes de su existencia y les dejaba indefensos ante su presencia peligrosa. Pero por otro lado, Cristo no se rindió ante nada, sino que en medio de su inmenso dolor afirmó positivamente su disposición de hacer la voluntad de Dios al precio que fuera, e incluso, velaba por sus discípulos con todo su amor y cuidado mientras ellos dormían.

Finalmente llegó "la hora" en que Jesús iba a ser entregado en manos de pecadores.

Suponemos que Jesús escuchó el ruido de la compañía que, conducida por Judas, cruzaba el arroyo y subía la cuesta hacia el huerto, por lo que rápidamente despertó a sus discípulos para advertirles de la presencia del peligro.

Las frases entrecortadas que usa Jesús nos muestran su angustia ante la hora final, pero en ningún momento plantea una huida, sino que por el contrario dijo a sus discípulos "vamos", indicando de esta manera su disposición de ir en busca de los que venían a arrestarle.

Meditemos sobre las posibles causas de la angustia de Jesús en Getsemaní. ¿Qué angustias hay en nuestra vida?

Busquemos la causa de nuestras angustias, para no vivir en ellas.

¿Por qué debían velar y orar los discípulos? ¿Es la oración mi fortaleza?

¿Qué quería decir el Señor cuando oró pidiendo "que si fuese posible, pasase de él aquella hora"? ¿Le parece que el Hijo tenía unos deseos diferentes a los del Padre? ¿Qué podemos aprender de esto para nuestras vidas de oración?. Cuando discernimos la voluntad de Dios y veo que no coincide con mis intereses ¿qué actitud adopto?

En nuestra vida ¿cómo vivo la realidad de que "el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil"?

En el texto hay algo muy concreto para nosotros, y es una reflexión obligada: ¿no estaremos asumiendo el papel de Pedro, Santiago y Juan en Getsemaní? Es decir, ¿estamos dormidos mientras el Señor trabaja a fondo por nosotros? ¿Nos estamos negando a aportar nuestro acompañamiento al plan de Dios? O lo que es peor: ¿Estamos dormidos frente al sufrimiento de nuestros hermanos?

Quizás debamos ser conscientes de que Getsemaní se repite una y otra vez, porque Jesús sigue ahí, trabajando por nosotros en la salvación nuestra y del mundo, invitándonos a participar en esa obra, pero nosotros tal vez simplemente dormimos con la excusa de nuestro cansancio o lisa y llanamente sin excusa.

**Para profundizar releamos el texto meditado
con el Magisterio y los santos Padres de la Iglesia.**

Meditación Rafael Pla Calatayud

"Jesús combate su debilidad aferrándose a su oración al Padre. Toda la vida de Jesús fue una íntima relación con el Padre. Cuando se retira a rezar, solo, en un alto o en el desierto, al reunirse después con los apóstoles no les cuenta nunca nada de su diálogo con el Padre.

También en Getsemaní Jesús se retira para rezar, en aquel lugar silencioso y apartado al que iba a menudo. Su oración ahora es más intensa que nunca: es la oración de un condenado a muerte que pide no tener que morir.

¿Era consciente Jesús de lo que iba a pasar? Los sinópticos narran que, después que Pedro lo reconoció como «el Mesías de Dios» (Lc 9,20), Jesús anunció que «el Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día» (Lc 9,22; cf. Mt 16,21; Mc 8,31). Jesús fue ayudando a sus discípulos a entender las Escrituras y las palabras de los profetas que anunciaban la llegada del Mesías, palabras que se cumplirían en él a través de su trágico final.

Acabada la cena de la Eucaristía en el Cenáculo, antes de salir hacia Getsemaní, Lucas afirma que Jesús habló de su pasión como parte del plan de salvación, tal como lo había anunciado Isaías: «Porque os digo que es necesario que se cumpla en mí lo que está escrito: 'Fue contado entre los pecadores'» (Lc 22,37; cf. Is 53,12). Mateo y Marcos ambientan en el recorrido que va desde el Cenáculo hasta el Monte de los Olivos el anuncio que Jesús hizo a los discípulos acerca de cómo reaccionarían a su detención, tal como

profetizó Zacarías: «Esta noche os vais a escandalizar todos por mi causa, porque está escrito: 'Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño'. Pero cuando resucite, iré delante de vosotros a Galilea» (Mt 26,31-32; Mc 14,27-28).

Jesús, pues, sabía lo que iba a suceder y su oración en Getsemaní trataba de acortar la distancia que existía entre el rechazo al gran sufrimiento que lo llevaría a la muerte y la voluntad de aprender la obediencia al Padre. En eso consistió, sustancialmente, la oración de Jesús a su Padre, su 'Abba': unirse fielmente a su voluntad, por más oscura y difícil de aceptar que fuera. Por otro lado, Jesús mismo había exhortado en variadas ocasiones a los apóstoles a ponerse en disposición de cumplir la voluntad de Dios: «El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mt 12,50).

Jesús cae rostro en tierra: es una postura de oración que expresa obediencia a la voluntad del Padre, abandono plenamente confiado en Él. En este extraño y contradictorio destino como Mesías venido para salvar a la humanidad y obligado a sufrir la muerte, Jesús veía el secreto de la renovación radical de la condición del hombre y del mundo.

También esta noche de angustia está inscrita en el designio de amor de Dios por el hombre; la oración de Jesús es la misma a la que cada hombre debe aferrarse en los momentos de oscuridad.

«Jesús lleva a cumplimiento el designio amoroso del Padre y toma sobre sí todas las angustias de la humanidad, todas las súplicas e intercesiones de la historia de la salvación; las presenta al Padre, quien las acoge y escucha, más allá de toda esperanza, resucitándolo de entre los muertos» (Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, 543).” (Rafael Pla. Reflexión y retiro .Semana Santa 2016. Valencia abril 2016).

Meditación del Papa Francisco.

“Jesús está en camino con sus discípulos hacia Jerusalén porque **“se cumplían los días en que habría sido elevado en alto”**. Se trata del inicio del Evangelio propuesto por la liturgia del día que refiere el aproximarse del momento de la pasión y de la cruz, ante el cual – como destacó el Papa – en su homilía de la Misa matutina celebrada en la capilla de la Casa de Santa Marta el primer martes de octubre – Jesús realiza dos acciones: “Toma la firme decisión de ponerse en **camino**”; de manera que acepta la voluntad del Padre y va adelante; y después, “anuncia esto a sus discípulos”.

“Sólo una vez”– recordó Francisco – se permitió pedir al Padre que alejara un poco esta cruz: ‘Padre –en el Huerto de los Olivos – si es posible, aleja de mí este cáliz. Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya’. Obediente: lo que el Padre quiere. Decidido y obediente y nada más. Y así, hasta el final. El Señor entra en la paciencia... Entra en la paciencia. Es un ejemplo de camino, no sólo morir sufriendo en la cruz, sino caminar en la paciencia”.

Sin embargo, ante esta decisión, y con la perspectiva del camino hacia Jerusalén y hacia la cruz, los discípulos no siguen a su Maestro, tal como lo relatan diversas páginas de los Evangelios que citó el Santo Padre. A veces los discípulos “no entendían lo que quería decir o no querían entender, porque estaban asustados”; mientras otras veces “escondían la verdad” o se distraían haciendo “cosas alienantes”; o, como se lee en el Evangelio, “buscaban una coartada para no pensar” en lo que le esperaba al Señor.

“Y Jesús solo. No estaba acompañado en esta decisión porque nadie comprendía el misterio de Jesús. La soledad de Jesús en el camino hacia Jerusalén: solo. Y esto, hasta el

final. Pensemos después en el abandono de los discípulos, en la traición de Pedro... Solo. El Evangelio nos dice que se le apareció sólo un ángel del cielo para confortarlo en el Huerto de los Olivos. Sólo aquella compañía. Solo.

Vale la pena – y fue ésta la sugerencia final del Papa, “tomarse un poco de tiempo para pensar” en Jesús que “tanto nos ha amado”, “que ha caminado solo hacia la cruz” en medio de la incompreensión de los suyos. “Pensar”, “ver”, “agradecer” a Jesús, obediente y valiente, y “realizar un coloquio con Él”. Y Francisco sugirió las palabras con las que hacerlo:

“¿Cuántas veces yo trato de hacer tantas cosas y no miro, lo que Tú has hecho por mí? ¿Tú que has entrado en la paciencia – el hombre paciente, Dios paciente – que con tanta paciencia toleras mis pecados, mis fracasos? Y hablar con Jesús así. Él siempre está decidido a ir adelante, poner el rostro, y nosotros debemos agradecerse. Transcurramos hoy un poco de tiempo, poco minutos – cinco, diez, quince – ante el Crucifijo, tal vez, o con la imaginación ver a Jesús caminando decididamente hacia Jerusalén, y pedir la gracia de tener el coraje de seguirlo desde cerca.” (Papa Francisco en homilía en Santa Marta 3-10-17: «Pedir a Jesús el coraje de seguirlo desde cerca»).

Meditación del Papa emérito Benedicto XVI

“Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero hablar de la oración de Jesús en Getsemaní, en el Huerto de los Olivos. El escenario de la narración evangélica de esta oración es particularmente significativo. Jesús, después de la última Cena, se dirige al monte de los Olivos, mientras ora juntamente con sus discípulos. Narra el evangelista san Marcos: «Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos» (14, 26). Se hace probablemente alusión al canto de algunos Salmos del 'hallél con los cuales se da gracias a Dios por la liberación del pueblo de la esclavitud y se pide su ayuda ante las dificultades y amenazas siempre nuevas del presente. El recorrido hasta Getsemaní está lleno de expresiones de Jesús que hacen sentir inminente su destino de muerte y anuncian la próxima dispersión de los discípulos.

También aquella noche, al llegar a la finca del monte de los Olivos, Jesús se prepara para la oración personal. Pero en esta ocasión sucede algo nuevo: parece que no quiere quedarse solo. Muchas veces Jesús se retiraba a un lugar apartado de la multitud e incluso de los discípulos, permaneciendo «en lugares solitarios» (cf. Mc 1, 35) o subiendo «al monte», dice san Marcos (cf. Mc 6, 46). En Getsemaní, en cambio, invita a Pedro, Santiago y Juan a que estén más cerca. Son los discípulos que había llamado a estar con él en el monte de la Transfiguración (cf. Mc 9, 2-13). Esta cercanía de los tres durante la oración en Getsemaní es significativa. También aquella noche Jesús rezará al Padre «solo», porque su relación con él es totalmente única y singular: es la relación del Hijo Unigénito. Es más, se podría decir que, sobre todo aquella noche, nadie podía acercarse realmente al Hijo, que se presenta al Padre en su identidad absolutamente única, exclusiva. Sin embargo, Jesús, incluso llegando «solo» al lugar donde se detendrá a rezar, quiere que al menos tres discípulos no permanezcan lejos, en una relación más estrecha con él. Se trata de una cercanía espacial, una petición de solidaridad en el momento en que siente acercarse la muerte; pero es sobre todo una cercanía en la oración, para expresar, en cierta manera, la sintonía con él en el momento en que se dispone a cumplir hasta el fondo la voluntad del Padre; y es una invitación a todo discípulo a seguirlo en el camino de la cruz. El evangelista san Marcos narra: «Se llevó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y empezó a sentir espanto

y angustia. Les dijo: “Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad”» (14, 33-34).

Jesús, en la palabra que dirige a los tres, una vez más se expresa con el lenguaje de los Salmos: «Mi alma está triste», una expresión del Salmo 43 (cf. Sal 43, 5). La dura determinación «hasta la muerte», luego, hace referencia a una situación vivida por muchos de los enviados de Dios en el Antiguo Testamento y expresada en su oración. De hecho, no pocas veces seguir la misión que se les encomienda significa encontrar hostilidad, rechazo, persecución. Moisés siente de forma dramática la prueba que sufre mientras guía al pueblo en el desierto, y dice a Dios: «Yo solo no puedo cargar con todo este pueblo, pues supera mis fuerzas. Si me vas a tratar así, hazme morir, por favor, si he hallado gracia a tus ojos» (Nm 11, 14-15). Tampoco para el profeta Elías es fácil realizar el servicio a Dios y a su pueblo. En el Primer Libro de los Reyes se narra: «Luego anduvo por el desierto una jornada de camino, hasta que, sentándose bajo una retama, imploró la muerte diciendo: “¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!”» (19, 4).

Las palabras de Jesús a los tres discípulos a quienes llamó a estar cerca de él durante la oración en Getsemaní revelan en qué medida experimenta miedo y angustia en aquella «Hora», experimenta la última profunda soledad precisamente mientras se está llevando a cabo el designio de Dios. En ese miedo y angustia de Jesús se recapitula todo el horror del hombre ante la propia muerte, la certeza de su inexorabilidad y la percepción del peso del mal que roza nuestra vida.

Después de la invitación dirigida a los tres a permanecer y velar en oración, Jesús «solo» se dirige al Padre. El evangelista san Marcos narra que él «adelantándose un poco, cayó en tierra y rogaba que, si era posible, se alejara de él aquella hora» (14, 35). Jesús cae rostro en tierra: es una posición de la oración que expresa la obediencia a la voluntad del Padre, el abandonarse con plena confianza a él. Es un gesto que se repite al comienzo de la celebración de la Pasión, el Viernes Santo, así como en la profesión monástica y en las ordenaciones diaconal, presbiteral y episcopal, para expresar, en la oración, también corporalmente, el abandono completo a Dios, la confianza en él. Luego Jesús pide al Padre que, si es posible, aparte de él aquella hora. No es sólo el miedo y la angustia del hombre ante la muerte, sino el desconcierto del Hijo de Dios que ve la terrible masa del mal que deberá tomar sobre sí para superarlo, para privarlo de poder.

Queridos amigos, también nosotros, en la oración debemos ser capaces de llevar ante Dios nuestros cansancios, el sufrimiento de ciertas situaciones, de ciertas jornadas, el compromiso cotidiano de seguirlo, de ser cristianos, así como el peso del mal que vemos en nosotros y en nuestro entorno, para que él nos dé esperanza, nos haga sentir su cercanía, nos proporcione un poco de luz en el camino de la vida.

Jesús continúa su oración: «¡Abbá! ¡Padre!: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (Mc 14, 36). En esta invocación hay tres pasajes reveladores. Al comienzo tenemos la duplicación del término con el que Jesús se dirige a Dios: «¡Abbá! ¡Padre!» (Mc 14, 36a). Sabemos bien que la palabra aramea Abbá es la que utilizaba el niño para dirigirse a su papá, y, por lo tanto, expresa la relación de Jesús con Dios Padre, una relación de ternura, de afecto, de confianza, de abandono. En la parte central de la invocación está el segundo elemento: la consciencia de la omnipotencia del Padre —«tú lo puedes todo»—, que introduce una petición en la que, una vez más, aparece el drama de la voluntad humana de Jesús ante la muerte y el mal: «Aparta de mí este cáliz». Hay una tercera expresión de la oración de Jesús, y es la expresión decisiva, donde la voluntad humana se adhiere plenamente a la voluntad divina. En efecto, Jesús concluye diciendo con fuerza: «Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (Mc 14, 36c). En la unidad de la persona divina del Hijo, la voluntad humana encuentra su realización plena en el abandono total del yo en el tú del Padre, al que llama Abbá. San Máximo el Confesor afirma que desde el momento de la creación del hombre y de la mujer, la voluntad humana

está orientada a la voluntad divina, y la voluntad humana es plenamente libre y encuentra su realización precisamente en el «sí» a Dios. Por desgracia, a causa del pecado, este «sí» a Dios se ha transformado en oposición: Adán y Eva pensaron que el «no» a Dios sería la cumbre de la libertad, el ser plenamente uno mismo. Jesús, en el monte de los Olivos, reconduce la voluntad humana al «sí» pleno a Dios; en él la voluntad natural está plenamente integrada en la orientación que le da la Persona divina. Jesús vive su existencia según el centro de su Persona: su ser Hijo de Dios. Su voluntad humana es atraída por el yo del Hijo, que se abandona totalmente al Padre. De este modo, Jesús nos dice que el ser humano sólo alcanza su verdadera altura, sólo llega a ser «divino» conformando su propia voluntad a la voluntad divina; sólo saliendo de sí, sólo en el «sí» a Dios, se realiza el deseo de Adán, de todos nosotros, el deseo de ser completamente libres. Es lo que realiza Jesús en Getsemaní: conformando la voluntad humana a la voluntad divina nace el hombre auténtico, y nosotros somos redimidos.

El Compendio del Catecismo de la Iglesia católica enseña sintéticamente: «La oración de Jesús durante su agonía en el huerto de Getsemaní y sus últimas palabras en la cruz revelan la profundidad de su oración filial: Jesús lleva a cumplimiento el designio amoroso del Padre, y toma sobre sí todas las angustias de la humanidad, todas las súplicas e intercesiones de la historia de la salvación; las presenta al Padre, quien las acoge y escucha, más allá de toda esperanza, resucitándolo de entre los muertos» (n. 543). Verdaderamente «en ningún otro lugar de las Escrituras podemos asomarnos tan profundamente al misterio interior de Jesús como en la oración del monte de los Olivos» (Jesús de Nazaret II, 186). (Papa emérito Benedicto XVI. Audiencia general. Miércoles 1 de febrero de 2012).

Meditación de San Agustín.

10. *Mateo hilvana su relato diciendo: Entonces Jesús se dirige con ellos a una propiedad llamada Getsemaní⁴². El dato lo aporta también Marcos, e igualmente Lucas, sin mencionar expresamente la propiedad⁴³, al decir: Salió y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos. Le siguieron también los discípulos. Y cuando llegó al lugar, les dijo: Pedid no caer en tentación⁴⁴. Este es el lugar a quienes aquellos llamaron Getsemaní. Entendemos que allí existió el huerto al que alude Juan en este relato: Tras decir esto Jesús, pasó con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde se hallaba el huerto al que entró con sus discípulos⁴⁵.*

Luego, según Mateo, dijo a los discípulos: Sentaos aquí mientras voy allá a orar. Y tomando a Pedro y a los dos hijos del Zebedeo, comenzó a sentirse lleno de tristeza y angustia. Entonces les dijo: Mi alma está triste hasta la muerte; aguantad aquí y velad conmigo. Y avanzando un poco, cayó rostro en tierra, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga como yo quiero, sino como tú. Se acercó a los discípulos y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, para no caer en tentación. El espíritu en verdad está pronto, pero la carne es débil. Se alejó de nuevo, por segunda vez, y oró diciendo: Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. Volvió de nuevo y los halló durmiendo, pues sus ojos estaban cargados. Los dejó de nuevo, se alejó y oró por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Entonces volvió a sus discípulos y les dijo: Dormid ya y descansad; mirad, ha llegado la hora y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos! ¡Vámonos! Mirad que ya está cerca el que me va a entregar⁴⁶.

11. *Esto lo inserta también Marcos exactamente en el mismo modo y orden, aunque de forma un poco más sucinta, abreviando algunas sentencias y aclarando más algún*

punto, pues, según Mateo, parece como si en este discurso hubiese contradicción interna. En efecto, después de orar por tercera vez, se acercó a sus discípulos y les dijo: Dormid ya y descansad; mirad, ha llegado la hora y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos! ¡Vámonos! Mirad que ya está cerca el que me va a entregar. ¿Cómo dijo antes: Dormid ya y descansad, si enlaza con Mirad, ha llegado la hora, razón por la que dijo: ¡Levantaos! ¡Vámonos!?

Impresionados por esa como contradicción, quienes lo leen intentan pronunciar lo escrito: Dormid ya y descansad, como dicho en tono de desaprobación, no de permisión. El proceder sería correcto si fuera necesario. Mas como Marcos mencionó esto de modo que, tras decir: Dormid ya y descansad, añade: Basta, y luego continúa: Llegó la hora; mirad, el Hijo del hombre será entregado⁴⁷, se entiende que después de las palabras: Dormid y descansad, calló el Señor por un espacio de tiempo, para que tuviese lugar lo que había permitido, y entonces introdujo: Mirad, ha llegado la hora. Por esa razón en el relato según Marcos, después de aquellas palabras, está puesto: Basta, es decir, ya es suficiente lo que habéis descansado». Mas, como no se ha mencionado la inclusión del silencio del Señor, dificulta la comprensión, hasta reclamar aquellas palabras otra pronunciación.

12. Lucas puso delante cuántas veces había orado. Dijo, en efecto, lo que éstos callaron: que un ángel lo había confortado, que en el momento de más intensa oración el sudor fue de sangre y que las gotas llegaban a la tierra⁴⁸. Al decir: Cuando se levantó de la oración y vino a sus discípulos⁴⁹, no indica cuál de ellas, pero en nada contradice a los otros dos. A su vez, Juan, después de decir que entró al huerto con sus discípulos, no refiere qué hizo allí hasta el momento en que llegó el traidor con los judíos para apresarlos⁵⁰.

13. Así, pues, estos tres narraron el mismo acontecimiento, igual que podría hacerlo un único autor, con alguna variedad, pero sin oponerse en nada. Pero Lucas expresó más claramente cuánto se había alejado, esto es, separado de ellos, al indicar: Como un tiro de piedra⁵¹. Marcos a su vez narró primero con palabras propias el ruego del Señor: que, si era posible, pasase de él aquella hora⁵², es decir, la de la pasión, que indicó luego con el término cáliz. A continuación refirió las palabras mismas del Señor de esta manera: Abba, Padre, todo te es posible, aleja de mí este cáliz⁵³. Si añades a esto lo que dijeron aquellos dos y lo que el mismo Marcos puso asimismo con palabras propias, la sentencia resulta de este tenor: Padre, si es posible —pues a ti todo te es posible—, aleja de mí este cáliz.

Para que nadie pensase que rebajaba el poder del Padre al decir: Si es posible, no dijo: «Si puedes hacerlo», sino: Si es posible. Pero puede hacerse lo que él quiera. Así, pues, dijo: Si es posible, igual que si hubiese dicho: Si quieres. Marcos manifestó cómo se ha de entender Si es posible, al decir: Todo te es posible a ti. Y lo que recordaron que dijo Jesús: Pero no se haga lo que quiero yo, sino lo que quieres tú —lo que equivale a decir: Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya—, manifestó con suficiencia que dijo: Si es posible, pensando no en la posibilidad, sino en la voluntad del Padre. Sobre todo teniendo en cuenta que Lucas indicó lo mismo más claramente. Porque no dijo: Si es posible, sino: Si quieres. A esta sentencia, ya más explicitada, se añade con mayor claridad aún lo escrito por Marcos, que hasta dice: Si quieres, pues todo te es posible a ti, aleja de mí este cáliz: (San Agustín. Concordancia evangelistas libro III).

Meditación de San Jerónimo

“Para probar que ha asumido verdaderamente la naturaleza humana, el Señor se ha entristecido realmente, pero para que la pasión no dominara su alma, comenzó a entristecerse por la propia pasión. Porque una cosa es entristecerse y otra comenzar a entristecerse. Se entristecía no por temor a la pasión —Él había venido precisamente para sufrir y le había reprochado a Pedro sus temores—, sino a causa del desventurado Judas, del

escándalo de todos sus apóstoles, del rechazo del pueblo judío y de la destrucción de la desdichada Jerusalén” (San Jerónimo, Meditación al evangelio de Mateo, libro IV, in loco.).

Meditación de Santo Tomas Moro. La angustia de Cristo ante la muerte

«Y dijo a los discípulos: Sentaos aquí mientras yo voy más allá y hago oración. Y llevándose consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo entonces: Mi alma está triste hasta la muerte. Aguardad aquí y velad conmigo»¹¹. Después de mandar a los otros ocho Apóstoles que se quedaran sentados en un lugar, Él siguió más allá, llevando consigo a Pedro, a Juan y a su hermano Santiago, a los que siempre distinguió del resto por una mayor intimidad. Aunque no hubiera tenido otro motivo para hacerlo que el haberlo querido así, nadie tendría razón para la envidia por causa de su bondad. Pero tenía motivos para comportarse de esta manera, y los debió de tener presentes. Destacaba Pedro por el celo de su fe, y Juan por su virginidad, y el hermano de éste, Santiago, sería el primero entre ellos en padecer martirio por el nombre de Cristo. Estos eran, además, los tres Apóstoles a los que se les había concedido contemplar su cuerpo glorioso. Era, por tanto, razonable que estuvieran muy próximos a Él, en la agonía previa a su Pa-sión, los mismos que habían sido admitidos a tan maravillosa visión, y a quienes Él había recreado con un destello de la claridad eterna porque convenía que fueran fuertes y firmes.

Avanzó Cristo unos pasos y, de repente, sintió en su cuerpo un ataque tan amargo y agudo de tristeza y de dolor, de miedo y pesadumbre, que, aunque estuvieran otros junto a Él, le llevó a exclamar inmediatamente palabras que indican bien la angustia que oprimía su corazón: «Triste está mi alma hasta la muerte.» Una mole abrumadora de pesares empezó a ocupar el cuerpo bendito y joven del Salvador. Sentía que la prueba era ahora ya algo inminente y que estaba a punto de volcarse sobre Él: el infiel y alevoso traidor, los enemigos enconados, las cuerdas y las cadenas, las calumnias, las blasfemias, las falsas acusaciones, las espinas y los golpes, los clavos y la cruz, las torturas horribles prolongadas durante horas. Sobre todo esto le abrumaba y dolía el espanto de los discípulos, la perdición de los judíos, e incluso el fin desgraciado del hombre que pérfidamente le traicionaba. Añadía además el inefable dolor de su Madre queridísima. Pesares y sufrimientos se revolvían como un torbellino tempestuoso en su corazón amabilísimo y lo inundaban como las aguas del océano rompen sin piedad a través de los diques destrozados.

Alguno podrá quizá asombrarse, y se preguntará cómo es posible que nuestro salvador Jesucristo, siendo verdaderamente Dios, igual a su Padre Todopoderoso, sintiera tristeza, dolor y pesadumbre.

No hubiera podido padecer todo esto si siendo como era Dios, lo hubiera sido de tal manera que no fuese al mismo tiempo hombre verdadero. Ahora bien, como no era menos verdadero hombre que era verdaderamente Dios, no veo razón para sorprendernos de que, al ser hombre de verdad, participara de los afectos y pasiones naturales de los hombres (afectos y pasiones, por su-puesto, ausentes en todo de mal o de culpa). De igual modo, por ser Dios, hacía portentosos milagros. Si nos asombra que Cristo sintiera miedo, cansancio y pena, dado que era Dios, ¿por qué no nos sorprende tanto el que sintiera hambre, sed y sueño? ¿No era menos verdadero Dios por todo esto? Tal vez, se podría objetar: «Está bien. Ya no me causa extrañeza que experimentara esas emociones y estados de ánimo, pero no puedo explicarme el que de-seara tenerlas de hecho. Porque Él mismo enseñó a los discípulos a no tener miedo a aquellos que pueden matar el cuerpo y ya no pueden hacer nada más. ¿Cómo es posible que ahora tenga tanto miedo de esos hombres y, especialmente, si se tiene en cuenta que nada sufriría su cuerpo si Él no lo permitiera? Consta, además, que sus mártires corrían hacia las muertes prestos y alegres, mostrándose superiores a tiranos y torturadores, y casi insultándoles. Si esto fue así con los mártires de

Cristo, ¿cómo no ha de parecer extraño que el mismo Cristo se llenara de terror y pavor, y se entristeciera a medida que se acercaba el sufrimiento?

¿No es acaso Cristo el primero y el modelo ejemplar de los mártires todos? Ya que tanto le gustaba primero hacer y luego enseñar, hubiera sido más lógico haber asentado en esos momentos un buen ejemplo para que otros aprendieran de Él a sufrir gustosos la muerte por causa de la verdad. Y también para que los que más tarde morirían por la fe con duda y miedo no excusaran su cobardía imaginando que siguen a Cristo, cuando en realidad su reluctancia puede descorazonar a otros que vean su temor y tristeza, rebajando así la gloria de su causa.»

Estos y otros que tales objeciones ponen no aciertan a ver todos los aspectos de la cuestión, ni se dan cuenta de lo que Cristo quería decir al prohibir a sus discípulos que tuvieran miedo a la muerte.

No quiso que sus discípulos no rechazaran nunca la muerte, sino, más bien, que nunca huyeran por miedo de aquella muerte «temporal», que no durará mucho, para ir a caer, al renegar de la fe, en la muerte eterna. Quería que los cristianos fuesen soldados fuertes y prudentes, no tontos e insensatos. El hombre fuerte aguanta y resiste los golpes, el insensato ni los siente siquiera. Sólo un loco no teme las heridas, mientras que el prudente no permite que el miedo al sufrimiento le separe jamás de una conducta noble y santa. Sería escapar de unos dolores de poca monta para ir a caer en otros mucho más dolorosos y amargos.

Cuando un médico se ve obligado a amputar un miembro o cauterizar una parte del cuerpo, anima al enfermo a que soporte el dolor, pero nunca intenta persuadirle de que no sentirá ninguna angustia y miedo ante el dolor que el corte o la quemadura causen. Admite que será penoso, pero sabe bien que el dolor será superado por el gozo de recuperar la salud y evitar dolores más atroces.

Aunque Cristo nuestro Salvador nos manda tolerar la muerte, si no puede ser evitada, antes que separarnos de Él por miedo a la muerte (y esto ocurre cuando negamos públicamente nuestra fe), sin embargo, está tan lejos de mandarnos hacer violencia a nuestra naturaleza (como sería el caso si no hubiéramos de temer en absoluto la muerte), que incluso nos deja la libertad de escapar si es posible del suplicio, siempre que esto no repercuta en daño de su causa. «Si os persiguen en una ciudad dice-, huid a otra». Esta indulgencia y cauto consejo de prudente maestro fue seguido por los Apóstoles y por casi todos los grandes mártires en los siglos posteriores. Es difícil encontrar uno que no usara este permiso en un momento u otro para salvar la vida y prolongarla, con gran provecho para sí y para otros muchos, hasta que se aproximara el tiempo oportuno según la oculta providencia de Dios. Hay también valerosos campeones que tomaron la iniciativa profesando públicamente su fe cristiana aunque nadie se lo exigiera; e incluso llegaron a exponerse y ofrecerse a morir aunque tampoco nadie les forzara. Así lo quiere Dios que aumenta su gloria, unas veces, ocultando las riquezas de la fe para que quienes traman contra los creyentes piquen el anzuelo; y otras, haciendo ostentación de esos tesoros de tal modo que sus crueles perseguidores se irriten y exasperen al ver sus esperanzas frustradas, y comprueben con rabia que toda su ferocidad es incapaz de superar y vencer a quienes gustosamente avanzan hacia el martirio.

Sin embargo, Dios misericordioso no nos manda trepar a tan empinada y ardua cumbre de la fortaleza; así que nadie debe apresurarse precipitadamente hasta tal punto que no pueda volver sobre sus pasos poco a poco, poniéndose en peligro de estrellarse de cabeza en el abismo si no puede alcanzar la cumbre. Quienes son llamados por Dios para esto, que luchan por conseguir lo que Dios quiere y reinarán vencedores. Mantiene ocultos los tiempos y las causas de las cosas, y cuando llega el momento oportuno saca a la luz el arcano tesoro de su sabiduría que penetra todo con fortaleza y dispone todo con suavidad. Por consiguiente, si alguien es llevado hasta aquel punto en que debe tomar una decisión

entre sufrir tormento o renegar de Dios, no ha de dudar que está en medio de esa angustia porque Dios lo quiere. Tiene de este modo el motivo más grande para esperar de Dios lo mejor: o bien Dios le librará de este combate, o bien le ayudará en la lucha, y le hará vencer para coronarlo como triunfador. Porque «fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma prueba os hará sacar provecho para que podáis sosteneros».

Si enfrentado en lucha cuerpo a cuerpo con el diablo, príncipe de este mundo, y con sus secuaces, no hay modo posible de escapar sin ofender a Dios, tal hombre -en mi opinión- debe desechar todo miedo; yo le mandaré descansar tranquilo lleno de esperanza y de confianza, «porque disminuirá la fortaleza de quien desconfíe en el día de la tribulación»¹⁴. Pero el miedo y la ansiedad antes del combate no son reprobables, en la medida en que la razón no deje de luchar en su contra, y la lucha en sí misma no sea criminal ni pecaminosa. No sólo no es el miedo reprobable, sino al con-trario, inmensa y excelente oportunidad para merecer. ¿O acaso imaginas tú que aquellos santos mártires que derramaron su sangre por la fe no tuvieron jamás miedo a los suplicios y a la muerte? No me hace falta elaborar todo un catálogo de mártires: para mí el ejemplo de Pablo vale por mil.

Si en la guerra contra los filisteos David valía por diez mil, no cabe duda de que podemos considerar a Pablo como si valiera por diez mil soldados en la batalla por la fe contra los perseguidores infieles.

Pablo, fortísimo entre los atletas de la fe, en quien la esperanza y el amor a Cristo habían crecido tanto que no dudaba en absoluto de su premio en el cielo, fue quien dijo: «He luchado con valor, he concluido la carrera, y ahora una corona de justicia me está reservada»¹⁵. Tan ardiente era el deseo que le llevó a escribir: «Mi vivir es Cristo, y morir, una ganancia»¹⁶. Y también: «Anhele verme libre de las ataduras del cuerpo y estar con Cristo»¹⁷. Sin embargo, y junto a todo esto, ese mismo Pablo no sólo procuró escapar con gran habilidad, y gracias al tribuno, de las insidias de los judíos, sino que también se libró de la cárcel declarando y haciendo valer su ciudadanía romana; eludió la crueldad de los judíos apelando al César, y escapó de las manos sacrílegas del rey Aretas dejándose deslizar por la muralla metido en una cesta. Alguien podría decir que Pablo contemplaba en esas ocasiones el fruto que más tarde había de sembrar con sus obras, y que además, en tales circunstancias, jamás le asustó el miedo a la muerte. Le concedo ampliamente el primer punto, pero no me aventuraré a afirmar estrictamente el segundo. Que el valeroso corazón del Apóstol no era impermeable al miedo es algo que él mismo admite cuando escribe a los corintios: «Así que hubimos llegado a Macedonia, nuestra carne no tuvo descanso alguno, sino que sufrió toda suerte de tribulaciones, luchas por fuera, temores por dentro»¹⁸. Y escribía en otro lugar a los mismos: «Estuve entre vosotros en la debilidad, en mucho miedo y temor»¹⁹. Y de nuevo: «Pues no queremos, hermanos, que ignoréis las tribulaciones que padecemos en Asia, ya que el peso que

hubimos de llevar superaba toda medida, más allá de nuestras fuerzas, hasta tal punto que el mismo hecho de vivir nos era un fastidio»²⁰.

¿No escuchas en estos pasajes, y de la boca del mismo Pablo, su miedo, su estremecimiento, su cansancio, más insoportable que la misma muerte, hasta tal punto que nos recuerda la agonía de Cristo y presenta una imagen de ella? Niega ahora si puedes que los mártires santos de Cristo sintieron miedo ante una muerte espantosa. Ningún temor, sin embargo, por grande que fuera, pudo detener a Pablo en sus planes para extender la fe; tampoco pudieron los consejos de los discípulos disuadirle para que no viajara a Jerusalén (viaje al que se sentía impulsado por el Espíritu de Dios), incluso aunque el profeta Agabo le había predicho que las cadenas y otros peligros le aguardaban allí.

El miedo a la muerte o a los tormentos nada tiene de culpa, sino más bien de pena: es una aflicción de las que Cristo vino a padecer y no a escapar. Ni se ha de llamar cobardía al

miedo y horror ante los suplicios. Sin embargo, huir por miedo a la tortura o a la misma muerte en una situación en la que es necesario luchar, o también, abandonar toda esperanza de victoria y entregarse al enemigo, esto, sin duda, es un crimen grave en la disciplina militar. Por lo demás, no importa cuán per-turbado y estremecido por el miedo esté el ánimo de un soldado; si a pesar de todo avanza cuando lo manda el capitán, y marcha y lucha y vence al enemigo, ningún motivo tiene para temer que aquel su primer miedo pueda disminuir el premio. De hecho, debería recibir incluso mayor alabanza, puesto que hubo de superar no sólo al ejército enemigo, sino también su propio temor; y esto último, con frecuencia, es más difícil de vencer que el mismo enemigo.” (Santo Tomás Moro La agonía de Cristo. Escrito por Sir Thomas More, que fue Lord Canciller de Inglaterra, mientras esperaba la muerte en la Torre de Londres. Edición preparada por Álvaro de Silva. Octava edición. Ediciones Rialp, S. A. Madrid).

Poder sobre el demonio

Don del Espíritu

Marcos 3,22-30



Pasos de la Lectio divina.

Introducción

Paso 1. Leer: *¿Qué dice el texto?*

Paso 2. Meditar: *¿Qué me dice Dios a mí en este texto?*

Paso 3. Orar: *¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?*

Paso 4. Actuar: *¿Qué hacer como resultado de la oración?*

Introducción

Existe una secuencia progresiva en el evangelio de Marcos. En la medida en que la Buena Nueva se afianza entre la gente y es aceptada, en esta misma medida crece la resistencia de parte de las autoridades religiosas. El conflicto comienza a crecer y arrastra y envuelve a grupos de personas. Por ejemplo, los parientes de Jesús piensan que se ha vuelto loco (Mc 3,20-21) y los escribas, que habían venido de Jerusalén, piensan que es un endemoniado (Mc 3, 22)..

En el texto que vamos a meditar el *conflicto con las autoridades*. Los escribas calumnian a Jesús. Dicen que está poseído y que expulsa a los demonios con la ayuda de Belcebú, el príncipe de los demonios. Ellos habían venido de Jerusalén, que distaba más de 120 km, para observar bien el comportamiento de Jesús. Querían defender la Tradición en contra de las novedades que Jesús enseñaba a la gente (Mc 7,1). Pensaban que su enseñanza iba en contra de la buena doctrina. La respuesta de Jesús tiene tres partes desde las cuales meditaremos el texto.

Paso 1. Leemos:
¿Qué dice el texto?

“ Y los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: «Tiene dentro a Belcebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios». 23 Él los invitó a acercarse y les hablaba en parábolas: «¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? 24 Un reino dividido internamente no puede subsistir; 25 una familia dividida no puede subsistir. 26 Si Satanás se rebela contra sí mismo, para hacerse la guerra, no puede subsistir, está perdido. 27 Nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con su ajuar, si primero no lo ata; entonces podrá arramblar con la casa.

28 En verdad os digo, todo se les podrá perdonar a los hombres: los pecados y cualquier blasfemia que digan; 29 pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, cargará con su pecado para siempre». 30 Se refería a los que decían que tenía dentro un espíritu inmundo.” (Marcos 3, 22-30)

Palabra del Señor.

Paso 2. Meditamos :
¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Los escribas que habían venido de Jerusalén decían: *“Está poseído por Belcebú y expulsa a los demonios por el poder del Príncipe de los Demonios”*.

Un reino donde hay luchas internas no puede subsistir.

Y una familia dividida tampoco puede subsistir.

Os aseguro que todo será perdonado a los hombres: todos los pecados y cualquier blasfemia que profieran.

Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón jamás: es culpable de pecado para siempre”.

Siguiendo este texto, ¿Cuáles son las palabras o frases o actitudes que atraen mi atención, mi interés?

¿Cómo interiorizamos la Palabra de Dios?

“Una familia dividida tampoco puede subsistir”

(Repetimos)

“Una familia dividida tampoco puede subsistir”

“Una familia dividida tampoco puede subsistir”

Siguiendo el mensaje de este texto, ¿Cuál es la palabra o frase o párrafo o actitud que te ayuda a recordar este texto?

Fijémonos mas detenidamente en el texto, vemos que tiene tres partes complementarias.

En la primera parte del texto nos pone Jesús la comparación "*de la familia dividida*". Jesús usa la comparación de *familia dividida* y de *reino dividido* para denunciar lo absurdo de la calumnia. Decir que Jesús expulsa los demonios con la ayuda del príncipe de los demonios significa negar la evidencia. Es lo mismo que decir que el agua está seca y que el sol es oscuridad. Los doctores de Jerusalén calumniaban porque no sabían explicar los beneficios que Jesús realizaba para el pueblo. Estaban con miedo a perder el liderazgo.

En la segunda parte la comparación "*es el del hombre fuerte*". Jesús compara el demonio con un hombre fuerte. Nadie, de no ser una persona más fuerte, podrá robar en casa de un hombre fuerte. Jesús es el más fuerte. Por esto consigue entrar en la casa y sujetar al hombre fuerte. Consigue expulsar los demonios. Jesús sujeta al hombre fuerte y ahora roba en su casa, eso es libera a las personas que estaban bajo el poder del mal. El profeta Isaías había usado ya la misma comparación para describir la venida del mesías: " ¿Se le podrá quitar la presa al poderoso, o rescatar al cautivo del tirano? " (Is 49,24-25).

En la tercera parte: parece que la postura de Jesús es más clara y fuerte, habla del "*pecado contra el Espíritu Santo*". Todos los pecados son perdonados, menos el pecado contra el Espíritu Santo.

¿Qué es el pecado contra el Espíritu Santo? Es decir: "¡El espíritu que lleva Jesús a que expulse el demonio, viene del mismo demonio!" Quién habla así se vuelve incapaz de recibir el perdón. ¿Por qué? Aquel que se tapa los ojos, ¿puede ver? ¡No puede! Aquel que tiene la boca cerrada, ¿puede comer? ¡No puede! Aquel que no cierra el paraguas de la calumnia, ¿puede recibir la lluvia del perdón? ¡No puede! El perdón pasaría de lado y no lo alcanzaría. No es que Dios no quiera perdonar. ¡Dios quiere perdonar siempre! Pero es el pecador que rechaza el perdón.

Paso 3. Oramos :
**¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra
proclamada ?**

Oración introductoria.

" Señor, me reconozco humano muy débil, que frecuentemente caigo en la trampa de dejar poseerme por las cosas mundanas, aquellas que me llevan a las luchas, a las divisiones y sobre todo que me quitan la paz, la alegría, el amor de compartir con mis hermanos, de dar lo mejor y juntos construir una familia, una comunidad que ayude a fortalecer la unidad. Te pido Espíritu Santo, que me veas como el humano que soy, pecador y débil, pero con buena voluntad, con el esfuerzo de hacer de mi vida y la de los demás lo mejor posible."

¿Cómo interiorizamos la Palabra de Dios?

(Dejamos 5 minutos de silencio).

Motivamos la oración.

Siguiendo el mensaje de este texto, ¿Cuál es tu oración personal?

Cada uno puede compartir su oración personal.

....

Oración final

" ¡Señor, tu eres fuente de luz, concédeme la gracia de transformar cada momento de mi vida en un tiempo de inspiración! ¡Envía tu Santo Espíritu, Señor, para que encuentre la sabiduría para saber discernir, para iluminar mis pensamientos y apaciguar mis deseos! ¡Que todas mis esperanzas, Señor, estén impregnadas de bondad y rectitud, de amor y de entrega! ¡No permitas, Señor, que me abone a la tibieza y dame la fortaleza para elevar mi espíritu para ver siempre la verdad! ¡Que tu Santo Espíritu, Señor, llene mi corazón y desprenda de él todo orgullo, vanidad, egoísmo y autosuficiencia y pueda tomar siempre la decisión correcta, digna y hornada y poder sentirme así auténtico seguidor tuyo! ¡Ayúdame, Señor, a caminar a tu lado y tener la sabiduría para elegir lo correcto y ser dócil a los planes que tienes ideados para mí! ¡Dame, Señor, mucha prudencia para obrar de acuerdo con tu voluntad! ¡Haz, Señor, que mi corazón ame siempre tu voluntad y ser fiel a tus preceptos! ¡Concédeme la gracia de ser humilde y no dejarme vencer por la soberbia! ¡Conviértete, Señor, en el dueño de mis decisiones e inunda con tu presencia todo mi ser para que cada uno de mis pensamientos, palabras, sentimientos y gestos te reflejen a ti! ¡Envíame a tu Santo Espíritu para que no me deje vencer por las acechanzas del demonio y buscar siempre el bien!" Por Jesucristo Nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

<p style="text-align: center;">Paso 4. Actuamos: ¿Qué hacer como resultado de la oración?</p>

En el texto de hoy hay palabras que al entenderlas por lo que significan nos ayudan a entender el texto, así: Escribas, poseído, expulsar, luchas internas, dividida, no subsiste, blasfemia y perdón.

A los Escribas los tenemos asociados como aquellos que señalan porque convienen a sus intereses, ¿Acaso no es esta una forma de estar poseído?, ¿Cuáles son las cosas, las actitudes que me hacen ver como un poseído?.

La acción de Jesús es expulsar, "sacar de", asume una actitud de liberar, la libertad trae como consecuencia algo bueno; muchas veces cuando vemos o tenemos esas luchas internas, es obvio que hay una división causada por alguien que no desea libertad, paz y es tal esta presión que tarde o temprano eso explota y es aniquilado.

¿Cómo actúo, que hago cuando tengo o veo esas luchas internas, la división?, ¿Ignoró o busco traer libertad, paz, amor?. Es cierto que en muchas ocasiones no entendemos al Espíritu Santo y preguntamos ¿Por qué?, esto es humano, pero lo más importante es que también debemos asumir la actitud de no negar, no separarnos, no decir palabras o tomar actitudes, acciones que no nos ayuden a estar en paz con nosotros mismos, con el Espíritu Santo.

Simplemente seamos pacientes y sigamos adelante ¿Cómo he vivido mis decisiones, mis procesos, mi vida con el Espíritu Santo?, ¿Que he aprendido?

Siguiendo el mensaje de este texto, ¿Cuál es mi meditación, mi reflexión personal?

El texto nos da ocasión de reflexionar acerca del perdón de los pecados. El Señor, en Cesárea de Filipo, al pie de la Cueva de Banias, le dijo a San Pedro: *“Y yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos”*. (Mt 16, 18-19). Y La Iglesia católica de Pedro, tiene facultad para perdonar y retener los pecados de los hombres.

Para mayor claridad, el Señor después de su Resurrección, en una de sus apariciones les dijo a sus discípulos, Jesús les dijo de nuevo: *“La paz con vosotros”*. Como el Padre me envió a mí, yo también os envío a vosotros. Diciendo esto, sopló y les dijo: *recibid el Espíritu Santo; a quién perdonarais los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos”*. (Jn 20, 22-23).

Nuestros pecados nos son perdonados, de acuerdo con la potestad de la Iglesia y así la fórmula de absolución de nuestros pecados en el sacramento de la penitencia, donde al absolvernos de nuestros pecados se nos dice así: *“Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”*. (Ritual de la Penitencia, 46. 55).

¿Entonces, si la Iglesia católica tiene facultad de perdonar toda clase de pecados, que ocurre con el de blasfemia al Espíritu Santo? ¿En qué consiste este pecado? Este pecado es un rechazo total a la gracia que Dios ofrece a todo el mundo para su salvación. Consiste en cerrarse de mente y de corazón a la acción del Espíritu Santo, blasfemándole o injuriándole al rechazar decididamente su gracia para salvarse. En sí, es un grave pecado de desamor, pues el que así actúa no quiere arrepentirse de su pecado y al no haber arrepentimiento, hay un rechazo que es un desamor. No hay arrepentimiento y sin arrepentimiento no puede haber perdón. En realidad el pecado contra el Espíritu Santo es la del rechazo a la gracia de Dios y al arrepentimiento final: es el rechazo a Dios inclusive hasta el momento de la muerte. Y en esas condiciones el pecado no se perdona.

En el Catecismo de la Iglesia católica, en el párrafo 1422, leemos: *“Los que se acercan al sacramento de la Penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de los pecados cometidos contra Él y, al mismo tiempo, se reconcilian con la Iglesia a la que ofendieron con sus pecados. Ella les mueve a conversión con su amor, su ejemplo y sus oraciones”* (LG 11)”. Y más adelante en el párrafo 1.451, se nos dice que: *“Entre los actos del penitente, la contrición aparece en primer lugar. Es “un dolor del alma y una detestación del pecado cometido con la resolución de no volver a pecar”* (Concilio de Trento: DS 1676). El arrepentimiento es imprescindible para que se genere la misericordia divina y desde luego, a la Iglesia le es imposible perdonar sin arrepentimiento, ya que ni el mismo Dios lo hace.

Leemos también en el n° 1864 del Catecismo de la Iglesia Católica : *“Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada”* (Mc 3,29; Mt 12,32; Lc 12,10). *No hay límites a la misericordia de Dios, pero quien se niega deliberadamente a acoger la misericordia de Dios mediante el arrepentimiento rechaza el perdón de sus pecados y la salvación ofrecida por el Espíritu Santo (cf. De V 46). Semejante endurecimiento puede conducir a la condenación final y a la perdición eterna”*.

El único pecado que no tiene perdón es el pecado contra el Espíritu Santo. Y este pecado no se perdona, porque al no dejarse la persona influir por el Espíritu Santo, no puede arrepentirse. Es este el pecado que se produce al rechazo radical a la gracia que

Dios ofrece para la conversión. Según Santo Tomás de Aquino es un pecado *“irremisible por su misma naturaleza porque excluye los elementos gracias a los cuales se concede la remisión de los pecados”*.

¿A que me comprometo con Dios?

Desde nuestra humilde condición de hijos de Dios, hagamos una auto evaluación para ver cuáles son las cosas, las actitudes que me tienen poseído.

Ir en el camino de comprometerme a no provocar luchas que dividan la familia humana, y que cuando estas existan, bajo la bendición de Dios ayude a solucionarlas.

Recordar que el Espíritu Santo guía con amplia sabiduría y solo es ser humilde y aceptar su voluntad

Siguiendo el mensaje de este texto, ¿Cuál es la acción concreta que te invita a realizar y a la que libremente te comprometes?

<p style="text-align: center;">Para profundizar releamos el texto meditado con el Magisterio y los santos Padres de la Iglesia.</p>
--

Meditación de San Juan Pablo II

" 46. En el marco de lo dicho hasta ahora, resultan más comprensibles otras palabras, impresionantes y desconcertantes, de Jesús. Las podríamos llamar las palabras del «no-perdón». Nos las refieren los Sinópticos respecto a un pecado particular que es llamado «blasfemia contra el Espíritu Santo». Así han sido referidas en su triple redacción:

*Mateo: «Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro».*¹⁸⁰

*Marcos: «Se perdonará todo a los hijos de los hombres, los pecados y las blasfemias, por muchas que éstas sean. Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón nunca, antes bien, será reo de pecado eterno».*¹⁸¹

*Lucas: «A todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará».*¹⁸²

*¿Por qué la blasfemia contra el Espíritu Santo es imperdonable? ¿Cómo se entiende esta blasfemia? Responde Santo Tomás de Aquino que se trata de un pecado «irremisible según su naturaleza, en cuanto excluye aquellos elementos, gracias a los cuales se da la remisión de los pecados».*¹⁸³

Según esta exégesis la «blasfemia» no consiste en el hecho de ofender con palabras al Espíritu Santo; consiste, por el contrario, en el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo, que actúa en virtud del sacrificio de la Cruz. Si el hombre rechaza aquel «convencer sobre el pecado», que proviene del Espíritu Santo y tiene un carácter salvífico, rechaza a la vez la «venida» del Paráclito aquella «venida» que se ha realizado en el misterio pascual, en la unidad mediante la fuerza redentora de la Sangre de Cristo. La Sangre que «purifica de las obras muertas nuestra conciencia».

Sabemos que un fruto de esta purificación es la remisión de los pecados. Por tanto, el que rechaza el Espíritu y la Sangre permanece en las «obras muertas», o sea en el pecado. Y la blasfemia contra el Espíritu Santo consiste precisamente en el rechazo radical de aceptar esta remisión, de la que el mismo Espíritu es el íntimo dispensador y que presupone la verdadera conversión obrada por él en la conciencia. Si Jesús afirma que la blasfemia contra el Espíritu Santo no puede ser perdonada ni en esta vida ni en la futura, es porque esta «no-remisión» está unida, como causa suya, a la «no-penitencia», es decir al rechazo radical del convertirse. Lo que significa el rechazo de acudir a las fuentes de la Redención, las cuales, sin embargo, quedan «siempre» abiertas en la economía de la salvación, en la

que se realiza la misión del Espíritu Santo. El Paráclito tiene el poder infinito de sacar de estas fuentes: «recibirá de lo mío», dijo Jesús. De este modo el Espíritu completa en las almas la obra de la Redención realizada por Cristo, distribuyendo sus frutos. Ahora bien la blasfemia contra el Espíritu Santo es el pecado cometido por el hombre, que reivindica un pretendido «derecho de perseverar en el mal» —en cualquier pecado— y rechaza así la Redención. El hombre encerrado en el pecado, haciendo imposible por su parte la conversión y, por consiguiente, también la remisión de sus pecados, que considera no esencial o sin importancia para su vida. Esta es una condición de ruina espiritual, dado que la blasfemia contra el Espíritu Santo no permite al hombre salir de su autoprisión y abrirse a las fuentes divinas de la purificación de las conciencias y remisión de los pecados." (San Juan Pablo II. Carta encíclica *Dominum et vivificantem*, n. 46, 18-05- 1986)

Notas (números del documento original)

180 Mt 12. 31 s.

181 Mc 3, 28 s.

182 Lc 12, 10.

183 S. Tomás De Aquino, *Summa Theol.* IIa-IIae, q. 14, a. 3; cf. S. Agustín, *Epist.* 185, 11, 48-49: PL 33, 814 s.; S. Buenaventura, *Comment. in Evang. S. Lucae* cap. XIV, 15-16: Ad Claras Aquas, VII, pp. 314 s.

Catequesis (extracto), Audiencia general 03-06-1998

[...] 3. Después del bautismo en el Jordán, Jesús comienza a cumplir su triple misión: misión real, que lo compromete en su lucha contra el espíritu del mal; misión profética, que lo convierte en predicador incansable de la buena nueva; y misión sacerdotal, que lo impulsa a la alabanza y a la entrega de sí al Padre por nuestra salvación.

Los tres sinópticos subrayan que, inmediatamente después del bautismo, Jesús fue «llevado» por el Espíritu Santo al desierto «para ser tentado por el diablo» (Mt 4, 1; cf. Lc 4, 1; Mc 1, 12). El diablo le propone un mesianismo triunfal, caracterizado por prodigios espectaculares, como convertir las piedras en pan, tirarse del pináculo del templo saliendo ileso, y conquistar en un instante el dominio político de todas las naciones. Pero la opción de Jesús, para cumplir con plenitud la voluntad del Padre, es clara e inequívoca: acepta ser el Mesías sufriente y crucificado, que dará su vida por la salvación del mundo.

La lucha con Satanás, iniciada en el desierto, prosigue durante toda la vida de Jesús. Una de sus actividades típicas es precisamente la de exorcista, por la que la gente grita admirada: «Manda hasta a los espíritus inmundos y le obedecen» (Mc 1, 27). Quien osa afirmar que Jesús recibe este poder del mismo diablo blasfema contra el Espíritu Santo (cf. Mc 3, 22-30), pues Jesús expulsa los demonios precisamente «por el Espíritu de Dios» (Mt 12, 28). Como afirma san Basilio de Cesarea, con Jesús «el diablo perdió su poder en presencia del Espíritu Santo» (*De Spiritu Sancto*, 19)." (San Juan Pablo II. Catequesis (extracto), Audiencia general 03-06-1998).

Catequesis (extracto), Audiencia general 19-09-1990

" 4. [...] La victoria de Cristo sobre Satanás al comienzo de la actividad mesiánica es el preludio y el anuncio de su victoria definitiva en la cruz y en la resurrección.

Jesús mismo atribuye esta victoria al Espíritu Santo en cada etapa de su misión mesiánica: "Por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios" afirma (Mt 12, 28). En esta lucha y en esta victoria de Cristo se manifiesta, pues, el poder del Espíritu, que es su íntimo autor e incansable realizador. Por esto Jesús advierte con tanto rigor a sus oyentes sobre el pecado que él mismo llama "la blasfemia contra el Espíritu Santo" (Mt 12, 31-32; cf. Mc 3, 29; Lc 12, 10). También aquí las expresiones utilizadas por el evangelista presentan al Espíritu como Persona. Efectivamente, se establece una confrontación entre quien habla contra la persona del Hijo del hombre y quien habla contra la persona del Espíritu Santo

(Mt 12, 32; Lc 12, 10) y se afirma que la ofensa hecha al Espíritu es más grave. “Blasfemar contra el Espíritu Santo” quiere decir ponerse de la parte del espíritu de las tinieblas, de forma que el hombre se cierra interiormente a la acción santificadora del Espíritu de Dios. He aquí por qué Jesús declara que ese pecado no puede ser perdonado “ni en este mundo ni en el otro” (Mt 12, 32). El rechazo interior del Espíritu Santo es el rechazo de la fuente misma de la vida y de la santidad. Entonces el hombre se excluye por sí solo y libremente del ámbito de la acción salvífica de Dios.

La advertencia de Jesús sobre el pecado contra el Espíritu Santo incluye al menos implícitamente otra revelación de la Persona y de la acción santificadora de esta Persona de la Trinidad, protagonista en la lucha contra el espíritu del mal y en la victoria del bien.

7. [...] el Espíritu Santo se manifiesta como Persona que actúa en toda la misión de Cristo, y que en la vida y en la historia de los seguidores de Cristo libra del mal, da la fuerza en la lucha con el espíritu de las tinieblas, prodiga el gozo sobrenatural del conocimiento de Dios y del testimonio de Él incluso en las tribulaciones. Una persona que actúa con poder divino ante todo en la misión mesiánica de Jesús, y luego en la atracción de los hombres hacia Cristo y en la dirección de los que están llamados a tomar parte en su misión salvífica.” (San Juan Pablo II. Catequesis (extracto), Audiencia general 19-09-1990).

Catequesis (extracto), Audiencia general 27-07-1990

5. Los evangelios sinópticos recogen otra afirmación de Jesús, en sus instrucciones a los discípulos, que no puede dejar de impresionarnos. Se refiere a la “blasfemia contra el Espíritu Santo”. Dice: “A todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará” (Lc 12, 10; cf. Mt 12, 32; Mc 3, 29). Estas palabras crean un problema de amplitud teológica y ética mayor de lo que se pueda pensar considerando sólo la superficie del texto. “La ‘blasfemia’ (de la que se trata) no consiste en el hecho de ofender con palabras al Espíritu Santo; consiste, por el contrario, en el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo, que actúa en virtud del sacrificio de la cruz... Si Jesús afirma que la blasfemia contra el Espíritu Santo no puede ser perdonada ni en esta vida ni en la futura, es porque esta ‘no remisión’ está unida como causa suya la ‘no penitencia’ es decir, al rechazo radical del convertirse... Ahora bien, la blasfemia contra el Espíritu Santo es el pecado cometido por el hombre que reivindica un pretendido ‘derecho’ de perseverar en el mal —en cualquier pecado— y rechaza así la redención... (Ese pecado) no permite al hombre salir de su autoprisión y abrirse a las fuentes divinas de la purificación de las conciencias y remisión de los pecados” (Dominum et vivificantem, 46). Se trata de una actitud exactamente opuesta a la condición de docilidad y de comunión con el Padre en el que vive Jesús, tanto en su oración como en sus obras, y que él enseña y recomienda al hombre como actitud interior y como principio de acción.

[...] El Espíritu Santo mismo con su presencia y su acción de Paráclito, que conforta y auxilia al hombre, y le confirma en la verdad divina, derrotando al “señor de este mundo” (San Juan Pablo II. Catequesis (extracto), Audiencia general 27-07-1990).

Catequesis (extracto), Audiencia general 11-11-1987

[A] Jesús de Nazaret, Dios [lo] ha acreditado “con milagros, prodigios y señales”.

[...] Eran esas mismas obras, y particularmente “los prodigios y señales”, los que testificaban que “el reino de Dios estaba cercano” (cf. Mc 1, 15), es decir, que había entrado con Jesús en la historia terrena del hombre y hacía violencia para entrar en cada espíritu humano. Al mismo tiempo testificaban que Aquel que las realizaba era verdaderamente el Hijo de Dios.

[...] éstos (prodigios y signos) pertenecen con seguridad al contenido integral de los Evangelios como testimonios de Cristo, que provienen de testigos oculares. Efectivamente, no es posible excluir los milagros del texto y del contexto evangélico. El análisis no sólo del texto, sino también del contexto, habla a favor de su carácter "histórico", atestigua que son hechos ocurridos en realidad, y verdaderamente realizados por Cristo. Quien se acerca a ellos con honradez intelectual y pericia científica, no puede desembarazarse de éstos con cualquier palabra, como de puras invenciones posteriores.

4. A este propósito está bien observar que esos hechos no sólo son atestiguados y narrados por los Apóstoles y por los discípulos de Jesús, sino que también son confirmados en muchos casos por sus adversarios. Por ejemplo, es muy significativo que estos últimos no negaran los milagros realizados por Jesús, sino que más bien pretendieran atribuirlos al poder del "demonio". En efecto, decían: "Está poseído de Beelcebul, y por virtud del príncipe de los demonios echa a los demonios" (Mc 3, 22; cf. también Mt 8, 32; 12, 24; Lc 11, 14-15). Y es conocida la respuesta de Jesús a esta objeción, demostrando su íntima contradicción: "Si, pues, Satanás se levanta contra sí mismo y se divide, no puede sostenerse, sino que ha llegado a su fin" (Mc 3, 26). Pero lo que en este momento cuenta más para nosotros es el hecho de que tampoco los adversarios de Jesús pueden negar sus "milagros, prodigios y signos" como realidad, como "hechos" que verdaderamente han sucedido.

...cuando el Apóstol Pedro, el día de Pentecostés, da testimonio de toda la misión de Jesús de Nazaret, acreditada por Dios por medio de "milagros, prodigios y señales", no puede más que recordar que el mismo Jesús fue crucificado y resucitado (Act 2, 22-24). Así indica el acontecimiento pascual en el que se ofreció el signo más completo de la acción salvadora y redentora de Dios en la historia de la humanidad. Podríamos decir que en este signo se contiene el "anti-milagro" de la muerte en cruz y el "milagro" de la resurrección (milagro de milagros) que se funden en un solo misterio, para que el hombre pueda leer en él hasta el fondo la autorrevelación de Dios en Jesucristo y, adhiriéndose con la fe, entrar en el camino de la salvación." (San Juan Pablo II. Catequesis (extracto), Audiencia general 11-11-1987).

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1864

" 1864 "Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada" (Mc 3, 29; cf Mt 12, 32; Lc 12, 10). No hay límites a la misericordia de Dios, pero quien se niega deliberadamente a acoger la misericordia de Dios mediante el arrepentimiento rechaza el perdón de sus pecados y la salvación ofrecida por el Espíritu Santo (cf DeV 46). Semejante endurecimiento puede conducir a la condenación final y a la perdición eterna." (CIC, nº. 1854).

Meditación de San Cirilo de Jerusalén, Catequesis IV, Los diez dogmas, n. VII, 16

" El Espíritu Santo

16. Cree también en el Espíritu Santo y piensa de él lo que has aceptado del Padre y del Hijo, y no según los que enseñan cosas erróneas sobre él [26]. Aprende por tanto que este Espíritu Santo es uno y, además, indiviso y omnipotente. Al realizar muchas cosas, no obstante, no se divide. Conoce los misterios, todo lo escruta, hasta las profundidades de Dios; descendió sobre el Señor Jesucristo en forma de paloma (Lc 3,22), había estado actuante en la ley y los profetas, pero también ahora sella tu alma con ocasión del bautismo [27]: de su santidad necesita ahora toda la naturaleza racional y, si alguien se atreviere a blasfemar contra él, no se le perdonara ni en este mundo ni en el venidero (Mc 3,29 par.). Juntamente con el Padre y el Hijo posee el honor y la gloria de la divinidad; también de él necesitan los tronos y las dominaciones, los principados y las potestades [28]. Pues solo hay un Dios, Padre de Cristo; y hay un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios; y

un solo Espíritu Santo, que todo lo santifica y lo deifica, y que hablo en la Ley y los Profetas, en la antigua y en la nueva Alianza." (San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis IV*, Los diez dogmas, n. VII, 16).

Notas (con números del texto original)

[26] Con lo cual Cirilo afirma la identidad de naturaleza del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo.

[27] El momento del bautismo es presentado por el texto original como un *kairos*, es decir, como una oportunidad salvífica. Por otra parte, el empleo del verbo "sellar" (de nuevo, *sfragidsein*) remite a lo que anteriormente se señaló varias veces sobre la teología del "carácter", referido tanto al bautismo como al don del Espíritu y a la confirmación. Cf. *Procatoquesis*, nota 36.

[28] Al aplicar al Espíritu Santo todo lo que se dice del Hijo, se le atribuye lógicamente también a aquél lo que se dice sobre el triunfo y la supremacía de Cristo en Col 1,16 y Ep 1,2. También en esto se observa que, si bien Cirilo de Jerusalén no es, propiamente hablando, creativo en teología trinitaria, es al menos un buen testigo de la misma.

Meditación de San Ireneo

Tratado contra las herejías, lib. III, cap. 4

" 8,2. Cuando califica al diablo de fuerte, no lo dice en sentido absoluto, sino en comparación con nosotros. Pues sólo el Señor se muestra el Fuerte, y afirma que "nadie puede robar los enseres del fuerte, si antes no lo ata, y entonces podrá robar su casa" (Mc 3,27 Mt 12,29). Sus enseres y su casa somos nosotros, cuando aún estábamos en la apostasía. Nos manejaba como quería, y el espíritu inmundo habitaba en nosotros. No es que (el diablo) fuese fuerte para ligarlo y robarle su casa; sino respecto a aquellos hombres que él tenía en su poder, pues los había hecho que apartaran de Dios sus pensamientos. A éstos los libró el Señor, como dijo Jeremías: "Dios redimió a Jacob y lo arrancó de mano del más fuerte" (Jr 31,11). Si no se hubiese referido a aquel que "ata y roba sus enseres", sino que sólo hubiese dicho: "el fuerte", entonces lo habría llamado "fuerte invicto". Pero también menciona al que triunfa sobre el fuerte: el que ata es el dominador, el atado es dominado. Mas esto lo dijo sin usar comparación, a fin de no parangonar con el Señor al que no es sino un esclavo apóstata. Pues ni éste ni ninguna otra cosa creada y sometida puede compararse con el Verbo de Dios, "por medio del cual todas las cosas fueron hechas" (Jn 1,3), o sea nuestro Señor Jesucristo. (San Ireneo. *Tratado contra las herejías, lib. III, cap. 4*).

Tratado contra las herejías, lib. III, cap. 21

[...] como Dios es invencible y generoso (pues se mostró magnánimo al corregir a los hombres y probarlos, como ya hemos expuesto), por medio del Segundo Hombre (1Co 15,47) "ató al fuerte y le arrancó sus bienes" (Mt 12,29 Mc 3,27), aniquiló la muerte (2Tm 1,10), volviendo la vida al hombre que había caído bajo el poder de la muerte (288). Pues el primer bien que cayó bajo su poder fue Adán, al que mantenía sujeto; es decir, que de forma inicua lo había empujado a la prevaricación, y poniéndole como señuelo la inmortalidad, le había infligido la muerte. Pues, en efecto, le había hecho la promesa: "Seréis como dioses" (Gn 3,5); mas no siendo capaz de cumplirla, le asestó la muerte. Por ello justamente Dios la volvió a someter a cautiverio, pues ella había mantenido cautivo al ser humano. Y el hombre, que había sido arrastrado a la esclavitud, (961) quedó librado de los lazos de su condena.

En paralelo con la recapitulación y recirculación (obra de Cristo), María, asociada a la misión de su Hijo que por su obediencia ha salvado al hombre caído por la desobediencia, colabora con su Hijo mediante la obediencia, en contraposición a la desobediencia de Eva: "El mal es desobedecer a Dios; el bien, en cambio, es obedecer" (lib. V, 19,1; D 33).

El Señor se encarnó, murió y resucitó para vencer la muerte que había recaído sobre el hombre como condena por el pecado." (San Irineo. Tratado contra las herejías, lib. III, cap. 21).

Tratado contra las herejías, lib. V, cap. 19

" 21,3. ¿Quién es, entonces, el Señor Dios del que Cristo dio testimonio, al que nadie tentó y al que debemos adorar y a él solo servir? Sin duda alguna es el mismo Dios autor de la Ley. Pues todo había sido prescrito por la Ley, y el Señor mostró, usando las palabras de la Ley, que la Ley del Padre proclama al Dios verdadero. El ángel apóstata de Dios queda desenmascarado al declararse su nombre, derrotado como fue y vencido por el Hijo del Hombre obediente al precepto divino. Como al principio persuadió al hombre a transgredir el precepto del Creador, y así lo sometió a su poder, que consiste en la transgresión y apostasía, con las cuales ató al hombre, era preciso que fuese vencido por el hombre mismo, y atado con las mismas cuerdas con las que él había amarrado al hombre. De esta manera el hombre, desatado, se podía volver a su Señor, abandonando al diablo los lazos con los que éste lo había ligado, o sea la transgresión. El encadenamiento de éste fue la liberación del hombre, pues "nadie puede penetrar en la casa del fuerte y robarle sus bienes, si primero no atare al fuerte" (Mt 12,29 Mc 3,27)." (San Irineo. Tratado contra las herejías, lib. V, cap. 19).

Meditación de San Juan Crisóstomo.

" 23-26. Demuestra el Señor que era imposible lo que decían los blasfemos escribas, confirmando su demostración con un ejemplo. "Mas Jesús, prosigue, habiéndolos convocado les decía o refutaba con estos símiles. ¿Cómo puede Satanás expeler a Satanás?" Es como si dijera: Es forzoso que quede assolado un reino dividido en guerra interna, que es lo que se ve en las casas y en las ciudades: por esto si se divide en sí mismo el reino de Satanás, de modo que Satanás expulse de los hombres a Satanás, se aproximará la desolación del reino de los demonios. El reino de éstos consiste en tener sujetos a los hombres. Por lo tanto, si son arrojados de los hombres, la disolución de su reino es inevitable, mientras que, si conservan aún potestad sobre los hombres, es claro que su reino dura todavía, y no está dividido contra sí mismo.

28-29. Y ciertamente dice que tiene excusa la blasfemia contra El, porque no lo veían sino como un hombre despreciable y bajo; pero que no tendrá perdón la dirigida contra Dios, y la blasfemia contra el Espíritu Santo es contra Dios, porque el reino de Dios es obra del Espíritu Santo. Por esto, pues, dice que es irremisible la blasfemia contra el Espíritu Santo. Ahora, en lugar de estas palabras: "Pero será reo de eterno delito", dice el Evangelista: "Ni en este siglo, ni en el futuro" (Mt 12,32). Debemos distinguir en esto el juicio según la ley que mandaba matar al que blasfemaba el nombre de Dios (Lev 24,15), y el juicio de la otra vida: la segunda ley no excusa semejante delito. El que se bautiza queda fuera de este siglo, y los judíos desconocían la remisión que se obra por el bautismo. Al que atribuye por tanto al demonio los milagros y la expulsión de los demonios, que son obras solamente del Espíritu Santo, no le queda excusa ninguna por su blasfemia, y siendo ésta tal contra el Espíritu Santo no puede ser perdonada. Les decía esto porque le acusaban de que estaba poseído del espíritu inmundo.(San Juan Crisóstomo, homilae in Mattaeum, hom. 42).

Meditación de San Agustín.

" 28-29. *O es la impenitencia misma la blasfemia contra el Espíritu Santo que no se perdona. El hombre, que con su dureza y corazón impenitente va atesorando ira y más ira (Rm 2), blasfema de palabra o con el pensamiento contra el Espíritu Santo, por quien se perdonan los pecados. "Porque le acusaban -prosigue- de que estaba poseído del espíritu inmundo", para manifestar que la causa ostensible de hablar así era que decían que lanzaba al demonio por Beelzebú; no porque sea blasfemia que no pueda perdonarse, puesto que se consigue su perdón con una verdadera penitencia, sino porque era ocasión de anunciar esta sentencia por el espíritu inmundo, a quien el Señor muestra dividido contra sí mismo por efecto del Espíritu Santo, quien une a los que acoge, perdonando los pecados que los dividían contra sí mismos: remisión a cuya gracia nadie resiste, sino el que tiene la dureza de un corazón impenitente. En otro pasaje dijeron del Señor los judíos que estaba poseído por el demonio (Jn 8), y sin embargo, no les dijo que blasfemaban contra el Espíritu Santo, porque no le injuriaban al punto de presentarle dividido en sí mismo, como Beelzebú, por quien dijeron que podían ser lanzados los demonios."* (San Agustín, de Verbo Domini, serm. 11, 12).

Meditación de San Francisco de Sales, obispo

" *«Si Dios está con nosotros, ¿Quién estará contra nosotros?»* (Rm 8, 31).

No hace falta que entremos en dudas sobre si estamos en estado de confiarnos a Dios cuando sentimos dificultades para guardarnos del pecado, ni cuando nos entra la desconfianza o el miedo de no poder resistir en las ocasiones y tentaciones. ¡Oh no! porque la desconfianza en nuestras propias fuerzas no es falta de resolución, sino un reconocimiento de nuestra miseria.

Es mejor sentimiento el de desconfiar de poder resistir las tentaciones que el de estar seguro y sentirse fuerte, siempre que no se espere nada de las propias fuerzas sino de la gracia de Dios; tan es así, que muchos, entre grandes consolaciones, se prometían hacer maravillas por Dios, al llegar la ocasión fallaron.

Y muchos que han desconfiado mucho de sus fuerzas y han sentido gran temor de no resistir la tentación, han hecho maravillas, porque el sentimiento de su debilidad les empujó a buscar la ayuda y el auxilio de Dios, a velar, orar y humillarse para no caer en tentación.

Tengo que añadir que aunque no sintamos fuerza ni valor alguno para resistir la tentación si ahora se nos presentara, siempre que esperemos en que si llegase, Dios nos ayudaría y nosotros recurriríamos a Él, no debemos entristecernos ya que no es necesario sentir siempre fuerza y valor; nos basta con esperar y desear tenerlo a su debido tiempo.

Tampoco es necesario sentir señal alguna de que se tendrá ese valor; basta con esperar que Dios nos ayudará.

Así que, puesto que deseáis ser todo de Dios, ¿por qué temer vuestra debilidad, en la cual está claro que no debéis ni podéis apoyaros?

¿Es que no esperáis en Dios? Y quien espera en Él, ¿va a ser confundido? No, no lo será jamás. (San Francisco de Sales, obispo. Carta a un caballero, p. 223. Textos esenciales. Sin fecha.).

La fe y la oración expulsan los demonios

Marcos 9, 14-29



Pasos de la Lectio divina.

Introducción

Paso 1. Leer: *¿Qué dice el texto?*

Paso 2. Meditar: *¿Qué me dice Dios a mí en este texto?*

Paso 3. Orar: *¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?*

Paso 4. Actuar: *¿Qué hacer como resultado de la oración?*

Introducción

El evangelio de hoy nos recuerda como los discípulos de Jesús no fueron capaces de expulsar al demonio del cuerpo del niño. El poder del mal fue mayor que su capacidad.

Hoy también, hay muchos males que son mayores que nuestra capacidad de enfrentarlos: violencia, drogas, guerra, dolores, falta de empleo, terrorismo, etc. Hacemos un gran esfuerzo, pero parece que en vez de mejorar el mundo queda peor aún. ¿De qué sirve luchar? Con esta pregunta en la cabeza vamos a leer y a meditar el evangelio de hoy.

En el tiempo de Jesús, mucha gente hablaba de Satanás y de expulsión de demonios. Había mucho miedo, y había personas que explotaban el miedo de la gente. El poder del mal tiene muchos nombres. Demonio, Diablo, Belcebú, Príncipe de los demonios, Satanás, Dragón, Dominaciones, Poderes, Potestades, Soberanías, Bestia-fiera, Lucifer, etc. (cf. Mc 3,22.23; Mt 4,1; Ap 12,9; Rom 8,38; Ef 1,21).

Hoy, el poder del mal tiene también muchos nombres. Basta consultar el diccionario y la palabra Diablo o Demonio. También hoy, mucha gente deshonesto se enriquece, explorando el miedo que otros tienen del demonio. Ahora bien, uno de los objetivos de la Buena Nueva de Jesús es, precisamente, ayudar a la gente a liberarse de este miedo. La llegada del Reino de Dios significa la llegada de un poder más fuerte. El hombre fuerte era una imagen para designar el poder del mal que mantenía al pueblo dentro de la cárcel del miedo (Mc 3,27). El poder del mal oprime a las personas y las aliena de sí. Hace que vivan en el miedo y en la muerte (cf. Mc 5,2). Es un poder tan fuerte que nadie consigue agarrarlo (cf. Mc 5,4). El imperio romano, con sus "Legiones" (cf. Mc 5,9), esto es, con sus ejércitos, era un instrumento usado para mantener esta situación de opresión. Pero Jesús es un hombre más fuerte que vence, agarra y expulsa ¡el poder del mal! En la carta a los Romanos, el apóstol Pablo hace una enumeración de todos los posibles poderes o demonios que podría amenazarnos, y resume todo de la siguiente manera: "Ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni el presente, ni el futuro, ni los poderes, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna criatura alguna nos separarán del amor de Dios que se ha manifestado ¡en Cristo Jesús, nuestro Señor!" (Rom 8,38-39) ¡Nada! Y las primeras palabras de Jesús después de la resurrección son éstas: "¡No temáis! ¡Alegraos! ¡No tengáis miedo! ¡La paz sea con vosotros!" (Mc 16,6).

Paso 1. Leemos:
¿Qué dice el texto?

"Cuando volvieron a donde estaban los demás discípulos, vieron mucha gente alrededor y a unos escribas discutiendo con ellos. 15 Al ver a Jesús, la gente se sorprendió y corrió a saludarlo. 16 Él les preguntó: «¿De qué discutís?». 17 Uno de la gente le contestó:

«Maestro, te he traído a mi hijo; tiene un espíritu que no lo deja hablar; 18 y cuando lo agarra, lo tira al suelo, echa espumarajos, rechina los dientes y se queda rígido. He pedido a tus discípulos que lo echen y no han sido capaces». 19 Él, tomando la palabra, les dice: «¡Generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar? Traédmelo». 20 Se lo llevaron. El espíritu, en cuanto vio a Jesús, retorció al niño; este cayó por tierra y se revolcaba echando espumarajos. 21 Jesús preguntó al padre: «¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?». Contestó él: «Desde pequeño. 22 Y muchas veces hasta lo ha echado al fuego y al agua para acabar con él. Si algo puedes, ten compasión de

nosotros y ayúdanos». 23 Jesús replicó: «¿Si puedo? Todo es posible al que tiene fe». 24 Entonces el padre del muchacho se puso a gritar: «Creo, pero ayuda mi falta de fe». 25 Jesús, al ver que acudía gente, increpó al espíritu inmundo, diciendo: «Espíritu mudo y sordo, yo te lo mando: sal de él y no vuelvas a entrar en él». 26 Gritando y sacudiéndolo violentamente, salió. El niño se quedó como un cadáver, de modo que muchos decían que estaba muerto. 27 Pero Jesús lo levantó cogiéndolo de la mano y el niño se puso en pie. 28 Al entrar en casa, sus discípulos le preguntaron a solas: «¿Por qué no pudimos echarlo nosotros?». 29 Él les respondió: «Esta especie solo puede salir con oración»." (Marcos 9, 14-29)

Palabra del Señor.

<p style="text-align: center;">Paso 2. Meditamos : ¿Qué me dice Dios a mí en este texto?</p>
--

Al bajar del monte de la Transfiguración, Jesús encuentra mucha gente alrededor de los discípulos. Un padre estaba desesperado, pues un espíritu mudo se había apoderado de su hijo. Con muchos detalles, Marcos describe la situación del muchacho poseído, la angustia del padre, la incapacidad de los discípulos y la reacción de Jesús. Lo que más llama la atención son dos cosas: por un lado, la confusión y la impotencia de la gente y de los discípulos ante el fenómeno de la posesión y, por otro, el poder de Jesús y el poder de la fe en Jesús ante la cual el demonio pierde toda su influencia. El padre había pedido a los discípulos que expulsaran el demonio del muchacho, pero ellos no fueron capaces. Jesús se impacientó y dijo: «¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traédmelo!». Jesús pregunta respecto de la dolencia del muchacho. Por la respuesta del padre, Jesús se entera de que el muchacho, “desde pequeño”, tenía una enfermedad grave que lo ponía en peligro de vida. El padre pide: “Si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros!” La frase del padre expresa la situación bien real de la gente: (a) tiene fe, (b) está sin condicione para resolver los problemas, pero (c) tiene mucha buena voluntad para acertar.

En el versículo diecinueve Jesús responde a todo el mundo para que puedan escuchar: " *Él, tomando la palabra, les dice:*

«¡Generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar? Traédmelo»." Todo el mundo carecía de la fe que toma posesión de los demonios. El padre del niño, los discípulos de Jesús y los escribas todos estaban faltos de fe.

Jesús solamente confianza en el Padre celestial, ¿por qué sus discípulos no podía confiar en Él? Fue doloroso para él tener que "soportar" a todos ellos. ¿Estaban sin esperanza? Podía el confiar el futuro del reino de Dios en sus manos? él los estaba preparando para su pronta partida. Si no podían tomar posesión de un demonio en un niño, ¿cómo iban a tomar el reino de Dios a todos los confines de la tierra y conquistar los demonios en todo el mundo? Todo dependía de ellos. No sólo vemos la angustia del padre, sino también la angustia de Jesús mientras. Él ve la condición infiel de sus seguidores.

El demonio vio la situación y trató de aprovecharse de ella. En una expresión feroz de su desprecio por Jesús, el demonio se apoderó del muchacho. " *El espíritu, en cuanto*

vio a Jesús, retorció al niño; este cayó por tierra y se revolcaba echando espumarajos " (v. 20).

Observemos bien la actitud del demonio hacia la presencia de Jesús. "Cuando lo vio [a Jesús] luego el Espíritu le arrojó [al niño] en una convulsión..." El espíritu malo trató de matar al niño en presencia del Creador.

La convulsión se produjo en el momento mismo en que el demonio vio a Jesús. El demonio convulsionó al niño.

" Jesús preguntó al padre:«¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?». Contestó él: «Desde pequeño. (v. 21). "Y muchas veces hasta lo ha echado al fuego y al agua para acabar con él. "(v. 22).

El amor intenso y tierno del padre por su hijo puede escucharse en su última suplica " *Si algo puedes, ten compasión de nosotros y ayúdanos.*" (v. 22).

La respuesta de Jesús es igual de intensa. "La pregunta no es si soy capaz, pero si crees. Jesús pone un fuerte énfasis en la fe, en esta ocasión.

El padre había dicho: "¡Si algo puedes,....!" A Jesús no le gustó esta afirmación: "Si el señor pudiera...". Esta condición no podía ponerse, pues "¡todo es posible a aquel que tiene fe". El padre responde: Yo creo, ¡Señor, ayuda mi poca fe! La respuesta del padre ocupa un lugar central en este episodio. Muestra cómo ha de ser la actitud del discípulo que, a pesar de sus límites y dudas, quiere ser fiel. Viendo que venía mucha gente, Jesús actuó rápidamente. Ordenó al espíritu que saliera del muchacho y no volviera "¡nunca más!" Señal del poder de Jesús sobre el mal. Señal también de que Jesús no quería propaganda populista.

" Jesús replicó: «¿Si puedo? Todo es posible al que tiene fe»." (v. 23). Se trata de un juego de palabras en el original. "Si se puede (*dunai*), todas las cosas pueden ser (*dunata*) posible a aquellos que creen." En cuanto a ti "si puedes creer." "Todo es posible para quien cree."

Se oye hablar a muchas personas de iglesia en nuestros días, tratando de "trabajar la fe" con fuertes gritos , como si Dios estuviera sordo y tienen que despertarlo. La fe de un grano de mostaza es la simple confianza en el que vive.

¿Cuál fue la respuesta de su padre? El versículo veinticuatro: "Inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo:" *«Creo, pero ayuda mi falta de fe.»*"

Se trata de un inarticulado, "ansioso, atemorizado grito" de la fe.

Gracias a Dios por la compasión de Jesús. Él no se limita a barrer el hombre hacia un lado diciendo que son infieles. No te puedo ayudar. Jesús reunió por primera vez la necesidad espiritual del padre trayéndolo a una fe centrada.

" Jesús, al ver que acudía gente, increpó al espíritu inmundo, diciendo: «Espíritu mudo y sordo, yo te lo mando: sal de él y no vuelvas a entrar en él». " (v. 25). La idea es salir de él y quedarse fuera. No entres más en él.

El mandato de Jesús al demonio es fuerte y firme. Jesús le ordenó salir y permanecer fuera.

" Gritando y sacudiéndolo violentamente, salió. El niño se quedó como un cadáver, de modo que muchos decían que estaba muerto." (V. 26).

El demonio utiliza los órganos vocales del niño que dejó escapar un fuerte grito. El muchacho en el suelo con convulsiones, con los espasmos musculares, y luego se vuelve rígido como si estuviera muerto.

" Pero Jesús lo levantó cogiéndolo de la mano y el niño se puso en pie.

" (v. 27). Fue de forma instantánea y completamente curado.

En casa, los discípulos quieren saber por qué no fueron capaces de expulsar al demonio. Jesús responde: Esta clase con nada puede ser arrojada sino con la oración. Fe y oración andan juntas. Una sin la otra no existen. Los discípulos habían empeorado. Antes ellos habían sido capaces de expulsar demonios (cf. Mc 6,7.13). Ahora, no lo consiguen más. ¿Qué les falta? ¿Fe u oración? ¿Por qué faltaba? Son preguntas que se salen del texto y entran en nuestra cabeza para que también nosotros hagamos una revisión de nuestra vida.

Como los discípulos, nosotros a menudo preguntamos: "¿Por qué no podemos hacer eso?" Jesús todavía responde de la misma manera, " *Él les respondió: «Esta especie solo puede salir con oración».*" (v. 29).

<p>Paso 3. Oramos : <i>¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?</i></p>

Oración introductoria.

" Señor, yo creo, yo quiero creer en Ti

Señor, haz que mi fe sea pura, sin reservas, y que penetre en mi pensamiento, en mi modo de juzgar las cosas divinas y las cosas humanas.

Señor, haz que mi fe sea libre, es decir, que cuente con la aportación personal de mi opción, que acepte las renunciaciones y los riesgos que comporta y que exprese el culmen decisivo de mi personalidad: creo en Ti, Señor.

Señor, haz que mi fe sea cierta: cierta por una congruencia exterior de pruebas y por un testimonio interior del Espíritu Santo, cierta por su luz confortadora, por su conclusión pacificadora, por su connaturalidad sosegante.

Señor, haz que mi fe sea fuerte, que no tema las contrariedades de los múltiples problemas que llena nuestra vida crepuscular, que no tema las adversidades de quien la discute, la impugna, la rechaza, la niega, sino que se robustezca en la prueba íntima de tu Verdad, se entrene en el roce de la crítica, se corrobore en la afirmación continua superando las dificultades dialécticas y espirituales entre las cuales se desenvuelve nuestra existencia temporal.

Señor, haz que mi fe sea gozosa y dé paz y alegría a mi espíritu, y lo capacite para la oración con Dios y para la conversación con los hombres, de manera que irradie en el coloquio sagrado y profano la bienaventuranza original de su afortunada posesión.

Señor, haz que mi fe sea activa y dé a la caridad las razones de su expansión moral de modo que sea verdadera amistad contigo y sea tuya en las obras, en los sufrimientos, en la espera de la revelación final, que sea una continua búsqueda, un testimonio continuo, una continua esperanza.

Señor, haz que mi fe sea humilde y no presuma de fundarse sobre la experiencia de mi pensamiento y de mi sentimiento, sino que se rinda al testimonio del Espíritu Santo, y no tenga otra garantía mejor que la docilidad a la autoridad del Magisterio de la Santa Iglesia. Amén." (San Pablo VI. Oración por la fe. Pronunciada en la Audiencia general del 30 de octubre de 1968)

¿Cómo interiorizamos la Palabra de Dios?

(Dejamos 5 minutos de silencio).

Motivamos la oración.

Fijémonos en la respuesta que da Cristo a sus discípulos a la última pregunta: "porque este tipo de demonios sólo se pueden echar con oraciones y ayuno".

¿Realmente tiene tanta importancia la oración? Parece que en los evangelios se nos muestra que sí, porque Cristo, cada vez que obraba el bien, elevaba su plegaria a Dios Padre para que le concediera la gracia que le pedía: "...*gracias, Padre, porque me escuchaste, Yo sé que siempre me escuchas...*" Además antes de tomar grandes decisiones o llevar a cabo acciones que le implicarían un gran sacrificio, Jesucristo ora: ora antes de escoger a los discípulos, ora antes de resucitar a Lázaro, hace una oración que es agonía en el huerto de Getsemaní antes de morir. La oración es el alimento del espíritu de Cristo, en su rato de descanso, en el que penetra en el santuario del amor divino para quedarse allí, solo con su Padre.

Ante el terrorismo, el aborto, la eutanasia... lo que podemos hacer es rezar. Aprendamos a orar, no sólo a rezar, para que nuestro rezo sea una ocasión de orar. Porque rezar es simplemente un repetir fórmulas hechas y se puede repetir sin meter el corazón. Orar significa platicar con Dios, decirle lo que sentimos, nuestros problemas, y encontrar en Él la paz y tranquilidad en los momentos duros. Orar no es difícil, es como platicar con una persona real que te ve y te escucha.

Siguiendo el mensaje de este texto, ¿Cuál es tu oración personal?

Cada uno puede compartir su oración personal.

....

Oración final

Aquí estoy. Creo que se puede. Exprésate con una oración confiada. Te entrego este matrimonio a ti. Señor aquí está mi hijo, mi hija, mi situación en el trabajo. Señor, yo te doy mi montaña a Ti Quiero que se haga tu voluntad en mi vida. Señor tú lo puedes hacer. Sé que puedes. Nunca me has decepcionado. Señor quita mis dudas y temores y ayúdeme a crecer en tu gracia.

<p style="text-align: center;">Paso 4. Actuamos: ¿Qué hacer como resultado de la oración?</p>

No te acerques a los problemas con una actitud de desesperanza. Si te acercas a ellos con una actitud de desesperanza haces imposible la solución. ¿Va a pedirle a Jesús que venga a tu lado y te dé su fuerza para mover esa montaña? Recuerde que la fe habla. Señor tu puedes hacerlo! Señor tu estás siempre haciendo lo imposible.

Cuando hay poca fe hay poca oración.

Cuando hay una gran cantidad de fe genuina y perseverante, también hay una apasionada y perseverante oración. Si Jesús regresara hoy, ¿se horrorizaría por nuestra falta de fe y de oración, o se complacería con nuestra fidelidad de la confianza en Él?

Jesús le dio el hijo la sanación según la voluntad del padre. Esta es su meta con cada uno de nosotros. Un día Cristo nos presentará perfectos (entero, maduro,

completo) en presencia de Su Padre (Romanos 8:29; Colosenses 1:28; Filipenses 3:21; 2 Corintios 3:18).

Demasiadas veces somos impotentes porque estamos sin oración. No podemos echar fuera demonios, y mover montañas imposibles, ya que no estamos a solas con él, el tiempo suficiente para conocerlo y vivir en su presencia. Somos infieles porque no lo conocemos en una relación íntima de amor. La relación debe ser lo primero. Dios no nos puede usar hasta que Él nos ha preparado espiritualmente. Sólo cuando nos tiene en una relación íntima de amor con Él. Él puede y nos invitan a unirnos a Él en lo que está haciendo en un mundo herido.

El fracaso de los discípulos, sin embargo, se debió a su falta de oración. Eran impotentes porque no oraban. Nada más que con la oración se puede superar lo más difícil de las circunstancias.

Fiémonos del poder del Señor: " *Pero, si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado.*

. 9 *Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia". (1 Jn 1,7.9).*

¿Has vivido ya una experiencia de impotencia ante el mal y la violencia? ¿Ha sido una experiencia sólo tuya o también de la comunidad? ¿Cómo la venciste y te reencontraste a ti mismo/a?

¿Cuál es la clase de poder del mal que, hoy, puede ser arrojada sólo con mucha oración?

**Para profundizar releamos el texto meditado
con el Magisterio y los santos Padres de la Iglesia.**

Meditación de San Juan Pablo II.

Catequesis (extracto), Audiencia general, 16-12-1987

" 1. Los "milagros y los signos" que Jesús realizaba para confirmar su misión mesiánica y la venida del reino de Dios, están ordenados y estrechamente ligados a la llamada a la fe. Estallada con relación al milagro tiene dos formas: la fe precede al milagro, más aún, es condición para que se realice; la fe constituye un efecto del milagro, bien porque el milagro mismo la provoca en el alma de quienes lo han recibido, bien porque han sido testigos de él.

Es sabido que la fe es una respuesta del hombre a la palabra de la revelación divina. El milagro acontece en unión orgánica con esta Palabra de Dios que se revela. Es una "señal" de su presencia y de su obra, un signo, se puede decir, particularmente intenso.

Todo esto explica de modo suficiente el vínculo particular que existe entre los "milagros-signos" de Cristo y la fe: vínculo tan claramente delineado en los Evangelios.

2. Efectivamente, encontramos en los Evangelios una larga serie de textos en los que la llamada a la fe aparece como un coeficiente indispensable y sistemático de los milagros de Cristo.

3. Esta llamada se repite muchas veces... Cuando el padre del epiléptico pide la curación de su hijo, diciendo: "Pero si algo puedes, ayúdanos...", Jesús le responde: "Si puedes! Todo es posible al que cree". Tiene lugar entonces el hermoso acto de fe en Cristo de aquel hombre probado: "¡Creo! Ayuda a mi incredulidad" (cf. Mc 9, 22-24).

7. En los Evangelios se pone continuamente de relieve el hecho de que Jesús, cuando "ve la fe", realiza el milagro (cf. Mc 2, 5; Mt 9, 2; Lc 5, 20). El factor fe es indispensable; pero, apenas se verifica, el corazón de Jesús se proyecta a satisfacer las demandas de los necesitados que se dirigen a Él para que los socorra con su poder divino.

8. Una vez más constatamos que, como hemos dicho al principio, el milagro es un "signo" del poder y del amor de Dios que salvan al hombre en Cristo. Pero, precisamente por esto es al mismo tiempo una llamada del hombre a la fe. Debe llevar a creer sea al destinatario del milagro sea a los testigos del mismo.

... Es necesario nombrar las páginas concernientes a la Madre de Cristo con su comportamiento en Caná de Galilea, y aún antes y sobre todo en el momento de la Anunciación. Se podría decir que precisamente aquí se encuentra el punto culminante de su adhesión a la fe, que hallará su confirmación en las palabras de Isabel durante la Visitación: "Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor" (Lc 1, 45). Sí, María ha creído como ninguna otra persona, porque estaba convencida de que "para Dios nada hay imposible" (cf. Lc 1, 37)." (San Juan Pablo II. Catequesis (extracto), Audiencia general, 16-12-1987)

Catequesis (extracto), Audiencia general, 25-11-1987

" 4. En el Evangelio de Marcos encontramos también la descripción del acontecimiento denominado habitualmente como la curación del epiléptico. En efecto, los síntomas referidos por el Evangelista son característicos también de esta enfermedad ("espumarajos, rechinar de dientes, quedarse rígido"). Sin embargo, el padre del epiléptico presenta a Jesús a su Hijo como poseído por un espíritu maligno, el cual lo agita con convulsiones, lo hace caer por tierra y se revuelve echando espumarajos. Y es muy posible que en un estado de enfermedad como éste se infiltre y obre el maligno, pero, admitiendo que se trate de un caso de epilepsia, de la que Jesús cura al muchacho considerado endemoniado por su padre, es, sin embargo, significativo que Él realice esta curación ordenando al "espíritu mudo y sordo": "Sal de él y no vuelvas a entrar más en él" (cf. Mc 9, 17-27). Es una reafirmación de su misión y de su poder de librar al hombre del mal del alma desde las raíces.

5. Jesús da a conocer claramente esta misión suya de librar al hombre del mal y, antes que nada del pecado, mal espiritual. Es una misión que comporta y explica su lucha con el espíritu maligno que es el primer autor del mal en la historia del hombre.

...Así se manifiesta el poder del Hijo del hombre sobre el pecado y sobre el autor del pecado. El nombre de Jesús, que somete también a los demonios, significa Salvador. Sin embargo, esta potencia salvífica alcanzará su cumplimiento definitivo en el sacrificio de la cruz. La cruz sellará la victoria total sobre Satanás y sobre el pecado, porque éste es el designio del Padre, que su Hijo unigénito realiza haciéndose hombre: vencer en la debilidad, y alcanzar la gloria de la resurrección y de la vida a través de la humillación de la cruz. También en este hecho paradójico resplandece su poder divino, que puede justamente llamarse la "potencia de la cruz". (San Juan Pablo II. Catequesis (extracto), Audiencia general, 25-11-1987)

Catequesis (extracto), Audiencia general, 21-10-1987

" 3. [...] Para ofrecer motivos de credibilidad, Jesús apela a sus obras: a todo lo que ha llevado a cabo en presencia de los discípulos y de toda la gente. Se trata de obras santas y muchas veces milagrosas, realizadas como signos de su verdad. Por esto merece que se tenga fe en Él. Jesús lo dice no sólo en el círculo de los Apóstoles, sino ante todo el pueblo... Jesucristo se identifica con Dios como objeto de la fe que pide y propone a sus seguidores. Y les explica: "Las cosas que yo hablo, las hablo según el Padre me ha dicho"

(Jn 12, 50): alusión clara a la fórmula eterna por la que el Padre genera al Verbo-Hijo en la vida trinitaria.

Esta fe, ligada a las obras y a las palabras de Jesús, se convierte en una “consecuencia lógica” para los que honradamente escuchan a Jesús, observan sus obras, reflexionan sobre sus palabras. Pero éste es también el presupuesto y la condición indispensable que exige el mismo Jesús a los que quieren convertirse en sus discípulos o beneficiarse de su poder divino.

4. A este respecto, es significativo lo que Jesús dice al padre del niño epiléptico, poseído desde la infancia por un “espíritu mudo” que se desenfrenaba en él de modo impresionante. El pobre padre suplica a Jesús: “Si algo puedes, ayúdanos por compasión hacia nosotros. Díjole Jesús: ¡Si puedes! Todo es posible al que cree. Al instante, gritando, dijo el padre del niño: ¡Creo! Ayuda a mi incredulidad” (Mc 9, 22-23). Y Jesús cura y libera a ese desventurado. Sin embargo, pide al padre del muchacho una apertura del alma a la fe. Eso es lo que le han dado a lo largo de los siglos tantas criaturas humildes y afligidas que, como el padre del epiléptico, se han dirigido a Él para pedirle ayuda en las necesidades temporales, y sobre todo en las espirituales.

5. Pero allí donde los hombres, cualquiera que sea su condición social y cultural, oponen una resistencia derivada del orgullo e incredulidad, Jesús castiga esta actitud suya no admitiéndolos a los beneficios concedidos por su poder divino (Mc 6, 4-6)... Los milagros son “signos” del poder divino de Jesús. Cuando hay obstinada cerrazón al reconocimiento de ese poder, el milagro pierde su razón de ser. Por lo demás, también Él responde a los discípulos, que después de la curación del epiléptico preguntan a Jesús porqué ellos, que también habían recibido el poder del mismo Jesús, no consiguieron expulsar al demonio. El respondió: “Por vuestra poca fe: porque en verdad os digo, que si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Vete de aquí allá, y se iría, y nada os sería imposible” (Mt 17, 19-20). Es un lenguaje figurado e hiperbólico, con el que Jesús quiere inculcar a sus discípulos la necesidad y la fuerza de la fe.

7. La decisiva importancia de la fe aparece aún con mayor evidencia en el diálogo entre Jesús y Marta ante el sepulcro de Lázaro: “Díjole Jesús: Resucitará tu hermano. Marta le dijo: Sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Díjole Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? Díjole ella (Marta): Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo” (Jn 11, 23-27). Y Jesús resucita a Lázaro como signo de su poder divino, no sólo de resucitar a los muertos porque es Señor de la vida, sino de vencer la muerte, El, que como dijo a Marta, ¡es la resurrección y la vida!

8. La fe en Cristo es condición constitutiva de la salvación, de la vida eterna. Es la fe en el Hijo unigénito -consustancial al Padre- en quien se manifiesta el amor del Padre. En efecto, “Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Jn 3, 17). En realidad, el juicio es inmanente a la elección que se hace, a la adhesión o al rechazo de la fe en Cristo: “El que cree en él no será juzgado; el que no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Jn 3, 18).

9. [...] Todo lo que Jesús hacía y enseñaba, todo lo que los Apóstoles predicaron y testificaron, y los Evangelistas escribieron, todo lo que la Iglesia conserva y repite de su enseñanza, debe servir a la fe, para que, creyendo, se alcance la salvación. La salvación -y por lo tanto la vida eterna- está ligada a la misión mesiánica de Jesucristo, de la cual deriva toda la “lógica” y la “economía” de la fe cristiana.” (San Juan Pablo II. Catequesis (extracto), Audiencia general, 21-10-1987)

Catequesis (extracto), Audiencia general, 13-08-1986

" 8. Según la Sagrada Escritura, y especialmente el Nuevo Testamento, el dominio y el influjo de Satanás y de los demás espíritus malignos se extiende al mundo entero. Pensemos

en la parábola de Cristo sobre el campo (que es el mundo), sobre la buena semilla y sobre la mala semilla que el diablo siembra en medio del grano tratando de arrancar de los corazones el bien que ha sido “sembrado” en ellos (cf. Mt 13, 38-39). Pensemos en las numerosas exhortaciones a la vigilancia (cf. Mt 26, 41; 1 Pe 5, 8), a la oración y al ayuno (cf. Mt 17, 21). Pensemos en esta fuerte afirmación del Señor: “Esta especie (de demonios) no puede ser expulsada por ningún medio sino es por la oración” (Mc 9, 29). La acción de Satanás consiste ante todo en tentar a los hombres para el mal, influyendo sobre su imaginación y sobre las facultades superiores para poder situarlos en dirección contraria a la ley de Dios. Satanás pone a prueba incluso a Jesús (cf. Lc 4, 3-13) en la tentativa extrema de contrastar las exigencias de la economía de la salvación tal como Dios le ha preordenado.

No se excluye que en ciertos casos el espíritu maligno llegue incluso a ejercitar su influjo no sólo sobre las cosas materiales, sino también sobre el cuerpo del hombre, por lo que se habla de “posesiones diabólicas” (cf. Mc 5, 2-9). No resulta siempre fácil discernir lo que hay de preternatural en estos casos, ni la Iglesia condesciende o secunda fácilmente la tendencia a atribuir muchos hechos e intervenciones directas al demonio; pero en línea de principio no se puede negar que, en su afán de dañar y conducir al mal, Satanás pueda llegar a esta extrema manifestación de su superioridad.

9. [...] Por eso Jesús en la plegaria que nos ha enseñado, el “Padrenuestro”, termina casi bruscamente, a diferencia de tantas otras oraciones de su tiempo, recordándonos nuestra condición de expuestos a las insidias del Mal-Maligno. El cristiano, dirigiéndose al Padre con el espíritu de Jesús e invocando su reino, grita con la fuerza de la fe: no nos dejes caer en la tentación, líbranos del Mal, del Maligno.” (San Juan Pablo II. Catequesis (extracto), Audiencia general, 13-08-1986)

Encíclica *Evangelium vitae*, n. 100

Orar por la vida

“ Uno de los mayores engaños del demonio hoy es con respecto a la vida, una mentalidad de muerte se ha instalado en las conciencias de muchos y hay que orar para que sea curada (nota personal)

100. En este gran esfuerzo por una nueva cultura de la vida estamos sostenidos y animados por la confianza de quien sabe que el Evangelio de la vida, como el Reino de Dios, crece y produce frutos abundantes (cf. Mc 4, 26-29). Es ciertamente enorme la desproporción que existe entre los medios, numerosos y potentes, con que cuentan quienes trabajan al servicio de la « cultura de la muerte » y los de que disponen los promotores de una « cultura de la vida y del amor ». Pero nosotros sabemos que podemos confiar en la ayuda de Dios, para quien nada es imposible (cf. Mt 19, 26).

Con esta profunda certeza, y movido por la firme solicitud por cada hombre y mujer, repito hoy a todos cuanto he dicho a las familias comprometidas en sus difíciles tareas en medio de las insidias que las amenazan: es urgente una gran oración por la vida, que abarque al mundo entero. Que desde cada comunidad cristiana, desde cada grupo o asociación, desde cada familia y desde el corazón de cada creyente, con iniciativas extraordinarias y con la oración habitual, se eleve una súplica apasionada a Dios, Creador y amante de la vida. Jesús mismo nos ha mostrado con su ejemplo que la oración y el ayuno son las armas principales y más eficaces contra las fuerzas del mal (cf. Mt 4, 1-11) y ha enseñado a sus discípulos que algunos demonios sólo se expulsan de este modo (cf. Mc 9, 29). Por tanto, tengamos la humildad y la valentía de orar y ayunar para conseguir que la fuerza que viene de lo alto haga caer los muros del engaño y de la mentira, que esconden a los ojos de tantos hermanos y hermanas nuestros la naturaleza perversa de comportamientos y de leyes hostiles a la vida, y abra sus corazones a propósitos e

*intenciones inspirados en la civilización de la vida y del amor." (San Juan Pablo II. Encíclica *Evangelium vitae*, n. 100. 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor).*

Meditación de San Pablo VI.

Catequesis (extracto), Audiencia general, 15-11-1972

" [...] Este capítulo sobre el Demonio y sobre la influencia que puede ejercer, tanto en cada una de las personas como en comunidades, sociedades enteras o acontecimientos, sería un capítulo muy importante de la doctrina católica que debería estudiarse de nuevo, mientras que hoy se le presta poca atención. Piensan algunos encontrar en los estudios psicoanalíticos y psiquiátricos o en experiencias espiritistas, hoy excesivamente difundidas por muchos países, una compensación suficiente. Se teme volver a caer en viejas teorías maniqueas o en terribles divagaciones fantásticas y supersticiosas.

Hoy prefieren algunos mostrarse valientes y libres de prejuicios, tomar actitudes positivistas, prestando luego fe a tantas gratuitas supersticiones mágicas o populares; o peor aún, abrir la propia alma –¡la propia alma bautizada, visitada tantas veces por la presencia eucarística y habitada por el Espíritu Santo!– a las experiencias libertinas de los sentidos, a aquellas otras deletéreas de los estupefacientes, como igualmente a las seducciones ideológicas de los errores de moda; fisuras estas a través de las cuales puede penetrar fácilmente el Maligno y alterar la mentalidad humana. No se ha dicho que todo pecado se deba directamente a la acción diabólica (cf ST, I, 104, 3); pero es, sin embargo, cierto que quien no vigila con cierto rigor moral sobre sí mismo (cf Mt 12, 45; Ef 6, 11) se expone a la influencia del "mysterium iniquitatis", a que se refiere san Pablo (2Ts 2, 3-12), y que hace problemática la alternativa de nuestra salvación.

Nuestra doctrina se hace incierta, por estar como oscurecida por las tinieblas mismas que rodean al Demonio. Pero nuestra curiosidad, excitada por la certeza de su existencia múltiple, se hace legítima con dos preguntas: ¿Existen señales, y cuáles, de la presencia de la acción diabólica? ¿Y cuáles son los medios de defensa contra un peligro tan insidioso?

*La respuesta a la primera pregunta impone mucha cautela, si bien las señales del Maligno parecen hacerse evidentes (cf Tert. Apo., 23). Podremos suponer su acción siniestra allí donde la mentira se afirma hipócrita y poderosa contra la verdad evidente; donde el amor es eliminado por un egoísmo frío y cruel; donde el nombre de Cristo es impugnado con odio consciente y rebelde (cf 1Co 16, 22; 12, 3); donde el espíritu del Evangelio es mistificado y desmentido; donde la desesperación se afirma como la última palabra, etc. Pero es una diagnosis demasiado amplia y difícil, que ahora no pretendemos profundizar y autenticar, no carente sin embargo para todos de dramático interés, a la que también la literatura moderna ha dedicado páginas famosas (cf p. e., las obras de Bernanos, estudiadas por Ch. Möeller, *Literatura del siglo XX*, I, p. 397 ss.; P. Macchi, *El rostro del mal en Bernanos*; cf también Satán, *Estudios Carmelitanos*, Desclee de Brouber, 1948). El problema del mal sigue siendo uno de los mayores y permanentes problemas para el espíritu humano, incluso tras la victoriosa respuesta que da el mismo Jesucristo. "Sabemos, escribe el evangelista san Juan, que somos (nacidos) de Dios, y que todo el mundo está puesto bajo el Maligno" (1Jn 5, 19).*

A la otra pregunta sobre qué defensa, qué remedio oponer a la acción del Demonio, la respuesta es más fácil de formular, si bien sigue difícil actualizarla. Podremos decir que todo lo que nos defiende del pecado nos defiende por ello mismo del enemigo invisible. La gracia es la defensa decisiva. La inocencia adquiere un aspecto de fortaleza. Y asimismo cada uno recuerda hasta qué punto la pedagogía apostólica ha simbolizado en la armadura de un soldado las virtudes que pueden hacer invulnerable al cristiano (cf Rm 13, 12; Ef 5, 11; 1Ts 5, 8). El cristiano debe ser militante; debe ser vigilante y fuerte (1P 5, 8); y debe a veces recurrir a algún ejercicio ascético especial para alejar ciertas incursiones diabólicas. Jesús lo enseña indicando el remedio "en la oración y en el ayuno" (Mc 9, 29). Y

el apóstol sugiere la línea maestra a seguir: "No os dejéis vencer por el mal, sino venced al mal con el bien" (Rm 12, 21; Mt 13, 29).

Con el conocimiento, por ello, de las presentes adversidades en que se encuentran hoy las almas, la Iglesia y el mundo, trataremos de dar sentido y eficacia a la acostumbrada invocación de nuestra oración principal: "Padre nuestro..., ¡líbranos del mal!". Que a todo esto os ayude también nuestra bendición apostólica." (Meditación de San Pablo VI. Catequesis (extracto), Audiencia general, 15-11-1972).

Meditación del Beato Charles de Foucauld

Meditaciones sobre el Evangelio: a propósito de las principales virtudes

" **«¡Todo es posible para quien cree!» (Mc 9, 23)**

«Si vuestra fe fuera como un grano de mostaza..., nada os sería imposible» (Mt 17,20). Todo lo podemos por la oración: si no recibimos es que hemos tenido poca fe, o que hemos orado poco, o que sería malo para nosotros que nuestra petición fuera atendida, o que Dios nos da alguna cosa mejor que lo que hemos pedido. Pero jamás dejaremos de recibir lo que pedimos por ser la cosa demasiado difícil de obtener: «Nada os sería imposible».

No dudemos en pedir a Dios incluso las cosas más difíciles, como es la conversión de grandes pecadores, de pueblos enteros. Pidámosle, pues, incluso aquellas cosas que creemos son las más difíciles, con la certeza de que Dios nos ama apasionadamente y que cuanto mayor es el don más desea hacerlo el que ama apasionadamente; pero pidámoslo con fe, con insistencia, con constancia, con amor, con buena voluntad. Y estemos seguros que si pedimos así y con mucha constancia, seremos escuchados y recibiremos la gracia pedida o una todavía mejor. Pidamos, con osadía, a nuestro Señor las cosas más imposibles de alcanzar cuando son para su gloria, y estemos seguros que su Corazón nos las concederá tanto más cuanto ellas parecen humanamente imposibles; porque dar lo imposible al que ama es agradable a su Corazón, y ¡cuánto nos ama él! (Meditación del Beato Charles de Foucauld. Meditaciones sobre el Evangelio: a propósito de las principales virtudes).

Meditaciones sobre los Evangelios

«¡Creo, ayuda a mi poca fe!» (Mc 9, 24)

" La virtud que el Señor recompensa, la virtud que él alaba es casi siempre la fe. Algunas veces, alaba el amor, como en el caso de Magdalena. Algunas veces la humildad, pero estos ejemplos son raros. Es casi siempre la fe la que recibe su aprobación y su alabanza... ¿Por qué?... Sin duda porque la fe es la virtud, aunque no la más alta (la caridad le pasa delante), por lo menos la más importante, porque es el fundamento de todas las otras, incluida la caridad, y también porque la fe es la más escasa...

Tener fe, verdadera fe que inspira toda acción, esta fe en lo sobrenatural que despoja al mundo de su máscara y muestra a Dios en todas las cosas; la fe que hace desaparecer toda imposibilidad, que hace que las palabras de inquietud, de peligro, de temor no tengan ya sentido; la fe que hace caminar por la vida con serenidad, con paz, con alegría profunda, como un niño cogido de la mano de su madre; una fe que coloca al alma en un desapego tan absoluto de todas las cosas sensibles que son para ella nada, como un juego de niños; la fe que da tal confianza en la oración, como la confianza del niño que pide una cosa justa a su padre; esta fe que nos enseña que "todo lo que se hace fuera del agrado de Dios es una mentira", esta fe que hace verlo todo bajo otra luz distinta -a los hombres igual que a Dios-: ¡Dios mío, dámela! Dios mío, creo pero aumenta mi fe. Dios mío haz que ame y que crea, te lo pido por Nuestro Señor Jesucristo. Amén." (Meditación del Beato Charles de Foucauld Meditaciones sobre el Evangelio: a propósito de las principales virtudes).

Meditación de San Juan Crisóstomo, homilía in Matthaeum, hom., 58

" 18a. *"Dondequiera que se apodera de él, le derriba, le hace echar espumarajos, rechinar de dientes y le deja rígido..." El Señor permitió esto a causa del padre del muchacho, a fin de que viendo los maltratos que sufría de parte del demonio, fuese atraído a la fe en virtud del milagro que iba a obrarse.*

18b-19. *La Escritura muestra la incredulidad de este hombre por la siguiente frase de Cristo: "¡Oh gente incrédula!" y por esta otra: "Si tú puedes creer". Sin embargo, aunque fuese su incredulidad un motivo para que el demonio no lo abandonase, acusa a sus discípulos: "Pedí a tus discípulos que le lanzasen, y no han podido", continúa. Observemos la necedad de este hombre, que acusa a los discípulos cuando ruega a Jesús en medio de las gentes, por lo que le reprocha el Señor delante del pueblo, haciendo extensivo este reproche a todos los judíos, puesto que es probable que muchos de los presentes encandalizados pensarán lo que no debían pensar de los discípulos. "Jesús, dirigiendo a todos la palabra, les dijo: ¡Oh gente incrédula! ¿Hasta cuándo habré de estar entre vosotros? ¿Hasta cuándo habré yo de sufriros?". En cuyas palabras expresa que desea la muerte, y que el trato con ellos le era pesado.*

23. *"¡Todo es posible para quien cree!" Lo que dice el Señor puede interpretarse de este modo: Es tal la sobreabundancia de virtud que hay en mí, que no sólo puedo hacer esto, sino hacer que otros lo hagan. Porque si tienes la fe necesaria, no solamente podrás curar a éste, sino a otros muchos. De este modo traía a la fe al que hablaba todavía como incrédulo. Y luego el padre del muchacho bañado en lágrimas exclamó diciendo: "¡Oh Señor, yo creo, ayuda tú mi incredulidad!"*

28. *"... le preguntaban en privado sus discípulos: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle?»" Temían, pues, si acaso habían perdido el poder que sobre los espíritus inmundos habían recibido de la gracia. "Respondióles, continúa: Esta raza de demonios ", etc." (San Juan Crisóstomo, homilía in Matthaeum, hom., 58)*

Meditación de San Beda, in Marcum, 3, 38

" 14-15. *Es de observar la diferencia que hay siempre y en todo entre el espíritu de los escribas y el de la multitud. Los escribas no manifiestan la menor devoción, ni fe, ni humildad, ni reverencia al Señor, mientras que la multitud estupefacta al verle, se precipita para saludarle. "Y acudieron todos corriendo a saludarle".*

16-17. *Se puede creer, si no me engaño, que la cuestión promovida entre ellos tenía como causa el que, siendo discípulos del Salvador, no habían podido curar al poseído que estaba entre ellos. Así al menos se desprende de las siguientes palabras: "A lo que respondiendo uno de ellos, dijo: Maestro, yo he traído a ti un hijo mío", etc.*

19. *Sin embargo, no se muestra airado contra el hombre, sino contra el vicio, y así es que añade en seguida: "Traédmelo a mí", etc.*

21. *"¿Cuánto tiempo hace que le viene sucediendo esto?... " Que esto sirva de humillación a los que creen, como se atrevió a decir Juliano, que todos los hombres nacen inocentes como Adán, sin la mancha del pecado original. ¿Qué hizo, pues, este muchacho para que desde la infancia el demonio le atormentase tan cruelmente, si no hubiese tenido la mancha del pecado original sobre sí? Porque es cierto que él no había podido cometer por su parte ningún pecado.*

22a. *Se representan en este poseído los que vienen al mundo sujetos con el lazo del pecado original y a los cuales ha de salvar la fe de Cristo y su gracia. El fuego debe referirse a la ira y el agua a la voluptuosidad de la carne que suele disipar el espíritu en las delicias. No fue el muchacho, que sufría a su pesar, el amenazado, sino el demonio que estaba en él, porque el que desea corregir al pecador debe exterminar el vicio de las imprecaciones y del odio, pero confortando al hombre con el amor.*

22b-23. Da el Señor la respuesta oportuna, porque el que pide dice: "Si puedes algo, ayúdanos", y el Señor contesta: "Si tú puedes creer". Por el contrario, al leproso que exclamó lleno de fe: "Señor, si tú quieres, puedes curarme" (Mt 8,2-3), le contestó conforme a su fe: "Quiero; sé sano".

24. "¡Creo, ayuda a mi poca fe!". Nadie llega de repente a la perfección y todos por lo mismo debemos empezar en la vida de la virtud por lo pequeño para llegar a lo grande, porque lo primero es el principio de la virtud, después su utilización, y por último su perfección. Mas como la fe crece por secreta inspiración de la gracia por los grados de sus méritos, puede suceder que el que aún no cree bien llegue en un solo momento de ser incrédulo a ser creyente.

26. "... el espíritu salió dando gritos y agitándole con violencia. El muchacho quedó como muerto, hasta el punto de que muchos decían que había muerto." Muchas veces, pues, cuando nos esforzamos después de nuestros pecados por convertirnos a Dios, el antiguo enemigo nos tienta con nuevas y mayores insidias para hacernos aborrecible la virtud o para vengarse de la afrenta de haber sido expulsado.

27. "Jesús, tomándole de la mano, le levantó y él se puso en pie." Curó el Salvador con el tacto de su piadosa diestra al que había convertido semejante a un muerto el enemigo impío. "Pero Jesús, cogiéndole de la mano, le ayudó a alzarse", etc. De este modo, mostrando ser el verdadero Dios por su poder para salvar, mostró asimismo que tenía verdadera naturaleza humana por su manera de tocarle. El insensato Manes niega que el Salvador hubiera asumido verdaderamente la carne. Pero el mismo Salvador, volviendo a la vida a tantos enfermos y purificando e iluminando a tantos otros, condenó su herejía antes que apareciese.

28. "Entrado que hubo en la casa, sus discípulos le preguntaban a solas: ¿Por qué motivo nosotros no hemos podido expulsarle, etc." En sentido místico, el Señor, que descubre sus misterios a los discípulos en las alturas y reprende al pie del monte a las gentes por sus pecados de infidelidad, lanza a los malos espíritus de aquéllos a quienes atormentan y conforta a los que son ignorantes y carnales todavía, les enseña, y los corrige; e instruye con más libertad a los perfectos sobre las cosas eternas.

29. Enseñando el Señor a los Apóstoles de qué modo debe ser lanzado este cruelísimo demonio, nos enseña a todos cómo hemos de vivir y que el ayuno y la oración son los medios de que hemos de valer para salir triunfantes hasta de las mayores pruebas que nos ofrezcan los espíritus inmundos o los hombres. Este ayuno es general y no comprende sólo la abstinencia de los alimentos, sino de todo gusto carnal y principalmente de toda pasión viciosa. La oración general igualmente no consiste sólo en las palabras con que invocamos la clemencia divina, sino en todo lo que hacemos en obsequio de nuestro creador movidos por la fe: testigo es el Apóstol que dice: "Orad sin cesar" (1Tes 5,7)." (San Beda, in Marcum, 3, 38).

Meditación de San Gregorio Magno, Moralia, 10, 30

" 26. "Y el espíritu salió dando gritos y agitándole con violencia. El muchacho quedó como muerto, hasta el punto de que muchos decían que había muerto." Se ve como muerto al que acaba de librarse del poder del espíritu maligno porque quien sujeta los deseos terrenos extingue en sí la vida en su trato carnal y aparece muerto para el mundo, y tal llaman los que no saben vivir espiritualmente al que no solicita los bienes carnales." (San Gregorio Magno, Moralia, 10, 30).

Corazón contaminado con la levadura de los fariseos

Marcos 8,14-21



Pasos de la Lectio divina.

Introducción

Paso 1. Leer: *¿Qué dice el texto?*

Paso 2. Meditar: *¿Qué me dice Dios a mí en este texto?*

Paso 3. Orar: *¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada?*

Paso 4. Actuar: *¿Qué hacer como resultado de la oración?*

Introducción

El evangelio de hoy habla del malentendido entre Jesús y los discípulos y muestra como la “levadura de los fariseos y de Herodes” (religión y gobierno), se había infiltrado también en la mente y el corazón de los discípulos hasta el punto de que no fueron capaces de acoger la Buena Nueva.

En el texto aparece la imagen del “*corazón endurecido*” que evocaba la dureza del corazón de la gente del AT que siempre se desviaba del camino. Evocaba asimismo el corazón endurecido del faraón que oprimía y perseguía al pueblo (Ex 4,21; 7,13; 8,11.15.28; 9,7...).

También aparece la expresión “*tienen ojos y no ven, oídos y no oyen*” que evocaba no sólo a la gente sin fe, criticada por Isaías (Is 6,9-10), sino que a los adoradores de los falsos dioses, de los cuales el salmo decía: “*Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen*” (Sal 115,5-6).

En el texto aparece el tema del mesianismo. Había entre los judíos una gran variedad de expectativas mesiánicas. De acuerdo con las diversas interpretaciones de las profecías, había gente que esperaba a un Mesías Re (cf. Mc 15,9.32). Otros, a un Mesías Santo o Sacerdote (cf. Mc 1,24). Otros, a un Mesías Guerrillero subversivo (cf Lc 23,5; Mc 15,6; 13,6-8). Otros, a un Mesías Doctor (cf. Jn 4,25; Mc 1,22.27). Otros, a un Mesías Juez (cf. Lc 3,5-9; Mc 1,8). Otros, a un Mesías Profeta (6,4; 14,65). A lo que parece, nadie esperaba a un Mesías Siervo, anunciado por el profeta Isaías (Is 42,1; 49,3; 52,13). Ellos no daban valor a la esperanza mesiánica como servicio del pueblo de Dios a la humanidad. Cada cual, según sus propios intereses y según su clase social, esperaba al Mesías, queriendo encajarlo en su propia esperanza. Por esto, el título Mesías, dependía de las personas o de la posición social, podía significar cosas bien diferentes. ¡Había mucha confusión de ideas! Es en esta actitud de Siervo que está la llave que va a encender una luz en la oscuridad de los discípulos y que los ayudará a convertirse. Solamente aceptando al Mesías como el Siervo sufriente de Isaías, ellos serán capaces de abrir los ojos y comprender el Misterio de Dios manifestado en Jesús.

Paso 1. Leemos:
¿Qué dice el texto?

“A los discípulos se les olvidó tomar pan y no tenían más que un pan en la barca.15 Y él les ordenaba diciendo: «Estad atentos, evitad la levadura de los fariseos y de Herodes». 16 Y discutían entre ellos sobre el hecho de que no tenían panes. 17 Dándose cuenta, les dijo Jesús: «¿Por qué andáis discutiendo que no tenéis pan? ¿Aún no entendéis ni comprendéis? ¿Tenéis el corazón embotado? 18 ¿Tenéis ojos y no veis, tenéis oídos y no oís? ¿No recordáis 19 cuántos cestos de sobras recogisteis cuando repartí cinco panes entre cinco mil?». Ellos contestaron: «Doce». 20 «¿Y cuántas canastas de sobras recogisteis cuando repartí siete entre cuatro mil?». Le respondieron: «Siete». 21 Él les dijo: «¿Y no acabáis de comprender?». (Marcos 8,14-21)

Palabra del Señor.

Paso 2. Meditamos:
¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Jesús advierte a los discípulos: “*Guardaos de la levadura de los fariseos y de Herodes*” (Mc 8,15). Pero ellos no entendían las palabras de Jesús. Piensan que habla así

porque habían olvidado comprar el pan. Jesús dice una cosa y ellos entienden otra. Este desencuentro era el resultado de la influencia insidiosa de la “*levadura de los fariseos*” en la cabeza y en la vida de los discípulos.

Ante esta falta casi total de percepción en los discípulos, Jesús hace una serie de preguntas rápidas, sin esperar una respuesta. Preguntas duras que evocan cosas muy serias y revelan una total incompreensión por parte de los discípulos. Por increíble que parezca, los discípulos llegaron a un punto en que no se diferenciaban de los enemigos de Jesús. Anteriormente, Jesús se había quedado triste con la “*dureza de corazón*” de los fariseos y de los herodianos (Mc 3,5). Ahora, los discípulos mismos tenían un “*corazón endurecido*” (Mc 8,17). Anteriormente, “los de fuera” (Mc 4,11) no entendían las parábolas, porque “*tenían ojos y no veían oídos y escuchaban*” (Mc 4,12). Ahora, los discípulos mismos no entendían nada, porque “*tienen ojos y no ven, oídos y no oyen*” (Mc 8,18).

Las dos preguntas finales son sobre la multiplicación de los panes: ¿Cuántos cestos recogieron la primera vez? ¡Doce! Y ¿la segunda? ¡Siete! (Mc 18b-21). Como los fariseos, también los discípulos, a pesar de haber colaborado activamente en la multiplicación de los panes, no llegaron a comprender su significado. Jesús termina: “*¿Aún no entendéis?*” La forma que Jesús tiene de lanzar estas preguntas, una después de otra, casi sin esperar respuesta, parece una ruptura. Revela un desencuentro muy grande. ¿Cuál es la causa de este desencuentro?.

La causa del desencuentro entre Jesús y los discípulos no fue su mala voluntad. Los discípulos no eran como los fariseos. Estos también no entendían, pero en ellos había malicia. Se servían de la religión para criticar y condenar a Jesús (Mc 2,7.16.18.24; 3,5.22-30). Los discípulos, por el contrario, eran buena gente. No tenían mala voluntad. Pues, aún siendo víctimas de la “*levadura de los fariseos y de los herodianos*”, no estaban interesados en defender el sistema de los fariseos y de los herodianos en contra de Jesús. Entonces, ¿cuál era la causa? La causa del desencuentro entre Jesús y los discípulos tenía que ver con la esperanza mesiánica.

<p>Paso 3. Oramos : <i>¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?</i></p>

Oración introductoria.

" Señor Jesús, te ruego para que mis ojos puedan ver, para que mis oídos puedan oír y para que mi memoria sea bendecida, y así reconocer la bondad de Dios, Padre misericordioso y recibir el alimento que Dios me ofrece cada día.

Que tu misterio Señor Jesús, sea lo único que necesite en la vida, que esta certeza penetre en las profundidad de mi corazón.

Dios mío, muchas veces discuto por cosas sin importancia, aparentemente lo son, pero cuando me quito esa ceguera de la mente y el corazón, me doy cuenta de la cantidad de veces que has actuado en mi, en los demás, has sido bueno, has hecho milagros, me has bendecido y esas son las cosas que debo dejar siempre en mi mente, en mi corazón y seguir adelante confiando en ti.

Que tu Santo Espíritu sea fortaleza y guía cada día de mi vida,

Te lo pido confiada y humildemente a ti, luz y guía de nuestra vida. Amén"

¿Cómo interiorizamos la Palabra de Dios?

(Dejamos 5 minutos de silencio).

Motivamos la oración.

En estos momentos de oración le pido a Jesús que sea honesto conmigo.

Los discípulos tenían miedo como también nosotros tenemos miedo de afrontar los desafíos del día a día. Su atención estaba centrada más en el resolver las cuestiones y problemas del momento y no tanto en mirar al Maestro que siempre estaba con ellos.

¿Teniendo ojos no veis y oídos no oís? Les replica el Señor. Están con Dios y aún así sus ojos se centran en otras realidades y dudan del poder infinito del Señor. Habían visto los milagros y su poder pero prefieren poner la confianza en sus propias fuerzas humanas. Jesús ya se los había dicho: Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura (Mt 6,33). Pero les faltaba confiar. Muchas veces afrontamos las dificultades sin mirar al Señor que siempre está con nosotros y quiere ayudarnos. Qué fácil es caer en el cansancio y el tedio cuando afrontamos solos las luchas de cada día.

Miremos al Señor y pongamos nuestras angustias y alegrías en Él. Lo que más le duele a Cristo es que dudemos de su amor. Él nunca se va a cansar de acompañarnos y demostrarnos su amor. Tal vez no sabemos ver, al igual que los discípulos, esos milagros y continuas muestras de amor que tiene con nosotros. Hagamos nuestra esa llamada de atención que le hace Jesús a sus apóstoles ¿Teniendo ojos no veis y oídos no oís?... Dios está con nosotros y solo busca que seamos felices. Confiemos en Él.

La confianza en el amor de Dios por cada uno de nosotros en particular es la causa y la fuente de la verdadera alegría porque nos sentimos realmente hijos amados y predilectos de Dios. Busquemos en nuestras vidas ser reflejo del amor a Dios. Transmitamos la alegría de sabernos hijos amados de Dios a todos los que nos rodean sin importar lo poco o mucho que nos agraden los demás.

Siguiendo el mensaje de este texto, ¿Cuál es tu oración personal?

Cada uno puede compartir su oración personal.

....

Oración final

Salmo 91 .Oración en situaciones difíciles.

- 1. Tú que habitas al amparo del Altísimo y resides a la sombra del Omnipotente,*
- 2. dile al Señor: "Mi amparo, mi refugio, mi Dios, en quien yo pongo mi confianza".*
- 3. El te libraré del lazo del cazador y del azote de la desgracia;*
- 4. te cubrirá con sus plumas y hallarás bajo sus alas un refugio.*
- 5. No temerás los miedos de la noche ni la flecha disparada de día,*
- 6. ni la peste que avanza en las tinieblas, ni la plaga que azota a pleno sol.*
- 7. Aunque caigan mil hombres a tu lado y diez mil, a tu derecha, tú estarás fuera de peligro: su lealtad será tu escudo y armadura.*
- 8. Basta que mires con tus ojos y verás cómo se le paga al impío.*
- 9. Pero tú dices: "Mi amparo es el Señor", tú has hecho del Altísimo tu asilo.*

10. *La desgracia no te alcanzará ni la plaga se acercará a tu tienda:*
 11. *pues a los ángeles les ha ordenado que te escolten en todos tus caminos.* 12. *En sus manos te habrán de sostener para que no tropiece tu pie en alguna piedra;*
 13. *andarás sobre víboras y leones y pisarás cachorros y dragones.*
 14. *"Pues a mí se acogió, lo libraré, lo protegeré, pues mi Nombre conoció.* 15. *Si me invoca, yo le responderé, y en la angustia estaré junto a él, lo salvaré, le rendiré honores.*
 16. *Alargaré sus días como lo desea y haré que pueda ver mi salvación".*

<p>Paso 4. Actuamos: ¿Qué hacer como resultado de la oración?</p>
--

Este pasaje nos habla que los discípulos se habían olvidado de llevar comida y solo tenían un pan en la barca. Estaban hablando que no tenían pan. El Señor les advierte sobre la levadura de los fariseos y la de Herodes; pero ellos solo piensan en que no tienen pan. El Señor les recuerda los milagros de la alimentación de las multitudes para que logren entender. Sus mentes están embotadas. Su objetivo es proyectarlos hacia adelante teniendo como base un principio que no deben negociar: "Tened cuidado; ¡ojo con la levadura de los fariseos y con la de Herodes!

¿Cuál es hoy la levadura de los fariseos y de Herodes para nosotros? ¿Qué significa hoy, para mí, tener el "corazón endurecido"?

La levadura de Herodes y de los fariseos impedía a los discípulos entender la Buena Nueva. La propaganda de la televisión ¿nos impide hoy entender la Buena Nueva de Jesús?

La levadura es agente de fermentación, y en este pasaje agente de corrupción. Es mala influencia, elemento de corrupción que penetra en cualquier masa. Jesús es el pan pero los religiosos representan la levadura. Jesús es el pan como lo fue el mana que sustentó al pueblo en el desierto, vida en plenitud. La levadura de los religiosos es la preocupación morbosa en mantener el control sobre la religiosidad del pueblo a través de la reglamentación.

Cuidado con la religión que no ve el fondo. Cuidado cuando estamos más preocupados en ser dirigentes pero no en que la gente sea libre en Cristo. La levadura de los fariseos representaba la hipocresía, la piedad mal entendida convertida en legalismo, la justicia sin la misericordia. Es alejarnos de la gracia, del amor, de la gratitud, del respeto al otro para caer en el abuso del poder. Óseas 6:6, Miqueas 6:8^L, Mateo 12:1-8^L, Mateo 9:12-13^L, 1 Samuel 15:22^L.

La levadura de Herodes representa una sociedad sin Dios, secular, sin necesidad de depender de Dios, resolviendo los problemas a su juicio, añadiendo los valores del sistema vigente o mundanal, mentir, aceptar por bueno lo que es malo, inmoralidad sexual, corrupción, poder, libertinaje, manipulación, resultados exitistas sin Dios. Es decir, el "mercado manda" y seguimos sus reglas postrándonos ante sus métodos. Cuidado con el poder del imperio. Cuidado con el sistema.

El mero crecimiento numérico se ha tornado un objetivo en si, y para muchos, "el objetivo justifica los medios". La gran multiplicación, números y porcentajes no son sinónimos de "transformación". Estamos llamados a formar "comunidades eclesiales" que reflejen el espíritu de reconciliación, aceptación, perdón y amor. El ejercicio del liderazgo en la vida de las iglesias locales deberá estar marcado por el modelo del siervo sufriente y mostrar un contraste con el caudillismo y otras deformaciones causadas por el abuso del poder. Seguir a Jesús significa asumir su vida y misión.

Jesús recuerda a sus discípulos que no deben preocuparse de la comida, el vestido y donde dormir. Nos proyecta a ser y hacer como Jesús cuando les dijo: “Crucemos al otro lado”. Toda la Iglesia es responsable de la evangelización de todos los pueblos, razas y lenguas. Este cumplimiento demanda el cruce de fronteras geográficas, culturales, sociales, lingüísticas y espirituales, con todas sus consecuencias.

¿Qué preguntas me hago como a un discípulo anónimo? “¿Es floja mi fe? ¿Sabes lo que significa vivir según el Evangelio? ¿Si quieres estar vivo, ¿por qué no seguimos más de cerca a Jesús?. Somos amados sin límites por Jesús , ¿Somos conscientes de ello? ¿Dejamos que Jesús se nos acerque? ¿Puedes creer que el mundo te necesita?. Jesús nos ofrece una nueva manera de vivir.

Digámosle a Jesús, ¡haz en mí lo que sea necesario para encender el fuego de tu amor!

**Para profundizar releamos el texto meditado
con el Magisterio y los santos Padres de la Iglesia.**

Meditación del Papa Francisco.

“La tentación busca a otro para hacerse compañía, contagia y en este crecer y contagiar, la tentación se cierra en un ambiente de donde no se puede salir con facilidad. Es la experiencia de los apóstoles narrada en el Evangelio del día, que ve a los Doce culparse unos a otros bajo los ojos del Maestro por no haber llevado el pan a bordo de la barca.

Jesús, quizá sonriendo ante aquella discusión, les invita a tener cuidado con la levadura de los fariseos, de Herodes. Pero los apóstoles durante un rato insisten, sin escucharlo, tan cerrados en el problema de quién tenía la culpa de no haber llevado el pan, que no tenían espacio, no tenían tiempo, no tenían luz para la Palabra de Dios.

De tal forma que cuando nosotros estamos en tentación, no escuchamos la Palabra de Dios: no escuchamos, no entendemos. Y Jesús ha tenido que recordar la multiplicación de los panes para hacerles salir de ese ambiente, porque la tentación nos cierra, nos quita cualquier capacidad de previsión, nos cierra cualquier horizonte, y así nos lleva al pecado. Cuando estamos en tentación, solamente la Palabra de Dios, la Palabra de Jesús nos salva. Escuchar la Palabra que nos abre el horizonte... Él siempre está dispuesto a enseñarnos a cómo salir de la tentación. Y Jesús es grande porque no solo nos hace salir de la tentación, sino que nos da más confianza” . (Cf Homilía de S.S. Francisco, 18 de febrero de 2014, en Santa Marta).

Meditación de San Juan Pablo II.

“¿Aún no entendéis?” (Mc 8, 21)

“ [...] 3. Permanecer en la verdad y obrar en la verdad es el problema esencial para los Apóstoles y para los discípulos de Cristo, tanto de los primeros tiempos como de todas las nuevas generaciones de la Iglesia a lo largo de los siglos. Desde este punto de vista, el anuncio del Espíritu de la verdad tiene una importancia clave. Jesús dice en el Cenáculo: “Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora (todavía) no podéis con ello” (Jn 16,12). Es verdad que la misión mesiánica de Jesús duró poco, demasiado poco para revelar a los discípulos todos los contenidos de la revelación. Y no sólo fue breve el tiempo a disposición sino que también resultaron limitadas la preparación y la inteligencia de los oyentes. Varias veces se dice que los mismos Apóstoles “estaban desconcertados en su interior” (Cf. Mc 6,52), y “no entendían” (cf. por ejemplo, Mc 8,21), o bien entendían erróneamente las palabras y las obras de Cristo (cf. por ejemplo, Mt 16,6-11).

Así se explican en toda la plenitud de su significado las palabras del Maestro: "Cuando venga... el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa" (Jn 16,13).

4. La primera confirmación de esta promesa de Jesús tendrá lugar en Pentecostés y en los días sucesivos, como atestiguan los Hechos de los Apóstoles. Pero la promesa no se refiere sólo a los Apóstoles y a sus inmediatos compañeros en la evangelización, sino también a las futuras generaciones de discípulos y de confesores de Cristo. El Evangelio, en efecto, está destinado a todas las naciones y a las generaciones siempre nuevas, que se desarrollarán en el contexto de las diversas culturas y del múltiple progreso de la civilización humana. Mirando todo el arco de la historia Jesús dice: "El Espíritu de la verdad, que procede del Padre, dará testimonio de mí". "Dará testimonio", es decir, mostrará el verdadero sentido del Evangelio en el interior de la Iglesia para que ella lo anuncie de modo auténtico a todo el mundo. Siempre y en todo lugar, incluso en la interminable sucesión de las cosas que cambian desarrollándose en la vida de la humanidad, el "espíritu de la verdad" guiará a la Iglesia "hasta la verdad completa" (Jn 16,13).

[...] Lo que el Espíritu Santo revelará ya lo dijo Cristo. Lo revela Él mismo cuando, hablando del Espíritu Santo, subraya que "no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga... El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros" (Jn 16,13)14). Cristo, glorificado por el Espíritu de la verdad, es, ante todo, el mismo Cristo crucificado, despojado de todo y casi "aniquilado" en su humanidad para la redención del mundo. Precisamente por obra del Espíritu Santo la "palabra de la cruz" tenía que ser aceptada por los discípulos, a los cuales el mismo Maestro había dicho: "Ahora (todavía) no podéis con ello" (Jn 16,12). Se presentaba, ante aquellos pobres hombres, la imagen de la cruz. Era necesaria una acción profunda para hacer que sus mentes y sus corazones fuesen capaces de descubrir la "gloria de la redención", que se había realizado precisamente en la cruz. Era necesario una intervención divina para convencer y transformar interiormente a cada uno de ellos, como preparación, sobre todo, para el día de Pentecostés, y, posteriormente, la misión apostólica en el mundo. Y Jesús les advierte que el Espíritu Santo "me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros". Sólo el Espíritu que, según San Pablo (1Co 2,10) "sondea las profundidades de Dios", conoce el misterio del Hijo-Verbo en su relación filial con el Padre y en su relación redentora con los hombres de todos los tiempos. Sólo Él, el Espíritu de la verdad, puede abrir las mentes y los corazones humanos haciéndolos capaces de aceptar el inescrutable misterio de Dios y de su Hijo encarnado, crucificado y resucitado, Jesucristo el Señor" . (San Juan pablo II . Catequesis, Audiencia general (17-05-1989)

Meditación de San Francisco de Sales. Lo que hagas, hazlo por amor

«Guardaos de la levadura de los fariseos» (Mc 8,15)

"Los escribas y fariseos se sentaban en la cátedra de Moisés. Es evidente que la palabra cátedra significa aquí la autoridad de enseñar, y sentarse en la cátedra es tener la misión de enseñar. A esta cátedra se la llama cátedra de Moisés porque la doctrina contenida en la ley, o mejor dicho, la ley misma, fue dada por Moisés en el Sinaí. Y a esta cátedra se la llama apostólica porque la doctrina y la autoridad han sido conferidas los Apóstoles en el monte Sión el día de Pentecostés. También se la llama cátedra de Pedro porque Pedro era el jefe de los Apóstoles, y los sucesores de éstos, son los Obispos.

Cuando Jesús dice «Ellos hablan, pero no hacen...» se refiere a aquellos que destruyen por el escándalo de sus vidas. Hay otros que hacen y no hablan; a éstos aún se les puede soportar pues si bien no edifican mucho, algo construyen y no destruyen nada. Y por fin,

hay quienes hablan y actúan, éstos son los mejores; y hablan no solamente por la predicación sino por lo que mandan hacer y por sus conversaciones útiles.

Pero hay que guardarse de la vanidad. Oigamos al Señor: aman los primeros puestos y los primeros asientos y les gusta que los llamen Maestros. Les gustan los honores y no las cargas.

¡Pero Señor! Si tenemos que amar a nuestras ovejas por Cristo y no por vanidad; no por recibir honor, sino para que Cristo sea honrado por ellas...

Nada les falta a los pastores que aman: el mismo amor instruye, edifica: todo lo soporta, todo lo enseña, no obra inconsideradamente. Basta decir dos palabras, pero animadas por el amor." (San Francisco de Sales Sermón. Sermón VIII, 294-299).

Meditación de San Cirilo de Alejandría

Homilía. El verdadero cordero se inmoló por nosotros

«Guardaos de la levadura de los fariseos y de Herodes» (Mc 8,15).

“Los israelitas en Egipto inmolaron un cordero siguiendo las órdenes e instrucciones de Moisés. Se les mandó añadir también panes ázimos y verduras amargas. Pues realmente así está escrito: Durante siete días comerás panes ázimos y verduras amargas. ¿Deberemos también nosotros estar eternamente ligados a los símbolos y a las figuras? ¿Qué pensar entonces de aquellas palabras de Pablo, que indudablemente era un experto en cuestiones legales y uno de los más insignes por su sabiduría, sabemos que la ley es espiritual? ¿Es que cabe dudar de un hombre –me pregunto–, portador de Cristo, que hablaba rectamente y que hubiera sido incapaz de propalar falsedades? ¿A título de qué deberemos también nosotros someternos a la antigua ley, desde el momento en que Cristo ha afirmado taxativamente: No creáis que he venido a abolir la ley o los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán?

Así pues, aquel verdadero cordero, que quita el pecado del mundo, se inmoló también por nosotros, que estamos llamados a la santidad mediante la fe. Acerquémonos en su compañía a aquellos banquetes espirituales, sublimes y realmente santos, prefigurados en cierto modo por los ázimos prescritos en la ley, y que espiritualmente han de ser recibidos. De hecho, en las sagradas Escrituras la levadura ha sido siempre considerada como símbolo de la iniquidad y del pecado. Por lo cual, nuestro Señor Jesucristo exhorta a sus santos discípulos que se abstengan del pan fermentado de los fariseos y saduceos, diciendo: Tened cuidado con la levadura de los fariseos y saduceos. Igualmente, el doctísimo Pablo escribe a los santificados recomendándoles que se mantengan lo más alejados posible de la levadura de la impureza que mancha el alma: Barred –dice– la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ázimos.

Para estar espiritualmente unidos a Cristo, nuestro Salvador, y tener un alma pura, no es, pues, inútil, antes muy necesario y hemos de tomarlo muy a pecho, librarnos de nuestras miserias y evitar el pecado; en una palabra, mantener nuestra alma alejada de todo lo que pudiera contaminarla. De este modo, libres de todo culpable remordimiento, podremos acercarnos dignamente a la comunión.

Pero hemos de añadir asimismo verduras amargas, es decir, hemos de aceptar la amargura de las arduas fatigas para poder llegar a la consecución de la paciencia. En primer lugar, ciertamente, por sí mismas. Sería efectivamente de lo más absurdo pensar que los hombres piadosos puedan conseguir la virtud de modo diverso, imponerse a la ajena estimación por medio de grandes fatigas, sin tener ellos mismos que superar luchas y dificultades, para dar de este modo un ejemplo luminoso y magnífico de fortaleza. Porque

el camino de la virtud es áspero, está erizado de dificultades y es asequible a pocos. Es llano y fácil solamente para quienes lo recorren con ánimo alegre, sin temor a afrontar las dificultades, y ofreciéndose espontáneamente a las fatigas.

También a esto nos exhorta el mismo Cristo con estas palabras: Entrad por la puerta angosta; porque ancha es la puerta y amplia la calle que llevan a la perdición, y muchos entran por ellas. ¡Qué angosta es la puerta y qué estrecho el callejón que llevan a la vida! Y pocos dan con ellos. ((San Cirilo de Alejandría Homilía pascual 19, 2: PG 77, 823-825).

Lo que contamina al hombre

Marcos 7,14-23



Pasos de la Lectio divina.

Introducción

Paso 1. Leer: *¿Qué dice el texto?*

Paso 2. Meditar: *¿Qué me dice Dios a mí en este texto?*

Paso 3. Orar: *¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada?*

Paso 4. Actuar: *¿Qué hacer como resultado de la oración?*

Introducción

En el Evangelio de hoy vemos a Jesús ayudando a la gente y a los discípulos a entender mejor el significado que la pureza tiene ante Dios.

Desde siglos, para no volverse impuros, los judíos observaban muchas normas y costumbres relacionadas con comida, bebida, ropa, higiene del cuerpo, lavado de los vasos, contacto con personas de otra religión y raza, etc. (Mc 7,3-4). No tenían permiso para entrar en contacto con los paganos y para comer con ellos.

En el tiempo de Jesús, tocar un leproso, comer con un publicano, comer sin lavarse las manos, y tantas otras actividades, etc. volvían impura a la persona, y cualquier contacto con esta persona contaminaba a los demás. Por esto, las personas “impuras” debían ser evitadas. La gente vivía con miedo, amenazada siempre por tantas cosas impuras que amenazaban su vida. Estaba obligada a vivir desconfiando de todo y de todos. Ahora, de repente, ¡todo cambia! A través de la fe en Jesús, era posible conseguir la pureza y sentirse bien ante Dios, sin que fuera necesario observar todas aquellas leyes y normas de la “Tradición de los Antiguos”. ¡Fue una liberación! ¡La Buena Nueva anunciada por Jesús sacó a la gente de la defensiva, del miedo, y le devolvió las ganas de vivir, la alegría de ser hijo y hija de Dios, sin miedo a ser feliz!

En los años 70, época de Marcos, algunos judíos convertidos decían: “Ahora que somos cristianos tenemos que abandonar estas costumbres antiguas que nos separan de los paganos convertidos.” Pero otros pensaban que debían continuar a observar estas leyes de la pureza (Cf. Col 2,16.20-22).

La actitud de Jesús, descrita en el evangelio de hoy, nos ayuda a superar el problema.

Paso 1. Leemos:
¿Qué dice el texto?

" 14 Llamó Jesús de nuevo a la gente y les dijo: «Escuchad y entended todos: 15 nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre».*

17 Cuando dejó a la gente y entró en casa, le pidieron sus discípulos que les explicara la parábola. 18 Él les dijo: «¿También vosotros seguís sin entender? ¿No comprendéis? Nada que entre de fuera puede hacer impuro al hombre, 19 porque no entra en el corazón sino en el vientre y se echa en la letrina». (Con esto declaraba puros todos los alimentos). 20 Y siguió: «Lo que sale de dentro del hombre, eso sí hace impuro al hombre.

21 Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos, las fornicaciones, robos, homicidios, 22 adulterios, codicias, malicias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. 23 Todas esas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro»." (Marcos 7,14-23)

Palabra del Señor.

Paso 2. Meditamos:
¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

San Marcos deja claro a su comunidad cristiana de gentiles (no judíos), que ser un seguidor de Cristo no requiere la observancia de una multiplicidad de abluciones rituales judías.

No estoy deshonrado ni separado de Dios por cosas externas, tales como el tipo de alimento de consumo, sino por los pecados del corazón, malas intenciones y actos de pecado.

Jesús abre un nuevo sendero para que la gente se acerque a Dios (Mc 7,14-16). Así dice a la multitud: "¡Todo lo que de fuera entra en el hombre no puede contaminarle!" (Mc 7,15). Jesús invierte las cosas: lo impuro no viene de fuera para dentro, como enseñaban los doctores de la ley, sino de dentro para fuera. De este modo, nadie más precisa preguntarse si esta o aquella comida o bebida es pura o impura. Jesús coloca lo puro y lo impuro a otro nivel, a nivel del comportamiento ético. Abre un nuevo sendero para llegar hasta Dios y, así, realiza el deseo más profundo de la gente.

Los discípulos no entendieron bien lo que Jesús quería decir con aquella afirmación (Mc 7,17-23). Cuando llegaron a casa pidieron una explicación. A Jesús le extraña la pregunta de los discípulos. Pensaba que habían entendido la parábola. En la explicación a los discípulos va hasta el fondo de la cuestión de la pureza. ¡Declara puros todos os alimentos! Es decir: ningún alimento que entra en el ser humano puede volverlo impuro, pues no va hasta el corazón, sino que va al estómago y termina de nuevo fuera del ser humano. Sino que lo que vuelve impuro, dice Jesús, es aquello que sale del corazón para envenenar la relación humana. Y enumera: prostitución, robo, asesinato, adulterio, ambición, etc. Así, de muchas maneras, por la palabra, por la convivencia, Jesús fue ayudando a las personas a ver y a conseguir la pureza de otra manera. Por la palabra, purificaba a los leprosos (Mc 1,40-44), expulsaba a los espíritus impuros (Mc 1,26.39; 3,15.22 etc.), y vencía la muerte que era fuente de toda impureza. Gracias a Jesús que la toca, la mujer excluida como impura queda curada (Mc 5,25-34). Sin miedo a ser contaminado, Jesús come junto con las personas consideradas impuras (Mc 2,15-17).

<p>Paso 3. Oramos : ¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?</p>
--

Oración introductoria.

" Señor, soy incapaz de comprender porque frecuentemente caigo en la tentación de acomodarme en mi propio yo y sólo quiero entender lo que me gusta. Por eso hoy me acerco a Ti en esta oración. Abre mi entendimiento y mi corazón para que sepa ser tu discípulo y misionero.

Señor ayúdame a ser como tú, para que sepa entender el exterior y que el interior de mi corazón, no lo haga impuro, no me manche.

Te pido que nos comprendas, sea porque no tenemos la voluntad, por nuestra humanidad muchas veces hacemos muchas cosas impuras, que nos manchan, perdónanos y ayúdanos a ir cambiando esta actitud y que así logremos que estas palabras que nos das, se hagan realidad .

Señor, tú ves en mi corazón. Crea en mí un corazón puro. Sácame mi corazón de piedra y dame un corazón de carne, de manera que pueda llegar a ser tan compasivo como Tú eres.

Señor, ayúdame a tener un corazón puro y abierto, a escuchar siempre tu Palabra."

¿Cómo interiorizamos la Palabra de Dios?

Todo depende del amor que le demos a nuestro corazón, a nuestra vida.

Quiero eliminar la tendencia a buscar la auto justificación, porque en Dios, Padre bueno, no podemos engañarnos.

Pidamos mucha humildad para que no busquemos engañarnos a nosotros mismos, buscando en otros la culpa de mi propia debilidad. Busquemos purificar nuestro corazón.

Dejémonos cautivar por la autenticidad que brilló siempre en la vida de Jesús, superando con humildad la hipocresía, el disimulo, la justificación.

(Dejamos 5 minutos de silencio).

Motivamos la oración.

Cada uno puede compartir su oración personal.

....

Oración final

En el Salmo 51 yo le pido a Dios que cree para mí un corazón limpio. No es algo que yo pueda hacer por mi cuenta, por más que yo trate de ser respetable antes de encontrarme con el Señor en mis plegarias.

*"Crea en mí, oh Dios, un puro corazón,
un espíritu dentro de mí renueva;
no me rechaces lejos de tu rostro,
no retires de mí tu santo espíritu.
Vuélveme la alegría de tu salvación,
y en espíritu generoso afiánzame;
enseñaré a los rebeldes tus caminos,
y los pecadores volverán a Ti.
Líbrame de la sangre, Dios, Dios de mi salvación,
y aclamará mi lengua tu justicia;
abre, Señor, mis labios,
y publicará mi boca tu alabanza.
Pues no te agrada el sacrificio,
si ofrezco un holocausto no lo aceptas.
El sacrificio a Dios es un espíritu contrito;
un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias". (Salmo 51).*

<p>Paso 4. Actuamos: ¿Qué hacer como resultado de la oración?</p>
--

Jesús de nuevo nos advierte que no hagamos acciones para guardar las apariencias. Por el contrario, lo que siempre cuenta es la motivación interior: a menudo no es el "acto bueno" externo, sino la razón que me lleva a realizarlo.

Las acciones en sí mismas son tan irrelevantes como las eliminaciones corporales. Pero, lo que por comparación importa es cuál movimiento del corazón es lo que las direcciona. Es la intención que hay detrás de ellas la que siempre debo estar preparado/a para examinar.

Parece que en los días de Jesús había gente que era escrupulosa acerca de cuáles alimentos eran “kosher”,¹⁶ pero que fallaban en examinar las urgencias de sus corazones desviados hacia el crimen, desviaciones y orgullo.

“Benditos los puros del corazón”, anunciaba Jesús (Mateo 5:8) Por contraste, la estrictez y la pureza de la observancia de los rituales significaba poco.

El texto nos habla del exterior, la impureza, manchar, el corazón.

Hay un dicho que dice “Todo depende con los ojos del corazón con que lo veas”. Entonces todo lo que hay a nuestro alrededor “Exterior” no es malo sino que cuando nosotros lo tomamos y le damos un sentido negativo, lo volvemos “Impuro” y con ello lo etiquetamos, lo “Manchamos” nos manchamos, así mismo con todo lo que relacionamos este género y es porque todo esto sale del “Interior” del “Corazón del Ser Humano”. ¿Me doy cuenta que todo lo que hay a mi alrededor puedo ser yo quien lo hace impuro o no?; ¿Entiendo que el corazón, es decir el amor que tengamos en el va darle o va a permitir el grado de impureza y mancha al exterior, a mi mismo?

El texto nos invita a trabajar la interioridad”. Somos libres porque fuimos creados a imagen y semejanza de Dios. Por eso, de nuestro corazón puede venir todo lo bueno, pero, si nos descuidamos, por el pecado, puede venir todo lo malo también. Depende de nosotros y de lo que vayamos cultivando en nuestra interioridad, en nuestra vida espiritual. Por eso hoy preguntémosnos cómo estamos trabajando ese aspecto de tu vida. ¿Qué es lo que entra y qué es lo que sale de nuestro corazón? Cultivar tu vida espiritual es meternos en nosotros mismos y en Dios para que el Espíritu Santo nos vaya guiando. Es hacer silencio para descubrir esa voz de Dios, encontrarnos con la palabra, con la oración, con los sacramentos, servir a nuestros hermanos.

Cuidemos las múltiples maneras de trabajar tu interior que Dios nos regala cada día. Ahí está esa paz y esa tranquilidad que muchas veces buscamos por fuera. Así que acordémonos : cada vez que estemos alejados, que nos estamos alejando, pidamos al Señor que haga crecer en nosotros ese querer estar con Él, ese tenerlo presente en el día a día. Pensemos entonces, qué signos hoy Dios nos está regalando para que podamos encontrarnos con Él.

En nuestra vida, ¿hay costumbres que consideras sagrados y otros que consideras no sagrados? ¿Cuáles? ¿Por qué?.

En nombre de la Tradición de los Antiguos, los fariseos olvidaban el mandamiento de Dios. Esto ¿acontece hoy? ¿Dónde y cuándo? ¿También en mi vida?.

¿A que me comprometo con Dios?

Veamos y sintamos nuestro interior para ver cómo está nuestro corazón, nuestro amor.

Preguntemos a alguien como es que ve mi interior y así podamos saber si es verdad como yo me veo, me siento.

Siguiendo el mensaje de este texto, ¿Cuál es la acción concreta que el Señor te invita a realizar y tu humildemente aceptas?

¹⁶ La palabra kosher deriva del hebreo “kashrut”, que significa “puro”. Si kosher deriva de la palabra hebrea que significa “puro”, entonces, la **comida kosher** engloba a los alimentos que la religión judía considera puros, es decir, aptos para consumir, tanto por su seguridad alimentaria como por su calidad.

La **variedad de alimentos kosher** es grande, encontramos desde animales o aves hasta productos lácteos y derivados, huevos, frutas, verduras, aceite y condimentos, vinos y más.

Meditación del Papa Francisco.

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8)

2. Bienaventurados los limpios de corazón...

Ahora intentemos profundizar en por qué esta bienaventuranza pasa a través de la pureza del corazón. Antes que nada, hay que comprender el significado bíblico de la palabra corazón. Para la cultura semita el corazón es el centro de los sentimientos, de los pensamientos y de las intenciones de la persona humana. Si la Biblia nos enseña que Dios no mira las apariencias, sino al corazón (cf. 1 Sam 16,7), también podríamos decir que es desde nuestro corazón desde donde podemos ver a Dios. Esto es así porque nuestro corazón concentra al ser humano en su totalidad y unidad de cuerpo y alma, su capacidad de amar y ser amado.

En cuanto a la definición de limpio, la palabra griega utilizada por el evangelista Mateo es katharos, que significa fundamentalmente puro, libre de sustancias contaminantes. En el Evangelio, vemos que Jesús rechaza una determinada concepción de pureza ritual ligada a la exterioridad, que prohíbe el contacto con cosas y personas (entre ellas, los leprosos y los extranjeros) consideradas impuras. A los fariseos que, como otros muchos judíos de entonces, no comían sin haber hecho las abluciones y observaban muchas tradiciones sobre la limpieza de los objetos, Jesús les dijo categóricamente: «Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad» (Mc 7,15.21-22).

Por tanto, ¿en qué consiste la felicidad que sale de un corazón puro? Por la lista que hace Jesús de los males que vuelven al hombre impuro, vemos que se trata sobre todo de algo que tiene que ver con el campo de nuestras relaciones. Cada uno tiene que aprender a descubrir lo que puede “contaminar” su corazón, formarse una conciencia recta y sensible, capaz de «discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (Rm 12,2). Si hemos de estar atentos y cuidar adecuadamente la creación, para que el aire, el agua, los alimentos no estén contaminados, mucho más tenemos que cuidar la pureza de lo más precioso que tenemos: nuestros corazones y nuestras relaciones. Esta “ecología humana” nos ayudará a respirar el aire puro que proviene de las cosas bellas, del amor verdadero, de la santidad.

*Una vez les pregunté: ¿Dónde está su tesoro? ¿en qué descansa su corazón? (cf. *Entrevista con algunos jóvenes de Bélgica, 31 marzo 2014*). Sí, nuestros corazones pueden apegarse a tesoros verdaderos o falsos, en los que pueden encontrar auténtico reposo o adormecerse, haciéndose perezosos e insensibles. El bien más precioso que podemos tener en la vida es nuestra relación con Dios. ¿Lo creen así de verdad? ¿Son conscientes del valor inestimable que tienen a los ojos de Dios? ¿Saben que Él los valora y los ama incondicionalmente? Cuando esta convicción desaparece, el ser humano se convierte en un enigma incomprensible, porque precisamente lo que da sentido a nuestra vida es sabernos amados incondicionalmente por Dios. ¿Recuerdan el diálogo de Jesús con el joven rico (cf. Mc 10,17-22)? El evangelista Marcos dice que Jesús lo miró con cariño (cf. v. 21), y después lo invitó a seguirle para encontrar el verdadero tesoro. Les deseo, queridos jóvenes, que esta mirada de Cristo, llena de amor, les acompañe durante toda su vida.*

Durante la juventud, emerge la gran riqueza afectiva que hay en sus corazones, el deseo profundo de un amor verdadero, maravilloso, grande. ¡Cuánta energía hay en esta capacidad de amar y ser amado! No permitan que este valor tan precioso sea falseado,

destruido o menoscabado. Esto sucede cuando nuestras relaciones están marcadas por la instrumentalización del prójimo para los propios fines egoístas, en ocasiones como mero objeto de placer. El corazón queda herido y triste tras esas experiencias negativas. Se lo ruego: no tengan miedo al amor verdadero, aquel que nos enseña Jesús y que San Pablo describe así: «El amor es paciente, afable; no tiene envidia; no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca» (1 Co 13,4-8).

Al mismo tiempo que les invito a descubrir la belleza de la vocación humana al amor, les pido que se rebelen contra esa tendencia tan extendida de banalizar el amor, sobre todo cuando se intenta reducirlo solamente al aspecto sexual, privándolo así de sus características esenciales de belleza, comunión, fidelidad y responsabilidad. Queridos jóvenes, «en la cultura de lo provisional, de lo relativo, muchos predicán que lo importante es “disfrutar” el momento, que no vale la pena comprometerse para toda la vida, hacer opciones definitivas, “para siempre”, porque no se sabe lo que pasará mañana. Yo, en cambio, les pido que sean revolucionarios, les pido que vayan contracorriente; sí, en esto les pido que se rebelen contra esta cultura de lo provisional, que, en el fondo, cree que ustedes no son capaces de asumir responsabilidades, cree que ustedes no son capaces de amar verdaderamente. Yo tengo confianza en ustedes, jóvenes, y pido por ustedes.

Atrévanse a “ir contracorriente”. Y atrévanse también a ser felices» (Encuentro con los voluntarios de la JMJ de Río de Janeiro, 28 julio 2013).

Ustedes, jóvenes, son expertos exploradores. Si se deciden a descubrir el rico magisterio de la Iglesia en este campo, verán que el cristianismo no consiste en una serie de prohibiciones que apagan sus ansias de felicidad, sino en un proyecto de vida capaz de atraer nuestros corazones.” (Papa Francisco. Mensaje del santo padre Francisco para la XXX jornada mundial de la juventud 2015. Vaticano, 31 de enero de 2015. Memoria de San Juan Bosco).

Meditación del Papa emérito Benedicto XVI, ¿De dónde viene la injusticia?

“El evangelista Marcos refiere las siguientes palabras de Jesús, que se sitúan en el debate de aquel tiempo sobre lo que es puro y lo que es impuro: “Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle; sino lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre... Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas” (Mc 7,15. 20-21).

Más allá de la cuestión inmediata relativa a los alimentos, podemos ver en la reacción de los fariseos una tentación permanente del hombre: la de identificar el origen del mal en una causa exterior. Muchas de las ideologías modernas tienen, si nos fijamos bien, este presupuesto: dado que la injusticia viene “de fuera”, para que reine la justicia es suficiente con eliminar las causas exteriores que impiden su puesta en práctica. Esta manera de pensar —advierte Jesús— es ingenua y miope. **La injusticia, fruto del mal, no tiene raíces exclusivamente externas; tiene su origen en el corazón humano, donde se encuentra el germen de una misteriosa convivencia con el mal.** Lo reconoce amargamente el salmista: “Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre” (Sal 51,7).

Sí, el hombre es frágil a causa de un impulso profundo, que lo mortifica en la capacidad de entrar en comunión con el prójimo. Abierto por naturaleza al libre flujo del compartir, siente dentro de sí una extraña fuerza de gravedad que lo lleva a replegarse en sí mismo, a imponerse por encima de los demás y contra ellos: es el egoísmo, consecuencia de la culpa original. Adán y Eva, seducidos por la mentira de Satanás, aferrando el misterioso fruto en contra del mandamiento divino, sustituyeron la lógica del confiar en el Amor por la de la sospecha y la competición; la lógica del recibir, del esperar confiado los

dones del Otro, por la lógica ansiosa del aferrar y del actuar por su cuenta (cf. Gn 3,1-6), experimentando como resultado un sentimiento de inquietud y de incertidumbre. ¿Cómo puede el hombre librarse de este impulso egoísta y abrirse al amor?

[...] para entrar en la justicia es necesario salir de esa ilusión de autosuficiencia, del profundo estado de cerrazón, que es el origen de nuestra injusticia. En otras palabras, es necesario un "éxodo" más profundo que el que Dios obró con Moisés, una liberación del corazón, que la palabra de la Ley, por sí sola, no tiene el poder de realizar. ¿Existe, pues, esperanza de justicia para el hombre?

[...] [Cristo es la justicia de Dios, puesto que] todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia (cf. Rm 3,21-25).

¿Cuál es, pues, la justicia de Cristo? Es, ante todo, la justicia que viene de la gracia, donde no es el hombre que repara, se cura a sí mismo y a los demás. (Papa emérito Benedicto XVI, Mensaje para la Cuaresma, 2010 (extracto). Vaticano, 30 de octubre de 2009)

Meditación de San Juan Pablo II. Mensaje para la XIV Jornada Mundial de la Juventud (extracto), 06-01-1999

" [...] 4. El Padre os ama. La conciencia de esta predilección que Dios os tiene no puede menos de impulsar a los creyentes «a emprender, en la adhesión a Cristo, redentor del hombre, un camino de auténtica conversión. (...)

«El pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas para que puedan amarlo y amarse mutuamente» (Catecismo de la Iglesia católica, n. 387); es no querer vivir la vida de Dios recibida en el bautismo y no dejarse amar por el verdadero Amor, pues el hombre tiene el terrible poder de impedir la voluntad de Dios de dar todos los bienes. El pecado, cuyo origen se encuentra en la voluntad libre de la persona (cf. Mc 7, 20), es una transgresión del amor verdadero; hiere la naturaleza del hombre y destruye la solidaridad humana, manifestándose en actitudes, palabras y acciones impregnadas de egoísmo (cf. Catecismo de la Iglesia católica, nn. 1849-1850). En lo más íntimo del hombre es donde la libertad se abre y se cierra al amor. Éste es el drama constante del hombre, que a menudo elige la esclavitud, sometiéndose a miedos, caprichos y costumbres equivocados, creándose ídolos que lo dominan e ideologías que envilecen su humanidad. Leemos en el evangelio de san Juan: «Todo el que comete pecado es un esclavo del pecado» (Jn 8, 34).

Jesús dice a todos: «Convertíos y creed en la buena nueva» (Mc 1, 15). En el origen de toda conversión auténtica está la mirada de Dios al pecador. Es una mirada que se traduce en búsqueda plena de amor, en pasión hasta la cruz, en voluntad de perdón que, manifestando al culpable la estima y el amor de que sigue siendo objeto, le revela por contraste el desorden en que está sumergido, invitándolo a cambiar de vida.

[...] «El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible; su vida carece de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente» (Redemptor hominis, 10). Una vez que ha descubierto y experimentado al Dios de la misericordia y del perdón, el ser humano ya no puede vivir de otro modo que no sea el de una continua conversión a él (cf. Dives in misericordia, 13)." (San Juan Pablo II. Mensaje para la XIV Jornada Mundial de la Juventud (extracto). Vaticano, 6 de enero de 1999, solemnidad de la Epifanía del Señor.),

Meditación de San Juan Pablo II. Carta encíclica *Veritatis splendor*, n. 77.

" 77. Para ofrecer los criterios racionales de una justa decisión moral, [hay que tener en cuenta] la **intención** y las **consecuencias** de la acción humana. Ciertamente hay que dar gran importancia ya sea a la intención —como Jesús insiste con particular fuerza en abierta contraposición con los escribas y fariseos, que prescribían minuciosamente ciertas obras externas sin atender al corazón (cf. Mc 7, 20-21; Mt 15, 19)—, ya sea a los bienes obtenidos y los males evitados como consecuencia de un acto particular. Se trata de una exigencia de responsabilidad. Pero la consideración de estas consecuencias —así como de las intenciones— no es suficiente para valorar la calidad moral de una elección concreta. La ponderación de los bienes y los males, previsibles como consecuencia de una acción, no es un método adecuado para determinar si la elección de aquel comportamiento concreto es, según su especie o en sí misma, moralmente buena o mala, lícita o ilícita. Las consecuencias previsibles pertenecen a aquellas circunstancias del acto que, aunque puedan modificar la gravedad de una acción mala, no pueden cambiar, sin embargo, la especie moral.

**En los números sucesivos hay una amplia explicación sobre el juicio moral de los actos, no incluida aquí por razones de brevedad, que se puede consultar si se quiere profundizar en el tema" (San Juan Pablo II. Carta encíclica *Veritatis splendor*, n. 77, 6 de agosto —fiesta de la Transfiguración del Señor— del año 1993).*

Meditación de San Juan Pablo II. *Catequesis (extracto)*, Audiencia general, 05-11-1986

" También según la Sagrada Escritura, el pecado, por esa esencial naturaleza suya de "injusticia", es ofensa a Dios, ingratitud por sus beneficios, además de desprecio a su santísima Persona. "¿Por qué pues has despreciado la Palabra del Señor haciendo lo que es malo a sus ojos?", pregunta el Profeta Natán a David después de su pecado (2 Sam 12, 9). El pecado es también una mancha y una impureza. Por eso Ezequiel habla de "contaminación" con el pecado (cf. Ez 14, 11), especialmente con el pecado de idolatría que muchas veces es parangonado por los Profetas al "adulterio" (cf. Os 2, 4. 6-7). Por eso también el Salmista pide: "Rociame con el hisopo: quedaré limpio; lávame: quedaré más blanco que la nieve" (Sal 50/51, 9).

En este mismo contexto se pueden entender mejor las palabras de Jesús en el Evangelio: "Lo que sale de dentro, eso sí mancha al hombre... Del corazón del hombre salen los malos propósitos; las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas estas maldades... hacen al hombre impuro" (Mc 7, 20 – 23. cf. Mt 15, 18-20). Hemos de observar que en el léxico del Nuevo Testamento no se le dan al pecado tantos nombres que se correspondan con los del Antiguo: sobre todo se le llama con la palabra griega "ἀνομία" (= iniquidad, injusticia, oposición al reino de Dios: cf., por ejemplo, Mc 7, 23; Mt 13, 41; Mt 24, 12; 1 Jn 3, 4). Además con la palabra "ἀμαρτία" = error, falta; o también con "ὀφείλημα" = deuda por ejemplo, "perdónanos nuestras deudas..."; = pecados), (Mt 6, 12; Lc 11, 4).

5. Acabamos de escuchar las palabras de Jesús que describen el pecado como algo que proviene "del corazón" del hombre, de su interior. Ellas ponen de relieve el carácter esencial del pecado. Al nacer del interior del hombre, en su voluntad, el pecado, por su misma esencia, es siempre un acto de la persona (*actus personae*). Un acto consciente y libre, en el que se expresa la libre voluntad del hombre. Solamente basándose en este principio de libertad, y por consiguiente en el hecho de la deliberación, se puede establecer su valor moral. Sólo por esta razón podemos juzgarlo como mal en el sentido moral, así como juzgamos y aprobamos como bien un acto conforme a la norma objetiva de la moral,

y en definitiva a la voluntad de Dios. Solamente lo que nace de la libre voluntad implica responsabilidad personal: y sólo en este sentido, un acto consciente y libre del hombre que se oponga a la norma moral (a la voluntad de Dios), a la ley, al mandamiento y en definitiva a la conciencia, constituye una culpa.

6. En este sentido individual y personal la Sagrada Escritura habla del pecado, ya que éste por principio hace referencia a un determinado sujeto, al hombre que es su artífice. Aunque en algunos pasajes aparece la expresión “el pecado del mundo”, el anterior sentido no queda descalificado, al menos en lo que se refiere a la causalidad y responsabilidad del pecado: lo puede ser solamente un ser racional y libre que se encuentre en este mundo, es decir, el hombre (o en otra esfera de seres, también el espíritu puro creado, es decir, el “ángel”, como hemos visto en catequesis anteriores).” (San Juan Pablo II. **Catequesis (extracto), Audiencia general.** Miércoles 5 de noviembre de 1986).

Meditación de San Juan Pablo II. Catequesis (extracto), Audiencia general,

“Cristo dirige al corazón humano una llamada: lo invita, no lo acusa...”

2. Cristo ve en el corazón, en lo íntimo del hombre, la fuente de la pureza —pero también de la impureza moral— en el significado fundamental y más genérico de la palabra. Esto lo confirma, por ejemplo, la respuesta dada a los fariseos, escandalizados por el hecho de que sus discípulos “traspasan la tradición de los ancianos, pues no se lavan las manos cuando comen” (Mt 15, 2). Jesús dijo entonces a los presentes: “No es lo que entra por la boca lo que hace impuro al hombre; pero lo que sale de la boca, eso es lo que le hace impuro” (Mt 15, 11). En cambio, a sus discípulos, contestando a la pregunta de Pedro, explicó así estas palabras: “... lo que sale de la boca procede del corazón, y eso hace impuro al hombre. Porque del corazón provienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias. Esto es lo que hace impuro al hombre: pero comer sin lavarse las manos, eso no hace impuro al hombre”(cf. Mt 15, 18-20; también Mc 7, 20-23).

Cuando decimos “pureza”, “puro”, en el significado primero de estos términos, indicamos lo que contrasta con lo sucio. “Ensuciar” significa “hacer inmundo”, “manchar”. Esto se refiere a los diversos ámbitos del mundo físico. Por ejemplo, se habla de una “calle sucia”, de una “habitación sucia”; se habla también del “aire contaminado”. Y así, también el hombre puede ser “inmundo” cuando su cuerpo no está limpio. Para quitar la suciedad del cuerpo, es necesario lavarlo. En la tradición del Antiguo Testamento se atribuía una gran importancia a las abluciones rituales, por ejemplo, a lavarse las manos antes de comer, de lo que habla el texto antes citado. Numerosas y detalladas prescripciones se referían a las abluciones del cuerpo en relación con la impureza sexual, entendida en sentido exclusivamente fisiológico, a lo que ya hemos aludido anteriormente (cf. Lev 15). De acuerdo con el estado de la ciencia médica del tiempo, las diversas abluciones podrían corresponder a prescripciones higiénicas. En cuanto eran impuestas en nombre de Dios y contenidas en los Libros Sagrados de la legislación veterotestamentaria, la observancia de ellas adquiría, indirectamente, un significado religioso; eran abluciones rituales y, en la vida del hombre de la Antigua Alianza, servían a la “pureza ritual”.

3. Con relación a dicha tradición jurídico-religiosa de la Antigua Alianza se formó un modo erróneo de entender la pureza moral [1]. Se la entendía frecuentemente de modo exclusivamente exterior y “material”. En todo caso, se difundió una tendencia explícita a esta interpretación. Cristo se opone a ella de modo radical: nada hace al hombre inmundo “desde el exterior”, ninguna suciedad “material” hace impuro al hombre en sentido moral, o sea, interior. Ninguna ablución, ni siquiera ritual, es idónea de por sí para producir la pureza moral. Esta tiene su fuente exclusiva en el interior del hombre: proviene del corazón. Es probable que las respectivas prescripciones del Antiguo Testamento (por ejemplo, las que se hallan en Levítico 15, 16-24; 18, 1, ss., o también 12, 1-5) sirviesen,

además de para fines higiénicos, incluso para atribuir una cierta dimensión de interioridad a lo que en la persona humana es corpóreo y sexual. En todo caso, Cristo se cuidó bien de vincular la pureza en sentido moral (ético) con la fisiología y con los relativos procesos orgánicos. A la luz de las palabras de Mateo 15, 18-20, antes citadas, ninguno de los aspectos de la "inmundicia" sexual, en el sentido estrictamente somático, bio-fisiológico, entra de por sí en la definición de la pureza o de la impureza en sentido moral (ético). "

(San Juan Pablo II. Audiencia General. Plaza de san Pedro. Miércoles 10 de diciembre de 1980).

Notas

[1] Junto a un sistema complejo de prescripciones referentes a la pureza ritual, basándose en el cual se desarrolló la casuística legal, existía, sin embargo, en el Antiguo Testamento el concepto de una *pureza moral*, que se había transmitido por dos corrientes.

Los Profetas exigían un comportamiento conforme a la voluntad de Dios, lo que supone la conversión del corazón, la obediencia interior y la rectitud total ante él (cf., por ejemplo, *Is*, 1, 10-20; *Jer* 4, 14; 24, 7; *Ez* 36, 25 ss). Una actitud semejante requiere también el Salmista: "*¿Quién puede subir al monte del Señor?... El hombre de manos inocentes y puro corazón... recibirá la bendición del Señor*" (*Sal*24, [23] 3-5).

Según la *tradición sacerdotal*, el hombre que es consciente de su profundo estado pecaminoso, al no ser capaz de realizar la purificación con las propias fuerzas, suplica a Dios para que realice esa transformación del corazón, que sólo puede ser obra de un acto suyo creador: "*¡Oh, Dios, crea en mí un corazón puro... Lávame: quedaré más blanco que la nieve... Un corazón quebrantado y humillado, Tú no lo desprecias*" (*Sal* 51, [50] 12. 9. 19).

Ambas corrientes del Antiguo Testamento se encuentran en la bienaventuranza de los "*limpios de corazón*" (*Mt* 5, 8), aun cuando su formulación verbal parece estar más cercana al Salmo 24). (Cf. J. Dupont, *Les béatitudes*, vol. III: *Les Evangelistes*, París 1973, Gabalda, págs. 603-604).

Jesús llama y come con pecadores

Marcos 2, 13-17



Pasos de la Lectio divina.

Introducción

Paso 1. Leer: ¿Qué dice el texto?

Paso 2. Meditar: ¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Paso 3. Orar: ¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?

Paso 4. Actuar: ¿Qué hacer como resultado de la oración?

Introducción

En el evangelio de San Marcos, el inicio de la actividad de Jesús está marcada por su enseñanza y por la aceptación de parte del pueblo (Mc 1,14.21.38-39; 2,2.13), a pesar de los conflictos con las autoridades religiosas.

En los versículos 1-12 del capítulo 2 de este evangelio se presenta el primer conflicto que surgió entorno al perdón de los pecados. En los versículos 13-17, meditamos sobre el segundo conflicto que surgió cuando Jesús se sentó a la mesa con los pecadores (Mc 2,13-17). En los años 70, época en que Marcos escribe, había en las comunidades un conflicto entre cristianos venidos del paganismo y los cristianos venidos del judaísmo. Los que venían del judaísmo tenían dificultad en entrar en la casa de los paganos convertidos y sentarse con ellos en la misma mesa (cf. He 10,28; 11,3). Al describir como Jesús se enfrenta con este conflicto, Marcos orientaba las comunidades en la solución del problema.

Paso 1. Leemos:
¿Qué dice el texto?

“Salió de nuevo a la orilla del mar; toda la gente acudía a él y les enseñaba. 14 Al pasar vio a Leví, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dice: «Sígueme».

Se levantó y lo siguió. 15 Sucedió que, mientras estaba él sentado a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores se sentaban con Jesús y sus discípulos, pues eran ya muchos los que lo seguían. 16 Los escribas de los fariseos, al ver que comía con pecadores y publicanos, decían a sus discípulos: «¿Por qué come con publicanos y pecadores?». 17 Jesús lo oyó y les dijo: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores».” (Marcos 2, 13-17)

Palabra del Señor.

Paso 2. Meditamos :
¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Hoy el mensaje del Señor tiene 2 partes, la primera es la llamada sin importar quién eres y el segundo buscar a quienes son señalados por sus tentaciones y faltas.

Jesús vuelve a irse a orillas del mar. Llega la gente y él empieza a enseñar. Transmite la Palabra de Dios. ¿Qué es lo que Jesús enseñaba? Jesús anunciaba la Buena Nueva de Dios (Mc 1,14). Hablaba de Dios, pero hablaba de él de forma nueva, diferente. Hablaba a partir de la experiencia que él mismo tenía de Dios y de la vida. Jesús vivía en Dios. Debe haber tocado el corazón de la gente a quienes les gustaba oírle (Mc 1,22.27). Dios, en vez de ser un Juez severo que de lejos amenazaba con castigo e infierno, volvía a ser, de nuevo, una presencia amiga, una Buena Nueva para el pueblo.

Al predicar Jesús junto al lago, sus palabras tenían un impacto diferente de persona a persona. Para algunos, él era una novedad. Otros, tal vez estaban medio interesados. Pero los informes sobre él recibidos por el levita sentado en su oficina cercana deben haber conmovido su corazón, porque cuando Jesús lo invitó a ser un colaborador suyo para el Reino, el levita se puso de pie inmediatamente, sin siquiera pensar un momento sobre la carrera que dejaba atrás.

Jesús llama a Leví un publicano, y éste, inmediatamente, lo deja todo para seguir a Jesús. Empieza a formar parte del grupo de los discípulos. En seguida, el texto dice literalmente: Estando sentado a la mesa en su casa. Allí hay pecadores y publicanos, junto con los discípulos. Jesús no vino para los justos, sino para los pecadores.

Este gesto de Jesús provocó la rabia de las autoridades religiosas. Estaba prohibido sentarse a la mesa con publicanos y pecadores, ¡ya que sentarse a la mesa con alguien era lo mismo que tratarlo como hermano! En vez de hablar directamente con Jesús, los escribas de los fariseos hablaban con los discípulos: ¿Qué es eso? ¿Come con publicanos y pecadores? Jesús responde: No son los sanos los que necesitan al médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores! Como anteriormente con los discípulos (Mc 1,38), también ahora es la conciencia de su misión lo que ayuda a Jesús a que encuentre una respuesta y a indicar el rumbo para el anuncio de la Buena Nueva de Dios.

Paso 3. Oramos :
¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?

Oración introductoria.

"Dios mío me reconozco como un pecador, con constantes tentaciones, muchas veces logro mantenerme fiel a tu mensaje, pero también muchas veces fracaso; sé que aún así, tú me sigues buscando y me sigues pidiendo que te siga porque me conoces muy bien y siempre hay esperanza, pese a mis fracasos, no me detengo y con mucho amor a ti, sigo anunciando tu mensaje no solamente con mis más cercanos sino también a donde tú me llevas. Gracias por tu inmenso amor, mi salvador."

Jesús se sienta en casa con los muy débiles y con el lado frágil de la humanidad, y quiere que nos sentemos en casa con nosotros mismos. Si no nos aceptamos, tendemos a preocuparnos con lo que es inadecuado, faltante y negativo en nuestras vidas.

Jesús busca a los que están con mayores necesidades. Les renueva su dignidad y sus esperanzas. Pero los verdaderamente enfermos son los "justos", que desprecian a los demás! ¿Tengo un poco de esos "justos" en mí? Si es así, ruego al Señor que me sane.

Ya puesto en oración, puedes decirle a Jesús algo que no te guste de tí. A la luz de cuán cómodo se sienta Jesús para relacionarse con ese lado tuyo, ve cómo puedes dejar que Él muestre tu falta en perspectiva, o te ayude a verla como una pequeña parte de la buena persona que ve en tí.

A menudo nos hemos alejado de Tu Presencia; pero el instinto hogareño sigue fuerte en mí, y añoro volver a la casa de mi Padre.

Permite igualmente que Jesús se dirija a ti en su oración. ¿Cómo escuchas su llamada a seguirlo: como si fuera una gentil invitación o una palabra urgente? No importa cómo lo haya dicho, siempre habla a cada persona, a su espacio de libertad interior y a su profunda generosidad.

Ruega por la generosidad, y permite que la palabra "Sígueme" haga eco en tu corazón y tu mente, como un mantra.

Comparto mi oración personal.

.....

Oración final.

"Señor te necesito, por eso te grito. Todo mi ser

está hecho para clamar por ti. Y es que tú eres mi "necesidad". No puedo organizar mi vida al margen de ti. Un día descubrí esta realidad y me comprometí con ella.

Yo quisiera refrescar esas experiencias, esas vivencias íntimas que iniciaron mi camino, y seguir caminando por ellas con la gran satisfacción de ir llenando mi vida. Señor, sé que tú me ayudas.

Quiero responder. A ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Guarda a tu siervo también del orgullo, no sea que me domine; entonces seré irrepachable, libre de delito grave. (Sal 19,14)

**Paso 4. Actuamos:
¿Qué hacer como resultado de la oración?**

Jesús llamó a Mateo en medio de su trabajo,¹⁷ y Mateo respondió con prontitud.

Tanto se emocionó, que organizó una cena para Jesús y sus discípulos en su casa, y también invitó a sus propios amigos. Hasta ahí, todo bien.

El problema es que Mateo es un recolector de impuestos y peajes, y sus amigos eran compañeros de su trabajo y otros eran “pecadores”. Toda esa gente era despreciada y marginalizada dentro de la sociedad judía, tanto por razones religiosas como sociales. ¿Qué está haciendo Jesús en su compañía? Los escribas desaprobaban fuertemente lo que estaban viendo, y expresaron su desaprobación a los discípulos de Jesús. Toda la historia lleva a la impresionante declaración con la cual termina el Evangelio de hoy. Jesús ha venido “no a llamar a los virtuosos, sino a los pecadores”. Lejos de ser una situación que había que evitar, la compañía de “pecadores” es precisamente lo que Jesús buscaba. Ellos eran los más necesitados de sanación. Esta enseñanza se aplica hoy a nuestras iglesias, parroquias, lugares de trabajo y hogares. ¿Cuán inclusiva es nuestra actitud hacia los otros? ¿Nos habríamos sentido cómodos en la cena de Leví?

Sin importar nuestras circunstancias, siempre podemos tener el oído abierto al llamado más elevado.

Nos llama la atención cómo Jesús dijo la palabra “Sígueme”. ¿Fue como una orden, una invitación, un susurro o un desafío definitivo? De cualquier manera que lo haya dicho, provocó una respuesta.

¹⁷ .- Su trabajo era recoger los impuestos para el gobierno romano de ocupación, este trabajo no querido de sus conciudadanos. Sin embargo, él fue quien tuvo el oído más atento para el cambio total en la relación con Dios al que Jesús lo invitaba. Jesús llama a un pecador, a un publicano, persona odiada por el pueblo, para que sea su discípulo.

¿Qué mensaje existe en este gesto de Jesús, en este sígueme, para nosotros de la Iglesia católica?

Al llamar a Mateo para ser su discípulo, Jesús escogió una persona que pareció inapropiada. Era un cobrador de impuestos, despreciado por los judíos. Igual como los médicos que visitan a los enfermos,

La llamada que hace Jesús a Mateo (a quien Marcos llama Leví) para ser su discípulo, ocasiona la segunda confrontación con los fariseos. Antes le habían atacado porque se atrevía a perdonar pecados. Ahora, porque llama a publicanos y además come con ellos.

Es interesante ver cómo Jesús no aprueba las catalogaciones corrientes que en su época originaban la marginación de tantas personas. Si leíamos anteayer que tocó y curó a un leproso, ahora se acerca y llama como seguidor suyo nada menos que a un recaudador de impuestos, un publicano, que además ejercía su oficio a favor de los romanos, la potencia ocupante. Un «pecador» según todas las convenciones de la época. Pero Jesús le llama y Mateo le sigue inmediatamente.

Ante la reacción de los fariseos, puritanos, encerrados en su autosuficiencia y convencidos de ser los perfectos, Jesús afirma que «no necesitan médico los sanos, sino los enfermos; no he venido a llamar justos, sino pecadores».

Es uno de los mejores retratos del amor misericordioso de Dios, manifestado en Cristo Jesús. Con una libertad admirable, él va por su camino, anunciando la Buena Noticia a los pobres, atendiendo a unos y otros, llamando a «pecadores» a pesar de que prevé las reacciones que va a provocar su actitud. Cumple su misión: ha venido a salvar a los débiles y los enfermos.

A todos los que no somos santos nos consuela escuchar estas palabras de Jesús. Cristo no nos acepta porque somos perfectos, sino que nos acoge y nos llama a pesar de nuestras debilidades y de la fama que podamos tener.

El ha venido a salvar a los pecadores, o sea, a nosotros. Nuestra celebración eucarística la empezamos siempre con un acto penitencial. La Eucaristía no es para los perfectos:

Al asistir a la Eucaristía, antes de acercarnos a la comunión, pedimos en el Padrenuestro: «Perdónanos». Y se nos invita a comulgar asegurándonos que el Señor a quien vamos a recibir como alimento es «el que quita el pecado del mundo».

Este evangelio nos debe motivar a no ser como los fariseos, a no creernos los mejores, escandalizándonos por los defectos que vemos en los demás. Sino como Jesús, que sabe comprender, dar un voto de confianza, aceptar a las personas como son y no como quería que fueran, para ayudarles a partir de donde están a dar pasos adelante.

Cuando siento la llamada de Dios, ¿Respondo inmediatamente como lo hizo Levi "Mateo" o dudo por las faltas que he cometido o por otra situación?; si las personas que están cerca a mí, en mi entorno ya conocen el mensaje del Señor ¿Son ellos a los que debo seguir hablándoles o debo buscar aquellos que aún no saben nada de él?, ¿Soy como los escribas y fariseos que constantemente estoy enjuiciando las faltas de los demás?.

Existen leyes y costumbres en nuestra iglesia que impiden a los pecadores el acceso a Jesús. ¿Qué podemos hacer para cambiar estas leyes y costumbres, para no depender nosotros de ellas?.

**Para profundizar releamos el texto meditado
con el Magisterio y los santos Padres de la Iglesia.**

Meditación Papa Francisco.

"Después de mirarlo con misericordia, el Señor le dijo a Mateo: «Sígueme». Y Mateo se levantó y lo siguió. Después de la mirada, la palabra. Tras el amor, la misión. Mateo ya no es el mismo; interiormente ha cambiado. El encuentro con Jesús, con su amor misericordioso, lo transformó. Y allá atrás quedó el banco de los impuestos, el dinero, su exclusión. Antes él esperaba sentado para recaudar, para sacarle a los otros, ahora con Jesús tiene que levantarse para dar, para entregar, para entregarse a los demás. Jesús lo miró y Mateo encontró la alegría en el servicio. Para Mateo, y para todo el que sintió la mirada de Jesús, sus conciudadanos no son aquellos a los que «se vive», se usa, se abusa. La mirada de Jesús genera una actividad misionera, de servicio, de entrega. Sus conciudadanos son aquellos a quien Él sirve. Su amor cura nuestras miopías y nos estimula a mirar más allá, a no quedarnos en las apariencias o en lo políticamente correcto.

Jesús va delante, nos precede, abre el camino y nos invita a seguirlo. Nos invita a ir lentamente superando nuestros preconceptos, nuestras resistencias al cambio de los demás e incluso de nosotros mismos. Nos desafía día a día con una pregunta: ¿Crees? ¿Crees que es posible que un recaudador se transforme en servidor? ¿Crees que es posible que un traidor se vuelva un amigo? ¿Crees que es posible que el hijo de un carpintero sea el Hijo de Dios? Su mirada transforma nuestras miradas, su corazón transforma nuestro corazón. Dios es Padre que busca la salvación de todos sus hijos.

Dejémonos mirar por el Señor en la oración, en la Eucaristía, en la Confesión, en nuestros hermanos, especialmente en aquellos que se sienten dejados, más solos. Y aprendamos a mirar como Él nos mira.» (Papa. Francisco Holguín, Cuba. Homilía, 21 de septiembre de 2015).

Meditación de San Pedro Crisólogo

"Este desdichado publicano sentado en el mostrador de impuestos, estaba en peor situación que el paralítico del cual os hablé el otro día, el que yacía en su camilla (Mc 2,1s). Éste sufría parálisis en su cuerpo, aquel en su alma. El primero tenía deformados todos sus miembros; el segundo, era el conjunto de su persona que estaba a la desbandada. El primero yacía, prisionero de su carne; el otro estaba sentado, cautivo de alma y cuerpo. Era a pesar suyo que el paralítico sucumbía a causa de sus sufrimientos; el publicano, muy a su gusto estaba esclavo del mal y del pecado. Este último, que a sus propios ojos se tenía por inocente, estaba acusado de avaricia por los demás; el primero, en sus heridas, se sabía pecador. El uno acumulaba ganancia sobre ganancia efecto de sus pecados; el otro escondía sus pecados con el gemido de sus dolores. Es por ello que eran justas las palabras

dirigidas al paralítico: «Ánimo, hijo, tus pecados quedan perdonados», porque con sus sufrimientos quedaban compensadas sus faltas. Pero el publicano, escuchó estas palabras: «Sígueme.», es decir: «Tú que te has perdido siguiendo al dinero, siguiéndome repararás tu pecado».

Alguno dirá: ¿por qué el publicano, pareciendo más culpable, recibe un don más elevado? Él llega enseguida a ser apóstol. Él mismo ha recibido el perdón, y concede a los demás la remisión de sus pecados; ilumina la tierra entera con el esplendor de la predicación del Evangelio. En cambio el paralítico apenas es juzgado digno de recibir tan sólo el perdón. ¿Quieres saber por qué el publicano obtuvo más gracias? Es porque, según la palabra del apóstol Pablo: «Donde se ha multiplicado el pecado, la gracia ha sido más abundante» (Rm 5,20).

¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores? Dios es acusado de abajarse hacia el hombre, de sentarse cerca del pecador, de tener hambre de su conversión y sed de su retorno, de preferir el alimento de la misericordia y la copa de la benevolencia. Pero Cristo, hermanos míos, vino a esta comida; la Vida ha venido para estar entre los invitados a fin de que, condenados a muerte, vivan la Vida; la Resurrección se ha acostado para que los que yacen se levanten de sus tumbas; la Bondad se ha abajado para levantar a los pecadores hasta el perdón; Dios ha venido hasta el hombre para que el hombre llegue hasta Dios; el juez ha venido a la comida de los culpables para sustraer a la humanidad de la sentencia de condenación; el médico ha venido a los enfermos para restablecerlos comiendo con ellos; el Buen Pastor ha inclinado la espalda para devolver la oveja perdida al establo de la salvación (Lc 15, 3s).

«¿Porqué nuestro maestro come con publicanos y pecadores?» Pero, ¿quién es pecador sino el que rechaza verse como tal? Dejar de reconocerse pecador ¿no es hundirse más en su propio pecado y, para decir verdad, identificarse con él? Y ¿quién es el injusto sino aquel que se cree justo?. Vamos, fariseo, confiesa tu pecado y podrás venir a la mesa de Cristo; por ti Cristo se hará pan, ese pan que se romperá para el perdón de tus pecados: Cristo será para ti la copa, esa copa que será derramada para el perdón de tus faltas. Vamos, fariseo, comparte la comida de los pecadores y Cristo compartirá tu comida; reconóctete pecador y Cristo comerá contigo; entra con los pecadores al festín de tu Señor y podrás no ser ya más pecador; entra con el perdón de Cristo en la casa de la misericordia." (San Pedro Crisólogo. Sermón: No ocultes tu pecado y curarás. «¿Por qué come con publicanos y pecadores?» (Mc 2, 16). Sermón 30 : PL 52, 284-286).

Meditación de San Alfonso María de Liguorio

" Mi querido Redentor, he aquí mi corazón, te lo doy entero; ya no me pertenece más, es tuyo. Entrando en el mundo, te ofreciste al Padre eterno, ofrecido y dado toda tu voluntad, como nos lo dices por boca de David: «Está escrito de mí, en el libro de la Ley, para hacer tu voluntad. Es lo que siempre quise, Oh Dios mío» (Sal 39, 8-9). De la misma manera, mi querido Salvador, te ofrezco hoy toda mi voluntad. En otro tiempo te fue rebelde, por ella que te ofendía. Ahora siento de todo corazón, el uso que hice de ella, todas las faltas que miserablemente me privaron de tu amistad. Me arrepiento profundamente, y esta voluntad te la consagro sin reserva.

«¿Señor, qué quieres que haga?» (Hch 22,10). Señor, dime qué me pides: estoy dispuesto a hacer todo lo que desees. Dispón de mí y de lo que me pertenece como gustes: lo acepto todo, consiento en todo. Sé que buscas mi mayor bien: «Pongo pues, totalmente mi alma en tus manos» (Sal 30,6). Por tu misericordia, ayúdala, consévala, haz que te pertenezca siempre, y sea toda tuya, ya que «la rescataste, Señor, Dios de la verdad, al precio de tu sangre» (Sal 30,6)." (San Alfonso María de Liguorio. Discurso: Pertener a Cristo. «Vio a Leví, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos» (Mc 2,14). Discurso 6 para la Novena de Navidad).

Meditación de San Ambrosio de Milán

" Dice el apóstol Pablo: «Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo» (Col 3, 9-10). Ésta ha sido la obra que Cristo llevó a cabo llamando a Leví; le ha devuelto su verdadero rostro y ha hecho de él un hombre nuevo. Es también por este título de hombre nuevo que el antiguo publicano ofrece a Cristo un banquete, porque Cristo se complace en él y merece tener su parte de felicidad estando con Cristo. Desde aquel momento le siguió feliz, alegre, desbordante de gozo.

«Ya no me comporto como un publicano -decía-; ya no soy el viejo Leví; me he despojado de Leví revistiéndome de Cristo. Huyo de mi vida primera; sólo quiero seguirte a ti, Señor Jesús, que curas mis heridas». ¿Quién me separará del amor de Dios que hay en ti? ¿la tribulación? ¿la angustia? ¿el hambre? (Rm 8,35). Estoy unido a ti por la fe como si fuera con clavos, me has sujetado con las buenas trabas del amor. Todos tus mandatos serán como un cauterio que llevaré aplicado sobre mi herida; el remedio muerde, pero quita la infección de la úlcera. Corta, Señor, con tu espada poderosa la podredumbre de mis pecados; ven pronto a cortar las pasiones escondidas, secretas, variadas. Purifica cualquier infección con el baño nuevo.»

«Escuchadme, hombres pegados a la tierra, los que tenéis el pensamiento embotado por vuestros pecados. También yo, Leví, estaba herido por pasiones semejantes. Pero he encontrado a un médico que habita en el cielo y que derrama sus remedios sobre la tierra. Sólo él puede curar mis heridas porque él no tiene esas heridas; sólo él puede quitar al corazón su dolor y al alma su languidez, porque conoce todo lo que está escondido.» (San Ambrosio de Milán. Sobre el evangelio de Lucas: Le hizo un hombre nuevo. «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos» (Mc 2,17). n. 5, 23. 27).

Meditación de San Agustín

"¡Tarde te amé, oh Hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde te amé! He aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera de mí mismo. Te buscaba afuera, me precipitaba, deforme como era, sobre las cosas hermosas de tu creación. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo; estaba retenido lejos de ti a través de esas cosas que no existirían si no estuvieran en ti. Has clamado, y tu grito ha quebrantado mi sordera; has brillado, y tu resplandor ha curado mi ceguera; has exhalado tu perfume, lo he aspirado, y ahora te anhelo a ti. Te he gustado, y ahora tengo hambre y sed de ti; me has tocado, y ardo en deseo de la paz que tú das.

Cuando todo mi ser esté unido a ti, ya no habrá para mí dolor ni fatiga. Entonces mi vida, llena de ti, será la verdadera vida. Al que llenas tú, lo aligeras; ahora, puesto que todavía no estoy lleno de ti, soy un peso para mí mismo. ¡Señor, ten piedad de mí! Mis malas tristezas, luchan contra mis buenos gozos; ¿saldré victorioso de esta lucha? ¡Ten piedad de mí, Señor! ¡Soy tan pobre! Aquí tienes mis heridas, no te las escondo. Tú eres el médico, yo soy el enfermo. Tú eres la misma misericordia, yo soy miseria." (San Agustín. Confesiones: Tu grito quebrantó mi sordera. «¡Sígueme!... El hombre se levantó y lo siguió» (Mc 2,14). X, 27).

Meditación de San Francisco de Sales

«Al pasar, vio a Leví el de Alfeo, sentado al telonio, y le dijo: sígueme. Y él, levantándose, le siguió.» Mc 2, 13-17.

Mirad cómo la Santísima Virgen escucha la Palabra divina y cómo la guarda. Y dejando toda otra palabra, fijémonos en la de la vocación. ¡Dios mío, qué fiel ha sido Ella en esto!

El Señor le dice al oído, o mejor, al interior del corazón: «Escucha, Hija, mira, inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna. El rey está prendado de tu belleza.» Fijaros en esas palabras: Escucha, Hija. Como si quisiera decir: para oír bien, hay que escuchar bien.

Pero además, hay que inclinar el oído y estar atento, o sea, abajarse y humillarse, para entender lo que es la voluntad de Dios. «Olvida tu tierra y deja la casa de tus padres....» Como si dijera: No te basta con escuchar la divina inspiración y bajarte para escucharla mejor. Tienes que retirar tu corazón y tus afectos de tu patria y de tus padres y venir al lugar que te mostraré.

¡Qué santa y admirable amonestación la que Dios hace al corazón de tantas criaturas y que ha sido escuchada y comprendida por muchas de ellas! Pero sin embargo, no sé cómo sucede que muchos han oído la palabra sagrada y a pesar de ello no han acudido donde Dios los llamaba. ¡Cuántos exámenes para ver si la inspiración es verdadera, si viene de Dios! ¡Qué manera de escudriñar y de indagar! Dios os lo dice, no andéis escuchando tantos discursos porque os ponéis en peligro; no os adormiléis, estad prontos. Mirad qué diligente fue la gloriosa Virgen. No se durmió sino que se levantó con presteza y se fue. Se fue a donde Dios la conducía. Y el Rey del cielo suspira por su belleza y la ha elegido no solamente como esposa sino también por Madre suya. (San Francisco de Sales. Sermón: Responder con diligencia a la llamada. «Se levantó y lo siguió» (Mc 2,14). IX, 390).

Rechazo de Jesús

Marcos 6,1-6



Pasos de la Lectio divina.

Introducción

Paso 1. Leer: *¿Qué dice el texto?*

Paso 2. Meditar: *¿Qué me dice Dios a mí en este texto?*

Paso 3. Orar: *¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?*

Paso 4. Actuar: *¿Qué hacer como resultado de la oración?*

Introducción

El evangelio de hoy habla de Jesús de visita a Nazaret y de cómo la gente de Nazaret se encierra en si misma y no lo acepta (Mc 6,1-6).

"Jesús salió de allí y vino a su patria, y sus discípulos le siguen. Cuando llegó el sábado se puso a enseñar en la sinagoga". (Mc 6,1-2^a). Aunque no se dice específicamente a qué lugar fue Jesús, los versículos siguientes hacen evidente que se trata de Nazaret, el hogar de su infancia, donde él había trabajado como carpintero y en donde todavía vivía su familia.

¿Cuál fue el propósito de su visita a Nazaret? Tal vez deseaba pasar un tiempo con su madre y sus hermanos. Recordemos que un tiempo atrás, ellos le habían visitado en Cafarnaum preocupados por él (Mc 3:20-21) (Mr 3:31-35). O quizá estaba huyendo de la fama, en cuyo caso, ya sabía que Nazaret era el sitio ideal, como finalmente veremos.

Marcos nos dice que Jesús iba acompañado por sus discípulos, es decir, iba como un rabino, así que cuando llegó a la sinagoga, le invitaron a tener la enseñanza de la Palabra. Y como en ocasiones anteriores, los asistentes quedaron asombrados, sin poder negar la sabiduría de su enseñanza, ni el poder de sus milagros (Mc 1:21-28). Pero curiosamente, lejos de producir en ellos la fe, el evangelista nos dice que "se escandalizaban de él". ¡Con cuanta facilidad el hombre se vuelve irracional cuando se trata de la fe!

Pero sus oportunidades se estaban acabando, ya que ésta era la última vez en que encontramos a Jesús visitando una sinagoga. Había comenzado en ellas la proclamación del evangelio (Mc 1:21) y fue allí en donde los fariseos le habían rechazado (Mc 3:6). Ahora en Nazaret, fueron sus paisanos quienes iban a generalizar este rechazo.

Este texto nos presenta también el asombro de Jesús. Los evangelios sólo registran dos ocasiones en que el Jesús se haya asombrado. Una vez por la fe que demostró un centurión romano (Lc 7:9), y en esta ocasión ante la incredulidad de sus paisanos en Nazaret. Esto nos deja constancia de la importancia que la fe y la incredulidad tienen para Jesús.

No es de extrañar que a Jesús le resultara extraño que los hombres, viendo tan de cerca la Luz del mundo y la gloria del cielo, volviesen las espaldas a ella.

La incredulidad es el pecado más antiguo del mundo. Ya en el relato de la creación, vemos como ya Eva prestó oído a las falsas promesas del diablo, en vez de creer en la Palabra de Dios. Por causa de su incredulidad, el pueblo de Israel vagó cuarenta años por el desierto. La incredulidad arrastra al hombre a negarse a la evidencia, a cerrar sus ojos al testimonio más claro, y a creer, sin embargo, en falsedades. La incredulidad es el único pecado que Dios no puede perdonar: (Jn 3:18) "El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no a creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios".

<p><i>Paso 1. Leemos:</i> <i>¿Qué dice el texto?</i></p>
--

"Salió Jesús de allí y vino a su tierra, y le seguían sus discípulos. Y llegado el día de reposo, comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos, oyéndole, se admiraban, y decían: ¿De dónde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros

que por sus manos son hechos? ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él. Mas Jesús les decía: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa. Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos. Y recorría las aldeas de alrededor, enseñando". (Marcos 6,1-6)

Palabra del Señor.

Paso 2. Meditamos:
¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Fijémonos en la pregunta de la gente de Nazaret: "*¿De dónde tiene éste estas cosas?*". Ninguno de ellos, a pesar de no creer en él, se atrevía a negar ni su sabiduría ni su poder. Pero este asunto requería alguna explicación, porque ni su sabiduría ni su poder eran "normales". ¿Qué dirían acerca de esto? ¿De dónde procedían?

Ellos pensaron que los había tenido que recibir de alguna parte: "*¿de dónde tiene...?*". Dedujeron rápidamente que no era algo que le había venido por medio de su familia. Ellos le conocían bien; había sido el carpintero de Nazaret por mucho tiempo, y su familia seguía viviendo allí. Eran gente sencilla, como nosotros diríamos: "del pueblo de toda la vida". Además sabían bien que Jesús no había salido de allí a estudiar con los grandes maestros de Jerusalén, seguramente porque la familia tampoco tenía recursos para ello. Así que, descartaron inmediatamente que éste fuera el cauce por el que Jesús había recibido tanto la sabiduría como el poder que les dejaba asombrados a todos.

Otra interpretación, sería que Dios estuviera actuando por medio de él. Pero su incredulidad y la dureza de su corazón les llevó a descartar que éste pudiera ser el origen sobrenatural de su ministerio. Así que, la única opción que encontraron fue la de atribuir sus obras al poder de Beelzebú (Mr 3:22).

Pero ¿por qué rechazaron tan rápidamente la idea de que Jesús obraba por el poder de Dios? Para ellos debió de resultar inaceptable que Dios pudiera estar actuando usando medios tan débiles. Los judíos de Nazaret consideraban a Jesús como un hombre igual a ellos, cuya familia vivía entre ellos. Al fin y al cabo, no era más que el carpintero del pueblo. Sin embargo, éste ha sido siempre el proceder de Dios: "Lo vil del mundo y lo menospreciado, escogió Dios..." (1 Co 1:27-28).

Jesús sabe muy bien que "*nadie es profeta en su patria*". Y lo dice: "*Un profeta sólo en su patria, entre sus parientes y en su casa carece de prestigio*". (Mc 6,4-6. De hecho, donde no existe aceptación ni fe, la gente no puede hacer nada. Las ideas preconcebidas lo impiden. Aún queriendo, Jesús no pudo hacer nada y queda extrañado ante su falta de fe. Por eso, ante la puerta cerrada de su propia comunidad, "comenzó a recorrer los alrededores, enseñando en los poblados".

¿Qué haría Jesús ante este "fracaso" en Nazaret? Muchos de nosotros nos hundimos ante las dificultades más pequeñas en la obra de Dios. Si alguien nos ridiculiza por nuestra fe, o no quiere escucharnos cuando intentamos predicarle, nos sentimos tan heridos, tan desilusionados, tan hundidos, que perdemos inmediatamente el deseo de seguir haciéndolo. Pero Jesús no era así. Como vamos a ver en los próximos pasajes, Jesús hizo lo contrario, intensificó sus esfuerzos evangelizadores. Primero llevó a cabo él mismo una campaña personal por todos los alrededores, y después, envió a sus discípulos en una gira misionera.

La incredulidad de la gente de Nazaret no podía impedir que Jesús siguiera anunciando el Reino de Dios. Tomemos buena nota de esto, y no nos paralicemos por la actitud negativa del mundo frente al mensaje del Evangelio. Siempre hay personas que están esperando el mensaje de salvación.

Paso 3. Oramos :
¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?

Oración introductoria.

“Señor, la envidia siempre se hace presente, bloquea mis buenos deseos y no me deja crecer en amor y espiritualidad, debo comprender, aceptar los dones y virtudes, los míos y de quienes me rodean, ser humilde ante quienes me superan y eso no significa que me menosprecio, al contrario es ayudar a crear unidad y amor, que el Señor actúe y se haga presente.”

¿Cómo interiorizamos la Palabra de Dios?

(Dejamos 5 minutos de silencio).

Motivamos la oración.

Siguiendo el mensaje de este texto, ¿Cuál es tu oración personal?

Ponemos en forma de oración todo aquello que hemos reflexionado sobre el Evangelio y sobre nuestra vida. «Jesús se asombraba de su falta de fe».

Cada uno puede compartir su oración personal.

....

Oración final

“Gracias Señor por tu Palabra que ilumina nuestra vida.

Te pedimos Señor que siempre te recibamos como dulce huésped del alma, que en nuestro corazón siempre allá lugar para tu presencia.

Jesús te pedimos perdón por cuantas veces caemos en preguntas carentes de sentido, falta de fe o incredulidad.

Señor toma nuestra debilidad hoy, hazla fortaleza.

Señor, que «de muchas maneras hablaste en otro tiempo a nuestros padres por medio de los profetas»; te pedimos que no abandones a la humanidad a las fuerzas del egoísmo individualista y del mercado, sino que nos envíes nuevos profetas que nos hagan revivir con pasión lo mejor que tú pusiste en nuestro corazón: el amor universal, la fuerza de la solidaridad, y la inconformidad con todo lo que contradice tu Proyecto del Reino de Dios en la tierra.

Padre Nuestro, que estás en el cielo... AMÉN.”

O también:

“Señor, te vemos incomprendido pero no derrotado, vemos que sufrís, que te asombras por la falta de fe de los tuyos pero no te desalentas, buscas nuevos rumbos, buscas otros que te quieran recibir, te quieran escuchar.

Señor ayúdame, enséñame a no dejarme vencer frente a la incompreensión, frente al desaliento, frente al no ser aceptado, frente al ser rechazado.

Señor ayúdame a confiar en tu Padre Dios y a cumplir siempre su voluntad”.

Te dejo en la presencia del Señor, con la Palabra que sea tu alimento y tu guía en este día y con mi bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén. ”

Paso 4. Actuamos:
¿Qué hacer como resultado de la oración?

¿Cuáles son las preguntas que me hago sobre la persona de Jesús? ¿Qué importancia le doy a su Palabra? ¿Hay en mí actitudes similares a la de los nazarenos, que ante la costumbre de “conocer” a Jesús pierden el asombro o la capacidad de creer verdaderamente en Él? ¿Qué me dice a mí esta relación entre la FE y los milagros que Jesús obra?

Jesús se asombra de la falta de Fe. ¿Que siento ante esto llevándolo a la actualidad?.

La gente de Cafarnaún había aceptado la enseñanza de Jesús (Mc 1,22), pero a la gente de Nazaret no le gustaron las palabras de Jesús y quedó escandalizada. (Mc 6,2b-3)¿Por qué? Jesús, el joven al que conocían desde su infancia, ¿cómo es que ahora es tan diferente? Ellos no aceptan el misterio de Dios presente en Jesús, un ser humano como todos los demás, conocidos por todos. ¿Para poder hablar de Dios no podía ser igual a los demás! Como se ve, no todo le fue bien a Jesús. Las personas que hubieran tenido que ser las primeras en aceptar la Buena Nueva, son de hecho las que más dificultad tienen en aceptarla. El conflicto no era sólo con los de fuera, sino que también con sus parientes y con la gente de Nazaret. Tienen dificultad en creer en Jesús, porque no consiguen entender el misterio de Dios que envuelve a la persona de Jesús: “¿De dónde le viene esto? y ¿qué sabiduría es ésta que le ha sido dada? ¿Y esos milagros hechos por sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿Y no están sus hermanas aquí entre nosotros?” ¡No llegan a creer en Jesús!.

Jesús tiene problemas con sus parientes y con su comunidad.

Desde que tú empezaste a vivir mejor el evangelio, ¿ha cambiado algo en la relación con tu familia y con tus parientes? .

Jesús no pudo hacer muchos milagros en Nazaret porque faltaba fe. Y hoy, ¿encuentra fe en nosotros, en mí?.

También nosotros como Jesús debemos aprender que ahí donde uno espera encontrar a veces aliento, apoyo, ayuda puede encontrar todo lo contrario indiferencia, incomprensión, incluso hasta el mismo rechazo a la misma hostilidad; por lo que dice, por lo que hace. Podríamos decir que, frente a esta situación debemos aprender de Jesús, no desanimarnos, no desalentarnos, sino por el contrario permanecer fieles a Dios, tratar de cumplir la voluntad de Dios.

Fijémonos en nuestra condición de profetas –dimensión profética recibida desde el bautismo-

En su dimensión profética, Jesús sabe que le espera una vida difícil y conflictiva. Los dirigentes religiosos se le enfrentarán. Es el destino de todo profeta. No sospecha todavía que será rechazado precisamente entre los suyos, los que mejor lo conocen desde niño. El rechazo de Jesús en su pueblo de Nazaret era muy comentado entre los primeros cristianos. Tres evangelistas recogen el episodio con todo detalle. Según Marcos, Jesús llega a Nazaret acompañado de un grupo de discípulos y con fama de profeta sanador. Sus vecinos no saben qué pensar. Creen que lo saben todo de Jesús. Se han hecho una idea de él desde niños. En lugar de acogerlo tal como se presenta ante ellos, quedan bloqueados por la imagen que tienen de él. Esa imagen les impide abrirse al misterio que se encierra en Jesús. Se resisten a descubrir en él la cercanía salvadora de Dios. Pero hay algo más. Acogerlo como profeta significa estar dispuestos a escuchar el

mensaje que les dirige en nombre de Dios. Y esto puede traerles problemas. Ellos tienen su sinagoga, sus libros sagrados y sus tradiciones. Viven con paz su religión. La presencia profética de Jesús puede romper la tranquilidad de la aldea.

Demasiadas veces también a nosotros nos ocurre como a Jesús.

Seleccionamos como los paisanos de Jesús los aspectos o realidades que nos resultan más cómodas de la Iglesia, de nuestras creencias.

Convirtámonos y reconozcamos bien nuestros dones y virtudes, los de nuestra familia y seres queridos, reflexionemos y dejemos en nuestro corazón y mente, que hay otros quienes son mejores que nosotros o quizás nosotros seamos mejores que los demás, pero que la humildad y unidad siempre prevalezca para dejar que el Señor actúe

©Siguiendo el mensaje de este texto, ¿Cuál es la acción concreta que te invita a realizar?

<p style="text-align: center;">Para profundizar releamos el texto meditado con el Magisterio y los santos Padres de la Iglesia.</p>
--

Meditación de San Juan Pablo II.

" [...] 5. A la luz de esta tradición sapiencial podemos comprender mejor el misterio de Jesús Mesías. Ya un texto profético del libro de Isaías habla del espíritu del Señor que se posará sobre el Rey-Mesías y caracteriza ese Espíritu ante todo como "Espíritu de sabiduría y de inteligencia" y luego como "Espíritu de entendimiento y de temor de Yahvé" (Is 11, 2).

En el Nuevo Testamento son varios los textos que presentan a Jesús lleno de la Sabiduría divina. El Evangelio de la infancia según San Lucas insinúa el rico significado de la presencia de Jesús entre los doctores del templo, donde "cuantos le oían quedaban estupefactos de su inteligencia" (Lc 2, 47), y resume la vida oculta en Nazaret con las conocidas palabras: "Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc 2, 52).

Durante los años del ministerio de Jesús, su doctrina suscitaba sorpresa y admiración: "Y la muchedumbre que le oía se maravillaba diciendo: "¿De dónde le viene a éste tales cosas, y qué sabiduría es ésta que le ha sido dada?" (Mc 6, 2).

Esta Sabiduría, que procedía de Dios, confería a Jesús un prestigio especial: "Porque les enseñaba como quien tiene poder, y no como sus doctores" (Mt 7, 29); por ello se presenta como quien es "más que Salomón" (Mt 12, 42). Puesto que Salomón es la figura ideal de quien ha recibido la Sabiduría divina, se concluye que en esas palabras Jesús aparece explícitamente como la verdadera Sabiduría revelada a los hombres.

[...] La fe en Jesús, Sabiduría de Dios, conduce a un "conocimiento pleno" de la voluntad divina, "con toda sabiduría e inteligencia espiritual", y hace posible comportarse "de una manera digna del Señor, procurando serle gratos en todo, dando frutos de toda obra buena y creciendo en el comportamiento de Dios" (Col 1, 9-10). (San Juan Pablo II. Catequesis, Audiencia general (22-04-1987)

" [...] Es significativo e impresionante lo que se lee de los nazarenos, entre los que Jesús se encontraba porque había vuelto después del comienzo de su ministerio, y de haber realizado los primeros milagros. Ellos no sólo se admiraban de su doctrina y de sus obras, sino que además "se escandalizaban de Él", o sea, hablaban de Él y lo trataban con desconfianza y hostilidad, como persona no grata.

"Jesús les decía: ningún profeta es tenido en poco sino en su patria y entre sus parientes y en su familia. Y no pudo hacer allí ningún milagro fuera de que a algunos pocos dolientes les impuso las manos y los curó. Él se admiraba de su incredulidad" (Mc 6, 4-6). Los milagros son "signos" del poder divino de Jesús. Cuando hay obstinada cerrazón al

reconocimiento de ese poder, el milagro pierde su razón de ser. Por lo demás, también Él responde a los discípulos, que después de la curación del epiléptico preguntan a Jesús por qué ellos, que también habían recibido el poder del mismo Jesús, no consiguieron expulsar al demonio. El respondió: "Por vuestra poca fe: porque en verdad os digo, que si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Vete de aquí allá, y se iría, y nada os sería imposible" (Mt 17, 19-20). Es un lenguaje figurado e hiperbólico, con el que Jesús quiere inculcar a sus discípulos la necesidad y la fuerza de la fe.

9. [...] todo lo que Jesús hacía y enseñaba, todo lo que los Apóstoles predicaron y testificaron, y los Evangelistas escribieron, todo lo que la Iglesia conserva y repite de su enseñanza, debe servir a la fe, para que, creyendo, se alcance la salvación. La salvación -y por lo tanto la vida eterna- está ligada a la misión mesiánica de Jesucristo, de la cual deriva toda la "lógica" y la "economía" de la fe cristiana. Lo proclama el mismo Juan desde el prólogo de su Evangelio: "A cuantos lo recibieron (al Verbo) dióles poder de venir a ser hijos de Dios: "A aquellos que creen en su nombre" (Jn 1, 12). (San Juan Pablo II. Catequesis, Audiencia General 21-10-1987)

Meditación de San Juan Pablo II.

"¿No es éste el carpintero, el hijo de María?" (Mc 6, 3).

1. *Esta era la pregunta que se hacía la gente de Nazaret cuando Jesús comenzó a enseñar, un sábado, allí mismo en su tierra. Mientras Jesús cumplía su misión mesiánica, «la multitud, al oírle quedaba maravillada y decía: "¿De dónde le viene esto? Y ¿qué sabiduría es ésta que le ha sido dada? ¿Y esos milagros hechos por sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María...?"» (Ibíd. 6, 23)*

Sí, es cierto, Jesucristo, el Hijo Unigénito del Padre eterno que ha revelado la sabiduría divina a través de sus propias palabras, que ha revelado la potencia de Dios por medio de sus obras, ¡era el carpintero, nacido de María! De esta manera, el Hijo de Dios quiso hacerse semejante a todos los trabajadores, a vosotros, queridos hermanos y hermanas, que transcurris vuestros días dedicados a un trabajo duro y fatigoso.

El Hijo de Dios, ocupándose durante la mayor parte de su vida terrena, día tras día, en un trabajo manual, pone de manifiesto la gran dignidad del trabajo humano. Puede decirse, de algún modo, que éste es el primer evangelio que Cristo predica...

[...] 6. *El evangelio del trabajo nos enseña que cualquier labor humana, por difíciles que sean las circunstancias en que se realice, puede y debe ser fuente de progreso social y de maduración personal. Sí, vuestro trabajo, en el campo o en la mina, cualquier ocupación humana honesta, puede y debe ser ocasión para alabar a Dios y encontrar a Cristo. Sí, el trabajo debe ser instrumento de vuestro desarrollo humano y sobrenatural. Es el medio habitual que el hombre tiene para forjar también su destino eterno. Esta es la gran dignidad del trabajo humano.*

El cristiano ha de contemplar con los ojos de la fe su propio trabajo. En él puede descubrir un horizonte de grandeza para la propia vida; a medida que pongáis en práctica el evangelio, comprenderéis que vuestra tarea habitual, en el campo, en la mina, allá donde desarrolléis vuestra actividad laboral, os conduce a la plenitud de vuestro existir cuando sabéis convertirla en ofrenda grata a Dios.

¡Hacedos imitadores de Cristo! El es la luz para las naciones (cf. Hch 13, 47). Jesús de Nazaret, el carpintero, ilumina con su vida de trabajo vuestra vida de trabajadores cristianos. Vosotros, hombres y mujeres del mundo laboral, iluminad también vuestro ambiente de trabajo con la luz de Cristo y divulgad con vuestras vidas la palabra de Dios.

7. *¡Acoged el evangelio del trabajo! Sólo así sabréis afrontar las dificultades con espíritu cristiano, con decisión y valentía, esforzándoos por encontrar las soluciones mejores a los diversos problemas laborales. Con la valentía propia del cristiano que, sin admitir odios ni venganzas, sabe ser fuerte para cumplir cabalmente sus deberes y exigir el*

cabal cumplimiento de sus derechos. Con valentía cristiana, que no acepta el pesimismo ni la desesperanza; que impide refugiarse en el consuelo fácil de los placeres efímeros, como el alcohol, o la droga; que no recurre a falsas soluciones, cuyo único efecto es destruir la dignidad humana como la prostitución, la delincuencia o la complicidad con la corrupción; que rechaza cualquier ofrecimiento que implique colaborar en la difusión del mal para asegurarse una mejor posición económica.

Sabréis también de este modo, afrontar las dificultades laborales con sentido de responsabilidad, conscientes de que el presente y el futuro de vuestra Patria está también en vuestras manos y depende de vuestro trabajo. Vuestra tierra os pide un esfuerzo generoso, decidido, lleno de sana ambición para el momento actual y para el futuro.

[...] 9. “¿No es éste el carpintero, el hijo de María?” (Mc 6, 3).

Sí, Jesús, aquel carpintero de Nazaret, es el hijo de María. Para vosotros, trabajadoras y trabajadores de México, María es también vuestra Madre.

Que María vele sobre el trabajo de todos sus hijos e hijas... Que Ella os acerque, a vosotros y vuestro trabajo, a su Hijo, el Carpintero. Este Carpintero de Nazaret es el Redentor del hombre. El es el Salvador del mundo. (San Juan Pablo II. México. Homilía (12-05-1990) Evangelio del Trabajo).

[...] 3. Según algunos, contra la virginidad de María después del parto estarían aquellos textos evangélicos que recuerdan la existencia de cuatro “hermanos de Jesús”: Santiago, José, Simón y Judas (cf. Mt 13, 55-56; Mc 6, 3), y de varias hermanas.

Conviene recordar que, tanto en la lengua hebrea como en la aramea, no existe un término particular para expresar la palabra primo y que, por consiguiente, los términos hermano y hermana tenían un significado muy amplio, que abarcaba varios grados de parentesco. En realidad, con el término hermanos de Jesús se indican los hijos de una María discípula de Cristo (cf. Mt 27, 56), que es designada de modo significativo como “la otra María” (Mt 28, 1). Se trata de parientes próximos de Jesús, según una expresión frecuente en el Antiguo Testamento (cf. Catecismo de la Iglesia católica, n. 500).

Así pues, María santísima es la siempre Virgen. Esta prerrogativa suya es consecuencia de la maternidad divina, que la consagró totalmente a la misión redentora de Cristo. “(San Juan Pablo II Catequesis ¿María tuvo más hijos?, Audiencia general (28-08-1996))

Meditación San Beda

“ 1-2. Su patria era Nazaret, en donde había nacido. Pero ¡cuánta no sería la ceguedad de los nazarenos, que menosprecian, por sólo la noticia de su nacimiento, al que debían reconocer por Cristo en sus palabras y hechos! “Llegado el sábado -continuó- comenzó a enseñar”, etc. En su doctrina se encierra su sabiduría, y su poder en las curas y milagros que hacía.

“¿No es Este aquel artesano hijo de María?”

3-4. “¿No es éste el carpintero...?” Pues aunque las cosas humanas no deban compararse a las divinas, queda íntegra, sin embargo, esta figura, porque el Padre de Cristo trabaja por el fuego y por el Espíritu.

Y continúa: “Hermano de Santiago, y de José, y de Judas y de Simón; y sus hermanas, ¿no moran aquí entre nosotros?”. Ellos atestiguan así que los hermanos de Jesús están allí con El; pero no viendo en ellos, como los herejes, a otros hijos de José y de María, sino a parientes sólo de El, a los cuales, según costumbre de la Escritura, se llama hermanos, como a Abraham y Lot (Gén 13), siendo Lot hijo del hermano de Abraham. “Y estaban escandalizados de El”. El escándalo y el error de los judíos es nuestra salvación y la condenación de los herejes. Despreciaban, pues, al Señor hasta el punto de llamarle carpintero e hijo del carpintero. “Mas Jesús les decía -prosigue-: Ciertamente que ningún Profeta está sin honor”, etc. Que haya sido llamado Profeta el Señor en la Escritura, lo confirma el

mismo Moisés, quien prediciendo su futura Encarnación a los hijos de Israel, dijo: “Tu Señor Dios te suscitará un profeta de entre tus hermanos” (Dt 18,15). No solamente El, que es el Señor de los Profetas, sino también Elías, Jeremías y los demás profetas, han sido menos considerados en su patria que en los pueblos extranjeros; porque es casi natural la envidia entre los compatriotas, no considerando los hechos de un hombre, y recordando la fragilidad de su infancia.

6. “Y se maravilló de su falta de fe...” No se asombraba como de una cosa no esperada e imprevista, puesto que conoce todas las cosas aun antes de ser hechas; pero conociendo hasta lo más secreto de los corazones, manifiesta delante de los hombres que se asombra de lo que quiere que se asombren los hombres. Y es bien de asombrar por cierto la ceguedad de los judíos, que ni quisieron creer lo que sus profetas les decían de Cristo, ni tampoco en El que nació entre ellos. En sentido místico, Jesús, despreciado en su casa y en su patria, es Jesús despreciado en el pueblo judío. Hizo allí algunos milagros, para que no pudieran excusarse del todo; pero hace todos los días mayores milagros en medio de las naciones, no tanto por la salud de los cuerpos, sino por la del espíritu de los hombres. (San Beda, in Marcum, 2,23)

Meditación de San Buenaventura

“ «¿De dónde saca todo eso?... ¿No es este el carpintero, el hijo de María?» (Mc 6,2s).

El Señor Jesús, habiendo regresado con sus padres, del Templo y de Jerusalén a Nazaret, vivió con ellos hasta los 30 años «y les estaba sometido» (Lc 2,51). En las Escrituras no se encuentra nada que nos diga qué ha hecho durante este tiempo, lo que parece sorprendente... Pero pon atención y verás claramente que, no haciendo nada, hizo maravillas. En efecto, cada uno de sus gestos revela su misterio. Y puesto que actuaba con poder, se calló con poder, y permaneció retirado y en la oscuridad con poder. El soberano Maestro que nos había de enseñar los caminos de la vida, desde su juventud empieza a actuar con poder, pero de manera sorprendente, desconocida e inaudita, pareciendo, a los ojos de los hombres, inútil, ignorante, y viviendo en la abyección...

Apreciaba cada vez más esta forma de vivir a fin de ser juzgado por todos como un ser insignificante y sin importancia; esto lo había anunciado ya el profeta que en su nombre dijo: «Soy un gusano, no un hombre» (Sal 21,7). Ves lo que hacía no haciendo nada. Se volvió despreciable... ¿crees que esto es poca cosa? Es cierto, no es él quien tenía necesidad de esto, sino nosotros. No conozco nada más difícil ni más grande. Realmente me parece que han llegado al más alto grado los que de todo corazón y sin fingir, se tienen por nada a fin de no buscar nada más que ser despreciados, no ser tenidos en cuenta para nada y vivir en un abajamiento extremo. Es esto una victoria mucho más grande que tomar una ciudad” . (San Buenaventura. Meditación: El camino de la victoria.. Meditación sobre la vida de Cristo; Opera omnia, t. 12, p. 530s.).

Meditación de San Atanasio de Alejandría.

“ «¿No es éste el carpintero, el hijo de María?» (Mc 6,3).

El Verbo, la Palabra eterna de Dios, «se hizo cargo de la descendencia de Abrahán», como afirma el Apóstol, «y por eso hubo de asemejarse en todo a sus hermanos» (He 2,16-17) y asumir un cuerpo semejante al nuestro. Por esto existe verdaderamente María, para que de ella tome el cuerpo y, como propio, lo ofrezca por nosotros... El ángel Gabriel le anunciaba con cautela y prudencia, diciéndole no simplemente que nacerá «en ti»; sino «de ti»...

Todas las cosas sucedieron de esta forma para que la Palabra, tomando nuestra condición y ofreciéndola en sacrificio, la asumiese completamente, y revistiéndonos después a nosotros de su condición, diese ocasión al Apóstol para afirmar: «Es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad»

(1Co 15,53). Estas cosas no son una ficción, como algunos juzgaron; ¡tal postura era inadmisibile! Nuestro Salvador fue verdaderamente hombre y de él ha conseguido la salvación a toda la humanidad. Y de ninguna forma es ficticia nuestra salvación; y no sólo la del cuerpo, sino que la salvación de todo el hombre, es decir, alma y cuerpo, se ha realizado en aquel que es la Palabra.

Así pues, era por naturaleza humano lo que nació de María y, según las divinas Escrituras, era verdaderamente el cuerpo del Señor: fue verdadero porque era igual al nuestro. Pues María es nuestra hermana, ya que todos hemos nacido de Adán.(San Atanasio de Alejandría, Carta: Verdaderamente hombre. Carta a Epicteto, 5-9.).

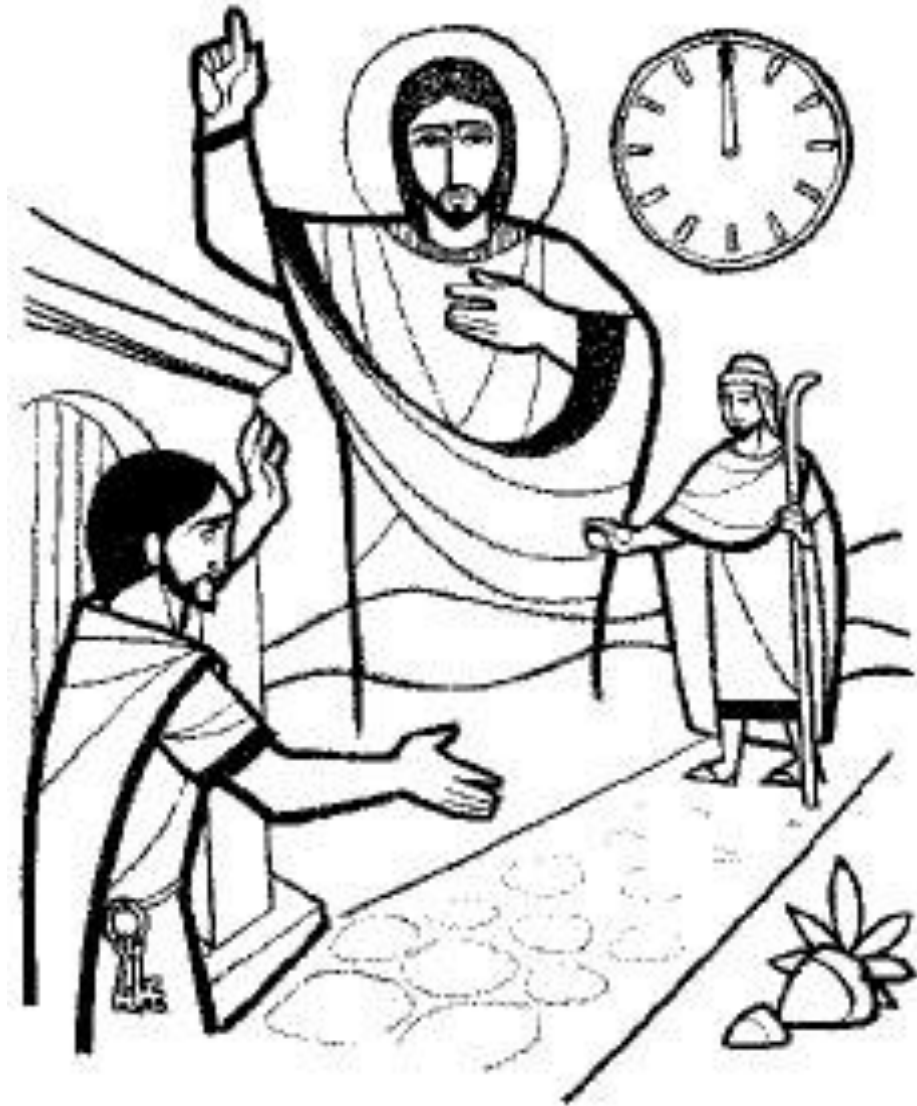
Meditación de San Agustín

“ «El Señor mismo dijo acerca de sí: No hay profeta sin honor sino en su patria (Mc 6, 4; Jn 4, 44). Profeta es el Señor, y la Palabra de Dios es el Señor, y ningún profeta puede profetizar sin la Palabra de Dios, pues con los profetas está la Palabra de Dios, y profeta es la Palabra de Dios. Los hombres de los primeros tiempos merecieron profetas inspirados y llenos de la Palabra de Dios; nosotros hemos merecido como Profeta al mismo Verbo de Dios. Pero Cristo es profeta, siendo a la vez el Señor de los profetas, como ángel es Cristo, y Señor de los ángeles, pues Él ha sido llamado Ángel del gran consejo (cf. Is 9, 5, sec. LXX).

Sin embargo, ¿qué dice un profeta en otro lugar? Que no será un legado ni un ángel el que los salve, sino que será Él mismo, que ha de venir (cf Is 35, 4); es decir, que para salvarlos no enviará a un legado, y no enviará a un ángel, sino que vendrá Él mismo. ¿Quién vendrá? El Ángel mismo. En efecto, no por medio de un ángel, sino porque es ángel que al mismo tiempo es el Señor de los ángeles. Efectivamente, en latín 'ángeles' significa mensajeros. Si Cristo no trajera mensaje alguno, no lo podríamos llamar ángel; si Cristo no profetizase nada, no lo llamaríamos profeta. Nos ha exhortado a la fe, y a alcanzar la vida eterna: anunció algo presente y predijo algo futuro: por el hecho de anunciar algo presente era Ángel; por predecir lo futuro era Profeta. Él es el Señor de los ángeles y de los profetas, porque es la Palabra de Dios hecha carne».” (San Agustín de Hipona. Homilía de san Agustín (In Io. ev. 24, 7)

Estad atentos y vigilad

Marcos 13, 33-37



Pasos de la Lectio divina.

Introducción

Paso 1. Leer: ¿Qué dice el texto?

Paso 2. Meditar: ¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Paso 3. Orar: ¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?

Paso 4. Actuar: ¿Qué hacer como resultado de la oración?

Introducción

El texto del evangelio que meditamos hoy se encuentra al final del gran discurso con que se cierra, en el evangelio de Marcos, la actividad pública de Jesús. Se le conoce con el nombre de “discurso apocalíptico” porque en él Jesús hace a sus discípulos algunas revelaciones (esto es lo que significa la palabra “apocalipsis”) que iluminan distintos aspectos de su segunda venida.

El tema central del discurso es, por tanto, el advenimiento de Jesús, al que se identifica con un personaje del Antiguo Testamento y se le denomina “Hijo del hombre”.

Aparentemente el evangelista pone la mirada en el final de la historia, pero se dirige a un grupo concreto de cristianos que viven en la segunda mitad del siglo I d. C. El mensaje de Jesús que les recuerda es sencillo porque aparece en forma de exhortación repetida al inicio, en el centro y al final del pasaje que hemos leído. En estos versículos encontramos una clara exhortación a la vigilancia: “Estad alerta”, “Velad”. Dicha exhortación está ilustrada con una pequeña comparación de la que se saca la consecuencia.

<p style="text-align: center;">Paso 1. Leemos: <i>¿Qué dice el texto?</i></p>

“«Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento. 34 Al igual que un hombre que se ausenta: deja su casa, da atribuciones a sus siervos, a cada uno su trabajo, y ordena al portero que vele; 35 velad, por tanto, ya que no sabéis cuándo viene el dueño de la casa, si al atardecer, o a media noche, o al cantar del gallo, o de madrugada. 36 No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos. 37 Lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡Velad!»”. (Marcos 6,1-6)

Palabra del Señor.

<p style="text-align: center;">Paso 2. Meditamos : <i>¿Qué me dice Dios a mí en este texto?</i></p>

La palabra clave en el texto de hoy es “¡Vigilad!”. Vigilar, estar atentos, esperar al dueño de la casa que debe regresar, no adormilarse, es esto lo que Jesús nos pide a cada cristiano.

Estos cuatro versículos del evangelio de San Marcos forman parte del discurso escatológico del capítulo trece. Este capítulo nos habla de la ruina del Templo y de la ciudad de Jerusalén. Jesús aprovecha la ocasión por una observación que le hace un discípulo: “¡Maestro, mira qué piedras y qué construcción! (Mc 13, 1). Jesús, por eso, aclara las ideas: “¿Veis estas grandes construcciones? No quedará piedra sobre piedra, que no sea demolida” (Mc 13,2). El Templo, signo tangible de la presencia de Dios en medio de su pueblo elegido, Jerusalén, la ciudad “bien unida y compacta” adonde “suben junta las tribus del Señor, para alabar el nombre del Señor” (Salmo 122,4), todo esto, signo seguro de la promesa hecha a David, signo de la alianza, todo esto irá a la ruina... es sólo un signo de algo que sucederá en el futuro. Los discípulos llenos de curiosidad piden al Señor sentado en el monte de los Olivos, de frente al Templo: “Dinos, ¿cuándo acaecerá eso y cuál será el signo de que todas estas cosas están por cumplirse? (Mc 13,4). A esta pregunta, usando el estilo apocalíptico judaico inspirado en el profeta

Daniel, Jesús se limita sólo a anunciar las señales premonitoras (falsos cristos y falsos profetas que con engaño anunciarán la venida inminente del tiempo, persecuciones, señales en las potencias del cielo. cf: Mc 13, 5-32), “en cuanto al día y a la hora, ninguno los conoce, ni siquiera los ángeles del cielo, y ni siquiera el Hijo, sino sólo el Padre” (Mc 13,32).

De aquí se comprende la importancia de la espera vigilante y atenta a los signos de los tiempos que nos ayudan a acoger la venida del “dueño de la casa” (Mc 13,35). Cuando venga él, todo desaparecerá, “ el poder de los siervos” (Mc 13,34), incluso los signos que nos ayudan a recordar su benevolencia (templo, Jerusalén, casa). Los “siervos” y el “portero” (Mc 13,34) a la llegada del dueño no mirarán ya a los signos, sino que se complacerán en el mismo dueño: “He aquí que llega el Esposo, salidle al encuentro” (Mt 25,6 + Mc 2,19-20).

A menudo Jesús pedía a los suyos que vigilasen. En el huerto de los Olivos, en la tarde del jueves, antes de la pasión, el Señor dice a Pedro, Santiago y Juan: “ Quedaos aquí y vigilad conmigo” (Mc 14, 34). La vigilancia nos ayuda a no caer en la tentación (Mt 26,41) y a permanecer despiertos. En el huerto de los Olivos los discípulos duermen porque la carne es débil aunque el espíritu está pronto (Mc 14, 38). Quien se duerme va a la ruina, como Sansón que se deja adormecer, perdiendo así la fuerza, don del Señor (Jue 16, 19).

Se necesita estar siempre despiertos y no adormilarse, sino vigilar y orar para no ser engañados, acercándose así a la propia perdición (Mc 13,22 + Jn 1,6). Por eso “despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará” (Ef 5,14).

Paso 3. Oramos:

¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?

Oración introductoria.

“Creo, Señor, fortalece mi fe.

Espero, Señor, asegura mi esperanza;

Amo, Señor, inflama mi amor.

Perdóname, Señor, aumenta mi arrepentimiento.

Te adoro como a primer principio, Te deseo como a último fin.

Dirígeme con tu sabiduría, conténme con tu justicia,

consuélame con tu compasión, protégame con tu poder.

Te ofrezco mis pensamientos para pensar en Ti,

mis palabras, para hablar de Ti, mis obras, para obrar conforme a Ti,

Quiero lo que Tú quieres, lo quiero porque lo quieres,

lo quiero como lo quieres, lo quiero en cuanto lo quieres.

Te ruego, Señor, que alumbres mi entendimiento, abracés mi voluntad,

purifiques mi cuerpo, santifiques mi alma,

llore las iniquidades pasadas, rechace las tentaciones futuras,

corrija las inclinaciones viciosas, cultive las virtudes necesarias.

Hazme prudente en las determinaciones, vigilante en los peligros,

paciente en las adversidades, humilde en las prosperidades.

Que me aplique a domar la naturaleza, a corresponder a la gracia,

a guardar tu ley, a merecer mi salvación.

Que aprenda de Ti cuan frágil es lo terreno, cuán grande lo divino,

cuán breve lo temporal, cuán duradero lo eterno.

Por Cristo Nuestro Señor.

¡Amén!“ (Fragmento de una oración del papa Clemente XI)

Interiorizamos la Palabra de Dios

¿Qué pasaje, versículo, frase o palabra te ha llamado la atención, te ha tocado el corazón? ¿Qué sentimientos despierta en ti? ¿Qué querrá decirte Dios, aquí y ahora, en este momento con ello?

¿Cómo resuena en tí la invitación a la vigilancia?

¿En qué ocasiones, crees tú que te encuentras dormido?

¿Cómo vives a la espera del Señor que viene?

¿Qué acciones concretas llevas a cabo para hacer posible el Reino a tu alrededor?

(Dejamos 5 minutos de silencio).

Motivamos la oración.

Alabamos a Dios Padre por habernos dado a Jesús y su Palabra.

Invocamos al Espíritu para derrame sobre nosotros su gracia y su fuerza para que podamos permanecer en vigilancia.

Damos gracias a Jesucristo por estar viniendo continuamente a nuestras vidas.

Siguiendo el mensaje de este texto, ¿Cuál es tu oración personal?

Cada uno puede compartir su oración personal.

....

Oración final

Salmo 96

*¡Cantad a Yahvé un nuevo canto,
canta a Yahvé, tierra entera,
cantad a Yahvé, bendecid su nombre!
Anunciad su salvación día a día,
contad su gloria a las naciones,
sus maravillas a todos los pueblos.*

*Pues grande es Yahvé y digno de alabanza,
más temible que todos los dioses.
Pues nada son los dioses paganos.
Pero Yahvé hizo los cielos;
gloria y majestad están ante él,
poder y esplendor en su santuario.*

<p style="text-align: center;">Paso 4. Actuamos: ¿Qué hacer como resultado de la oración?</p>

Se cuenta que un famoso artista pintó un bello cuadro. El día de la presentación al público, asistieron las autoridades locales, fotógrafos, periodistas y una gran concurrencia de espectadores. Llegado el momento, se tiró el paño que cubría el cuadro. Un estallido de aplausos hizo retumbar el salón. Una impresionante figura de Jesús

tocaba suavemente la puerta de una casa. Jesús parecía vivo. Con el oído junto a la puerta, pretendía oír si adentro de la casa alguien le respondía. Se pronunciaron discursos y elogios. Todos admiraban aquella preciosa obra de arte. Sin embargo, un observador muy curioso y perspicaz, encontró un fallo en el cuadro y se lo hizo notar a su autor: la puerta no tenía cerradura. Y fue a preguntar al artista, no sin cierta picardía: "Oiga, su puerta no tiene cerradura. ¿Cómo se hace para abrirla?"

- "Así es- respondió el pintor. Usted ha observado bien. Esa casa no tiene puerta porque representa el corazón del hombre. Sólo se abre por el lado de adentro".

Si nosotros queremos que Cristo venga a nuestra alma y nazca en nosotros esta Navidad, tenemos que abrirle nuestra casa desde adentro. Él no obliga a nadie, ni fuerza contra su voluntad a que le abran. Cada uno lo hace libremente. Él nos respeta siempre porque nos ama, incluso aunque en nuestra indiferencia o negación nos hacemos daño a nosotros mismos. Es el misterio del amor de Dios y de la libertad humana. Si queremos que Dios nazca en nosotros, hemos de preparar nuestro nacimiento, nuestro "belén" interior. Y esto exige estar en vela para que el pecado y los vicios del mundo no hagan presa de nuestra vida.

La breve parábola que se nos presenta hoy es fácil de entender. El hombre que se va de viaje es Cristo resucitado y ascendido al cielo. Deja su casa, su Iglesia, al cuidado de sus servidores. Cada uno debe cumplir con la tarea asignada. Todos somos, en cierto modo, porteros que hemos de permanecer despiertos, vigilantes, porque ciertamente va a venir el Señor pero no sabemos cuándo.

Prestemos atención a la comparación "*Al igual que un hombre que se ausenta: deja su casa, da atribuciones a sus siervos, a cada uno su trabajo, y ordena al portero que vele*" (Mc 13,34).

¿Por qué se insiste en la función del portero? ¿En qué se parece su situación a la de los discípulos que aguardan el regreso del Señor?

Fijémonos ahora en la consecuencia que se saca de esa comparación: "*velad, por tanto, ya que no sabéis cuándo viene el dueño de la casa, si al atardecer, o a media noche, o al cantar del gallo, o de madrugada. No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos*" (Mc 13,35-36). ¿Qué actitud debe tener el discípulo? ¿Por qué debe mantener esa actitud?

Esta enseñanza, lejos de ser una propuesta para vivir en el temor de un futuro incierto, es para la comunidad de Marcos una invitación a la esperanza, a revitalizar la fe.

No se sabe la hora porque todas las horas son buenas para abrirse al evangelio y comprometer la existencia. Mantenerse vigilantes y fieles al mensaje de Jesús en el presente es una forma de prepararse para el futuro que sin duda aguarda. No es una llamada a la angustia, sino a estar alerta.

La exhortación final del pasaje amplía el grupo de los destinatarios de las palabras de Jesús: "*Lo que a vosotros os digo, lo digo a todos*" (Mc 13,37). En Pedro, Santiago, Juan y Andrés, que fueron los primeros en recibir la llamada y que son los destinatarios directos del discurso (Mc 13,3), están representados los seguidores de Jesús de todos los tiempos. Por tanto, todo aquel que es discípulo de Cristo tiene que vivir en vigilancia constante. ¿Qué relación existe entre la actitud de la vigilancia y el anuncio de la venida inesperada del Hijo del hombre?

Jesús está hablando de su Segunda Venida, al final de los tiempos. Pero cada uno de nosotras/os, antes de eso, puede esperar “su venida” ante nuestro Dios. Significa que podemos vivir de tal manera que no importe el “cuando” de su Venida. Nuestra vida se convierte en una preparación para la visión de la felicidad.

Jesús está hablando de su Segunda Venida, al final de los tiempos. Pero cada uno de nosotros, antes que eso suceda, debemos prepararnos para presentarnos ante el Señor. Significa que debemos vivir en una forma tal que no nos importe si llega sin previo aviso.

Vigilancia es la palabra clave del texto. ¿Qué significado tiene para ti la vigilancia?

El Señor predice la ruina del templo y de la ciudad de Jerusalén, orgullo del pueblo elegido, símbolos de la presencia de Dios. ¿Por qué Jesús predice su ruina?

El templo y la ciudad santa eran formas concretas de la alianza entre Dios y el Pueblo. Pero a ellos les ha llegado la ruina. ¿Cuáles son nuestras formas concretas de alianza? ¿Crees que tendrán el mismo fin?

Jesús nos llama a sobrepasar las formas para acercarnos a Él. ¿Qué cosas, formas, signos, crees que el Señor te pide que trasciendas para acercarte a Él?

¿Estás adormecido? ¿En qué?

¿Vives siempre a la espera del Señor que viene? ¿Es el Adviento una ocasión para ti, que te recuerda el elemento vigilancia en la vida cristiana?

Nuestra vida se convierte en una preparación constante.

¿De qué me ha puesto a cargo Cristo? ¿Cómo lo estoy haciendo? ¿Estaré fascinado/a cuando lo vea venir?

Cuidemos personalmente las tres virtudes teologales: Fe, esperanza y caridad.

Busco tu rostro (fe) – Confesamos en el Credo: “Creo en Jesucristo... que nació de santa María Virgen... y ha de venir a juzgar a vivos y muertos”. ¿Cómo te ayuda el pasaje de hoy a profundizar en este rostro de Jesús?

Los cristianos afirmamos que Jesucristo ha venido, viene y vendrá. ¿Hasta qué punto soy consciente de esta realidad? ¿Alimento mi fe con esta certeza?

Vete y haz tú lo mismo (caridad). Desde el pasaje del evangelio de hoy, ¿qué debe cambiar en nuestra vida para vivir adecuadamente el Adviento? ¿Por dónde podríamos empezar?

“¡Cuidado! Estad alerta”. ¿Vivimos conscientes de que nuestra meta es el encuentro con Cristo o nos hemos instalado en este mundo? Razonad vuestra respuesta e intentad formular algún compromiso concreto.

¡Venga tu Reino! (esperanza) “Velad, porque no sabéis cuándo llegará el dueño de la casa”. ¿Cómo esperamos la llegada del Señor? ¿Angustiados? ¿Pasivos? ¿Cómo se expresa en nuestra vida esta esperanza?

Pronto comenzaremos el tiempo de Adviento. Este texto de hoy nos ayudará a preparar estas cuatro semanas que nos separan de la Navidad.

¿Estamos preparados para recibir a aquel que viene?

El adviento es un tiempo especial. El tiempo que nos prepara para hacernos un poco mejores y, quizá, un poco más felices. Adviento significa presencia de Dios ya comenzada, pero también tan sólo comenzada. Esto implica que los cristianos no miramos solamente a lo que ya ha sido y ya ha pasado, sino también a lo que está por venir. En medio de todas las desgracias del mundo tenemos la certeza de que la simiente

de luz sigue creciendo oculta, hasta que un día el bien triunfará definitivamente y todo le estará sometido: el día que Cristo vuelva. Sabemos que la presencia de Dios, que acaba de comenzar, será un día

**Para profundizar releamos el texto meditado
con el Magisterio y los santos Padres de la Iglesia.**

Meditación Papa Francisco

“El Señor Jesús se ha donado y sigue donándose a nosotros, para llenarnos de toda la misericordia y la gracia del Padre. Somos nosotros, por tanto, los que podemos convertirnos en cierto sentido en jueces de nosotros mismos, auto condenándonos a la exclusión de la comunión con Dios y con los hermanos, con la profunda soledad y tristeza que esto produce. No nos cansemos, por tanto, de vigilar nuestros pensamientos y nuestras actitudes, para pregonar desde ahora el calor y el esplendor del rostro de Dios.

Será bellissimo ese Dios que en la vida eterna contemplaremos en toda su plenitud. ¡Adelante! Pensando en ese juicio que comienza ahora, que ya ha empezado. ¡Adelante! Haciendo que nuestro corazón esté abierto a Jesús y a su salvación, y ¡Adelante! Sin tener miedo, porque el amor de Jesús es más grande, y si nosotros pedimos perdón por nuestros pecados él nos perdona. Jesús es así. ¡Adelante con esta certeza, que nos llevará a la gloria del cielo! “ (Papa Francisco, Audiencia general. Plaza de San Pedro. Miércoles 11 de diciembre de 2013).

Meditación de San Juan Pablo II

Discurso a los jóvenes: “Velar”

“ [...] 4. «Velar»: esta palabra tiene su etimología rigurosamente evangélica. Cuántas veces Cristo ha dicho: «Velad» (cf., por ejemplo, Mt 24, 42; 25, 13; 26, 38. 41; Mc 13, 33. 35. 37; 14, 34; 21, 36). «Velad, y orad para que no caigáis en tentación» (Mc 14, 38). Entre todos los discípulos de Cristo, María es la primera «que vela». Es preciso que de ella aprendamos a velar, que velemos con ella: «Estoy cercano a ti, me acuerdo de ti, velo».

5. «¿Qué quiere decir “velo”?» Quiere decir: me esfuerzo para ser un hombre de conciencia. No apago esta conciencia y no la deformedo; llamo por su nombre al bien y al mal, no los confundo; hago crecer en mí el bien y trato de corregirme del mal, superándolo en mí mismo. Éste es el problema fundamental, que nunca se podrá disminuir, ni trasladar a un plano secundario. ¡No!, siempre y en todo lugar, se trata de un problema de primer plano. Tanto más importante, cuanto más numerosas son las circunstancias que parecen favorecer nuestra tolerancia del mal, y el hecho de que fácilmente nos absolvemos de él, particularmente si así hacen los demás... «Velo» quiere decir, además, veo a los otros... Velo quiere decir: amor al prójimo; quiere decir: fundamental solidaridad «interhumana».

Aquí ya he pronunciado una vez estas palabras, en Jasna Góra, durante el encuentro con los jóvenes, en 1983, año particularmente difícil para Polonia.

Hoy las repito: ¡«Estoy cercano a ti, me acuerdo de ti, velo!» (VI jornada mundial de la juventud. Vigilia de oración en Czestochowa (14-08-1991)

Homilía: espera y preparación interior

“ 1. *“Vigilad..., velad” (Mc 13, 35. 37). Esta insistente llamada a la vigilancia y esta invitación urgente a estar preparados para acoger al Señor que viene, son característicos del tiempo litúrgico de Adviento, que comenzamos hoy. El Adviento es tiempo de espera y preparación interior para el encuentro con el Señor. Por tanto, dispongamos nuestro espíritu para emprender con alegría y decisión esta peregrinación espiritual que nos llevará a la celebración de la santa Navidad...*

Queridos hermanos y hermanas, iluminados por la palabra de Dios y sostenidos por la gracia del Señor, pongámonos en camino hacia el Señor que viene. Pero, ¿para qué “viene Dios” o, como dice a menudo la Biblia, “nos visita”? Dios viene para salvar a sus hijos, para hacer que entren en la comunión de su amor.

4. *Queridos hermanos, demos gracias al Señor por cuanto se ha realizado hasta ahora. Ojalá que las infraestructuras de que disponéis os ayuden a realizar una labor eficaz de evangelización, respondiendo a los desafíos de la secularización y de un cierto desapego de los valores tradicionales del cristianismo. Ojalá que las experiencias espirituales que viváis aquí os estimulen a intensificar vuestro esfuerzo por anunciar el Evangelio, dispuestos a dar razón de vuestra fe ante todos.*

Frente a la actual crisis de valores, vuestro testimonio cristiano en las familias ha de ser claro y generoso; sed los primeros custodios de la pureza de los niños y los jóvenes; esforzaos para que se abran de par en par las puertas de los corazones, y Cristo pueda entrar en la existencia de todos los habitantes de vuestro barrio.

No os desaniméis ante las dificultades inevitables. Dios os sostiene con su gracia y hará que vuestras iniciativas pastorales den fruto...

5. *“¡Ojalá rasgaras el cielo y bajaras!” (Is 63, 19). Esta intensa invocación del profeta Isaías expresa de modo eficaz cuáles deben ser los sentimientos de nuestra espera del Señor que está a punto de venir. ¡Sí! El Señor ya vino a nosotros hace dos mil años, y nos preparamos para celebrar, en la próxima Navidad, el gran acontecimiento de la Encarnación. Cristo cambió radicalmente el curso de la historia. Al final, volverá en su gloria, y nosotros lo esperamos, esforzándonos por vivir nuestra existencia como un adviento de esperanza confiada. Es lo que queremos pedir con esta celebración litúrgica.*

Que Dios nos asista con su gracia, para que iniciemos con impulso y buena voluntad el itinerario del Adviento, saliendo al encuentro de Cristo, nuestro Redentor, con las buenas obras (cf. Oración colecta). María, Hija de Sión, elegida por Dios para ser Madre del Redentor, nos guíe y acompañe; haga fecunda y llena de alegría nuestra preparación para la Navidad y para el gran acontecimiento del jubileo.” (San Juan Pablo II. Parroquia de San Inocencio I Papa y San Guido Obispo (28-11-1999)

Meditación de San Beda, in Marcum 4, 42

34. «Al igual que un hombre que se ausenta: deja su casa, da atribuciones a sus siervos, a cada uno su trabajo, y ordena al portero que vele...» El hombre que saliendo a un viaje largo dejó su casa es Cristo, quien, subiendo triunfante a su Padre después de la resurrección, dejó corporalmente la Iglesia, sin privarla por eso de la protección de la presencia divina.

Meditación de San Gregorio Magno

“ 34-35. *«Al igual que un hombre que se ausenta: deja su casa, da atribuciones a sus siervos, a cada uno su trabajo, y ordena al portero que vele...»* Y como la tierra es el lugar propio del cuerpo, representó el Redentor en su ascensión a los cielos al hombre que sale a un viaje largo. Dio a sus criados poder para todo, porque con la gracia del Espíritu Santo concedida a sus fieles les dio facultad para servirle en el bien. Mandó también al portero que velase, porque manda al orden de los Pastores que se hagan cargo del cuidado de la Iglesia confiada a ellos. Pero no sólo a los Pastores, sino a todos nos manda que guardemos las puertas de nuestros corazones, a fin de que no las traspase el antiguo enemigo para tentarnos, y de que el Señor no nos encuentre dormidos. Por lo cual, y concluyendo el ejemplo, añade: *«Velad, por tanto, ya que no sabéis cuándo viene el dueño de la casa, si al atardecer, o a media noche, o al cantar del gallo, o de madrugada.»*” (San Gregorio Magno, homilía in Evangelia, 9).

Meditación de San Agustín

“36. No habló así solamente para los que entonces le oían, sino también para los sucesores de aquellos, los anteriores a nosotros, para nosotros mismos y los que sigan después de nosotros hasta su última venida. ¿Acaso aquel día ha de encontrar a todos los hombres en esta vida, o se dirigen también a los difuntos estas palabras: «Velad, no sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos.» Porque ¿Cómo habla así a todos, no dirigiéndose más que a los que vio entonces, sino es porque a todos concierne, como he dicho? Así, pues, ese día será para cada uno aquél en que salga de este mundo tal y como deba ser juzgado. Por ello debe vigilar todo cristiano, para que no le halle desprevenido la venida del Señor, pues hallará desprevenido aquel día a todo el que no esté prevenido el último día de su vida.” (San Agustín, ad Hesych., epíst. 80).

Sermón: Viene el Señor a salvar

“Dios no envió a su Hijo a condenar, sino a salvar

Viene nuestro Dios, y no callará. Cristo, el Señor, Dios nuestro e Hijo de Dios, en su primera venida se presentó veladamente, pero en su segunda venida aparecerá manifiestamente. Al presentarse veladamente, sólo se dio a conocer a sus siervos; cuando aparezca manifiestamente, se dará a conocer a buenos y malos. Al presentarse veladamente, vino para ser juzgado; cuando aparezca manifiestamente, vendrá para juzgar. Finalmente, cuando era juzgado guardó silencio, y de este su silencio había predicho el profeta: Como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca.

Pero viene nuestro Dios, y no callará. Guardó silencio cuando era juzgado, pero no lo guardará cuando venga para juzgar. En realidad, ni aun ahora guarda silencio si hay quien le escuche; pero se dijo: Entonces no callará, cuando reconozcan su voz incluso los que ahora la desprecian. Actualmente, cuando se recitan los mandamientos de Dios, hay quienes se echan a reír. Y como, de momento, lo que Dios ha prometido no es visible ni se comprueba el cumplimiento de sus amenazas, se hace burla de sus preceptos. Por ahora, incluso los malos disfrutan de lo que el mundo llama felicidad: en tanto que la llamada infelicidad de este mundo la sufren incluso los buenos.

Los hombres que creen en las realidades presentes, pero no en las futuras, observan que los bienes y los males de la vida presente son participados indistintamente por buenos y malos. Si anhelan las riquezas, ven que entre los ricos los hay pésimos y los hay hombres de bien. Y si sienten pánico ante la pobreza y las miserias de este mundo, observan asimismo que en estas miserias se debaten no sólo los buenos, sino también los malos. Y se dicen para sus adentros que Dios no se ocupa ni gobierna las cosas humanas, sino que las ha completamente abandonado al azar en el profundo abismo de este mundo, ni se preocupa en absoluto de nosotros. Y de ahí pasan a desdeñar los mandamientos, al no ver manifestación alguna del juicio.

Pero aun ahora debe cada cual reflexionar que, cuando Dios quiere, ve y condena sin dilación, y, cuando quiere, usa de paciencia. Y ¿por qué así? Pues porque si al presente jamás ejerciera su poder judicial, se llegaría a la conclusión de que Dios no existe; y si todo lo juzgara ahora, no reservaría nada para el juicio final. La razón de diferir muchas cosas hasta el juicio final y de juzgar otras enseguida, es para que aquellos a quienes se les concede una tregua teman y se conviertan. Pues a Dios no le gusta condenar, sino salvar; por eso usa de paciencia con los malos, para hacer de los malos buenos. Dice el Apóstol, que Dios revela su reprobación de toda impiedad, y pagará a cada uno según sus obras.

Y al despectivo lo amonesta, lo corrige y le dice: ¿O es que desprecias el tesoro de su bondad, tolerancia y paciencia? Porque es bueno contigo, porque es tolerante, porque te hace merced de su paciencia, porque te da largas y no te quita de en medio, desprecias y tienes en nada el juicio de Dios, ignorando que esa bondad de Dios es para empujarte a la conversión. Con la dureza de tu corazón impenitente te estás almacenando castigos para el día del castigo cuando se revelará el justo juicio de Dios pagando a cada uno según sus obras.” (San Agustín, obispo. Sermón: Viene el Señor a salvar. Sermón 18 (1-2: CCL 61, 245-246)).

Meditación de San Cirilo de Jerusalén.

Catequesis: Dos venidas de Cristo

“Las dos venidas de Cristo

Anunciamos la venida de Cristo, pero no una sola, sino también una segunda, mucho más magnífica que la anterior. La primera llevaba consigo un significado de sufrimiento; esta otra, en cambio, llevará la diadema del reino divino.

Pues casi todas las cosas son dobles en nuestro Señor Jesucristo. Doble es su nacimiento: uno, de Dios, desde toda la eternidad; otro, de la Virgen, en la plenitud de los tiempos. Es doble también su descenso: el primero, silencioso, como la lluvia sobre el vellón; el otro, manifiesto, todavía futuro.

En la primera venida fue envuelto con fajas en el pesebre; en la segunda se revestirá de luz como vestidura. En la primera soportó la cruz, sin miedo a la ignominia; en la otra vendrá glorificado, y escoltado por un ejército de ángeles.

No pensamos, pues, tan sólo en la venida pasada; esperamos también la futura. Y habiendo proclamado en la primera: Bendito el que viene en nombre del Señor, diremos eso mismo en la segunda; y saliendo al encuentro del Señor con los ángeles, aclamaremos, adorándolo: Bendito el que viene en nombre del Señor.

El Salvador vendrá, no para ser de nuevo juzgado, sino para llamar a su tribunal a aquellos por quienes fue llevado a juicio. Aquel que antes, mientras era juzgado, guardó silencio refrescará la memoria de los malhechores que osaron insultarle cuando estaba en la cruz, y les dirá: Esto hicisteis y yo callé.

Entonces, por razones de su clemente providencia, vino a enseñar a los hombres con suave persuasión; en esa otra ocasión, futura, lo quieran o no, los hombres tendrán que someterse necesariamente a su reinado.

De ambas venidas habla el profeta Malaquías: De pronto entrará en el santuario el Señor a quien vosotros buscáis. He ahí la primera venida.

Respecto a la otra, dice así: El mensajero de la alianza que vosotros deseáis: miradlo entrar —dice el Señor de los ejércitos—. ¿Quién podrá resistir el día de su venida, ¿quién quedará en pie cuando aparezca? Será un fuego de fundidor, una lejía de lavadero: se sentará como un fundidor que refina la plata.

Escribiendo a Tito, también Pablo habla de esas dos venidas en estos términos: Ha aparecido la gracia de Dios que trae la salvación para todos los hombres; enseñándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa, aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo. Ahí expresa su primera venida, dando gracias por ella; pero también la segunda, la que esperamos.

Por esa razón, en nuestra profesión de fe, tal como la hemos recibido por tradición, decimos que creemos en aquel que subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Vendrá, pues, desde los cielos, nuestro Señor Jesucristo. Vendrá ciertamente hacia el fin de este mundo, en el último día, con gloria. Se realizará entonces la consumación de este mundo, y este mundo, que fue creado al principio, será otra vez renovado.” (San Cirilo de Jerusalén. Catequesis: Dos venidas de Cristo. Catequesis 15 (1-3: PG 33, 870-874)

Jesús envía a sus discípulos a misionar

Marcos 16,14-18



Pasos de la Lectio divina.

Introducción

Paso 1. Leer: ¿Qué dice el texto?

Paso 2. Meditar: ¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Paso 3. Orar: ¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?

Paso 4. Actuar: ¿Qué hacer como resultado de la oración?

Introducción

El texto del evangelio que meditamos hoy forma parte del apéndice del Evangelio de Marcos (Mc 16,9-20) que presenta una lista de algunas apariciones de Jesús: a la Magdalena (Mc 16,9-11), los dos discípulos que iban por el campo (Mc 16,12-13) y a los doce apóstoles (Mc 16,14-18).

El texto es una especie de síntesis de lo que sucedió a Jesús a partir de la resurrección; síntesis que alguien ha añadido al evangelio de Marcos cuando ya estaba terminado. Esto se reconoce hoy claramente por su estilo, e incluso, por su teología. Habla de la Ascensión. Pero lo que verdaderamente llama la atención de este texto es el encargo de la misión del Resucitado a sus apóstoles para que hagan discípulos(as) en todas las partes del mundo. Se describe esta misión de la misma manera que Jesús la puso en práctica en el mismo evangelio de Marcos. Por tanto, Él es el modelo de nuestra predicación y de nuestros compromisos cristianos.

El Reino, ahora, se hace presente cuando sus discípulos se empeñan, como Jesús, en vencer el mal del mundo y en hacer realidad la liberación de todas las situaciones angustiosas de la vida por medio del evangelio.

Paso 1. Leemos:
¿Qué dice el texto?

«Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. 15 Y les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación.

16 El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado. 17 A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, 18 cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos».

19 Después de hablarles, el Señor Jesús fue llevado»". (Marcos 16,14-18)

Palabra del Señor.

Paso 2. Meditamos :
¿Qué me dice Dios a mí en este texto?

Jesús se aparece a los once discípulos y les reprocha el no haber creído en las personas que lo habían visto resucitado (Mc 16,14). No creyeron en la Magdalena (Mc 16,11), ni a los dos que iban por el campo (Mc 16,13). Varias veces San Marcos se refiere a la resistencia de los discípulos en creer en el testimonio de aquellos y aquellas que experimentaron la resurrección de Jesús. ¿Por qué San Marcos insiste tanto en la falta de fe de los discípulos? Probablemente, para enseñar dos cosas:

- 1.- La fe en Jesús pasa por la fe en las personas que dan testimonio de él.
- 2.- Nadie debe desanimarse cuando la duda surge en el corazón. ¡Hasta los once discípulos tuvieron dudas!

A continuación de haberles criticado la falta de fe, Jesús les confiere la misión (Mc 16,15-18): *"Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará."* A los que tienen el valor de

creer en la Buena Nueva y que son bautizados, Jesús promete las siguientes señales: expulsarán demonios, hablarán nuevas lenguas, agarrarán serpientes y el veneno no les hará daño, impondrán las manos sobre los enfermos y éstos quedarán sanos.

Esto acontece hoy:

* expulsar demonios: es luchar en contra del poder del mal que mata la vida. La vida de muchas personas es mejor por haber entrado en comunidad y por haber empezado a vivir la Buena Nueva de la presencia de Dios en su vida;

*hablar lenguas nuevas: es comenzar a comunicarse con los demás de forma nueva. A veces encontramos a una persona que no hemos visto nunca antes, pero parece que la conocemos desde hace mucho tiempo. Es porque hablamos la misma lengua, el lenguaje del amor;

*vencer el veneno: hay muchas cosas que envenenan la convivencia. Muchos chismes que causa estragos en la relación entre la gente. Quien vive la presencia de Dios vive por encima de todo esto y consigue que este veneno terrible no le moleste;

* curar a los enfermos: doquiera que aparece una conciencia más clara y más viva de la presencia de Dios, aparece también un cuidado especial con las personas excluidas y marginadas, sobre todo hacia los enfermos. Aquello que más favorece la curación es que la persona se siente acogida y amada.

Paso 3. Oramos:

¿Qué le quiero decir yo a Dios desde esta palabra proclamada ?

Oración introductoria.

Señor, me llamas a dedicarme a predicar tu Evangelio. ¡Qué privilegio el poder contribuir en la extensión de tu Reino!

Aumenta mi fe y mi caridad, por ello te pido que esta oración sea el medio para fortalecer mi convicción de ser un auténtico discípulo y misionero de tu amor.

Haz que tu Santo Espíritu anide y sane mi corazón enfermo y entre hasta el fondo del alma. Que llena el vacío de tu ausencia que demasiadas veces existe en mi vida. Que nos descubra cada día tu santa voluntad y nos guíe cuando nos tuerza el sendero de nuestro peregrinar terrenal.

Ayúdame, Señor, a saber corresponder, con mi amor y servicio a los demás, el don de tu redención, el don gratuito del envío a misionar.

Amén.

Interiorizamos la Palabra proclamada.

(Dejamos 5 minutos de silencio).

Motivamos la oración. En el mismo momento en que intentamos llevar a cabo el cumplimiento de la misión nos damos cuenta de que estamos inmersos en una guerra espiritual. Por esto Pablo exhortaba a los creyentes de esta forma:

"Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes." (Ef 6:10-12)

En nuestra vida cristiana, las técnicas humanas resultan generalmente insuficientes . Es en la oración -en la intimidad con el Señor- donde nuestra vida y propósitos se fortalecen. Así vemos como San Pablo concluye pidiendo las oraciones de los creyentes a su favor como un arma eficaz en esta lucha:

"Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio." (Ef 6:17-19)

La oración es vital porque abre oportunidades para el testimonio y la misión.

"Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias; orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Dios, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar." (Col 4:2-4)

También encontramos que la iglesia primitiva oraba para tener valor para hablar a otros de Cristo en medio de la persecución.

"Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra." (Hch 4:29)

....

Oración final

*" Señor, bendice mis ojos
para que sepan ver las necesidades de mis
hermanos en lo cotidiano de mi vida, y no
olviden nunca lo que a nadie deslumbra;
que vean detrás de la superficie
para que los demás se sientan felices
por mi modo de mirarles.*

*Señor, bendice mis oídos
para que sepan oír tu voz
y perciban muy claramente
el grito de los afligidos por cualquier mal
; que sepan quedarse sordos
al ruido inútil y la palabrería,
pero no a las voces que llaman
y piden que las oigan y comprendan
aunque turben mi comodidad.*

*Señor, bendice mi corazón
para que sea templo vivo de tu Espíritu y
sepa administrar sus dones ;
que sea generoso en perdonar y
comprender y aprenda a compartir dolor
y alegría con un gran amor.
Que tu Santo Espíritu, puedas disponer de*

*mí con todo lo que soy, con todo lo que
tengo.*

*Señor, bendice mi boca para que dé
testimonio de Ti y no diga nada que hiera
o destruya; que sólo pronuncie palabras
que alivien, que nunca traicione
confidencias y secretos, que consiga
despertar sonrisas.*

*Señor, que mis obras no
contradigan
mi fe y mis palabras, para que dé
testimonio armónico de Ti
y no haga nada que hiera o destruya;
que sólo haga aquellas obras que alivian,
que nunca haga obras que hieran, que
consiga que mis obras sean icono de tu
amor y misericordia .*

Paso 4. Actuamos:
¿Qué hacer como resultado de la oración?

Nos encontramos en el Monte de los Olivos, en el mismo lugar donde cuarenta días antes, Jesús era entregado por uno de sus discípulos y donde todos los demás le abandonaron.

Ahora la situación es otra, ya no son los mismos apóstoles de antes, la Resurrección los ha cambiado. Jesús se da cuenta de esto, por eso, les da una nueva misión: predicar el evangelio a todos los hombres, suscitar la fe, transmitir la salvación mediante el bautismo: he aquí la misión de los apóstoles después de la Resurrección. Y nosotros católicos somos hoy en día esos apóstoles resucitados.

Es verdad que en nuestras vidas hemos abandonado el camino cristiano muchas veces, pero eso a Jesús no le importa. Él nos llama a predicar el evangelio con un ardor de caridad que nos obligue a transmitir a los demás la verdad que hemos encontrado; nos dará la fuerza para ser tanto de palabra como de obra un ferviente testimonio del evangelio.

Desde los tiempos apostólicos hasta hoy, han pasado cientos de años ¿qué nos diferencia a nosotros de los apóstoles? Tenemos la misma fe, la misma caridad, la misma doctrina, el mismo Dios... Pero nos falta su amor apasionado a Cristo, que les llevó a considerar todo basura comparado con Cristo.

No esperemos más, convirtámonos en esos apóstoles resucitados y pidamos esa fe y ese amor que nos convierta también a nosotros en sal, luz en medio de la oscuridad del mundo y la mediocridad de la vida cristiana propia y ajena.

¿Cómo acontecen en mi vida estas señales de la presencia de Jesús?
¿Cuáles son hoy las señales que más convencen a las personas de la presencia de Jesús en medio de nosotros?.

El mandato a evangelizar a toda la creación tiene su origen en el judaísmo donde se descubre a Dios como Rey de toda la Creación: " *¡Sí, Dios de mi padre y Dios de la herencia de Israel, Soberano del cielo y de la tierra, Creador de las aguas y Rey de toda la creación: escucha mi plegaria!*" (Judit 9,12).

Los grandes obstáculos para esta misión universal continúan siendo dos:

- 1) la incredulidad
- 2) la dureza del corazón

¿Nos sentimos llamados a la evangelización universal en casa, familia y amigos? porque ahí está la tierra para sembrar la semilla de la misión. En un mundo tan relacionado globalmente podemos producir una influencia decisiva con nuestras vidas.

Jesús es el liberador de toda la Creación y los seres humanos respondemos con fe o con incredulidad, en grados y niveles distintos. Según esta Palabra, los que respondemos con fe tenemos una disposición para vivir nuestro bautismo.

Desde esa condición de bautizados estamos llamados a la santidad. Así lo señala el Papa Francisco en su Exhortación " *Gaudete et exsultate*" ¹⁸ allí el Papa prolonga una de las ideas más importantes e innovadoras del Vaticano II: todos estamos llamados a la santidad. Con esta exhortación el Papa Francisco se propone animar a todos a acoger la llamada a la santidad en la vida cotidiana. No es la vocación de unos pocos elegidos, ni requiere ausentarse de este mundo, ni abandonar las actividades acostumbradas, ni exige una perfección total y constante.

Debemos por ello perder el miedo a la santidad. Podemos vivirla y realizarla a través de pequeños detalles, con gestos sencillos, con la garantía de que ello nos aporta también felicidad y gozo de vivir.

Cada uno de nosotros tiene su propio camino y su propio estilo de santidad. Tarea nuestra es descubrir ese camino concreto que nos permita reflejar y hacer visible la realidad del evangelio, como "buena nueva" para toda persona que se cruce en mi camino. Eso será también un regalo para el mundo. «*Me gusta ver la santidad,*

-dice el Papa- , en los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad "de la puerta de al lado", de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios» (GE, 7).

Desde este camino de santidad, ¿Cómo vivimos nuestro bautismo los cristianos? ¿Nos sentimos parte de la Iglesia? Generalmente en nuestro entorno hay un mínimo porcentaje de bautizados que ejercen su triple unción bautismal: reyes, sacerdotes y profetas y que caminan en santidad. Tenemos mucho para misionar en nuestro entorno cotidiano.

Los que creen serán acompañados por señales. Es decir, que los creyentes no debemos andar detrás de señales, prodigios, etc. sino que son las señales las que siguen a los creyentes.

¡Cuánta gente anda detrás de espectacularidades de todo tipo, incluidos los shows de milagros y revelaciones privadas! Es al revés, las señales siguen a los creyentes y no los creyentes a las señales. Los hechos maravillosos no generan discípulos sino admiradores. Los hechos maravillosos no edifican la Iglesia sino "reinos privados".

Jesús es quien rehace la creación y por eso asciende al cielo y se sienta a la derecha de Dios. En la virtud del Todopoderoso que los envía, los discípulos predicán y son acompañados por las señales que hemos oído en el texto meditado hoy.

No todos los discípulos escribieron un evangelio, ni viajaron por el mundo o comunidades ya establecidas. Lo que sí todos tuvieron en común fue que siguieron al Señor de acuerdo a la forma en que el Espíritu Santo los animaba. Por eso, aunque una misión aventurada te parezca fuera de tu alcance, realmente no lo es; sólo procura ser fiel a la misión que Dios te ha dado, y te sentirás muy realizado.

Todos podemos proclamar el Evangelio de alguna manera cada día. Cada acto de bondad que realices puede dar el toque del Señor. Cada palabra alentadora que digas

¹⁸ Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate* del Santo padre Francisco, sobre el llamado a la santidad en el mundo actual. 19 de marzo, Solemnidad de San José, del año 2018.

puede llevar la fuerza del Espíritu. Cada decisión de perdonar, aunque sea una ofensa pequeña, es fuente de gracia y compasión.

¡No desestimes ninguno de estos gestos! Tal vez no sean los hechos heroicos de los apóstoles, pero eso no importa. Por muy normal que todo parezca, "todo el mundo" al que Jesús te ha enviado necesita tu testimonio.

Profundicemos en esta pregunta: ¿Qué es lo que Jesús envía a predicar? no son ideas propias (ideologías), sino el Evangelio, la Palabra de Dios, el Reinado de Dios (la cercanía de Dios al hombre). Eso es lo que hay que predicar y no de un modo teórico sino con toda la vida.

No olvidemos que el "actor principal" en la misión de la iglesia y en la nuestra como cristianos es el Espíritu Santo. Es él quien testifica de Cristo, aunque por supuesto, esto no anula en ninguna manera la responsabilidad de la propia iglesia (Ez 3:18-19), pero sin su testimonio, el nuestro es inútil.

"Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio." (Jn 15:26-27)

El Espíritu ilumina la mente, revelando la verdad de Dios y abriendo los ojos de los ciegos, enfocando su luz sobre la persona de Jesucristo. Es él quien unge al mensajero, confirma la palabra, prepara al oyente, convence al pecador, da vida a los muertos, nos une al Cuerpo de Cristo, nos asegura que somos hijos de Dios, nos encamina hacia un carácter y un servicio semejantes a los de Cristo, y, a su vez, nos hace salir para ser testigos de Cristo. En todo esto la principal preocupación del Espíritu Santo es glorificar a Jesucristo manifestándolo y formándolo en nosotros. Sólo el Espíritu Santo de Dios puede tomar las palabras dichas en debilidad humana y hacer que lleguen con poder a la mente, la conciencia y la voluntad de los oyentes.

Demasiadas veces hemos convertido la iniciativa divina en una empresa humana. Todo depende de nosotros, de nuestras habilidades, conocimientos, recursos, estrategias, técnicas, sabiduría, organización... Pero sólo en la medida en que el Espíritu Santo domine la obra y a los obreros, podremos esperar que haya progreso en la tarea de llevar el conocimiento de Cristo a todos los pueblos.

Pero si tan grave es el hecho de sentirnos autosuficientes ante la labor encomendada, no lo es menos la postura opuesta, aquella que nos lleva a pensar que porque el Espíritu Santo es el encargado de llevar a cabo la tarea, por lo tanto, nosotros ya no tenemos nada que hacer. Esta pereza espiritual no encuentra ninguna justificación en la Biblia. No hemos de olvidar que el Espíritu obra por dos medios principales: su Palabra y su Iglesia. Esto nos debe llevar a estudiar con seriedad toda la Biblia y a predicarla también a otros, viviendo lo aprendido en la plenitud del Espíritu. De esta manera podremos ser utilizados por Dios. Porque no hemos de ignorar que él no suprime nuestra personalidad, sino que la potencia para su gloria, por eso es muy importante el dedicar tiempo a formarse adecuadamente en el conocimiento de la Palabra.

De ahí la importancia de estos encuentros nuestros orando y meditando la "Lectio divina"

**Para profundizar releamos el texto meditado con el
Magisterio y los santos Padres de la Iglesia.**

Meditación Papa Francisco

" A los esposos que creen, les acompañarán estos signos "El amor que nos prometemos supera toda emoción, sentimiento o estado de ánimo, aunque pueda incluirlos. Es un querer más hondo, con una decisión del corazón que involucra toda la existencia. Así, en medio de un conflicto no resuelto, y aunque muchos sentimientos confusos den vueltas por el corazón, se mantiene viva cada día la decisión de amar, de pertenecerse, de compartir la vida entera y de permanecer amando y perdonando. Cada uno de los dos hace un camino de crecimiento y de cambio personal. En medio de ese camino, el amor celebra cada paso y cada nueva etapa.

... El vínculo encuentra nuevas modalidades y exige la decisión de volver a amarlo una y otra vez. Pero no sólo para conservarlo, sino para desarrollarlo. Es el camino de construirse día a día. Pero nada de esto es posible si no se invoca al Espíritu Santo, si no se clama cada día pidiendo su gracia, si no se busca su fuerza sobrenatural, si no se le reclama con deseo que derrame su fuego sobre nuestro amor para fortalecerlo, orientarlo y transformarlo en cada nueva situación." (Papa Francisco Amoris Laetitia 163):

Meditación desde el Concilio Vaticano II.

«Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,14)

" El mismo Señor Jesús, antes de entregar voluntariamente su vida por la salvación del mundo, de tal manera dispuso el ministerio apostólico y prometió enviar el Espíritu Santo, que ambos se encuentran asociados en la realización de la obra de la salvación en todas partes y para siempre.

El Espíritu Santo unifica en la comunión y en el ministerio, y provee de diversos dones jerárquicos y carismáticos a toda la Iglesia a través de todos los tiempos, vivificando, a la manera del alma, las instituciones eclesiales e infundiendo en el corazón de los fieles el mismo impulso de misión con que actuó Cristo. A veces también se anticipa visiblemente a la acción apostólica, de la misma forma que sin cesar la acompaña y dirige de diversas formas.

El Señor Jesús ya desde el principio llamó a los que él quiso, y a doce los hizo sus compañeros, para enviarlos a predicar. Los apóstoles fueron, pues, la semilla del nuevo Israel y al mismo tiempo el origen de la sagrada jerarquía.

Después, el Señor, una vez que hubo cumplido en sí mismo, con su muerte y resurrección, los misterios de nuestra salvación y la restauración de todas las cosas, habiendo recibido toda potestad en el cielo y en la tierra, antes de ascender a los cielos, fundó su Iglesia como sacramento de salvación y envió a los apóstoles a todo el mundo, como también él había sido enviado por el Padre, mandándoles: "Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado".

De aquí le viene a la Iglesia el deber de propagar la fe y la salvación de Cristo; tanto en virtud del mandato expreso que de los apóstoles heredó el orden episcopal, al

que ayudan los presbíteros, juntamente con el sucesor de Pedro, sumo pastor de la Iglesia, como en virtud de la vida que Cristo infunde a sus miembros.

La misión de la Iglesia se realiza, pues, mediante aquella actividad por la que, obediente al mandato de Cristo y movida por la gracia y la caridad del Espíritu Santo, se hace presente en acto pleno a todos los hombres o pueblos, para llevarlos con el ejemplo de su vida y con la predicación, con los sacramentos y demás medios de gracia, a la fe, la libertad y la paz de Cristo, de suerte que se les descubra el camino libre y seguro para participar plenamente en el misterio de Cristo". (Meditación desde el Concilio Vaticano II. Decreto Ad Gentes: Id y haced discípulos de todos los pueblos *Núms. 4-5*)

Meditación de San Gregorio de Nisa

Cartas: Creamos de acuerdo con nuestro bautismo y sintamos como creemos

«Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16,15)

" Confesamos que la doctrina que Cristo enseñó a sus discípulos al confiarles el misterio del amor, es el fundamento y la raíz de una fe firme y salutífera, y creemos no haber nada más sublime, más seguro ni más cierto que esta tradición.

La doctrina del Señor es ésta: Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Con el don de la santísima Trinidad, participan de su poder vivificante cuantos renacen de la muerte a la vida eterna, y el don de la fe les hace dignos de esta gracia. Por lo mismo, queda imperfecta la gracia si en el bautismo que confiere la salvación es omitido uno de los nombres de la santísima Trinidad, no importa cuál. De hecho, el sacramento de la regeneración no puede correctamente conferirse sólo en el nombre del Padre y del Hijo sin el Espíritu Santo; y si es silenciado el Hijo, el bautismo no podrá otorgarnos la vida perfecta mencionando sólo al Padre y al Espíritu Santo. La misma gracia de la resurrección no alcanza su perfección en el Padre y el Hijo, si se omite el Espíritu Santo. Por consiguiente, toda la esperanza y seguridad de la salvación de nuestras almas se cimienta en las tres Personas que nos son conocidas bajo estos nombres. Creemos en el Padre de nuestro Señor Jesucristo, fuente de la vida; creemos en el Hijo unigénito del Padre, autor de la vida según enseña el Apóstol; creemos en el Espíritu Santo de Dios, del cual dice el Señor: El Espíritu es quien da vida.

Ahora bien: como a nosotros, redimidos de la muerte, se nos da en el santo bautismo la gracia de la inmortalidad mediante la fe en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, apoyados en esta convicción creamos que nada servil, creado o indigno de la majestad del Padre puede hallarse en la Trinidad. Una es la vida que hemos recibido por la fe en la santísima Trinidad: emana del Señor, Dios del universo como de su principio fontal, el Hijo la comunica y llega a su plenitud por obra del Espíritu Santo.

En fuerza de esta seguridad y convicción fuimos bautizados según nos fue mandado: creamos de acuerdo con nuestro bautismo y sintamos como creemos, de suerte que no haya discrepancia alguna entre bautismo, fe y modo de sentir respecto del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo ". (San Gregorio de Nisa . Carta 6: PG 46, 1030-1031).

Meditación de San Agustín

Sobre la Primera Carta de San Juan: Creemos en Jesús, a quien no hemos visto

«Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio» (Mc 16,15)
" *Creemos en Jesús, a quien no hemos visto. Lo anunciaron quienes lo vieron, quienes lo palparon, quienes escucharon las palabras de su boca. Y para convencer de esto al género humano, fueron enviados por él, no osaron ir por propia iniciativa. Y ¿adónde fueron enviados? Lo habéis oído al escuchar el evangelio: Id al mundo entero y proclamad el evangelio a toda la creación. Luego a todo el mundo fueron enviados los discípulos, confirmando la Palabra con signos y prodigios para ser creídos, pues predicaban lo que, habían visto.*

Y nosotros creemos en quien no hemos visto y cuyo retorno esperamos. Todos cuantos lo esperan con fe, se alegrarán de su venida; los que no tienen fe, se sonrojarán cuando viniere lo que ahora no ven. Mantengámonos, pues, fieles a sus palabras, para no quedar confundidos cuando viniere. El mismo dice en el evangelio a los que habían creído en él: Si os mantenéis en mi palabra seréis de verdad discípulos míos. Y saliendo al paso de una posible pregunta: ¿Cuál será la recompensa?, añade: Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.

Así pues, de momento nuestra salvación radica en la esperanza, no en la realidad; pues todavía no poseemos lo que se nos ha prometido, pero esperamos poseerlo en el futuro. Y el que lo ha prometido es fiel, no te engaña: lo importante es que no pierdas la esperanza, sino que esperes la promesa. En efecto, la verdad no conoce el engaño. Tú no seas mentiroso, profesando una cosa y haciendo otra; conserva la fe y él te mantendrá su promesa. Ahora bien, si tú no mantuvieras la fe, tú mismo te defraudas, no el que hizo la promesa.

Si sabéis que él es justo, reconoced que todo el que obra justicia ha nacido de él. Ahora nuestra justicia procede de la fe. La justicia perfecta sólo se da a los ángeles, y apenas si en los ángeles, si se les compara con Dios. No obstante, de darse una justicia perfecta en las almas o en los espíritus creados por Dios, ésta se da en los ángeles santos, justos, buenos, a quienes ninguna caída desvió, a quienes la soberbia no precipitó, sino que permanecieron siempre en la contemplación del Verbo de Dios, y que en ningún otro hallan su felicidad, sino en el que los creó. En ellos la justicia es perfecta; en nosotros, por el contrario, comenzó a existir por la fe según el Espíritu. (San Agustín. Sobre la primera carta de san Juan, Tratado 4, 2-3: SC 75, 220-224).

Meditación de San Agustín, sobre el último día.

" *¿Cómo, pues, pasó esto en el último día? El último día fue aquel en que vieron los Apóstoles al Señor por última vez en la tierra, que fue el cuadragésimo después de la resurrección. ¿Cómo, pues, se les tacha de no haber creído a los que vieron su resurrección, siendo así que ellos mismos le habían visto tantas veces después de ella? Debemos entender por tanto que, por abreviar, dijo San Marcos el último día, porque en él, a la entrada de la noche, tuvo lugar el último hecho, después que volvieron los discípulos del campo a Jerusalén, y encontraron, como dice San Lucas, a los once y a los que con ellos estaban hablando de la resurrección del Señor. Pero se encontraban allí también otros que no creían. En medio de los que estaban a la mesa, como dice San Marcos, y de los que hablaban del asunto, según nota San Lucas, se presentó el Señor y les dijo: "La paz sea con vosotros", palabras citadas por San Lucas (24,36) y San Juan (20,19). Y bien: entre las palabras que, según estos Evangelistas, dirigió el Señor a sus discípulos, se interpone el reproche del que habla San Marcos. Pero aquí se presenta otra*

dificultad, y es que no podrían estar comiendo juntos los once. Dice San Marcos que se apareció, a la entrada de la noche del día del Señor, siendo así que San Juan dice en términos precisos que no estaba con ellos Tomás, el cual debió salir de allí antes que entrara el Señor, y después que se unieron a los once los dos que volvieron del campo, como hallamos en San Lucas. Pero este Evangelista da lugar en su narración a suponer que había salido ya Tomás cuando hablaron del asunto, y que después entró el Señor. Y como San Marcos dice que se apareció a los once Apóstoles cuando estaban a la mesa, nos obliga a pensar que estaba Tomás allí, a menos que se refiriera a todos los Apóstoles, aunque estuviera uno ausente, puesto que con el número once se designaba a todo el colegio apostólico antes de que Matías ocupase el lugar de Judas. Y si esto es inadmisibile, convengamos en que, después de haberles dado tantas pruebas de su resurrección, se apareció a los once reunidos en la mesa el día cuadragésimo. Y antes de subir al cielo, quiso reprocharles más en aquel día el que no hubiesen creído a los que habían visto su resurrección antes de verla ellos mismos, tanto más, cuanto que después de la ascensión habían de predicar el Evangelio a gentes que debían creer sin haber visto. Después de citar este reproche, dice San Marcos: "Por último, les dijo: Id por todo el mundo", y más adelante: "Pero el que no creyere será condenado". Y ¿acaso no era preciso que los que habían de predicar el Evangelio fueran reprendidos antes fuertemente porque, no viéndolo, no habían querido creer que se hubiese aparecido a otros el Señor? (San Agustín, de consensu evangelistarum, 3,25).

Meditación de San Gregorio Magno, sobre la dureza y falta de fe.

" Increpa, pues, su dureza (Mc 16, 14), para que oigamos nosotros sus avisos. "Por último, les dijo: Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas". Con el nombre de toda criatura señala al hombre, puesto que tiene algo de todas ellas, como el ser con las piedras, el vivir con los árboles, el sentir con los animales, el entender con los ángeles. Así que se predica el Evangelio a toda criatura cuando se predica para el hombre solo. Porque sólo él es enseñado, y para él ha sido creado todo, no siéndole extraño nada por cierta semejanza que tiene con todo. También se puede entender por todas las criaturas a todas las naciones. Antes había sido dicho: "No vayáis ahora a tierra de gentiles " (Mt 10,5); ahora se dice: "Predicad el Evangelio a todas las criaturas"; para que la predicación apostólica, que antes fue rechazada por los judíos, venga en nuestro auxilio cuando, por haberla rechazado éstos en su soberbia, sea un testimonio de su condenación.

¿Pero es que, porque no hacemos estos milagros, creemos menos nosotros? Mas estas cosas fueron necesarias en los principios de la Iglesia. Ha sido preciso, para que creciera la fe de los creyentes, que fuese nutrida por los milagros. Porque cuando plantamos un arbusto lo regamos hasta que crece suficientemente, y suspendemos el riego cuando conocemos que ha arraigado bien. Pero nos es preciso considerar más atentamente otros milagros especiales, que hace todos los días ahora la santa Iglesia, y que hacía entonces corporalmente por medio de los Apóstoles. Cuando los sacerdotes imponen sus manos sobre los creyentes, y se oponen, con la gracia que se les ha dado de exorcizar, a la permanencia del espíritu maligno en el corazón de aquéllos, no hacen otra cosa que lanzar de ellos a los demonios. Y el fiel que abandona el espíritu mundano y canta los santos misterios, hablará nuevas lenguas; dominará las serpientes, si con sus buenas exhortaciones quita la malicia del corazón de su prójimo; beberá licor venenoso y no le hará daño, si oye malos consejos y no se deja llevar al mal por ellos; pondrá, en fin, las manos sobre los enfermos, y quedarán éstos curados, todas las veces que, viendo

vacilar a su prójimo en el camino del bien, le fortifica con el ejemplo de sus buenas obras. Y sus milagros, son tanto mayores, cuanto que son espirituales, y cuanto que por ellos despiertan de su sueño, no los cuerpos, sino las almas.

Pero se dirá tal vez cada cual a sí mismo: Yo seré salvo porque he creído. Y así será en efecto, si une las obras a la fe; porque la verdadera fe consiste en que no contradiga la obra lo que dice la palabra.

“Pero el que no creyere será condenado” ” . (San Gregorio Magno, homilía in Evangelia, 29).

Bibliografía general

Adolfo Miguel Castaño Fonseca. Evangelio de Marcos. Editorial Verbo Divino, Estella 2010.

Aguirre R. -Bernabé C. -Gil C., *Qué se sabe de Jesús de Nazaret*, Editorial Verbo Divino, Estella 2009.

Bailey, Kenneth E.: *Jesús a través de los ojos del Medio Oriente*, Grupo Nelson, 2012.

Benedicto XVI Joseph Ratzinger. Jesús de Nazaret. Editorial: la esfera de los libros, 2008

Benedicto XVI Joseph Ratzinger. Jesús de Nazaret, Editorial encuentro, 2012

Brown, Raymond E. (2002). *Introducción al Nuevo Testamento*. I. Cuestiones preliminares, evangelios y obras conexas. Madrid: Editorial Trotta. p. 194. p. 235. p. 238. ISBN 84-8164-539-7. «[...] existe un amplio consenso entre los estudiosos en datar el Evangelio de Marcos a finales de los 60 o justo tras el año 70 d.C.»

Brown, R. E., El nacimiento del Mesías. Meditación a los relatos de la infancia, Biblioteca Bíblica Cristiandad, Cristiandad. Madrid 1982.

Brown, Raymond E.: *La muerte del Mesías* (2 tomos), Pamplona: Editorial Verbo Divino, 2005 y 2006. (original de 1994).

D. Crossan, *Jesús. Vida de un campesino judío*, Editorial Crítica, Barcelona 1994.

Debora, Meditaciones a textos de San Marcos. Boletín Camino a Betania. Números 27 -58. Valencia Febrero 2012 - Diciembre 2018,

Edersheim, Alfred: *La vida y los tiempos de Jesús el Mesías*, Clie, 1989.

Edo, P M., El Evangelio a cuatro voces, Persona y Cultura 5, Eunsa, Pamplona 2011.

Elwell, Walter A., y Yarbrough, Robert W.: *Al encuentro del Nuevo Testamento*, Grupo Nelson, 2008.

Gnilka, Joachim: *Jesús de Nazaret: Mensaje e historia*, Barcelona: Editorial Herder, Barcelona 1993.

González Ruiz, J.M. (1989). «Paralelos en las teologías marquiana y paulina». *Revista Catalana de Teología* 14: 323-332.

Grilli M., "El testamento del Resucitado Análisis de Mt 28,16-20", Mora Paz, C. - Grilli, M. - Dillmann, R (eds). *Lectura pragmalingüística de la Biblia. Teoría y aplicación, Evangelio y cultura. Monografías 1*, Verbo Divino, Estella 1999, 77-103.

Grudem, Wayne: *Teología sistemática: Una introducción a la doctrina bíblica*, Miami: Editorial Vida, 2007.

Jeremias, Joachim: *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Ediciones Cristiandad, 2000.

Jeremias, Joachim: *La Última Cena, Palabras de Jesús*, Ediciones Cristiandad, 1980.

Jeremias, Joachim: *Teología del Nuevo Testamento*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2001.

- Lloyd-Jones, D. Martyn:** *Estudios Sobre el Sermón del Monte*.
- P. Meier,** *Un juicio marginal. Nueva visión del Jesús histórico* Vol. I-IV, Editorial Verbo Divino, Estella 1998-2012.
- Ott, Ludwig:** *Manual de Teología Dogmática*, Barcelona, Editorial Herder, 1966.
- Piñero, Antonio** *Guía para entender el Nuevo Testamento*. Madrid, Trotta, 2006; p. 327.
- Piñero, Antonio** objeciones a la idea de la autoría de Marcos *op. cit.*, pp. 340-341.
- Rius-Camps, Josep.** El evangelio de Marcos. Etapas de su redacción. 408 pp. Editorial Verbo Divino, Estella 2011.
- Sanders, E. P.:** *Jesús y el judaísmo*, Editorial Trotta, Madrid 2004 (original de 1985).
- Sanchez Navarro, I.** "La escritura para las naciones. Acerca del universalismo en Mateo". *Scripta Theologica* 40 (2008). Pags 525-541
- Sheen, Fulton J.:** *Vida de Cristo*, Barcelona: Herder, 1959.
- Spangler, Ann, y Tverberg, Lois:** *Sentado a los pies del maestro Jesús*, Vida, 2010.
- Stein, Robert H.:** *Jesús el Mesías*, Clie, 2008.
- Stegemann, E. W. y W.** Historia social del cristianismo primitivo. Los inicios en el judaísmo y las comunidades cristianas. 616 pp. • 15,5 x 24 cm • cartóné. Editorial Verbo Divino, Estella 2008.
- Stott, John R. W.:** *El Sermón del Monte*, Certeza Unida, 1978.
- Theissen – A. Merz,** *El Jesús histórico*, Editorial Sígueme, Salamanca 1999.
- Theissen, Gerd; Merz, Annette** (1999). *El Jesús histórico* (2.^a edición). Salamanca: Ediciones Sígueme. p. 641. ISBN 978-84-301-1349-1. «Mc 5, 41; 7, 34 (término semita).»
- Theissen, Gerd** (2003). *El Nuevo Testamento: historia, literatura, religión*. Santander: Sal Terrae. p. 143. «[En el Evangelio de Marcos] los datos sobre Palestina contienen demasiados errores, por lo que es difícil que la obra fuera escrita por un habitante de Jerusalén.»
- Vidal,** *Los tres proyectos de Jesús y el cristianismo naciente*, BEB 110, Editorial Sígueme, Salamanca 2003.
- Wilkins, Michael J. y James Porter Moreland** (Ed.), *Jesús Bajo Sospecha: Una Respuesta a Los Ataques Contra el Jesús Histórico*, Editorial Clie, Viladecavalls, 2003, pág. 286.
- Wood, D. R. W., Marshall, I. H., Millard, A. R., Packer, J. I., y Wiseman, D. J.** (editores): *Nuevo Diccionario Bíblico Certeza*, Buenos Aires: Certeza Unida, 2003.
- Wright, N. T.:** *La resurrección del Hijo de Dios*, Editorial Verbo Divino, 2008
- Yancey, Philip:** *El Jesús que nunca conocí*, Vida, 1996.

Nota: Los textos son de la Biblia Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. Biblioteca de autores cristianos Madrid • 2011

Símbolo de San Marcos.



Iconografía de San Marcos Evangelista.

Se asocia a San Marcos con el león porque su Evangelio empieza hablando del desierto, y el león era considerado el rey del desierto y porque su Evangelio empieza hablando del río Jordán y a sus alrededores había muchas fieras, entre ellas el león. También se dice que es el león porque en su Evangelio comienza hablando de Juan el Bautista como "*Voz que clama en el desierto*", voz que sería como la de un león.

La Iglesia católica celebra su fiesta el 25 de abril.

Se término de imprimir el día 14 de febrero del A.D.2019
Festividad de los Santos Cirilo, monje y Metodio, obispo,
hermanos patronos de Europa.
LDVM:
LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI
("en alabanza de Dios y de su Madre Virgen".)